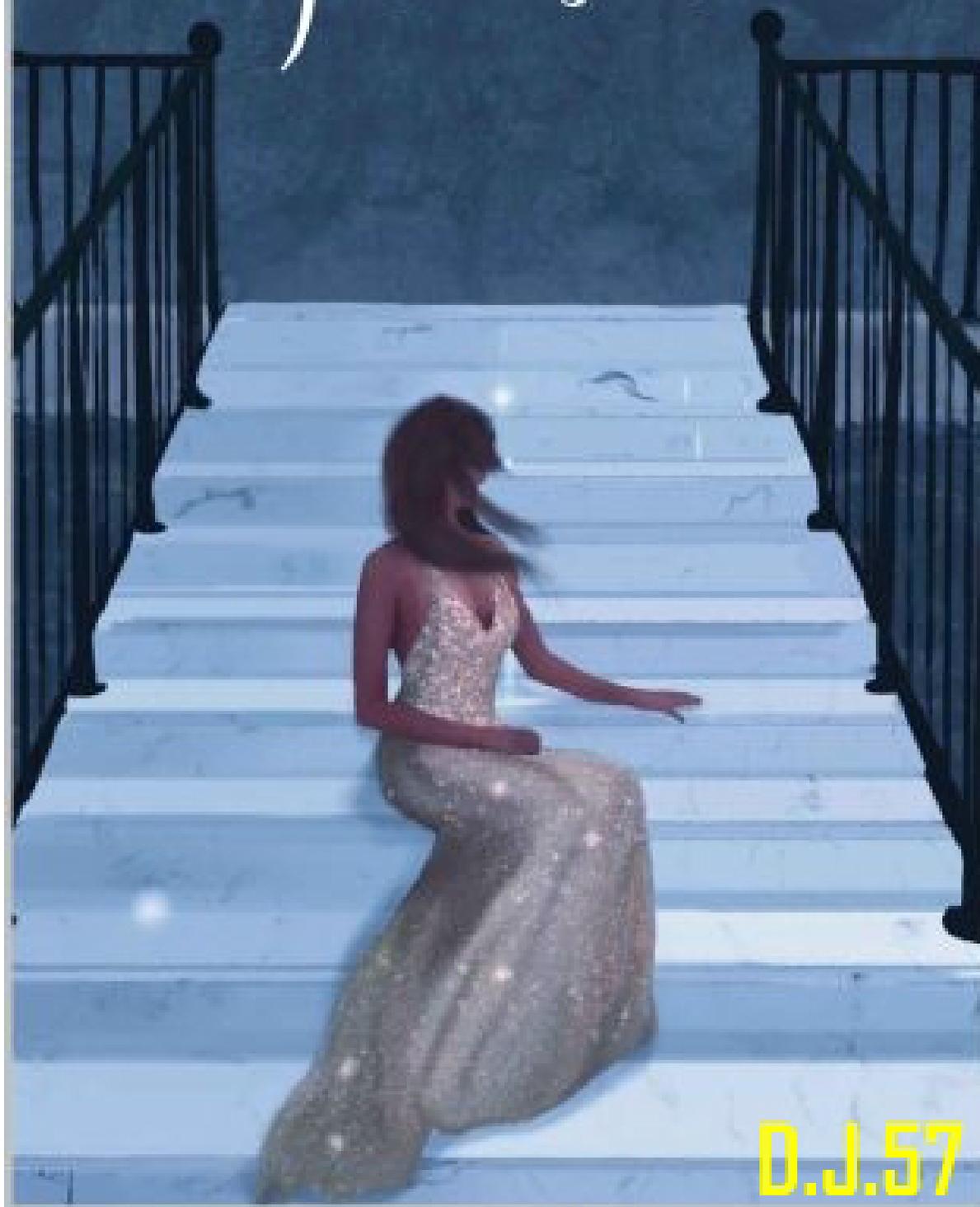


Mónica Lezama Telayarán

Siempre será él



D.J.57

Título original: *Siempre será él*

Corrección de estilo: J. Francisco Loyda G.

Diseño de portada: Montserrat Alarcón Lezama y Mónica Yliana Alarcón Lezama.

Primera publicación: 2018

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones, empresas y acontecimientos presentados en la novela son producto de la imaginación de la autora.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 9781719887298

Mónica Lezama Zelayarán

“Siempre será él”

“Siempre será él”

EL PRELUDIO DEL VERTIGINOSO DESTINO.

VIVIAN LAUTREC.

Paris, Francia.

Sentada en el escalón con mi vestido largo color dorado, empapado y mis zapatos a un lado, me le quedé mirando con tristeza y un amor tan profundo, pensando en las palabras de Ted Nerabder llenas de frustración, "*¿Por qué a él le perdonas todos los errores que los demás cometimos, él sumó todos ellos y, aún así, siempre será él?*".

Lo conocía tan bien como yo, él sumaba todas las virtudes que poseían y más de lo que los ex amores podían tener.

Parado frente a mí, inmóvil, escurriendo agua por su cabello castaño claro y sus ojos azul turquesa que hacen palidecer cualquier océano y que siempre me hechizaban. No era un típico asiático; por sus venas y su físico corrían la sangre sueca de su madre, así como el carácter, la disciplina, la honorabilidad y el poder de su padre.

DESTINO.

Nueva York, E.U.

Ella lo conoció siendo muy joven, pero en ese tiempo tenía de pareja a Patrick Daubet, un joven de carácter fuerte, creativo, duro, con pinta de ser cruel pero certero, ya que era uno de los empresarios más prominentes y poderosos a pesar de su juventud. El físico de él era muy llamativo, rasgos profundos, musculoso, con ojos color verde esmeralda y penetrantes que, al fijar la mirada, daban escalofríos, pero cuando la veía a ella se convertían en una dulzura

infinita. Al principio no quería involucrarse con ella, “*no le convengo*” pensaba, “*mi mundo es muy difícil*”, “*es tan libre*”, pero ella era especial, no se dio cuenta en qué momento se enamoró irremediabilmente de esa mujer.

Sin saberlo él, le cambió una vida tranquila por un destino diferente al introducirla a un mundo de negocios y relaciones que la envolverían en un remolino de emociones, en donde se convirtió en la mujer que marcaría la vida de los cinco jóvenes más poderosos e importantes del mundo.

Aprendió que, un sólo gesto puede representar la *ruina* o el *éxito*, y por mucho que te amen: *el poder, los títulos nobles y el honor pueden más*.

Ella venía de una familia acaudalada y cariñosa, con padres muy ocupados, sin embargo, era muy amada por ellos, sumamente independiente e inteligente, con una belleza y elegancia por naturaleza. Su educación era meticulosa.

DESTINO.

Seúl, Corea del Sur.

Patrick Daubet, CEO, Director Corporativo y accionista mayoritario de varias empresas multinacionales, tenía el poder de gestionar en la sede de cualquiera de ellas, no importando cuál fuera el servicio o producto, que estuviera dentro de su sociedad ni en qué país operaran. Era el líder principal y responsable de dictar las políticas, planes y estrategias que se debían cumplir; cerraba personalmente negociaciones globales para los objetivos óptimos de sus diversas empresas.

En esta ocasión, tomó la decisión de asistir a la junta que se celebraría con clientes de Corea del Sur, dueños de una de las industrias y marcas principales a nivel mundial de electrodomésticos. El asunto, por el cual se estaba trabajando, era la renovación del contrato de servicio en envíos de materia prima para el ensamble de productos que fabrica esa empresa.

Deseaba observar la junta para constatar el desempeño de Thompson Jr., el hijo de uno de sus principales accionistas; Daubet no participaría pues es un contrato seguro, solamente presenciaria y evaluaría el desempeño de éste.

Al entrar a las oficinas, captó su atención una joven muy guapa, notando de inmediato su frescura, la confianza en sí misma, su vestimenta impecablemente elegante sin caer en lo extravagante; ella iba acompañada de un hombre mayor que, a simple vista, se notaba ser un empresario con gran experiencia. Minutos

después al comenzar la junta, Patrick se quedó a una distancia considerable, para pasar desapercibido y poder estar informado de los acontecimientos, ya que ignoraba el motivo de la presencia de estas personas.

Después de los protocolos preliminares, Thompson Jr. desplegó toda la explicación de la logística, tiempos, entrega y costos por los servicios de la empresa que representa, los clientes escucharon y analizaron con atención. Al finalizar, el director de la firma asiática expresó haber estado satisfecho con el servicio que hasta ese entonces habían obtenido por parte de ellos, pero que habían recibido una propuesta digna de tomarse en cuenta por parte de otra compañía y decidieron que también participarían en la junta para que expresaran su plataforma de trabajo.

Comenzaron por presentar al CEO, director ejecutivo y dueño de la compañía, al Ingeniero Lautrec, y a la COO, directora de operaciones, la Licenciada Lautrec. La empresa llamada *Envíos, Espacio y Movimiento*, dedicada a la logística aduanal, traslado y carga de insumos empresariales, se especializaba en el transporte a nivel nacional e internacional, ya fuera por vía marítima, terrestre o aérea. Patrick, sorprendido, pensó que era una compañía fuerte y con un crecimiento excelente, pero nada comparado con la suya, sin contar con el prestigio que respaldaban sus múltiples empresas. Aun así, sería interesante escuchar cómo competían y rivalizaban con ellos.

Su sorpresa aumentó al percatarse Patrick Daubet de que, quien dirigiría la contraoferta, sería la hija. Comenzó con una concisa presentación de su empresa y, posteriormente, dio a conocer su nombre, el cual grabó en su mente de inmediato: Vivian Lautrec.

Ella explicó:

—La competencia hace una escala en Berlín y, posteriormente, parten a Corea del Sur a hacer la entrega para ustedes. Esto implica un retraso contraproducente para su empresa; nosotros nos comprometemos a que el envío será sin escalas para obtener un mayor margen de tiempo-beneficio, sin contar que el servicio especializado aduanal, la gestión de proyectos industrializados, la logística de entrega y la distribución están incluidos.

Al final, los empresarios coreanos decidieron firmar con la empresa de la joven.

De salida en el pasillo, ella iba con su padre y, sonriente, le murmuró:

—¿Ya ves, papá? “*El río tomó su cauce*”.

Furioso, Thomson Jr. los alcanzó:

—No canten victoria tan pronto, utilizaré mis contactos para bloquear su

empresa, —dijo.

Vivian, molesta, le replicó sin titubear:

—Sería muy interesante que los empresarios de Asia se enteraran, que la compañía que usted representa, al arribar primero en Alemania, le suministra los componentes y materia prima a la competencia directa de ellos, proporcionándoles la ventaja de ensamblar y lanzar los productos a los consumidores con antelación. Señor Thompson Jr. ¿Acaso se puede hacer trato, al mismo tiempo, con Dios y el diablo?

Patrick, a una distancia prudente, presencié el incidente, quedó admirado por la osada amenaza que lanzó Vivian, dejando sin argumento alguno a su adversario pues, si ella lo hacía público, el prestigio de su empresa se cuestionaría severamente. Le fascinó la inteligencia y belleza de ella, pero lo que más llamó su atención, y no pasó desapercibido para él, fue la ferocidad empresarial que le vio a la chica.

Patrick, al subir a su automóvil, pidió a su asistente que le diera toda la información personal de Vivian Lautrec y su compañía.

La noche que lo conoció en una fiesta del club de motocicletas, ella quedó cautivada porque todos le respetaban y temían, pero esa noche su mirada nunca se apartó de ella. Al darse cuenta de ello, un amigo de ambos llamado Jeff Egbert, socio mayoritario del más importante consorcio farmacéutico alemán a nivel mundial, comentó:

—Ten cuidado, Patrick es una persona muy pero muy peligrosa, no es para ti. Por otro lado, él es un mujeriego, no toma a ninguna mujer en serio, aunque ya manifestó el otro día en una junta de negocios que le encantas, está fascinado contigo.

Esto le generó curiosidad por un hombre que la observaba tan profundamente desde lejos sin ninguna discreción, siempre seguro de sí mismo. Sin reparo, ella se le acercó para hacerle una pregunta. ¡Comenzando así su vertiginoso destino!

CAPÍTULO I

LA SUERTE FUE ECHADA.

VIVIAN LAUTREC.
Nueva York, E.U.

—¿Por qué todos te tienen tanto miedo?

Arqueó una ceja y, clavando su mirada sobre mí, anunció:

—¡No querrías saberlo, créeme!

—Ponme a prueba, no me inspiras temor, quizá te conviertas en un reto.

Soltó una elegante carcajada y se llevó su copa a los labios. No pude dejar de percatarme en su vestimenta, llevaba unos pantalones de mezclilla, una camisa blanca de manga larga en la cual se notaba su cuerpo bien formado, un pequeño arete con un brillante en el oído izquierdo y unos tenis, aun siendo su ropa informal, en él lucía extremadamente formal. Sus movimientos eran confusos, a veces rápidos, en segundos se volvían lentos y, en un momento se quedaba tan quieto. Su sonrisa era la que expresaba todo, ¡paralizándome!

Con voz ronca me respondió:

—Me habían coqueteado de muchas formas, pero nunca diciéndome que no inspiro temor, ¡te aseguro que soy todo un reto! Y no soy una buena persona para ti.

Sonreí y, dando un paso hacia atrás, lo miré fijamente al mismo tiempo que le contestaba:

—Ni te estoy coqueteado ni tengo motivos para tenerte miedo, sólo quería saber quién eres, pues todos comentan que eres aterrador y, sin embargo, las mujeres se desviven porque les des un poco de tu atención. En tu contestación intuyo que eres vanidoso y engreído, pero por alguna razón, presiento que escondes lo mejor de ti. Debo informarte que no me has conocido aún, el reto sería que descubrieras que, en el fondo, podrías ser una persona realmente buena para mí.

En un instante lo tenía a mi espalda, susurrándome al oído.

—Ni se te ocurra intentarlo, los dos perderíamos de una u otra manera, terminaríamos lastimados.

Giré lentamente, quedando de frente.

—No creo que tú me dañes.

Miré mi reloj para que no se notaran los nervios que me recorrían por su aroma; escuché su respiración agitarse, mi mente buscó una escapatoria rápida:

—Tengo que irme, el ambiente ya empieza a ponerse pesado, ya sabes, toman y hacen puras estupideces. Nunca permanezco después de la una, odio lidiar con borrachos.

Al levantar la cara, rocé su nariz de lo cerca que estábamos y noté una sonrisa incrédula.

—¡Estoy seguro de que perderé, pero acepto el reto! Mañana te invito a comer, guapa.

Hice un poco de espacio entre los dos mientras le decía:

—Lo siento, mañana no puedo, quizá otro día.

Su cara se convirtió en desconcierto, se notaba que no estaba acostumbrado a un "no". Aproveché el momento para escabullirme como una cobarde; subí rápidamente a mi automóvil y me dirigí a mi penthouse, vivía sola en Nueva York.

Para ese entonces había terminado mis estudios profesionales especializados en *Digital in International Commerce* con una *Máster in Public Administration Marketing*, en la universidad de Harvard y trabajaba en la compañía de mis padres. Ellos casi nunca estaban en el país, de hecho, prácticamente vivían en Mónaco. Estacioné el auto y pasé por la recepción, saludando al portero.

—Buenas noches, John, ¿nada nuevo?

—Sí, señorita, —respondió, entregándome un sobre de textura rugosa muy sofisticada y sin remitente.

Entré a mi departamento, reposé en mi sillón preferido, desde donde se podía ver el Central Park, y recordé lo sucedido. ¡Qué noche! Tomé el sobre y lo abrí, era una invitación a un evento VIP de una empresa multinacional [japonesa](#) con sede en [Tokio](#), y uno de los fabricantes más importantes a nivel mundial, en productos de [electrónica de consumo](#): [audio](#) y [vídeo](#), [computación](#), [fotografía](#), [videojuegos](#), [telefonía móvil](#), productos profesionales, canales de televisión y discografía. Además de la invitación, el sobre incluía una nota con caligrafía sofisticada; quedé paralizada al leer:

“Ya que no quieres comer conmigo te invito a una reunión de trabajo, sería un honor que fueras mi pareja por una noche.

Atentamente: Patrick Daubet” .

¿Cómo se enteró dónde vivía? ¿Cómo llegó la invitación antes que yo? No tenía

ni la menor idea y, sin embargo, supe que estaba en terrenos muy peligrosos; casi no sabía nada de él, pero al parecer él de mí sabía todo. Dudé si debía ir o no, así que tomé el celular marcándole a Coco, mi mejor amiga, toda una eminencia en la moda y sociedad, heredera de una firma muy importante de modas.

—Hola, Vivi, no te despediste. Ya supe que tuviste un acercamiento con el inalcanzable y “*mujeriebri*” Licenciado Daubet.

Sin mucho entusiasmo, le contesté:

—Cómo corren las noticias, pero eso no es todo: no acepté su invitación a comer.

—¡Estás loca! Es tan guapo que yo sin pensarlo me lo llevaba a la cama, — emitió un sonido lascivo, seguido de una carcajada.

—Déjate de tonterías, al llegar a casa tenía una invitación para un evento... —no pude ni terminar, del otro lado escuché un grito.

—¡Te invitó al lanzamiento del nuevo producto de innovación tecnológica! Él siempre va a ese tipo de eventos. Y después de que saliste, se subió a la moto y desapareció, seguro fue a dejarte la invitación. ¡Qué emoción!

Tenía dos meses para pensar si asistiría al evento y conocerlo.

—¿Sabes qué? Le voy a hablar ahorita, le pediré su número a Jeff, así que te cuelgo.

Mi mejor amigo de mala gana me dictó el número no sin aclararme que, ante cualquier cosa, no se haría responsable. Lo escuché reír y, por lo tanto, le pregunté si sabría dónde se encontraría Patrick Daubet al día siguiente. Respondió que los fines de semana siempre desayunaba en el restaurante *Members Dining Room*, lo que era muy conveniente para mí, ya que estaba a unas cuantas cuerdas de Central Park, muy cerca de mi departamento.

Decidí no llamarle e iría directamente a verlo; sabía que no era una buena idea, pero podría obtener respuestas, no lo pensé más y me fui a dormir.

Llegué temprano, al atravesar la puerta del restaurante, tenía un verdadero nudo en el estómago. Traté de ignorar esa sensación y de entrar con naturalidad; pregunté cuál era su mesa, la hostess me indicó dónde se encontraba y la seguí. Lo vi concentrado en su laptop, con una taza de café a un lado, mi confianza se desvanecía, pero era demasiado tarde, me observaba sin ninguna expresión. Se puso de pie lentamente y apartó una silla a su lado, tomé asiento, no por estar convencida, sino porque temía salir corriendo de ahí como una loca.

Mientras mis piernas temblaban, mi mente recriminaba que era una reverenda tonta; él ordenaba un café para mí, después tomó un sorbo del suyo y aseveró:

—Me encontraste, pensé que no querías tener una cita conmigo.

Hice un esfuerzo por concentrarme y tratar de tener una conversación coherente.

—No me malinterpretes, lo que menos deseo es causarte molestias, pero tengo curiosidad de saber cómo llegó la invitación a mi departamento de forma tan eficaz y rápida... ¡Sin conocer mi dirección!

Se reclinó en su silla, estirando un poco los brazos hacia delante, mientras respondía:

—Haces las preguntas incorrectas y pierdes de vista lo importante.

Cuando terminó de hablar se asomó una sonrisa encantadora, con la cual, inverosímilmente, me sentí tranquila. Sin más, nos sumergimos en una plática agradable y divertida mientras desayunábamos. Al finalizar el almuerzo, pagó y salimos de ahí; sujetó mi brazo y preguntó:

—¿Quieres caminar o prefieres ir a otro lado? Por lo regular, los sábados voy a mi propiedad que está en Rhode Island, frente al mar, a unos kilómetros fuera de la ciudad.

En ese momento recordé que no había preguntado ni contestado nada, quedé fascinada e intrigada por su personalidad.

—Estaría encantada, siempre y cuando estés dispuesto a contestar mis preguntas. Me hizo una invitación arriesgada:

—Vivian, si te quedas este fin de semana conmigo, seré tu esclavo, accederé a todo lo que pidas, por supuesto, dormirás en el cuarto de huéspedes, lo aclaro por si crees que soy un chico fácil.

Ahí estaba una vez más esa sonrisa maliciosa, pero fiable. Lo miré como una idiota y, sin esperar a que le respondiera, movió la cabeza de forma negativa, y nos dirigimos al estacionamiento.

Atiné a balbucear, incrédula:

—¿No estarás hablando en serio?

Se detuvo para abrirme la puerta, su voz se escuchaba muy solemne mientras empujaba con delicadeza mi cuerpo al interior de su auto deportivo *Aston Martin One—77*.

—Estoy hablando muy en serio. Escúchame bien, jamás te tocaré, a menos que lo pidas y créeme que eres la única persona con la que tengo mucha paciencia. Te advertí que no querrías saber de mí, pero no quisiste escucharme, ya no hay vuelta atrás. Me gustas desde hace tiempo, pero pensé que no era bueno conocernos. Ya que ambos decidimos aceptar el reto, éste bien podría convertirse en un pacto, ¡la suerte está echada!

Sin más, subió al auto mientras yo pensaba si él tendría razón o debía hacerle caso a la advertencia de Jeff.

Fue un trayecto en el que sólo el fondo musical rompía el silencio, pero en mi mente había toda una manifestación de gritos:

—¿Qué estoy haciendo? Ya sé, en el siguiente semáforo me bajo. ¡No, no, no!

¿Debería platicar algo? ¿Por qué está tan callado?

Sin embargo, en el exterior iba muy quieta, no hacía ningún movimiento, podría pensarse que yo no estaba ahí.

Rhode Island, E.U.

Llegando a una propiedad de barda de piedra, se abrieron los portones de la entrada ofreciendo un paisaje con jardines perfectamente cuidados, con una diversidad de árboles y flores hermosas, grandes espacios verdes en donde se encontraban caballerangos con caballos de diferentes colores con sus pelajes brillosos e imponentes. Al centro de la propiedad se erigía una enorme casa con aspecto de casco de hacienda, con balcones y ventanales de hierro, macetas de talavera colgantes con flores muy coloridas; las paredes de piedra de cantera, en algunos lugares, se perdían por una enredadera que subía caprichosamente hasta rodear algunas ventanas. Se podría decir que era una casa típica de la época de los grandes hacendados, pero asombrosamente elegante con una puerta de madera muy alta y ancha, labrada a mano con un escudo, insignia de su linaje Casa de Castas.

Un poco más alejado se veía una fila de árboles que apenas dejaban ver una cabaña, a la cual nos dirigíamos. Al llegar, me percaté que ésta no tenía el mismo aspecto que la anterior, era increíblemente moderna sin perder lo rústica y mucho más pequeña. Estacionó el automóvil y giró su cara con esa sonrisa que paraliza. No era justo, tenía que lidiar con lo mucho que me gustaba, con los pensamientos que por un momento dejaron de atormentar mi cerebro y, para rematar, quedar embobada con su personalidad. Definitivamente estaba perdida.

Me bajé antes de que él pudiera decir nada, necesitaba urgentemente despejar mis ideas y, la verdad, su físico no ayudaba mucho, escuché:

—Bienvenida a mi dulce hogar, en la ciudad tengo mi departamento para desplazarme más rápidamente al trabajo, pero aquí vas a conocer mi verdadero yo, mis aficiones... mis más íntimos secretos, — esto fue con un tono que no dejaba nada a la imaginación.

Patrick, tratando de enfatizar y con franqueza pronunció:

—Jamás ha venido ninguna otra chica aquí.

Dejé de caminar para verlo fijamente; se detuvo después de unos instantes al darse cuenta de que yo no había avanzado; lo observé por un momento para después decir burlonamente:

—Apuesto que eso se lo dices a todas.

Se quedó callado por unos segundos antes de dibujar una pequeña sonrisa en sus

labios.

—¿Realmente crees que soy un mujeriego?

Preguntó de una manera que no estaba segura si estaba bromeando o lo decía en serio.

—Bueno, Patrick, es lo que dicen todos, pero yo todavía no lo confirmo.

Levantó su índice y, con una expresión divertida, contestó:

—Voy a detener el rumbo de esta conversación y te voy a ignorar, porque si seguimos, mis antecedentes no me ayudarán mucho.

Noté por un instante su fragilidad y nerviosismo; por lo menos no era la única.

Suspiré cerrando por unos segundos los ojos y armándome de valor. Casi en un susurro comenté:

—Bueno, ya estamos aquí, así que comencemos a conocernos.

Entramos a la cabaña y, de inmediato, nos dirigimos a su habitación preferida, un despacho en donde una de las paredes estaba cubierta de películas y música, era una colección considerablemente variada. En el lado opuesto, se encontraban, de techo a piso, libros de múltiples géneros, que podían ser desde una literatura clásica a tratados de finanzas. En una esquina estaba un escritorio minimalista perfectamente ordenado con lo último en tecnología, sobre éste, una pila de documentos, supongo que en orden de importancia. En otra pared destacaba una pantalla de una dimensión ostentosa, acompañada de múltiples aparatos de reproducción tanto sofisticados como antiguos, incluyendo tornamesas para reproducir los antiguos elepé, casetes, videocaseteras, reproductor para DVD, etc. Frente a un ventanal que daba hacia un jardín con alberca, se encontraban varios sofás extremadamente cómodos, algunos de ellos orientados hacia una chimenea y en un rincón estaba un mueble entre cantina y cafetería. Recorrí el lugar lentamente, asombrada de la exquisita distribución del lugar, descubriendo el recinto íntimo del mismísimo habitante, donde mezclaba claramente lo moderno con lo antiguo, realmente su casa decía mucho de su personalidad contrastante.

Por fin, salí del asombro y preguntó:

—Y bien, ¿qué te parece? Espero que lo encuentres acogedor, es mi aposento personal, la casa mayor es para eventos sociales, en cambio, este lugar es mi refugio, el mejor sitio para concentrarme.

Expresé mi asombro.

—Podría morir por tener un espacio así para trabajar y relajarme.

Se pasó la mano sobre su cabello ondulado mientras me hacía una proposición tentadora e inesperada.

—Más bien, pensaba que vivieras en un futuro aquí, es un lugar perfecto para

enseñarte a dirigir tu negocio familiar. Trabajarías en mi consorcio y aprenderías a tratar con todo tipo de empresarios y situaciones, no es nada mala idea ser tu tutor.

Le contesté, pensando que era una broma.

—Sí, claro, eso les encantaría a mis padres, que viviera contigo y dejara su compañía.

Ante mi ironía, dio un paso adelante, pero por algún motivo se paró en seco, dio media vuelta dirigiéndose a la cantina, abrió dos refrescos mientras decía:

—Piénsalo bien, Vivian, tardarías mucho para entrar directamente al ojo del huracán; te podría convertir en mi aprendiz, si entras a la nómina, tus padres no tendrían objeción. Por otro lado, podríamos descubrir si soy bueno para ti o tú para mí, añadiendo que tendrías un profesor muy exitoso, permíteme citar la frase de Aristóteles, pero modernizada: “que *el alumno supera al maestro*”. Te doy todos los beneficios, no sin antes advertirte que soy muy estricto, pero compenso los aciertos, esto tómalo como un regalo.

Todo su cuerpo expresaba un coqueteo descarado.

—Lo tomaré en cuenta, —manifesté llena de nervios, sabiendo lo que implicaban sus palabras. Lentamente se acercó a mí, con esa presencia tan imponente, preguntando si quería escuchar algo en particular. Para darme tiempo en pensar, evadí la real respuesta que él quería y contesté:

—Pon la música que más te apetezca.

Escogió un disco elepé con canciones románticas; al escucharse el ritmo pausado, sujetó mis manos atrayéndome hacia él. Al comenzar a bailar, sentí sus brazos cálidos en torno a mi cintura, su rostro rozando el mío, su respiración relajada; por supuesto un escalofrió recorrió todo mi cuerpo, mi mente estaba desenfrenada y, lo peor, es que lo deseaba, bueno, cualquier mujer en su sano juicio lo desearía, pero no era una buena idea. Milagrosamente, empecé a calmarme, decidí disfrutar el momento y dejarme llevar por la melodía.

El aparato dejó de sonar, era el tiempo en que debía soltarme, al apartar el cuerpo sentí que él tenía los nervios a flor de piel, sus expresiones oscilaban entre la ternura y la pasión. Noté que estaba indeciso acerca de la forma en que debía proceder, pero mi estado hormonal hizo una jugarreta; ya no era precisamente muy cuerda en ese instante, así que posé ambas manos en su pecho y lo besé, tomándolo por sorpresa, rápidamente se sobrepuso, acariciando suavemente mi cara, mientras sus labios estaban cargados de ansiedad y premura reprimida. No sé cuánto tiempo pasó, me fui separando lentamente, su sonrisa

estaba cargada de frustración e indulgencia, con voz dulce, pero llena de burla dijo:

—Supongo que eso es un sí.

Sentí que ardían mis mejillas, desconocía si su frase se refería a una cita, a ser su aprendiz, a quedarme el fin de semana, a darle permiso de tocarme o a vivir con él, pero lo peor es que, idiotamente, pensé en voz alta: “*Trágame tierra*”.

Mientras escondía mi rostro en su pecho, me abrazó fuertemente, depositando un beso en mi cabello y, en tono reflexivo, añadió:

—No te preocupes, todo poco a poco se irá dando y, seguramente, tú serás la que me abandone algún día.

La última frase sin saberlo fue la primera mentira.

Supe, por sus palabras, que desde ese momento todo lo que sucedería iba a ser un error para ambos, pero cada etapa que viviéramos juntos valdría la pena.

Se convirtió en un fin de semana lleno de contrastes, ese día montamos a caballo hasta el atardecer, comimos en la terraza acompañados de sus múltiples perros, adoptados de la calle, que no paraban de hacernos reír de lo mal educados que estaban. Más tarde, nadamos mientras platicábamos de nuestras vidas.

Por cierto, en el cuarto de huéspedes encontré ropa nueva de mi talla.

Por la noche, prendió la chimenea y, con actitud de otorgarme una concesión, preparó el tablero de ajedrez invitándome a jugar, no sin antes aclarar que era obvio que sería mi primera vez, según su percepción.

—Seré benévolo contigo.

Sin más, empezó a explicar las reglas, mientras yo fingía una total ignorancia. Conforme avanzaba la partida era notorio su desconcierto; al final del juego se escuchó mi voz.

—Jaque mate.

Se levantó a mirar el tablero muy molesto, me percaté cómo, en cuestión de instantes, todo su enojo y desengaño lo tenía bajo control. No pude evitar una carcajada en tanto le informaba:

—Bueno, el mérito se lo debo a mis padres. Lógico, a su nena le enseñarían todo lo que saben y en la universidad lo practicaba mucho y, para evitarte sorpresas futuras, te advierto que el póker, billar y algunos deportes se me dan muy bien.

—De acuerdo, los felicito... y a ti por ser una discípula eficaz, pero por lo menos, hubieras tenido la delicadeza de decirlo, en vez de dejarme explicarte las reglas como un tonto.

Seguí molestando, extendí las palmas de mis manos.

—Entonces, dónde habría quedado tu benevolencia, Patrick.

Para asustarme, soltó la frase.

—Sé de una actividad que, seguramente, no te enseñaron tan bien en la universidad, soy experto y podría practicarla toda la noche contigo.

Me levanté y le di las buenas noches, movió la cabeza de forma afirmativa, y atinó a decir antes de verme desaparecer.

—Tengo trabajo, así que es buena idea. Buenas noches, guapa.

Por la mañana, toda desorientada, revisé mi celular que tenía llamadas perdidas de mis amigas y de mis padres, a los cuales les marqué. Escucharlos me llenaba de tanto amor. Nunca los engañaba, así que para calmar mis culpas decidí disfrazar parte de la verdad; les conté de la posibilidad de trabajar en la empresa de Patrick omitiendo que estaría directamente bajo su tutela. Ellos expresaron que era una grandiosa oportunidad, que la tomara sin dudarlo, platicamos de sus proyectos y nos despedimos. Luego de la ducha matutina, revisé la ropa nueva que estaba sobre un diván y elegí para vestir pantalones cortos, una blusa de tirantes y sandalias.

Entré a la habitación y él estaba trabajando, sintió mi presencia y apagó la computadora, vestía una camisa moderna y unos pantalones de mezclilla oscura, su cabello recogido en una coleta, fue hacia mí, sin previo aviso, me besó como si fuera muy natural, me limité a seguirle el juego haciéndole plática.

—Y bien, ¿hoy qué tenemos planeado?

—Dar una vuelta en mi yate, a menos que desees otra cosa, por supuesto, estaría encantado de terminar lo que empezó anoche, pero no creo que estés muy de acuerdo. Sé que perdí mi oportunidad.

Tragué saliva recordando que ayer lo había atacado al besarlo, con disimulo atiné a decir:

—Está bien, me encanta el mar.

Su cara lo decía todo, se estaba divirtiendo y mucho.

Al regresar, le pedí llevarme a casa, sabía que, si nos quedábamos otra vez solos, cometería una imprudencia, me abalanzaría sobre él sin importar las consecuencias y, esta vez, él no se detendría.

Nueva York, E.U .

Llegamos a la entrada de mi apartamento y lo invité a pasar, sin embargo, se quedó en la puerta recargando los brazos en los marcos, con la cabeza un poco inclinada ya que era más alto que yo, entrecerró los ojos y su conversación se disparó.

—Mañana tengo que salir de viaje por negocios durante una semana o dos, me pone muy ansioso dejarte a estas alturas, quería... bueno, ya que nos besamos y

nos atraemos mucho; quisiera preguntarte, si no es demasiado pedir, si tú quisieras algo así como... ser mi novia.

Terminó con dificultad y noté que realmente no tenía nada de práctica en esta situación; era una simple declaración y fue muy difícil para él. Sólo pronuncié:

—A ver si entendí, por tu salud mental y por aquello de que te sientes *ansioso*, ¿debo ser tu novia mientras estás de viaje?

Empezó a perder la paciencia.

—Siempre haces las preguntas incorrectas.

Antes de que pudiera responder, caminó de frente a mí, haciendo que retrocediera al interior del departamento y cerró la puerta a sus espaldas.

—Realmente, lo estás haciendo muy complicado para mí, pero trataré de darte gusto, replantearé la pregunta, ¿quieres, para empezar, ser mi novia?

Enfadada lo interrumpí:

—¡Espera... espera!, por favor. ¿Cómo que para darme gusto? No es un contrato, se trata de una relación.

—¡Entiendo! —Suspiró al mismo tiempo que ponía los dedos, de sus manos, entre sus sienes para concentrarse y prosiguió:

—Olvida lo anterior. Sería fantástico que fueras mi novia, ya que albergo sentimientos que no esperaba tener por nadie, pero están ahí; no te dejo de pensar desde hace tiempo y, a tu lado, es como estar completo.

Eso sí me desarmó, lo abracé y lo besé, afirmándole:

—Sí, me encantaría ser tu novia.

Se puso bastante intenso el momento, más bien, subía de tono. Por fortuna, sonó su celular, sirvió de pretexto para detener la situación y obligarme a no llevarlo a mi cama, *sugerencia de mi amiga Coco*. No muy convencido contestó, con una entonación autoritaria escuché que giraba órdenes precisas sobre el viaje, colgó y, dando la vuelta, abrió la puerta aclarando.

—Será mejor retirarme, si me quedo, no iré a ningún viaje, además, no estoy seguro de que realmente sepas si quieres que suceda, y ese día, deseo que sea inolvidable para ambos.

Pegando su dedo índice a sus labios, mandó un beso y cerró la puerta tras de sí, dejándome pasmada. Ni me dio la oportunidad de aclararle que sabía perfectamente lo que yo deseaba, así que decidí mandarle un mensaje de texto desde mi celular que decía:

[A pesar de mi poca experiencia en el tema, sé perfectamente lo que quiero y, definitivamente, te quiero a ti. La próxima vez, no especules sobre lo que pienso o siento, simplemente, pregunta. Te deseo un buen viaje, no sin antes referirte que espero con anhelo ese día].

Su contestación fue rápida.

[Tenemos que hablar cuando regrese; trataré de volver lo más pronto posible. Mientras, preséntate mañana en mi compañía; empezará en el departamento de logística e informática de servicios. Ya giré instrucciones, te estarán esperando. Bienvenida a los negocios. Te mando un beso muy cálido, te extrañaré, tenlo por seguro].

Esa misma noche, fui a platicarles todo a mis amigas y estaban realmente sorprendidas. Lucy estaba preocupada por el trabajo, era una mujer obsesivamente ordenada y disciplinada, así que el avanzar tan rápidamente, no le agradaba mucho. Amanda, sólo comentaba que era bueno salir con ese tipo de jóvenes, por su experiencia. Y Coco, bueno, ella era la entusiasta irremediable del grupo; pensaba que era muy ventajoso trabajar junto a un hombre guapísimo y que, en lo laboral, era una verdadera oportunidad para mí.

Pasé un rato divertido con ellas y salí temprano, para prepararme para mi primer día de trabajo y aprendizaje.

Después de un tráfico insufrible, entré al edificio de su propiedad que se encontraba en Wall Street, era un rascacielos inteligente, moderno, muy iluminado y en el cual, absolutamente, todos los trabajadores tenían una presencia impecable.

En ese momento, descubrí que el consorcio principal estaba en Nueva York y que tenía sedes muy importantes en todo el mundo. Uno de sus más importantes negocios se dedicaba a las telecomunicaciones, donde llevaban estadísticas de datos realizados a grupos, para mandarles contenidos por sus intereses particulares en globalización. O sea, si la matriz de la corporación estaba en Nueva York y él tenía que hacerse cargo de todas ellas, la gran pregunta era: Patrick Daubet... ¿dónde vivía realmente? ¡Teníamos mucho de qué hablar!

En la recepción me anuncié, revisaron en la computadora pidiéndome que esperara un momento. Bajó un joven maduro con una sonrisa cordial e invitándome a subir al elevador, comentó que él sería mi instructor. Después, supe que era el subdirector del Departamento de Zona Americana que Patrick me había asignado. Llegamos al piso 67avo., pasamos a su oficina y comenzó a explicar desde lo más básico hasta terminar con lo complicado, mostrando las empresas con las que trabajaban; ¡casi renuncio en ese momento! Ya que mencionó compañías líderes que operan en Internet que oscilaban desde redes sociales virtuales, reproducción de música, catálogo de películas y series, así como canales privados de paga satelital, fibra óptica, por mencionar algunas. Pensé que, ni en mis sueños, tendría una oportunidad como ésta.

Este medio no era del todo desconocido para mí, ya que era parte de la carrera que estudié, y vislumbré lo importante que era mi novio y sus compañías. Eran palabras mayores.

Al medio día, mi jefe convocó a una junta, donde se discutían los resultados, los pendientes y problemas, dando soluciones y opiniones; los observé detenidamente analizando su lenguaje corporal y verbal, la forma en cómo exponían sus puntos, quiénes eran los líderes y quiénes los que apoyaban; se mencionó que yo debía estar presente en esas reuniones todas las mañanas.

Todos, al terminar, fueron muy cordiales conmigo. Se asignó una asistente para mí quien me dirigió a mi despacho, elegantemente decorado, donde me sugirió que revisara la información en la computadora para ponerme al día. Gracias a que tenía una retentiva y una capacidad de análisis extraordinaria, no se me complicaría mucho. Sin darme cuenta, terminó la jornada, así que casi todos salimos al mismo tiempo. Pero antes, el subdirector me indicó que estaba programada una cita con una empresa que abriría un nuevo canal en televisión de paga en Latinoamérica. Me indicó que tenía que participar, aunque era poco tiempo para

capacitarme, las instrucciones eran que yo estuviera *al frente de la batalla sin contemplaciones ni privilegios*, (linda metáfora, cortesía de Patrick); por supuesto, iría acompañada de él y un equipo especializado. Le expresé mi agradecimiento y aseguré que pondría todo de mi parte.

Salí realmente asustada y fui, directamente, con mi exjefe que era un experto en logística, director de zona y socio de la compañía de mi familia, además de ser mi padrino. Le manifesté las dudas que tenía y con toda paciencia, las aclaró. Para finalizar, con un beso expresó su preocupación:

—Te vamos a extrañar aquí, eras de mucha ayuda.

Sus palabras se detuvieron y prosiguió:

—¿Sabes bien en dónde te estás metiendo? No quiero que te desilusiones; estoy muy preocupado. Pareciera que te están enlistando en sus filas, prácticamente te capacitan para un puesto determinado. Sé que eres un talento, pero siento que hay un doble juego en esto.

No cabía duda del por qué era tan bueno en su trabajo, contaba con la experiencia, conocimientos y la intuición de un empresario. Partí, no sin antes decirle que seguiría pidiendo su consejo y que no se preocupara.

Llegué a mi departamento cansada, con la intención de estudiar e investigar, cuando entró una videoconferencia. Tomé la llamada, Patrick tenía el cabello mojado y una toalla alrededor del cuello, una playera azul marino, con sus

hermosos ojos verde esmeralda, penetrantes y su sonrisa dulce. Comenzó nuestra plática.

—¿Cómo estás? ¿Te fue bien en tu primer día de trabajo? ¿Sabes?, me encantaría que estuvieras aquí conmigo.

Le pregunté:

—Traes pantalones, ¿verdad?

Su sonrisa angelical cambió radicalmente, por una expresión total de duda.

—Siempre haces las preguntas incorrectas. ¿Quién habla por videoconferencia en ropa interior?

Observé mi cadera sólo con mis pantaletas de *Hello Kitty*, disimulé el haber mirado hacia abajo; por supuesto, captó que yo estaba en ropa interior. Sonrió discretamente así que proseguí:

—El trabajo, abrumador, pero ya veremos si doy el ancho. Lo primordial es que me enteré de que prácticamente no vives en Estados Unidos.

Se puso muy serio y comenzó a explicarme:

—Realmente no vivo en un lugar fijo, viajo mucho y, por temporadas, me asiento en algún país, según las necesidades del negocio. Por eso necesito que trabajes duramente en tu entrenamiento, para que puedas tener un puesto permanente y me acompañes en mis viajes. En la última etapa necesito tenerte junto a mí, que será en donde realmente aprenderás lo importante, pero son indispensables las bases que obtendrás en Nueva York.

Tensa, le respondí:

—Patrick necesitamos hablar largo y tendido. No esperaba que fueras un novio común, pero... ¡hablar de distancias, viajes, tu consorcio! Es un poco abrumador para mí; no es que le tema al trabajo ni mucho menos, sino a que intuyo que tienes planeadas muchas cosas para nosotros, de las cuales no estoy enterada y ni siquiera pides mi opinión. Siento que me estas dirigiendo a un lugar de tu confort, sin darme cuenta.

Intranquilo, comentó:

—No creas, estoy muy preocupado por nuestra situación, me he quebrado los sesos para encontrar la mejor salida para ambos. Tienes que entender que esto también es nuevo para mí, pero deseo con todas mis fuerzas que funcione. Necesito que creas y confíes en mí; por supuesto que tomo en cuenta tu opinión, no obstante, le temo a una respuesta de un *no*, pero la última palabra la tendrás tú, tenlo por seguro.

Nervioso, trató de explicarme:

—Sólo dame tiempo a enseñarte quién soy y cómo vivo; si después decides terminar lo nuestro, lo entenderé. Es atemorizante, lo sé; el ambiente en que me desenvuelvo es salvaje y no estoy exagerando, por eso necesito que estés

preparada para enfrentarlo, aunque yo no me encuentre a tu lado. Piénsalo en lo que regreso, pero, por lo que más quieras, dame la oportunidad de demostrarte que eres muy valiosa para mí y que realmente estoy enamorado de ti.

Cuando terminó estaba preocupado, pero era demasiada información para discutirla por un medio tan impersonal y, para colmo, estaba incómoda por estar en ropa interior, sólo le comenté:

—Yo también espero que funcione. Por supuesto que pondré todo de mi parte, pero no pidas que no esté asustada; son muchos cambios, trataré de tomar las cosas con calma y poco a poco se resolverán. Realmente te amo, aunque parezca que es repentino sentirlo, también es nuevo para mí. Nunca había tenido estos sentimientos por nadie.

Se frotó ligeramente con ambas manos la cara, al mismo tiempo que expresaba:

—Hay algo más. Mi reputación como hombre no es muy buena, afectará la tuya. Eso lo complica aún más ya que, si trabajas para mí, no debería andar contigo. Es algo que se debe resolver.

No articulé ni una palabra. Tampoco quise pensar en todo lo que estaba sucediendo, menos especular sobre el futuro.

Las dos semanas siguientes fueron de arduo trabajo. Me concreté a esperar a que llamara; temía interrumpirlo, ya que ambos teníamos horarios diferentes y muchas actividades.

A su regreso, teníamos poca oportunidad para estar juntos. Nos quedaban los fines de semana, en los cuales era increíblemente tierno y encantador, lo que nos unía cada vez más.

Los días restantes, trabajaba en la empresa en diversas áreas. Por las tardes, me instruiría con una exigencia implacable que, en varias ocasiones, hasta me hacía llorar; no tenía piedad ni lástima, al contrario, recalaba que cuando estuviera frente a los “*tiburones*”, si reaccionaba así, “*me comerían viva*”. Debía aprender a reprimir sentimientos y reacciones; desde llorar, expresar sorpresa, enojo, desconcierto, felicidad, triunfo, etc. Se requería analizar, recordar, pensar, improvisar y más, todo con una rapidez extraordinaria, en fin, ser una máquina, como todos ellos. Con los años entendí que la mayoría de los que iban a rodearme se comportarían de igual manera y, por supuesto, se lo agradecería siempre.

Llegó el día del dichoso evento exclusivo; así que, armada de valor, llamé a mi amiga Coco anunciándole:

—Sí, voy a ir al evento con Patrick.

Ella enloqueció de inmediato.

—Te prometo que te convertiré en una reina; desde hoy soy tu diseñadora de imagen, mañana te espero en la oficina de mi mamá a las 4:00 pm. sin pretextos. Te cuelgo, se lo contaré a Amanda y a Lucy. Besos, amiga.

Me quedé sentada por un rato, recordando las palabras de Patrick: “*Es atemorizante*”, “*terminaremos lastimados*”, “*estoy seguro de que perderé*”. Qué razón había en esas tres frases, pero en ese momento, no tenían ningún sentido para mí.

En la oficina de mi amiga estaban un ejército de individuos, entre estilistas, maquilladoras, manicuristas, y un arsenal de vestidos, zapatos y accesorios esperándome, además de mis amigas.

Al ver a tantas personas, me quejé:

—¡No, por favor! Yo tengo ropa.

Amanda tenía una risa de piedad ya que Coco perdía el sentido de austeridad en lo que a moda se refería.

—¡Nada, estos modelos, son exclusivos, deberías estar agradecida!

Su cara brillaba de emoción; no podía negarme a Coco.

Amanda, con una voz melosa, bromeó:

—Si no la dejas, le romperás el corazón.

Lucy, en tono de burla, siguió el juego.

—Bueno, hoy serás su muñeca.

Sonriendo agradecida, me deje llevar, sin remedio, de un lado a otro.

Cuando terminaron, me miré al espejo encontrándome en un glamoroso vestido largo color vino, ceñido con una abertura del lado izquierdo de mi pierna y un escote discreto, pero sugestivo. Mi cabello suelto en una cascada ondulada, un maquillaje sutil, pero sofisticado. Los zapatos de tacón muy altos, de tiras delgadas color azul, combinaban con

El bolso de mano; para finalizar, un juego de aretes y anillo de piedras preciosas de zafiros.

Se escucharon las exclamaciones de mis amigas y de la madre de Coco, quien añadió:

—¡Perfecta, te ves hermosa!

Sonrojada, di las gracias y Lucy me empujó, literalmente, al automóvil que Patrick mandó para recogerme.

—Llegarás justo a tiempo, para una entrada triunfal, —dijo, y le sonreí con nerviosismo.

En ese momento deseé haberle pedido al chofer de mi padre que me llevara. Estaba realmente nerviosa, no por la fiesta pues estaba acostumbrada a ese tipo de eventos. Normalmente, acompañaba a mis padres y ellos siempre bromeaban

diciendo: *para que brilles en sociedad debes aprender*. Sabía varios idiomas y etiqueta de diferentes culturas de la sociedad; tenía una educación meticulosa. Lo que realmente me preocupaba era la persona que me esperaba, y lo que ignoraba es que conocería, esa noche, a los hombres que en distintos tiempos serían parte de mi vida.

Entré al salón de eventos y el hostess preguntó desconfiado:

—Buenas noches, madame, ¿viene sola?

Contesté el saludo y le extendí la invitación. Ignoré su cara de asombro al ver, en su lista de invitados, que yo era la pareja de Patrick. Dándole las gracias, me concreté a seguir a la encargada de eventos especiales. Al cruzar la puerta, había un salón dividido en dos partes. La primera, era un lugar abierto donde deambulaban personas vestidas de gala, en pequeños grupos, platicando y sosteniendo bebidas diversas; al fondo, se veía un estrado con una gran pantalla y, al pie de éste, se encontraban las mesas elegantemente decoradas.

Di algunos pasos indecisa y, de pronto, escuché su voz, que ya reconocía en cualquier lugar.

—“*Hay personas que no tienen ni idea de cuánto pueden modificar los pensamientos con solo aparecer*”, la frase no es mía, pero se ajusta perfectamente a ti.

Miré a mi lado y estaba ahí en un smoking impecable, con su sonrisa sincera que borró el pánico que estaba a punto de sentir al darme cuenta de que la mayoría de las miradas se centraron en mí, curiosas de saber quién era la pareja elegida, en esa ocasión, por el soltero Daubet.

Tomándome del brazo caminamos hacia un grupo con varios personajes de diferentes edades y nacionalidades quienes, cortésmente, me incluían en sus pláticas de finanzas y negocios globales.

De repente, vi un rostro cariñoso, muy conocido que mandaba de lejos un beso, era Jeff Egbert de la Casa Eisenbergiron, mi amigo desde la niñez; levanté sutilmente mi copa a modo de saludo.

Pasando de grupo en grupo, me presentó al famoso y enigmático conde británico, el joven abogado Ted Nerabder de la Casa Magna, la firma de bufete más prestigiada de Europa, mejor dicho, del mundo. Un hombre con modales exquisitos y de facciones impecables, tez blanca, cabello castaño oscuro, boca fina y afilada, ojos azul traslúcidos como el cielo, acompañados de unas espesas y largas pestañas que causaban envidia. Cualquier mujer caería a sus pies tan sólo con verlo, pues era la imagen viva del mejor representante masculino que posee Europa.

Con una sonrisa de burla, ofreció su mano para saludarme, al mismo tiempo que comentaba:

—Mucho gusto. Ya que está con Patrick Daubet, pongo a su disposición mi bufete. Cuando necesite demandarlo estamos a sus órdenes, modestia aparte, siempre ganamos.

Patrick levantó la mirada con impaciencia, sonreí y contesté:

—Gracias, es usted muy amable, pero no creo que sea necesario para esos fines. Aunque no declinaré su oferta ya que mi familia quiere expandir sus negocios, conozco, por parte del Doctor Jeff Egbert, que también manejan grandes firmas corporativas internacionales.

—Las más importantes, así que quedo a sus órdenes cuando decida hacer las transacciones de su familia.

Soltó mi mano que, hasta ese momento, todavía manteníamos estrechadas.

Mi primera impresión fue que, bajo sus impecables y encantadores modales tan famosos de los ingleses, se ocultaba un guerrero despiadado y calculador. Así confirmé lo descrito por Jeff, en la ocasión donde comenté los planes financieros de mis padres, al recomendarme la firma de mi interlocutor.

Después de un tiempo, pasamos a nuestra mesa ya ocupada por tres parejas. Quedé aliviada pues, entre los comensales, se encontraban los progenitores de mi amiga Lucy quienes me saludaron con un cálido beso en la mejilla y les presenté a Patrick. En sus rostros había preocupación porque mi acompañante era uno de los personajes más importantes del ambiente, sin mencionar quien era él. Seguramente se lo comentarían a mi madre y estaría en problemas.

Se apagaron las luces, quedando iluminado solamente el escenario. Subió al estrado un joven con una determinación y aplomo aplastante; dio un discurso impecable de la innovación de sus nuevos productos que serían lanzados en breve; a sus espaldas, la pantalla apoyaba su conferencia. La verdad, quedé impresionada por su exposición y cautivada por su presencia. Sin darme cuenta, tenía hasta la boca abierta; de pronto, sentí una patada debajo de la mesa por parte de la madre de Lucy y la cerré de inmediato. ¿Realmente existían hombres jóvenes tan inteligentes como él? ¿Además guapo, y que no estaban en la industria del entretenimiento? Mis pensamientos fueron opacados por los aplausos que rindieron al terminar la magistral exposición.

En ese momento, Patrick recibió una llamada y, disculpándose, se retiró.

La mujer que se encontraba a mi izquierda en la mesa comenzó a intrigar en voz baja con su acompañante sobre Tsuki Gesshoku, el joven que estaba bajando del estrado.

—No es posible que siga con esa mujer, Noomi, que es de cascos ligeros. Su familia está indignada ya que es el sucesor de la Casa Kizoku, uno de los consorcios más importantes y prestigiados del mundo.

Sin darme cuenta, Tsuki estaba en cuclillas entre la señora y yo.

¿Cómo la escuchó? No lo sé, pero se dirigió a ellos y, con un tono aterrador, decretó:

—Quiero que se retiren. La próxima vez que hablen de mí tendrán que pensarlo dos veces, no quiero volverlos a ver. Si es así, tendrán serios problemas.

Sólo oí balbuceos de parte de la pareja, pero supongo que era un intento de disculpa. Entre la impresión, noté que la mano de él se había apoyado suavemente en mi pierna, que asomaba por la abertura de mi vestido. Al darse cuenta, su asombro le transformó las facciones en un sonrojo que, francamente, me causó gracia. Se irguió de inmediato, con una reverencia ofreció disculpas. Sinceramente estaba afligido; me levanté de mi asiento sonriéndole y lo traté de calmar.

—No te preocupes, fue un simple accidente.

Ruborizado, inclinó su cabeza y alcancé a escucharlo.

—¡Siento mucho lo ocurrido! ¿Cómo podría compensarlo?

—Relájate, no pasa nada.

En ese momento, se prendieron las luces y miré, por primera vez, esos extraordinarios y hermosos ojos, color turquesa que hacían palidecer cualquier océano; que en un futuro, amaría tanto.

Apenado y agradecido giró nervioso su pequeño arete en forma de lobo. Supongo que esta era una manía particular de él. Por fin, sonrió diciendo:

—¿Te imaginas los rumores negativos que se generarían si hubieran visto que te tocaba la pierna?

—Mi novio lo recordaría de por vida, —contesté aliviada de verlo relajado.

Guiñando un ojo, con ese rostro que te quitaba el aliento, pronunció:

—Te debo una... y muy grande, gracias.

Inclinó levemente la cabeza y se marchó.

El resto de la noche seguí rodeada de muchos personajes. Prestaba mucha atención, hablaban de la manera en que manejaban las Bolsas de Valores más importantes del mundo, sin que las personas comunes siquiera se dieran cuenta. Fue cuando supe que el poder y el dinero estaban divididos por jerarquías sociales y, éstas a su vez, en Casas por familias, de acuerdo con el prestigio, influencia y poder económico, por orden de importancia de sus Linajes.

Por un momento, quise salir al balcón que estaba en el otro extremo para tomar valor y fumar un cigarrillo. Necesitaba centrar mis ideas y entender que no

estaba en un lugar ni remotamente conocido, sino en uno donde se manejaban la opinión pública, la tecnología, la economía, la Bolsa de Valores, el petróleo, las telecomunicaciones, en fin, eran dueños del mundo. ¡Y era tan natural para ellos!, que daba la impresión de ser una simple plática frívola entre camaradas y pareciesen sacados de un libro al que bien podría llamarse “*Los Dueños de Nuestras Vidas*”.

Disculpándome, caminé hacia el anhelado balcón, pero fui detenida por una mano en mi hombro, era Patrick.

—¿Te acompaño?

—No, gracias, necesito estar un momento a solas, si no te importa.

Se quedó muy quieto, pero su semblante denotaba preocupación.

—Entiendo, es mucha información para una sola noche, pero si vas a entrar en mi vida, debías saber a qué te vas a enfrentar. Ya te estoy preparando y vas muy bien, pronto dominarás el manejo, si tú quieres.

—Lo sé, pero es intimidante; estoy segura de que si me lo propongo encajaré perfectamente. Lo que me preocupa es otra situación.

—Entonces, ¿cuál es tu preocupación?

—Eres tú.

—Explícate, —dijo, con una entonación dubitativa.

—Estás entre lo que no quiero perder y lo que me da terror conocer.

Sin decir más, me alejé; no intentó seguirme.

Ya en el exterior, sentí de golpe el aire en mi rostro. Comencé a temblar, pero no de frío. Así que saqué un cigarrillo, pero en el momento en que lo iba prender, me ofrecieron un encendedor y la flama fue lo que me sobresaltó.

—Perdón, no era mi intención asustarla.

Era un caballero con acento árabe. Sus facciones eran duras, pero de una gallardía que asombraba; sus ojos color avellana me estudiaban con una precisión que aturdí.

—Permítame presentarme, soy Darío Fawaz, de la Casa Kunya.

Me sonreí, pues no tenía ni la menor idea si su procedencia tenía más jerarquía que la Casa de Patrick; su expresión cambió a una interrogación total.

—¿Perdón, dije algo que la divirtiera? Porque si es así, temo mucho que me perdí.

—Lo siento, no pretendí ser grosera, —encendí mi cigarrillo—, le suplico me disculpe, es la primera vez que asisto a un evento de esta magnitud y no es nada fácil entender las costumbres de los asistentes, noté que mantienen una conversación que no tiene nada que ver con sus intenciones y movimientos. Esa contradicción me confunde.

—Viene con Patrick Daubet, de la Casa de Castas. Sé que no frecuenta estas reuniones, se nota, es usted sincera y directa, además sorprendentemente joven; por aquí no es muy frecuente conocer a alguien con sus características.

—Muy común, querrá decir. ¿No le importa que le hable de forma informal? No estoy acostumbrada a hablar con tanta solemnidad a personas tan jóvenes como usted.

Sonrió mientras respondía:

—Bienvenida. Será toda una experiencia seguir tus pasos en esta travesía que comienzas, precisamente, porque... ¡no tienes nada de común!

Me entregó su tarjeta personal, que para ellos significa que ofrece su amistad, y comentó:

—Me retiro primero.

Atrás de nosotros se escuchó:

—*Vaya, vaya*, buenas noches, Darío.

Era la voz de Patrick, en la cual apenas se percibía la ira.

—Veo que ya te presentaste.

El ambiente se tornó tenso y se miraron con desafío. Se conocían bastante bien y ninguno se temía, pero tomaban sus precauciones. Les tuve miedo a los dos en ese momento, eran dos fieras contenidas en una frialdad muy bien estudiada, casi natural, y yo estaba en medio.

Darío, con mordacidad, lo enfrentó.

—Buenas noches, Patrick, veo que elegiste bien. Espero que sepas lo que haces porque estaré atento, esperando el momento en que lo echas a perder. ¡Créeme, permaneceré al acecho!

La mirada gélida de Daubet no inmutó a Fawaz y éste se retiró lentamente. Yo no entendía de lo que estaban hablando, pero sospeché que era de mí, lo cual no fue nada agradable.

—¿Todo en orden? —pregunté en un tono impasible—. Parece que son muy amigos, — recalqué con ironía.

No quitó la vista de la puerta mientras comentaba:

—Él no tiene amigos.

Cuando dirigió su rostro hacia mí, su tensión no había desaparecido, su sonrisa era dulce, envolviéndome en una sensación de estar a salvo. Aunque mi cerebro sabía que era lo contrario, todo lo que lo rodeaba era salvaje. Bien me lo había advertido.

—Si quieres terminar conmigo, no te culpo, respetaré tu decisión, pero... —hizo una pausa, acercándose muy lentamente me abrazó por la cintura y rompió el

silencio.

—Espero no pidas una despedida. Preferiría alejarme de forma drástica para asimilar que te he perdido.

Me besó con ansiedad, lo besé con dulzura. El pacto se cerró.

En ese momento lo supe, ¡mi vida cambiaría 180° grados por segundo! No saldría bien librada, pero decidí desafiar al destino y salir con el menor daño posible. ¡Qué ilusa, él tenía razón, la suerte estaba echada!

Primero, las Casas más importantes se lanzarían, una vez más, a confrontaciones sin cuartel por mi causa y, con el tiempo, yo lograría lo imposible, ¡una tregua de paz que haría la diferencia!

Además, nacería una Casa nueva que estaría a la altura de todas ellas. ¡La mía!

CAPITULO II

ENFRENTAMIENTO DE TITANES.

VIVIAN LAUTREC.
Nueva York, E.U.

Esa noche, discretamente, le pedí que nos retiráramos temprano; accediendo inmediatamente a mi petición, salimos del evento.

En el asiento trasero del lujoso *Lincoln MKZ* negro, Patrick esbozaba apenas una sonrisa, parecería que no tenía ningún motivo para estar feliz; se sentía su ansiedad correr por toda la atmosfera y se unía a la mía.

Con su mano cálida, acarició mis dedos suavemente como con temor a que yo los retirara; mis pensamientos volaron a través de la ventana donde la noche comenzaba a llover. Mis recuerdos brincaban sin ningún orden, desde el momento en que lo conocí, por todas las advertencias y consejos que por sí mismas me alertaban; inclusive, recordaba a las personas que esa noche destacaron de todos los demás y que llamaron mi atención.

Debió pasar un tiempo porque, de pronto, pronunció mi nombre con preocupación y le contesté:

—Lo siento.

Sus emociones cambiaron, de ansiedad a tristeza y dijo:

—Temía tanto esto. Yo lo siento más que tú; no tienes ni idea de cuánto, —al escucharlo, capté que había confusión sobre mi disculpa—, pero lo entiendo, respeto tu decisión, te llevo a tu departamento.

Rápidamente, apreté su mano con preocupación.

—La disculpa es por ausentarme en mis pensamientos, —respondí—, no estaba terminando lo nuestro. No me dejes sola esta noche; demuéstreme que no te vas a rendir tan fácilmente. Por esta noche, imagina que me amas y que no hay otras mujeres en tu vida.

Mis intranquilidades se deslizaban por todo el cuerpo sin percatarme siquiera. Acercó su mano a mi rostro y, con el pulgar, acarició mi mejilla. Posó su frente sobre la mía y, con los ojos cerrados, señaló:

—No tengo que imaginarlo, en verdad te amo; que no te quepa ni la menor duda. Me duele la torpeza de no saber cómo trasmitirte mis sentimientos; de dar por hecho que los percibes, por hacer que tengas miedos, por presionarte tanto, por

tus lágrimas y, sobre todo, por amarte con este egoísmo necio.

Ordenó al chofer ir a su residencia en Rhode Island. En el trayecto quedamos en un total silencio hasta llegar a la puerta de su casa.

Rhode Island, E.U.

Nos dirigimos al despacho, estaban prendidas las luces muy suavemente y la chimenea. Cuando entramos, él aventó el saco sobre un sofá, deshizo el nudo del moño de su smoking, continuó quitándose el chaleco, se desabotonó el cuello de la camisa y las mangas. Se dejó caer en el sillón con la cara hacia arriba y los ojos entrecerrados. Me serví un vaso con agua y quedé parada delante de él.

Lo escuché decir suavemente:

—Ven... siéntate, hoy es muy difícil hablar con esta noche oscura. Tú, la mejor parte que hay dentro de mí, más bien, la única parte buena que hay dentro de mí, si escapamos de nuestros miedos, podremos vivir específicamente con lo que vendrá.

Las rodillas me temblaban mientras me recargaba en el escritorio; dejando a un lado el vaso sin terminar, comencé a hablar:

—Eres más de lo que puedo desear y siento confusión al escuchar que te despides constantemente.

Transcurrió un momento, mientras él ponía en orden sus ideas, y prosiguió:

—Ahora todo habla sólo de los dos, desde hoy dejo afuera al hombre que soy; tú puedes obtener lo que quieras de mí, *¡yo estoy indefenso sólo para ti!*

Convencida de nuestros sentimientos, supe lo que debía decirle:

—Si realmente puedo obtener lo que quiera de ti, te pido que me entregues un amor sincero; lo que des lo recibirás de más.

Me dirigió una mirada sombría y añadió:

—Temo mucho dañarte y que ambos terminemos lastimados. Te dirán, y con verdad, que no soy bueno para ti, que soy un desgraciado, pero, pase lo que pase, nunca dudes que te amo.

Lo contemplé descubriendo su dualidad, luz y oscuridad, él era ambos, le afirmé:

—Que el mundo hable. No me importa lo que digas o digan, amo al hombre que dejaste afuera y al que tengo en frente, eres uno; eres un todo para mí.

Su voz se desvanecía, pero no había ningún destello de vacilación en lo que me afirmaba:

—La vida que soñaste, ¿será esta o tal vez no? No lo sé, pero te prometo que, si algún día nos separamos, por cualquier circunstancia, con lo que te daré, sabrás que me entregué por completo a ti.

Consciente de que expresaba sus sentimientos más sinceros, decidí hacer lo mismo:

—Lo que yo soñé de la vida, ciertamente, no es ni parecido a estar junto a ti; tú rebasas las expectativas.

Con voz cargada de ternura, él respondió:

—Nunca dejes de abrazarme.

Le contesté:

—Abrázame. Te digo ahora que te confío mi vida porque te amo.

Se incorporó y se quedó inmóvil, sus ojos se veían más verdes, sus labios apenas se abrieron al pronunciar:

—Ven a mí; por cierto, qué guapa estás.

No esperó a que yo me acercara; con un movimiento rápido lo tuve frente a mí y, estrechándome, confesó:

—Créeme, quiero vivir en ti, darte todo lo que soy y tengo.

Aferró su aliento sobre mi cuello; sutilmente acarició cada curva, subiendo por el antebrazo rozó lentamente su mano sobre mi hombro. Comenzó a deslizar los tirantes de mi vestido dejándolo caer; se quitó la camisa, apretándose a mi pecho. Todos los indicios frágiles estaban recorriéndonos la piel, me besó y me condujo hacia su alcoba. Nunca hubiéramos acertado a imaginar, lo que se desbordaba en amor en esa habitación.

Al despertar junto a él, experimenté una sensación de tranquilidad. Como él todavía dormía, me bañé y arreglé tratando de hacer el menor ruido posible. Decidí usar unos pantalones negros, blusa clara y, por no encontrar mi suéter, tomé prestado uno de él en color blanco, obviamente, me quedaba grande y, en calcetines, bajé al despacho para tomar café. La mañana estaba nublada y caía una ligera llovizna, acercándome al ventanal volví a perderme en mis pensamientos. De repente, me abrazó y sentí su cara al lado de la mía, sus ojos verdes brillaban intensamente, me besó con mucha ternura y permanecimos así varios minutos.

—¿Qué te parece si desayunamos, guapa, y después defines qué te gustaría hacer? —me dijo al oído.

—Mmm, — fue todo lo que fui capaz de responder, juraría que retenía una risa.

Por la mañana, jugamos ajedrez y no dejó de hacer corajes y eso que algunas partidas las ganaba él.

Pasamos la tarde conversando acurrucados en el sillón, bebiendo *Romanée-conti* del viñedo preferido de Patrick. Por la noche, me llevó a mi departamento, se despidió con un beso cargado de amor y se retiró.

Nueva York, E.U.

Pasó un año lleno de romance y trabajo, todo marchaba bien, teníamos altas y bajas, normales en todas las parejas, pero las solucionábamos.

En el trabajo, ya con el puesto asignado, comencé con transacciones pequeñas; lo acompañaba con empresarios más experimentados para que viera su destreza y aprendiera. Realmente quedé sorprendida por la forma como los manejaba y siempre quedaban las negociaciones a su favor; terminaba, invariablemente, con la frase:

—*Fue un placer hacer negocios con ustedes, lo demás se los dejamos a nuestros abogados.*

Con el tiempo, ya lo hacía sola; logré tener aplomo, sin mostrar ninguna expresión, hablar pausadamente, escuchar con atención captando todo y encontrando sus debilidades. Era indispensable tener toda la información sobre las personas y sus negocios, así como la de sus contrincantes, manejándola adecuadamente para cerrar un trato que fuera ventajoso para ambas partes.

Cada vez me transformaba más en una exitosa mujer de negocios, calculadora y amenazante, aprendiendo de uno de los mejores empresarios. Sólo con un año de práctica logré pertenecer al mundo cruel y salvaje al que tanto le temía en un principio.

A veces me tocaron fuertes rivales, pero pausaba y le preguntaba a Patrick, quien hacía que pensara en soluciones; si no lo lograba, me daba la respuesta directamente, lo cual me impresionaba. Siempre sabía salir airoso.

No quiso llevarme con los jóvenes empresarios que estaban al frente de los emporios de sus Casas de Linajes que, a mí parecer, eran los contrincantes más peligrosos e inteligentes, los cuales ya había conocido la noche del evento el pasado verano.

Decidí comenzar a expandir los negocios familiares. Mis padres estaban contentos de que tomara las riendas de la compañía. Eso me tenía vuelta loca, por trabajar a la vez representando ambas empresas; acoplé muy bien las agendas de la una y la otra, sobre todo, a distribuir los tiempos.

Mientras tanto, Patrick y yo nos dejábamos ver como novios la mayor parte del tiempo, excepto cuando se trataba de negocios o trabajo, ahí nos dirigíamos como colegas.

Una noche, asistí sola a un banquete ya que Patrick estaba de viaje. Hastiada de tanto movimiento, salí a una de las terrazas encontrándome recargado en el barandal al chico japonés, con una elegancia y refinamiento juvenil innatos. Llevaba un impecable traje de diseño exclusivo Diorsi en color gris Oxford, con

camisa y corbata que combinaban a la perfección, un reloj negro Maurice Lacroix y, en su oreja, un arete en forma de lobo que era imposible que pasara desapercibido porque no era nada común. Parecía que estaba muy molesto, tenía su pulgar e índice apretando el puente de su nariz, pero al verme, me reconoció de inmediato y, con sincera alegría, extendió su mano muy fría.

—Hola, la otra noche no tuve oportunidad de presentarme correctamente.

Dijo amablemente y enfatizó:

—Ya que tocarte la pierna no cuenta. Me llamo Tsuki.

Con expresión traviesa, le contesté: —¡Por supuesto que sí cuenta!, es la presentación más original que he tenido. Mi nombre es Vivian y te aviso que no pertenezco a ninguna Casa ni linaje.

Observé nuevamente sus ojos azul turquesa que hacían palidecer cualquier océano, ¡ese día, fueron los que me hechizaron sin remedio, en el instante que posó su mirada en la mía! Su rostro varonil, su cuerpo perfectamente en forma, su cabello sedoso, sus movimientos extremadamente elegantes. Bueno, todo en él me cautivaba, realmente era el hombre más guapo que yo había visto en mi vida, e intuía que su inteligencia me asombraría aún más.

Para mi mala suerte, en el momento en que estreché su mano helada, se rompió una de las tiras que sostenían mi ropa interior; por debajo de mi vestido cayeron ruidosamente las cuentas de adorno de mi tanga, regalo de mi amiga Coco. ¡Cómo la odié en ese momento! Lo que pasó a continuación fue aún más vergonzoso; él se agachó a tomar alguna de ellas y con una cara de total diversión, especificó:

—Definitivamente, tú ganas. ¡Ésta es la presentación más original! Ni planeándola habría salido tan bien.

La cara me ardía de vergüenza y coraje. Cerré los ojos mientras ponía una de mis manos en la cintura para que no se moviera la tanga de su lugar y la otra la tenía en mi frente; rechinando los dientes, levanté el tono de voz:

—Juro que la voy a matar; le supliqué que no me la obsequiara y, mucho menos, obligarme a usarla.

Se levantó, divirtiéndose de lo lindo, y se atrevió a preguntar:

— ¿A quién vas a matar, a la tanga o a la que te hizo el regalo?

—A Coco, por supuesto, y seré una homicida.

Me mordí el labio inferior furiosa y, mordazmente, le pedí:

—Mira, en vez de burlarte, ayúdame. ¿Cómo se supone que camine? Se va a caer.

Tranquilamente se echó para atrás, sus hermosos ojos sonreían y, de repente, contestó:

—¿Te acuerdas de que te debía una y muy grande? Pues esa se quedó corta, tú

ahora me debes una colosal. ¿Cómo quieres que te auxilie?

Le repliqué fingiendo calma:

—Tú no eres un caballero, solo finges ser uno.

Levantó una ceja sin ningún indicio de haber herido sus sentimientos y, con una sonrisa encantadora, mientras jugaba con las cuentas entre sus dedos, dijo:

—Acéptalo, en esta situación, no hay manera de ser un caballero.

Por largo tiempo lo miré enfurecida. Posteriormente, me recargué en su brazo, suspirando metí cuidadosamente la mano bajo mi vestido y jalé la tanga, pasándola por la pierna y el tacón afilado de mi zapato; ya teniéndola en la mano, le expliqué mi dilema:

—No tengo cómo esconderla, mi abrigo y bolso están en el vestidor; si entro, alguien me detendrá dándose cuenta de que la llevo en la mano.

Así que, sin más, hice bolita mi prenda y la introduje en el bolsillo lateral de su saco, no sin antes advertirle:

—¡Si le dices a alguien, considérate hombre muerto!

Levantó una mano y con la otra se cruzó el corazón, estaba encantado con la situación.

—Muy gracioso, nos vemos en el estacionamiento, yo te busco para que me la devuelvas. ¡Entendiste!

—Ok... fuerte y claro.

Con pasos apresurados, él entró y comenzó a despedirse.

Dejé pasar un minuto y, dirigiéndome al vestidor, recogí mis pertenencias. Inmediatamente después, fui con los anfitriones a darles las gracias por sus atenciones y a los demás, desde lejos, les hice saber que me retiraba.

Fui al estacionamiento y encontré a Tsuki recargado en un auto que, por lógica, le pertenecía por la belleza y ostentación del mismo. Extendió su mano pidiéndome mis llaves, se las di, pues supuse que las quería para acompañarme al mío y abrirme la puerta por cortesía, pero para mi sorpresa las lanzó hacia un hombre, quien las atrapó al vuelo con una mano, después supe que era su chofer y guardaespaldas, indicándole que lo siguiera.

Abrió la puerta de su automóvil; yo, para ese momento, ya no tenía ganas de discutir y subí; lo único que quería era llegar a mi departamento. Me pidió mi dirección y puso en marcha el *Maserati Gran Turismo, MC Centennial, convertible sport* color rojo, impregnado por el aroma de un perfume exquisito.

De repente, clavó su mirada en la mía y comenzó a platicar.

—Permíteme demostrarte que soy un caballero en toda la extensión de la palabra.

Inesperadamente, su conversación tomó otro giro:

—¿Te importan mucho los títulos?, porque para mí simplemente sirven para el

trabajo y hace unos momentos te presentaste haciendo énfasis a que no tenías ninguno.

Su explicación me sorprendió; además de divertido y caballeroso, su carácter era sencillo a pesar de que pertenecía a una de las Casas más importantes.

—Francamente, no, pero por aquí parece que es de vida o muerte.

Él comentó con elegancia, característica que destacaba sobremanera en su persona:

—Es necesario pertenecer o aliarte a las Casas más prominentes si deseas sobrevivir en este círculo social.

Hizo una pequeña pausa y continuó:

—Pero, volviendo al principio, definitivamente no es mi estilo presentarme de una forma tan audaz y descortés: tocándole la pierna a una dama. Aunque, definitivamente, sí lo disfruté.

Se tornó en un hombre despreocupado, pero indudablemente sensual, y le contesté:

—Ese día no lo disfrutaste para nada, no mientas.

Comenzó a reír, la conversación se convirtió en algo poco usual en el entorno en que nos movíamos.

—Tienes razón, por supuesto que no, ya que no lo hice a propósito. Pero hoy sí es un día que disfruté.

Extendió su vaso para que tomara de él; en son de broma protesté:

—Ahora resulta que ofreces bebida para olvidar tu torpeza de aquella noche y mi desafortunado incidente.

Él aclaró:

—No tomo alcohol, es refresco, y no deseo que se olvide nada porque es de la forma en que te conocí primero, pero el segundo encuentro es memorable, ese momento no se borrará nunca.

Cambié el tema de forma radical:

—¿Por qué estabas molesto en la terraza?

Contestó muy serio:

—Porque me encontré con un idiota abogado. En la universidad, éramos los mejores amigos, pero por circunstancias, nos convertimos en rivales, y eso se queda corto.

Comenté mi forma de pensar:

—Es bueno estar enfadado, también te hace sentir vivo. Todas las emociones son buenas, sin ellas, la vida sería aburrida; yo pienso que de alguna manera eres libre de disfrutar cada una, aunque, por supuesto, prefiero las que te hacen sentir bien, para mí cuanto dure el sufrimiento o la alegría es opcional.

Sin quitar la vista del camino, pronunció:

—Interesante filosofía, la mayoría sólo quiere su bienestar, pero cuando sufren, se aferran a ese sentimiento.

—Malo para ellos, en vez de decidir disfrutar, sólo están preocupados por lo que poseen o les hace falta, convirtiéndose en esclavos de sus propios deseos o carencias. No hay manera de evitar sentir toda la gama de emociones; no quiero decir que me encante estar triste o enojada, pero ¡definitivamente creo que eres libre de decidir en qué momento se deben acabar las que te dañan y sentir o vivir todas las sensaciones que te agradan! Lo más importante para mí es el libre albedrío de ser y sentir lo que tú eres.

Me afirmo:

—En pocas palabras, amo la libertad y decidir sobre tu vida.

Inevitablemente, él cayó sobre esos pensamientos y se perdió en ellos.

Estábamos escuchando música clásica y, casualmente, el intérprete era amigo mío; entusiasmada, le conté:

—Es Terry Auberson, el famoso concertista, es uno de mis mejores amigos, siempre vamos a escuchar sus conciertos en Viena. Somos un grupo de amistades muy unidas y, sin falta, después de sus presentaciones nos reunimos todos sin parejas y nos ponemos al día con respecto a nuestras vidas, cenamos, cantamos, bailamos, bromeamos, nos criticamos y hasta nos damos consejos. Es muy placentero, ya que no siempre nos vemos.

Divertido por mi entusiasmo repentino, preguntó:

—¿Quiénes van?

No estaba muy segura si fue amabilidad o simplemente deseo de saber quiénes eran mis mejores amigos. No me importó decírselo:

—A lo mejor no los conoces, son Coco Fernozklis, Lucy Garruti, Amanda Lemonade, Jeff Egbert y Terry Auberson.

—Seguro que sí los conozco.

Lo contemplé incrédula, pero no entré en detalles. Llegamos a mi edificio, se estacionó en el lugar de visitas y descendió con movimientos lentos y precisos; siempre destilaba elegancia. Abrió mi puerta y me dio su mano helada para ayudarme a bajar. Mi auto estaba atrás, me acompañó a él para entregarme las llaves y su chofer entró al Maserati.

Se despidió inclinándose con una mirada juguetona; su mirada siempre me hacía sentir que me traspasaba y, a modo de despedida, cerró con la frase:

—Fue una velada increíble, espero que algún día pueda ser tu mejor amigo, mientras, me conformo con que de vez en vez me recuerdes.

Sin más, me dio un beso en el cuello. Subió rápidamente a su automóvil y se alejó.

Abrí mi departamento y, cuando encendí las luces, grité la madre de todos los gritos, ya que en el sofá estaba a oscuras mi novio. Yo ignoraba que había regresado de viaje; fue un gran susto para ambos, se levantó todo confundido y preguntó:

—¿Qué te sucede?

Lo miré sobresaltada y tomé un momento antes de proseguir:

—¿Por qué no me avisaste que llegabas hoy? No sabes lo inverosímil que sucedió esta noche y, para colmo, me metiste un susto del demonio.

Lentamente se acercó, dándome un abrazo muy cálido, y con paciencia indicó:

—Te extrañé y no te avisé porque regresé antes de lo previsto. Cálmate y cuéntame qué te sucedió.

Al recordar la situación comencé a enojarme, por lo tanto, no lo pensé bien y le conté tal cual lo sucedido, incluí con quién había estado, dónde escondí la tanga y, para colmo cerrando con broche de oro, le mencioné el beso en el cuello. Me di cuenta del grave error que cometí al ver cómo su mirada cambiaba; su cara se tornó roja, tuve la seguridad de que, si Tsuki estuviera frente a él, lo golpearía sin piedad; esa faceta nunca la había manifestado ante mí, lo cual sinceramente me atemorizó. Con voz temblorosa, proseguí:

—Vamos a calmarnos, realmente es una tontería.

Con furia no contenida, mientras los labios le temblaban de celos, me retó.

—¿Realmente te crees eso? Invirtamos los papeles, qué tal si me hubiera sucedido a mí, ¿cómo reaccionarías?

Molesta, y en un intento por corregir un error del que no tenía la culpa, pregunté:

—¿Un bóxer se puede romper y sus adornos caer por las piernas? No, ¿verdad?

Con cara incrédula, sin perder el enojo, gritó:

—¡Siempre haces las preguntas incorrectas!

Sin decir más, me besó en la frente y salió aprisa, no sin antes ordenar:

—¡Espérame, en un momento vuelvo!

DESTINO.

Nueva York, E.U.

Bajó por el elevador y salió a la calle marcando su celular; cuando contestaron escuchó:

—Buenas noches, Patrick Daubet, ¿en qué te puedo ayudar?

Era Tsuki.

El novio furioso comenzó una conversación nada cordial.

—Mira, pedazo de imbécil, si vuelves a besar a mi novia en el cuello, más bien,

en cualquier parte de su cuerpo, tus labios terminarán besando el piso con sabor a sangre. ¡No te le vuelvas a acercar!

La voz del otro lado se convirtió en una amenaza total.

—Eso estará por verse, por lo pronto, el único sabor que prevalece en mis labios es perfume de mujer y en cuanto a que no me le vuelva acercar, lo veo difícil, ya que está en las ligas mayores gracias a ti.

—Que te quede muy claro, ¡ella me pertenece!

—Creo que ella únicamente sabe que es tu novia.

—¿A ti qué te importa? Eso es entre ella y yo.

—No entiendo cómo puede andar contigo una mujer tan linda, divertida y espontánea; de verdad me das envidia. Lo triste es que ella no tiene ni la menor idea de que estás a punto de coartar su libertad. Te voy a dar dos consejos, el primero: que no se entere que es tu más preciada posesión. Y el segundo...

Con un tono feroz y brutal prosiguió:

—No me vuelvas a amenazar porque no tendré piedad de romper hasta el último hueso de tu cuerpo.

Sin cambiar su actitud, Patrick respondió:

—Guárdate tus consejos, a mí no me intimidas; te prevengo que la próxima vez, Vivian estará lejos de tu alcance.

—Nunca se sabe.

—Lo sabrás, tenlo por seguro. — Cortó la llamada.

VIVIAN LAUTREC.

Nueva York, E.U.

Ignorante de lo que sucedía en la calle, me puse cómoda y me serví un café; estaba muy nerviosa. Después de un rato, Patrick entró al departamento, sin decir ninguna palabra, comenzó a besarme con tensión. Esa noche por primera vez, en sus labios, se notaba una mezcla de ira, celos, amor y posesión.

DESTINO.

Nueva York, E.U.

En otra parte de la ciudad, Tsuki Gesshoku, al saber que había concluido la discusión con Patrick, aventaba su celular, al tablero del automóvil, con tal furia que se rompió; puso sus dedos en el puente de su nariz y lo apretó con fuerza mientras le indicaba a su chofer que le consiguiera un nuevo celular y que irían al gimnasio.

Estando en el recinto, comenzó a golpear con puños y pies el costal de entrenamiento de una forma realmente desenfrenada; las vendas de sus manos

tenían sangre. Después de una hora, escuchó a Rýu, su chofer, decirle de forma familiar:

—Aquí está tu teléfono nuevo. Sé que me contrataron para tu seguridad personal y fingir ser tu chofer; todos ustedes hacen lo mismo, pero en tu caso, no necesitas que te cuide las espaldas, desde niño dominas las artes marciales milenarias, gran error para un temperamento como el tuyo. Tú lo que necesitas es un contenedor para que no cometas una imprudencia. Y hace mucho que no te veía de esta forma.

Tsuki se detuvo lleno de sudor, recuperando el aliento.

—Pensé que sólo había una persona que me sacaba de mis casillas, ahora hay dos.

Tomó el celular, marcó un número y comenzó a dar órdenes:

—Prepare todo. Pasado mañana partimos... nos llevamos las pertenencias esenciales... por supuesto, incluya mi amado automóvil Ruby.

Colgó y siguió su conversación con Rýu:

—Necesito poner distancia de este continente lo más pronto posible, ya que el último encuentro con Ted Nerabder fue bastante intenso y además no entiendo por qué pierdo los estribos por culpa de una chica que apenas conozco.

VIVIAN LAUTREC.

Nueva York, E.U.

Por la mañana cuando desperté, Patrick no estaba. Encontré una nota que decía:

“Guapa, te espero en mi casa por la noche, viste de gala, tenemos un compromiso. Hoy tengo cosas muy importantes que hacer, por eso regresé antes de mi viaje. No te quise despertar. No olvides que te amo. Patrick”.

Preocupada, me dispuse a pasar el día entreteniéndome fuera de casa con mis amigas, con quienes desayunaba una vez por semana. Les conté los sucesos de la noche anterior y así transcurrió el día; sin darme cuenta, ya era hora de arreglarme para reunirme con Patrick. Pensé, por su nota, que estaba más tranquilo, así que lo tomé con calma. Ya en mi auto, recibí una llamada y, al contestar, escuché atónita que era ni más ni menos que Tsuki.

—Hola, hablaba porque sé que te generé problemas con tu noviecito. Ayer tuve una interesante conversación con él. No quise crear una contrariedad entre ustedes, no era la intención. Quiero ofrecerte una disculpa por el disgusto que causó mi reacción, pero por besarte el cuello y conocerte gracias a los accidentes

con tus hermosas piernas, por eso nunca me disculparé.

—No sé de qué estás hablando, pero de que tuve problemas, los tuve y de que me debes una disculpa por besarme el cuello, me la debes, ¡quieras o no! Así que piénsatelo bien, porque la próxima vez recibirás una buena bofetada de mi parte.

—Con ésta, van dos seguidas las amenazas contra mi físico de tu parte, —soltó una alegre risa—, valdrá la pena si cabe la posibilidad de verte una próxima vez.

Mi contestación fue mordaz y tajante:

—¡Mira que sí eres cínico! Por supuesto, no habrá otra próxima vez. ¿Entendiste? Tengo novio y estoy enamorada de él.

—Ok, ya no te enojés conmigo, no volverá a pasar. Una recomendación: tu novio es de doble filo; cuídate. Espero verte pronto.

No comenté nada, sólo me despedí cortantemente.

—Buenas noches.

Rhode Island, E.U.

Llegué un poco retrasada, entré al despacho por la puerta de atrás. En el centro del escritorio estaba un descomunal ramo de rosas blancas, junto a ellas estaba parado Patrick; me percaté que vestía un impecable traje negro de gala *Brioni*. Llevó su dedo índice a sus labios indicándome que no hablara, en la otra mano sostenía una caja negra con un listón plateado y rompió el silencio.

—Te amaré siempre como soy, te amaré como eres. Memorice cada sonrisa, expresión y sendero de tu cuerpo, aprendí cada palabra tuya y respeté el espacio donde te sumerges en tus pensamientos; lentamente comencé a leer tus intenciones e inquietudes y descubrí que no podré vivir sin ti, que no quiero vivir sin ti, ya que contigo estoy completo. Con la única verdad que poseo, te pido que seas mi esposa.

Abrió la caja de *Cartier* que contenía un anillo de compromiso con un diamante entrelazado con una esmeralda y, sutilmente tallado a un lado, el escudo de Casas de Castas apenas visible; me explicó:

—Este anillo ha pertenecido a mi familia por generaciones, es único y sería un honor que lo llevaras.

Mis pensamientos volaron a mil por hora; aún no estaba preparada para dar un paso de esta magnitud, pero lo amaba profundamente, así que mi contestación fue:

—¿No tienes dudas sobre esto, Patrick?

Sonrió iluminando la habitación, esa sonrisa que solo él podía tener y dijo con

delicadeza:

—Siempre haces las preguntas incorrectas.

No pude contenerme y mi respuesta fue irrevocable:

—¡Por supuesto que sí! Te amo con toda tu dualidad, lo que amo con mi corazón, y el tiempo no lo cambiará.

Se acercó tomándome de la mano y me puso el anillo. Acto seguido, me besó la frente y luego, en los labios. Posteriormente, con su sonrisa encantadora, comentó:

—Te juro que haré todo lo necesario para que siempre seas feliz. Si algún día siento que no lo estoy logrando, haré todo lo impensable para que tú nunca dejes de sonreír, aunque muera en el intento. Amor, así que te libero, de ti para mí no existe un siempre, de mí para ti *hay* promesas.

CAPITULO III

DOBLES PERSONALIDADES.

VIVIAN LAUTREC.

Nueva York, E.U.

Patrick me llevó a un restaurante donde se concentraba lo más selecto de Nueva York. Nos encontramos con amigos de ambos, a quienes citó para que festejaran nuestro compromiso. Yo no estaba muy conforme pues noté que lo tenía planeado con antelación. Mucho antes, de la propuesta matrimonial, y no me había dicho nada. Todos nos felicitaron muy contentos, en eso, Coco me dijo de forma muy discreta:

—Te lo advertí, espero que lo disfrutes. Hay muchas mujeres que ambicionarían estar en tu lugar suertuda, —soltó una carcajada y después muy seria, con un gesto me dio a entender que observara hacia otra mesa y comentó: —desde que entraste no te quita los ojos de encima, él se puso rígido y los miró con tanta dureza que casi saco mi gas pimienta, a pesar de que está guapísimo.

Bromeé con ella:

—Definitivamente, siempre disfruto estar con mi novio. Y tú me envidias.

Después, giré hacia donde indicaba, encontrándome con un joven que se apretaba el arco de su nariz. De pronto, dirigió su mirada azul turquesa clavándola en la mía, haciéndome sentir escalofrío, incliné mi cabeza a modo de saludo, él movió la suya desaprobando la situación.

Eludiéndolo, observé a Patrick quien conversaba sin percatarse de lo que sucedía a su alrededor.

Le comenté a Coco.

—¡No puede ser! Es el muchacho que me besó en el cuello y que tiene la tanga que me regalaste.

Ella murmuró:

—No es justo, Vivi, es tan guapo y le gustas. No mereces a hombres como ellos; no te envidio, ¡te odio!

Riendo, mientras bromeaba, la amenacé:

—No se te ocurra hacer tonterías contra esos hermosos ojos, además, me tiene que devolver mi tanga el cínico.

En el transcurso de la noche evité todo contacto visual con el chico asiático. Pasamos la noche de forma festiva, pero al pedir la cuenta, el mesero avisó que

ya estaba cubierta. Inmediatamente después, sentí cómo mi novio me apretaba con fuerza la mano mientras todo su cuerpo se alertaba; en ese momento, levanté la mirada y, parado frente a nosotros, se encontraba Tsuki con actitud de reto hacia Patrick y comenzó su charla:

—Permíteme invitarlos, aunque no es precisamente por una felicitación, sino por pura cortesía. Debo confesar que eres eficaz Patrick, sin embargo, tengo la duda si ella ya sabe los estatutos que debe enfrentar al integrarse a nuestro círculo privado, por ejemplo, en tu contrato prenupcial se especifica que ella, tendrá derecho de leerlo al momento de firmarlo y conocer algunas de las cláusulas, donde se manifiesta que la mayoría de sus actividades serán aceptadas o rechazada por la Casa de Castas. Es decir, decidirás casi todo, incluyendo situaciones tan complejas como la decisión de cuándo tener hijos o cosas tan simples como la ceremonia, que quedará a cargo de tu gente. En pocas palabras, Vivian pierde todos sus derechos y su libertad.

Patrick, de un salto, quedó cara a cara ante él, en forma desafiante.

—Gracias por la cena y la información. ¡Ahora lárgate! Me aseguraré de que recibas la invitación de nuestra boda, la cual también es pura cortesía.

En el restaurante se hizo un silencio espectral y en nuestra mesa todos estaban confundidos y atemorizados ya que los dos hombres se veían aterradores. Sin más, Tsuki se volvió hacia mí y me dijo:

—Debes estar siempre alerta y no lo olvides, —con una sonrisa despreocupada, prosiguió—, espero algún día ser tu amigo.

Guiñándome un ojo, me lanzó un beso y se tocó el cuello aludiendo al que me había dado; luego con desdén, le refirió a Patrick:

—Estaremos viéndonos, eso es inevitable ya que pertenecemos al mismo gremio, Daubet.

Salió sin voltear y mi prometido se sentó, disculpándose por perder el control; los demás comensales continuaron conversando, sin embargo, le pedí un minuto a solas y nos dirigimos a un privado. Consternada, lo enfrenté:

—Tal parece que esto no tiene nada que ver conmigo, es algo personal entre todos los caballeros que te rodean. Lo que sí me atañe es sobre el famoso contrato, ¿realmente existe? Y, ¿por qué no lo mencionaste antes?

Comencé a sentir náuseas, Patrick palideció y me miró con suma preocupación. Me dirigí rápidamente al baño; apenas llegué, mi estómago estaba tan revuelto que vomité. Al salir, la señorita encargada me dio un cepillo de dientes y una pasta dental; terminé de asearme y me senté en un sillón dentro del tocador. Tomé mi celular; en ese momento supe que debía tener un abogado a la altura del de la familia Daubet, así que, sin pensarlo, le marqué al Licenciado Ted Nerabder, quien contestó cortésmente. Empecé a hablar:

—Buenas noches, disculpe que le marque a su teléfono privado, pero en la tarjeta que me dio un amigo en común, Jeff Egbert, estaba el número. Mi nombre es Vivian Lautrec, no sé si me recuerda, soy la novia de Patrick Daubet y hoy nos comprometimos. También tuve el honor de que una persona que conozco, “*con toda gentileza*”, me leyera la cartilla de mis obligaciones futuras que, por cierto, yo desconocía en su totalidad. Me mencionó el contrato prenupcial, manifestando claramente que lo leería al momento de firmarlo. Por supuesto, estoy en total desacuerdo con ello, sin mencionar que estoy indefensa ante los abogados de mi prometido y quisiera saber si puede asignarme a uno de su bufete, pues tengo entendido que su firma también ejerce aquí en el país.

Hubo un breve silencio y escuché:

—Por supuesto que sé quién habla. No se preocupe, esperaba su llamada; Jeff mencionó que pronto se comunicaría conmigo, encargándomela mucho, pero, para ser sincero, era para otros asuntos... De ninguna manera la dejaré con un colega; resulta que estoy en la ciudad y la atenderé personalmente, dada la complejidad del caso, me parece lo más pertinente. La esperaré en dos días en el bufete a las 11:00 am; sólo le pido un favor: no mencione a nadie que soy su abogado. Será mi primera recomendación.

Para terminar la conversación con mi próximo abogado, me despedí:

—Se lo agradezco mucho y reitero mis disculpas por molestarlo a esta hora, seguiré su recomendación, nos vemos en su despacho. Buenas noches.

Él se despidió cortésmente.

TED NERABDER.
Nueva York, E.U.

Esa misma noche me encontraba cenando con Jeff, a quien le dije:

—Qué casualidad, hablábamos de tu amiga y fue ella la que llamó por el celular. Increíble, pero acabo de convertirme en su abogado para llevar su contrato prenupcial.

Lo puse al tanto resumiendo la plática. Jeff, asombrado, contestó:

—¡Cómo que se casa! Este Daubet siempre hace las cosas a su manera. Desde que la vio se obsesionó por ella, pero no quería acercársele; luego, me entero que son novios y, al cabo de un año, ya están comprometidos. Pues se va a dar contra el muro porque mi amiga no es nada sumisa, ella no se la va a dejar sencilla, aunque se case con él. De todas formas, yo siempre estaré cuidándole la espalda porque para mí es como una querida hermana.

Ted sonreía con una malicia que no pasó desapercibido para Jeff y contestó:

—Será muy interesante redactar el contrato de Lautrec contra Daubet. Lo voy a despedazar ya que conozco la sarta de estipulaciones absurdas y arcaicas que se le quieren imponer a esta señorita, pero ella resultó ser bastante inteligente para no dejarse manejar tomando precauciones y no acceder a ciegas en nombre del amor. Será muy divertido ver la cara de Patrick al enterarse que soy el abogado de su novia.

—No le veo la gracia, te advierto que esto no lo tomes personal. Recuerda que soy incondicional de ella y no estás exento de que, si haces algo mal, te las verás conmigo.

Ted, a través de sus largas pestañas, lo miró con desafío escalofriante y añadió:

—No me vuelvas a amenazar, eso me pone de muy mal humor y conoces las consecuencias si pierdo el control, pero no te preocupes, eres una buena persona y la ayudaré. ¿Más tranquilo?

Jeff sabía perfectamente de lo que hablaba, pero no se inmutó, asintió y terminó aclarándole:

—Tú también ya sabes de lo que soy capaz. Sólo protégela y estaré en deuda contigo.

VIVIAN LAUTREC.

Nueva York, E.U.

Cuando colgué los oídos se me habían tapado y realmente estaba mareada; recibí amablemente un vaso con agua y un poco de alcohol en gel. La misma señorita, me preguntó si debía avisarle a alguien en el restaurante, a lo que me negué rotundamente; en ese momento anunciaron que un joven estaba preguntando por mí. Armada de valor salí y me encontré a Patrick recargado en la pared con los ojos entrecerrados e intranquilo, pero al verme tan descompuesta, se acercó rápidamente.

—Vine a buscarte porque te tardabas y me inquieté, pero ahora que te veo, realmente estoy alarmado, estás tan pálida como un papel. Perdona todo lo sucedido, le pedí a nuestros amigos que se retiraran, ¿te encuentras bien?

Fue lo único que alcancé a escuchar antes de perder el conocimiento. Poco a poco, volví a recobrarlo. Patrick me llevaba entre sus brazos, al automóvil, todavía mareada y desorientada; preferí cerrar los ojos hasta que llegamos a mi departamento, que estaba más cerca que su casa. Ya en el interior de éste, comencé a argumentar sin levantar la voz, pero con un tono claramente fuera de control:

—¿Qué demonios haces, Patrick? Todo lo organizas a mis espaldas. Esta reunión

la hiciste para que todos se enteraran que hoy nos comprometíamos y ni siquiera me tomaste en cuenta. Por otro lado, estoy de acuerdo que exista tu dichoso contrato, pero no voy a firmar sin leerlo mucho antes y sin que lo revise un abogado; si no estás dispuesto, pues no hay boda, por mucho que te ame, ¿está claro? ¿Cómo es posible que no hablaras nada del contrato prenupcial?... De verdad... ¿realmente van a decidir por mí?

Terminé, él estaba parado inmóvil, su rostro no expresaba nada, así que proseguí:

—¿Esta vez piensas que hago las preguntas incorrectas?

Cuando comenzó a hablar lo hizo muy pausadamente, se notaba que le costaba mantenerse bajo control, entrecerró los ojos y manifestó:

—Vivian, definitivamente son las preguntas correctas. Lo siento mucho, de verdad quería que la cena con nuestros amigos fuera una sorpresa agradable para ti; jamás pensé que te molestaría o que sintieras que lo hacía a tus espaldas...

Sin dejar que terminara, le respondí indignada:

— ¡Pues lo lograste, fue toda una sorpresa y por supuesto que fue a mis espaldas!

Apretó su mandíbula lleno de ira y prosiguió:

—Te concedo la razón en que sólo por mí debiste haberte enterado acerca del contrato y de su contenido; te lo iba a contar más noche, pero ya ves, *tú amiguito* no perdió la oportunidad de decírtelo.

No tenía ganas de discutir eso, así que respondí:

—No es *mi amiguito*.

Antes de proseguir, exhaló una bocanada de aire y dijo:

—El viaje tuvo como finalidad presentarme ante tus padres y pedirles su autorización para casarnos. Fui a verlos, hablé con ellos y todo marchó bien. El otro asunto era recoger el anillo de la caja de seguridad en Suiza.

Pensó cómo proseguir y, con delicadeza, añadió:

—Y referente al contrato, busca el bufete de abogados que quieras y nos pondremos de acuerdo, lo que sucede es que hay muchas cláusulas imposibles de quitar, son decretos de familia, pero podemos mediar a través de nuestros representantes legales. Y sobre la organización de la boda, es más, sobre todo lo demás, por supuesto tienes carta abierta.

Prosiguió:

—Perdóname, estoy acostumbrado a tomar decisiones y no me doy cuenta de que te excluyo; en el futuro te diré con antelación las cosas, mi intención es protegerte.

Como todavía estaba muy mareada y comenzaba a dolerme la cabeza, agotada me senté. sin embargo, le comenté:

—No sé si eso me haga sentir más tranquila, se trata principalmente de ti. Tú

eres muy importante en mi vida, pero es insoportable, el que me trates como una niña por quien tienes que tomar decisiones, porque crees que no soy capaz de hacerlo; se supone que me conoces, sin embargo, te enfocas en lo que tú quieres. No va a funcionar, así que te propongo aplazar el compromiso.

Movió la cabeza con desesperación, indicando una negativa, en sus ojos reconocí una tristeza y dulzura real.

—¿Esto te pareció una tortura? No imaginas lo que es este mundo, es una constante guerra sin cuartel todo el tiempo, por eso nos preparan tan bien desde niños, para aguantar y triunfar, porque nuestras empresas y trabajadores dependen totalmente de la toma de decisiones de nuestra parte. Los Linajes de Casas estamos obligados a seguir al pie de la letra reglas familiares; si estás molesta por esto y por lo que yo omití, por estúpido, te entiendo. Eres lo más hermoso que he tenido en mi vida y te amo profundamente, casémonos. Y, si tienes dudas, permíteme diluirlas con el tiempo.

Le ofrecí una contrapropuesta:

—Vamos a hacer una cosa: desde hoy ya no trabajaré para ti; regresaré a la empresa familiar. Dejarás de ser mi tutor; únicamente serás mi novio, no interferirás para nada en mis asuntos. Por otro lado, me preguntarás acerca de todo lo que nos atañe antes de tomar cualquier decisión.

Ya más calmado, siguió escuchándome:

—Por supuesto que entiendo que la boda tiene que ser espectacular, no soy ignorante sobre etiquetas sociales. Y respecto al contrato prenupcial, también tengo que protegerme. Seguiremos comprometidos y cuando los abogados se pongan de acuerdo con los términos, pondremos fecha.

Hice una breve pausa y continué:

—De los arreglos de la boda, por supuesto, se hará cargo mi mamá, en conjunto con Amanda, ya que son las mejores en ese campo; te recuerdo que también es mi boda y tus organizadores de eventos, que se pongan de acuerdo con ellas.

Se sentó junto a mí y me abrazó; muy quedo al oído, susurró:

—Yo estoy indefenso sólo ante ti; será como tú quieras.

Me recargué en su pecho, con ambos brazos me rodeó y, suavemente, confesó:

—No tienes idea de cuánto te amo.

Más noche, le pedí estar a solas; con un beso, se retiró.

Jeff Egbert.
Nueva York, E.U.

En la mañana, Vivian, decidió ir a visitarme, porque quería preguntarme sobre los hombres con los que se estaba vinculando, puesto que yo los conocía a todos

muy bien y ella tenía muchas dudas. Me contó todo lo sucedido; me puse totalmente serio y, con preocupación, comencé a hablar:

—Yo te lo advertí, Vivi, Patrick no es bueno para ti; él está acostumbrado a hacer su voluntad y siempre tiene un dominio total sobre sí mismo. Es posesivo, inteligente, audaz, es una eminencia en los negocios, vive y respira para ellos, debes entender que, desde el momento de nuestro nacimiento, nos preparan para triunfar. Por eso, él tiene mucha más experiencia comparada a la tuya, en todos los sentidos. Ahora, asevero, ¡definitivamente está enamorado de ti! Jamás lo había visto ser considerado y, mucho menos, tener una relación formal. Me sorprendió su petición para ser tu esposo y ceder en casi todo, pero ten presente de que eso no significa que pueda cambiar. Lo que pretende en realidad es que tú cambies y que con el tiempo te acoples a sus necesidades y deseos, lo cual es totalmente egoísta, pero él es así.

La tomé de la mano y, hablando con un destello de advertencia, le dije:

—Está acostumbrado a ganar, invariablemente. Por lo visto, tú eres lo que valora y ama irremediamente y no tiene ninguna duda sobre ello. Imagina, si por alguna razón sintiera que tiene que privarse de ti, lo cual le aterra, creo que, por primera vez perdería el control de sus acciones. Sin querer, te convertiste en su “*talón de Aquiles*”.

Ella, rápidamente, lo justificó:

—No creo que sea egoísta, estoy segura de que quiere lo mejor para mí. Ha puesto todo de su parte para que funcione lo nuestro y, además, se preocupó por enseñarme y que prosperara en mi carrera; tú mismo lo estás diciendo, él me ama de verdad y ha cambiado.

No quise refutar más.

—Piensa lo que quieras, Vivi, pero ten mucha cautela; de todas formas, estaré siempre de tu lado.

Comenzó a hacer preguntas acerca de los otros implicados ya que quería saber con quienes se estaba involucrando:

—¿Qué piensas de Tsuki Gesshoku?

Sin pensarlo mucho, comencé a describirlo:

—Él es un caso aparte, es un prodigio, ni lo dudes. Es sumamente creativo e innovador, además, maneja todas las formalidades y finanzas con una intrepidez y exactitud impresionantes. Cuenta con una honorabilidad inquebrantable, es leal y justo. Es todo lo contrario a Daubet, no vive para los negocios, él vive por los negocios; es como él canaliza su adrenalina y se divierte haciéndolos. Además, está consciente de que es el sucesor del imperio de su familia, lo cual honra, pero no le generan ninguna gracia sus títulos. Es sumamente rebelde, las reglas no son lo suyo, respeta la mayoría de éstas, pero le importa poco romper con

estereotipos, si lo considera importante, y no le interesa si con ello afecta su prestigio o el de terceros. Basta que lo desafíen para obtener una respuesta precisa e inmediata; no mide las consecuencias, se lleva a quien sea en un abrir y cerrar de ojos.

Ella sólo pudo añadir:

—Sé que es muy rebelde, pero también muy alegre. Por cierto, ya pagué algunas de las consecuencias por su causa, pero me da la impresión de que es el más normal de todos.

Impaciente, la interrumpí:

—No te confundas Vivi, es tan peligroso o más que tu prometido; corrijo: ¡él es implacable y devastador si se lo propone! Es como si por sus venas corriera nitroglicerina, o sea, explosivo de alta potencia contenida en su cuerpo, sólo conozco a otra persona con esta característica, pero con dinamita pura corriendo por su sangre, se llama Ted Nerabder y son enemigos acérrimos desde la universidad.

Entonces, me preguntó por el otro integrante: Ted.

Mientras tomaba un poco de aire, reflexioné la respuesta.

—Bueno, él se parece a Tsuki en muchas cosas, es igual de peligroso y violento, por eso se aconseja que nunca se atrevan a retarlo, también si se lo propone aniquila en una fracción de segundo. Es un genio en casi todo, por no caer en la exageración, sólo que él es más calculador y frío. Posee un mando por herencia, pero respeta las reglas de etiqueta de su Casa, sobre todo por su antiguo linaje, como buen inglés; las demás, si es necesario, las pasa por alto. Controla muy bien su rebeldía natural y cuida mucho su imagen, es sumamente correcto y educado. Es tan leal y justo como su enemigo Tsuki Gesshoku, para que te quede más claro: él es de la Nobleza Británica.

Asombrada, me cuestionó:

—¿Qué sucede con todos ellos? Tú eres parte de ese gremio y no eres así.

Cuando terminó esta oración, noté que, por primera vez se dio cuenta que por supuesto, yo era uno de ellos. Sin dudar empezó a describirme:

—En efecto, ¡sin duda tú eres uno de ellos! Un hombre alemán sumamente inteligente, un genio; manejas a la perfección la Física y las Matemáticas; eres Químico Farmacobiólogo, especializado en genética. Perteneces a una de las familias con más prestigio y poder en el mundo. Recuerdo que siempre, desde niño, nos defendías a mis amigas y a mí sin interesarte si salías bien librado en las peleas, lo que rara vez sucedía; de una u otra manera vengaba las ofensas que nos hicieran.

Todos nosotros cursamos los estudios en las mismas escuelas; ya en la universidad nos separamos por el tipo de carreras que cada uno eligió, pero

nunca perdimos contacto.

Proseguí, al darme cuenta de que sus recuerdos la habían asombrado.

—Yo poseo algunas características de ellos, ciertamente. Para que me entiendas, los más nocivos e influyentes con los que se pueda enfrentar cualquiera, en forma directa o a través de sus linajes y empresas, somos cinco: Patrick Daubet, de la Casa de Castas; Tsuki Gesshoku, de la Casa Kizoku; Ted Nerabder, de la Casa Magna; Darío Fawaz, de la Casa Kunya, y, desde luego, tu servidor, Jeff Egbert, de la Casa Eisenbergiron. Todos nos cuidamos y hay otros cinco de menor linaje que el nuestro. Ellos nos protegen como aliados, pero no significa que todos seamos amigos; es supervivencia. Tú creciste conmigo, por eso no me veías de esa forma.

Percibí que, lejos de apaciguar sus miedos y dudas, estaba más inquieta.

Vivian, saliendo de sus pensamientos comentó:

—Hoy, me doy cuenta de que conozco a todos los mencionados: Tú eres mi mejor amigo desde la niñez, está mi futuro marido, también está el chico que me hechiza con sus ojos y alegría, el siguiente integrante me ofreció su amistad amablemente y con el último tendré una cita para convertirse en mi abogado. — En ese momento ella ignoraba que serían mucho más que eso.

Su intuición lo notó desde el principio, es más, nosotros mismos se lo manifestamos todo el tiempo en comentarios, pláticas y directamente, ¡no nos quiso escuchar!

VIVIAN LAUTREC.

Nueva York, E.U.

Llegué puntualmente a la cita con el abogado Ted Nerabder que me esperaba. Inmediatamente que lo miré noté su porte natural y confirmé nuevamente su gallardía. Sorprendida, pensé: *“No es de dios que estos hombres sean más hermosos y perfectos que cualquier mujer u hombre que yo haya conocido”*, a continuación, le sonreí extendiendo mi mano para saludarlo; con seriedad me invitó a sentarme.

—La escucho con toda atención.

—Básicamente, se lo comenté por teléfono, necesito que lea los términos que me exigen y amortigüe los daños o los ponga a mi favor, protegiéndome. No tengo ninguna intención de convertirme en una marioneta por costumbres con las que no comulgo. Deseo que se ponga de acuerdo con ellos.

A través de sus espesas pestañas, sus ojos azul traslúcidos se llenaron de interés y añadió:

—Sé cuáles son los términos de la Casa de Castas; mi firma hace tiempo atrás los creó para ellos y las demás Casas de Linajes, así que quedará protegida. Pero debo serle sincero, creamos esos estatutos sin ninguna laguna legal o muy pocas; habrá algunos puntos que podamos ponerlos a su favor, pero hay otros establecidos que son intocables, sin concesiones ni excepciones. La mayoría de las Casas de esa magnitud tiene esas reglas, sin embargo, podemos negociar algunas. Le advierto que no será fácil.

Contesté, llena de ironía:

—Ilústreme y ya veremos qué pienso.

Levantó las cejas y, sonriendo delicadamente, opinó:

—¡Tiene su carácter, señorita Lautrec! —Prosiguió, sin esperar una respuesta mía.

—Bueno, una de las cláusulas que más puede afectarle y no hay concesión sobre ella por ninguna Casa, pues está presente en todas, indica que, como heredero y descendiente de su familia, Daubet está obligado a tener un sucesor o varios de su sangre. En caso de que sucediera un accidente o cualquier desafortunado evento y él quedara imposibilitado con la paternidad, se le exige que congele espermatozoides y a usted que done óvulos. Si se presentase el caso, se procedería con reproducción asistida y que, de esta forma, quede asegurado el linaje, por supuesto, si usted es estéril o padece algún indicio de tener genes con problemas, no podrá casarse con él. Como ya le comenté, es una regla dentro de este tipo de familias.

Me quedé petrificada y, sin pensarlo, lo juzgué a él y a todos los demás.

—¿Cómo es posible que se crean tan omnipotentes y sientan que ninguna mortal los merece? Realmente todos ustedes son una mierda con sus linajes y sus prejuicios, ustedes no sólo generaron esas reglas, sino que las aprueban sin inmutarse... pobres de sus madres y mujeres, me dan lástima.

Definitivamente, no esperaba una confrontación tan directa, se recargó en su sillón y me fulminó a través de sus ojos; a estas alturas ya no me daban miedo esas reacciones, ya que las había visto anteriormente, con otras caras y otros nombres, pero con la misma ferocidad; además, estaba sobre aviso del carácter de mi abogado.

—Le recuerdo, señorita Vivian, que es muy probable que se convierta en una de ellas: en una de esas damas que le inspiran tanta lástima.

Enfadada, le especificué:

—¡En ninguna circunstancia lo permitiré! Es más, esa es la primera exigencia que peleará a mi nombre; por supuesto, si es que desea llevar el caso, ya que me imagino que usted tiene los mismos preceptos o parecidos y, si se saben los cambios a mi favor, le pueden afectar en un futuro a cualquiera de ustedes.

Entendería perfectamente que usted no aceptara.

Esperé una respuesta, como no hubo tal, proseguí:

—Primera condición: La Casa de Castas no tiene injerencia sobre ningún acto o decisión sobre mi vida o comportamiento personal, social, o profesional.

Segunda condición: Mi persona no donará a su Casa, será él quien me done sus espermatozoides. Por mi parte, congelaré óvulos fértiles, ambos serán llevados al laboratorio que elija mi especialista. La Casa de Castas no tendrá intromisión sobre ellos, me comprometo a que, si la situación lo amerita, se utilizarán con el fin de tener los sucesores deseados por los interesados.

Tercera condición: De los bienes privados de mi futuro marido y sus acciones en las empresas, él tendrá que otorgar un porcentaje del 50% que se dividirá equitativamente entre cada hijo que nazca de forma natural o por reproducción asistida. Y su tutela estará bajo mi supervisión hasta que considere que están preparados para asumir sus responsabilidades en los negocios. De igual manera, su educación será de mutuo acuerdo.

Cuarta condición: Cedo todo derecho a su fortuna personal y de sus compañías, incluso a su título, sin derecho a pensión o indemnización alguna en caso de divorcio, pero si el matrimonio está vigente y, por desgracia, mi marido fallece o pierde la capacidad de tomar decisiones, seré la única heredera de sus bienes. Tomando el control total de la Casa de Castas.

Y, por último: Si cualquiera de las partes comete infidelidad, automáticamente se anula el matrimonio. En caso de que yo sea la ofendida, me quedaré con la custodia de los hijos que se hayan consumado, ellos no perderán sus legítimos privilegios, ningún beneficio ni herencia por parte de la Casa de Castas. Tampoco se le quitará derechos a su progenitor, sin embargo, la decisión sobre la educación de los menores, así como dónde vivirán, será exclusiva por parte mía. En su defecto, si yo soy la que comete la ofensa, no pierdo ningún derecho sobre mis hijos, pero sí sobre los bienes y linaje que se me otorgan como esposa; de igual manera si el afectado desea la anulación o divorcio, será aceptado por ambas partes.

Con más calma proseguí:

—Todo esto es para empezar, pero en caso de no llegar a un acuerdo, por favor redacte otra propuesta con base a vivir en Unión Libre. —Esto lo dije sin tomar ninguna pausa.

Cuando terminé me di cuenta de que realmente él estaba atónito por mis

palabras; guardó silencio para reponerse de lo que estaba escuchando, tomó un sorbo de agua de su escritorio y, con voz aturdida, enfatizó:

—*¡Y yo pensaba que nosotros éramos los peligrosos!* No entiendo para qué quiere un abogado que la defienda. Creo que usted sola sabe perfectamente cómo hacerlo.

Prosiguió con profesionalismo:

—Trabajaré sobre sus intereses afinándolos y peleando por ellos ya que no está rompiendo los estatutos del contrato prenupcial, sólo los modifica. Creo que podremos hacer tratos interesantes con el Licenciado Daubet y sus abogados. No le prometo que ganemos o cedan con facilidad a sus condiciones, pero son razonables, así que soy optimista sobre los resultados. Realmente la felicito, es usted una mujer con mucha integridad e inteligencia.

Con una sonrisa, que a mi parecer estaba fuera de lugar por la malicia implícita, prosiguió:

—Si me permite un comentario personal, no lo tome a mal, ya comienzo a dudar si Patrick sabe con quién se está casando.

Continuó su análisis sin hacer pausa.

—Está claro, que no va por su fortuna, ni prestigio, lo cual habla muy bien de usted, pero de que la manipule no lo veo nada factible; acostumbrado a controlar a todas sus relaciones y personas que lo rodean, le será muy difícil seguirle el paso a usted, de hecho, me incluyo. Tengo mucho interés en ser su abogado.

A continuación, mencionó sus honorarios que eran verdaderamente altísimos, pero como sabía que era el mejor, estaba conforme. Me dio a leer su contrato y, posteriormente, lo firmamos. Me comentó que concertara una cita con mi prometido y sus abogados y que lo mejor es que llegáramos juntos. La contienda comenzaría en las oficinas de ellos, apuntó que quizá el proceso de conciliación fuera a largo plazo, pero dependería totalmente de Patrick.

Al finalizar, me comunicó que, ante cualquier duda estaríamos en contacto; nos despedimos.

Antes de salir alcancé a escuchar las palabras de reflexión de mi abogado, quien se quedó en su despacho ensimismado en sus pensamientos que, a mi parecer, brincaban entre mi personalidad y la de mi novio, y en voz alta pensó:

—Realmente, no estaba nada equivocado con respecto a que este caso; será muy interesante: Lautrec contra Daubet. La única solución que hay es que uno de los dos cediera; la pregunta es: ¿quién será?

Al salir de ahí, yo tenía la esperanza de que Patrick se convenciera de aceptar los cambios, pero lo dudaba mucho.

Más tarde, fui al despacho de Patrick quien se puso muy contento de verme; renuente a tocar el tema, tuve que hacerlo.

—Por cierto, vengo de hablar con mi abogado y quisiera que nos reuniéramos para terminar, de una vez por todas, con este asunto.

—Me parece perfecto, de esa forma podrán leer el contrato y comenzar a trabajar sobre tus propuestas y cambios que sean posibles.

Por supuesto, no le comenté que traería una contrapropuesta realizada, ya que Ted conocía perfectamente el contenido del contrato que, con tanto misterio, Patrick retenía. Quedamos que en dos semanas se concretaría la reunión.

Me despedí, ya que tenía una reunión para un negocio de suministrar envíos, en el país de Dubái, a una de las cadenas hoteleras más importantes del mundo.

Estaba en mi oficina y me anunciaron la llegada de los representantes de la cadena hotelera; pedí que los pasaran a la sala de juntas y se reunieran ahí mis colaboradores. Cuando llegué y me percaté de la imponente personalidad que me esperaba, realmente quedé pasmada. Era ni más ni menos que el mismísimo dueño de la Casa Kunya: Darío Fawaz. Al verme, sus ojos expresivos no dejaban de estudiarme; se levantó y, tomándome por sorpresa, me saludó de beso en la mejilla. Sonriendo, comentó:

—Me da mucho gusto volverte a ver, por cierto, te felicito por tu reciente compromiso y por tu trayectoria en estos últimos meses; te comenté que no te perdería de vista y que estás bajo mi custodia. Estoy convencido de que será un deleite hacer negocios contigo.

La impresión que dio fue de un hombre muy cortés. Recordé el día que se enfrentó a Patrick, pero todos ellos se llevaban igual, sus rencillas no eran mi problema, así que no le di importancia, pero yo lo percibí muy amable y me generó confianza.

Comenzamos a hablar del proyecto, su cara brillaba de emoción por hacer negocios con mi compañía, cosa que debería ser, al contrario. Realmente me impresionó, me trató como viejos amigos. Al terminar la reunión, me invitó a comer en un restaurante, comentando que era el único lugar donde nos podían ver, *para cuidar mi reputación*; no comprendí muy bien de qué hablaba, pero yo se lo agradecí y quedó concertada la cita.

Cuando terminamos la junta, Darío dejó mi oficina con una sonrisa; los que lo conocían manifestaron que nunca se comportaba de esa manera, que era frío y déspota. Sólo bromeé, refiriéndoles que era porque ellos le tenían miedo; uno de ellos me dijo: *todos le tienen miedo, es un tiburón para los negocios*. Y seguimos nuestras labores.

Rhode Island, E.U.

Fui directamente a casa de Patrick quien estaba muy concentrado trabajando; lo besé y sólo me sonrió, continuando con sus cosas. Le comencé a platicar mi día, mientras me quitaba los tacones. Sospechaba que se pondría de muy mal humor con lo de Darío, pero igual se enteraría; lo mejor sería que lo supiera por mí.

—Hoy tuve una junta muy importante sobre una cadena de hoteles; el proyecto es construir uno y que todo el material de construcción lo transportará mi compañía.

—Qué bien amor, — respondió, sin quitar la vista de su computadora.

Proseguí con mucha cautela:

—El socio mayoritario fue muy accesible y amistoso, tú lo conoces; quedamos de comer en un restaurante cercano a *Central Park*.

Él me ignoraba, así que seguí mi conversación sin dejar de observarlo.

—Me felicitó por nuestro compromiso; curiosamente, quienes lo han tratado, comentaron cosas desagradables de él.

Con poca atención, comentó:

—Por algo ha de ser.

Prosiguió con lo suyo; yo mantuve la plática como si no fuera relevante.

—Será uno de los hoteles más lujosos del lugar... Tendré que ver a mi cliente en su país para cerrar el trato... Está en Dubái, por cierto, su nombre es Darío Fawaz.

Todavía no terminaba de decirle el nombre completo cuando Patrick subir su mirada sobre su computadora y, acto seguido, cerró los ojos llevándose las manos a sus sienes. Yo también cerré los míos, la veía venir. Para cuando me atreví a abrirlos estaba junto a mí, tenía esa expresión de querer matar alguien; supe que desencadenaría una discusión.

—Dime que es una broma de mal gusto, por favor.

—Por supuesto que no lo es.

—No entiendo cómo te puedes relacionar con las personas equivocadas con tanta facilidad.

Me defendí.

—Yo desconocía que trataría con él y por lo que entiendo, también le sucedió lo mismo a él, quien comentó que sus asesores le recomendaron nuestra compañía... y la verdad, es un excelente contrato para nosotros.

Muy convencido, me dijo:

—Para ser sincero, es de lo peor que me puedes decir; sé que nada puedo hacer al respecto, pero ten por seguro que no fue casual, debió tenerlo todo perfectamente planeado.

—Tú estás paranoico, ves cosas malas en todo.

—La que no lo conoce eres tú, recuerda cuando te conoció, me aclaró que en cualquier momento entraría en escena.

—Todo siempre se trata de ti y las malas relaciones entre ustedes; yo no tengo nada que ver.

Desesperado, me recriminó:

—Todo tiene que ver contigo. Perdí el control desde que me enamoré de ti y ellos lo saben; todo lo hacen para inquietarme. Vivian, o es para eso o porque tú vas en una subida vertiginosa a pasos acelerados; por lo que entiendo es por ambas razones. No permitiré que viajes sola con ese mafioso.

—¡Ahora resulta que es mafioso!

La ira destilaba por todo su cuerpo, rápidamente añadí:

—Es una idea magnífica, me encantaría que fueras conmigo, así podríamos disfrutar el lugar juntos.

No me dejó ni terminar:

—Por supuesto que iré contigo, además, para ese entonces estaremos casados y será claro que eres mía.

—¿Qué significa eso? Casada o no, tienes que tenerme confianza; viajaré mucho y no siempre podrás acompañarme... en todo caso, la que debería estar preocupada soy yo. Tu reputación no es muy buena y no es por nada, pero eres guapísimo y las mujeres se te resbalan a lo descarado.

—No cambies las cosas; ese tipo es nefasto.

—Mira, no te preocupes, no pasará nada malo. Entiende, son negocios. Y si se da una amistad, mejor para ti; a ver si ya se quitan de rivalidades.

Se dirigió hacia la cantina y derramó sobre su cabeza y ropa una botella de agua. Con rabia levantó su tono de voz:

—Mi mayor problema y preocupación se sintetiza en ti. — Dijo, sacudiéndose el cabello y salpicando todo a su alrededor.

Molesta, le contesté, no sin dejar de pensar que era atractivo:

—Bueno, así son los acontecimientos, ni modo.

Acto seguido me lancé a sus brazos, besándolo. Indeciso por si debía seguir molesto o no, me atrajo a él. Calmando su enojo, me subió al mueble con un movimiento ágil y continuó el beso que le daba. Fue una experiencia hermosa la que sucedió esa tarde, por supuesto, me quedé todo el fin de semana en su casa.

CAPÍTULO IV

CONTRATOS.

VIVIAN LAUTREC.
Nueva York, E.U.

Las siguientes semanas transcurrieron sin incidentes, hasta que llegó el día de la reunión.

Cuando mi abogado, pasó por mí para asistir a las oficinas de mi prometido, los nervios me atacaron; detrás de sus largas y espesas pestañas, me analizaba y dijo para calmarme:

—No se preocupe, estaré a su lado; déjeme hablar sólo a mí, así son estos procesos.

Le respondí:

—No lo tome a mal, pero usted concéntrese en el caso, ya sé lo que tengo que hacer, muchas gracias por su preocupación.

Entramos a la sala de juntas e inmediatamente adquirí un control total sobre mis emociones, lo cual no pasó desapercibido por mi acompañante. Nos sentamos, posteriormente, entró el mejor abogado de la compañía y detrás de él, Patrick, excesivamente serio y dominando su ansiedad. El impacto de ver quién era mi

abogado lo reprimió con una entereza sorprendente. Comenzaron a leer el contrato de la Casa de Castas, al terminar, Ted indicó las cláusulas con las que estaba de acuerdo y, con un simple, *sin embargo*, estipuló los cambios y propuestas en términos legales de las mías. Al finalizar, observé a mi prometido que entrecerró los ojos. Su abogado, estupefacto, aclaró que no habría cambios en ninguna circunstancia; Ted les dio un nuevo contrato aclarándoles que, si no se modificaban los términos que les proponíamos, había otra propuesta que quizá les interesara. Se trataba del régimen basado en Sociedad de Convivencia con otras circunscripciones similares. Patrick aparentemente no perdió el aplomo, pero en cuanto sonrió, supe que lo de la Unión Libre lo había devastado; se inclinó levemente hacia su defensor y le murmuró unas palabras que no percibí. A continuación, su abogado, dirigiéndose al mío, añadió:

—Mi cliente está dispuesto a aceptar sus modificaciones, sólo desea que se cambie la parte en donde su representada manifiesta no desear nada económico... insistimos que la Señorita Lautrec obtenga el cincuenta por ciento de los bienes personales del Licenciado Daubet, quien desea resguardar la seguridad financiera de su prometida, previniendo cualquier imprevisto en el futuro. Solicitamos que cada tres años se revise el contrato y en caso de desear por parte de cualquiera de los cónyuges modificaciones en éste, se realicen de mutuo acuerdo. Y la más importante, en donde no habrá permuta, es que en tres años la Señorita Lautrec tenga al primogénito de su futuro marido.

Ted habló a mí oído aclarándome que, de alguna manera, Patrick ganaba al decretar el embarazo en el tiempo manifestado, resolviendo el fastidioso asunto de las sucesiones que exigía su Casa de Castas y sus socios. Nosotros ganábamos al obtener total independencia y libre albedrío sobre mi persona; indicando que era mucho más de lo que él pensaba que obtuviéramos; me exhortó a que aceptara. Sólo asentí. En ese momento vibró mi celular, recibiendo un texto de Patrick; extrañada, ya que nunca noté que sacara el suyo, intuí que mensajeó desde su bolsillo, lo leí.

[Estoy indefenso sólo ante ti, no cabe duda, *que el alumno supera al maestro*. Nunca olvides que te amo, Patrick].

Apagué mi celular. Estaba inmóvil e inexpresivo, sólo concluyó:

—*Bueno, fue un placer estar de acuerdo con usted; lo demás, se los dejamos a nuestros abogados.*

Se puso de pie y, fulminando a Ted con la mirada, se retiró. Inmediatamente, con sonrisa de triunfo, mi abogado me tomó del brazo, prácticamente obligándome a salir, no sin antes ponerse de acuerdo con su colega acerca de la fecha de las firmas.

En el *Cadillac CT6* de Ted ya no pude más, mis nervios estallaron.

—Nunca pensé que una boda, en este círculo social, fuera tan compleja.

Comenzaron a temblarme las piernas de enojo; mi acompañante me dio un consejo.

—Ponga su cabeza sobre sus piernas y abrácelas, trate de respirar pausadamente.

Hice lo que me indicó y sentí un poco de tranquilidad, continuó:

—Ahora, recárguese en el asiento con la cara hacia arriba y los ojos cerrados; mantenga sus pensamientos en calma. En lo personal, la mayoría de las veces me resulta y si no, pues practico otras técnicas, que no creo que a usted le convengan.

Sonreía muy jovialmente, divertido por la rabieta que acababa de presenciar; molesta le contesté:

—Olvide lo que acaba de presenciar, es que todo esto es tan absurdo, se comportó como cuando realiza negocios... Y por favor, háblame de forma informal, dejemos las formalidades para los asuntos legales.

Ted comentó:

—Es un negocio personal, por decirlo de alguna manera. ¿Me aceptarías una invitación a comer para festejar? Además, te haría bien alimentarte para calmar tu estómago revuelto, hasta aquí escucho la sinfónica que tienes.

Me di cuenta de que tenía razón, mi estómago producía toda una serie de ruidos vergonzosos.

—Me parece bien, pero nada pesado, —y para que no fuera tan bochornoso bromeé: —Me encanta mi estómago, la verdad lo detesto.

Fuimos a un restaurante con terrazas muy agradable. Mientras comíamos y tomábamos café, platicamos de su niñez, de sus padres y amigos e igualmente, yo le conté de mi vida y mis proyectos. Nos mostramos fotos, en los celulares, de familiares, amigos, viajes; varias veces las mías le parecieron graciosas y francamente tenía razón. En el transcurso de la tarde me percaté que, tras su frialdad, era muy cálido y amigable; nos divertíamos con anécdotas simpáticas. En eso, por reír tanto, mi silla se balanceó y casi caigo de ella; le dije riendo:

—Deberías ver tu cara de pena, eres muy rígido.

Se convirtió en una tarde muy amena.

En absoluto imaginé que, la persona que me había descrito Jeff fuera el mismo que tenía delante de mí, nada que ver; pero no perdía mi objetividad, sabía que todos ellos tenían *una doble personalidad*. Eso sí me quedaba bien claro.

Cuando nos despedimos, quise pedir un taxi, pero Ted se ofreció a llevarme a casa; cortésmente me negué ya que era consciente de que Patrick estaría

esperándome y yo no tenía ni la menor idea en qué estado de ánimo lo encontraría. No insistió, pero me solicitó muy cautelosamente.

—Si no lo tomas a mal, me encantaría que fuéramos amigos, eres una persona muy agradable. Al principio, por ser la novia de Daubet, pensé que serías tan pesada como él o una mujer como la mayoría de las que conocemos, muy sintética y hueca, por decirlo de manera elegante. Pero resultaste muy divertida, inteligente y generas un entorno de calma y confianza que gente como nosotros, necesitamos para convencernos que aún tenemos algo de *normales*. Claro, si no te produce problemas con tu prometido y tú lo deseas.

Ciertamente, me tomó por sorpresa su propuesta de amistad; a pesar de que era consciente que poca gracia le haría a mi novio, le contesté:

—Por supuesto. Tú también cambiaste la impresión que tenía de ti, no eres un “*aboganster*” glacial e insensible como dicen; a mí también me caíste muy bien, por eso no hay que fiarse de las apariencias, sin constatarlo personalmente.

Su expresión cambió y, atinó a decirme, con voz de advertencia:

—La mayoría de lo que dicen de mí es totalmente cierto, pero con mis seres queridos y amistades, por supuesto, no soy tan desagradable.

Su rostro tenía un destello de prevención, prosiguió su plática:

—Por favor, nunca bajas la guardia; por tu bien.

No supe si me lo decía a mí o a él mismo, sin embargo, sonreí, ya que todos ellos a mi parecer estaban locos y me acostumbraba rápidamente a *sus mensajes entre líneas*.

—No te preocupes, desde hace tiempo siempre estoy alerta, pero por lo regular confío en mis instintos, nos vemos después.

Me despedí con un beso en su mejilla, me dio la impresión de que algo lo puso tenso, pero me volvió a ofrecer su auto con chofer para que me llevara, argumentando que no hacerlo sería una descortesía de su parte y que, además le agradaba caminar mientras llegaba otro chofer por él; no pude negarme.

Cuando entré a mi departamento, sólo escuché:

—Prefiero no hacer ningún comentario sobre tu elección de abogado, pero, por una parte, te buscaste al mejor y, por otra, de todos tenías que elegir a ese cretino. A veces no sé si en realidad te encanta hacerme rabiar. Te relacionas con las personas que durante todo este tiempo he tratado de que permanezcan lejos de ti.

En tono irónico, arremetí:

—Menos mal que no harías ningún comentario sobre mi abogado. Y, por supuesto, te ves tan lindo enojado, es encantador lidiar con esa parte de ti.

Solté una risa y le bailé alrededor; era una manía que tenía desde pequeña cuando me emocionaba y, como estaba contenta de que estuviera de tan buen humor y no generara un pleito por lo ocurrido, en la tarde dispuse que asistiéramos al teatro y terminar con el asunto por hoy.

CAPITULO V

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS CABALLEROS.

DARÍO FAWAZ.
Nueva York, E.U.

Sentado en mi mesa favorita tras un cristal que me aislaba del resto de los comensales, pero con una vista panorámica, esperaba a la señorita Lautrec con mucho interés. Pensé un poco en mi persona; soy un jeque árabe, prestigiado hombre de negocios, dueño de múltiples pozos petrolíferos y refinerías; uno de mis hobbies es hacer hoteles de lujo, pero mi mayor poder radica en manejar la información y hackear las mismas de un modo ilegal. Tengo toda una red de espionaje, ya que la información es vital para manejar los datos que me sean útiles, personales y con mis negocios, para mantener al margen a los contrincantes. Sé perfectamente que todos nosotros lo hacemos, pero yo soy el mejor en este campo. Poseo una intuición perfecta y sé que esta chica será uno de nosotros, pero con su propio sello. Me encantará ser su aliado, ya que ella está impresionando de manera inusual a todo el gremio y que, sin percatarse, ha comenzado una vez más a generar pugna entre nuestro círculo social.

Mis pensamientos se interrumpieron al verla entrar con aire juvenil y despreocupado, pero elegante, con su vestido blanco y altos tacones. Poseía una seguridad apabullante. En ese momento entendí por qué Daubet se enamoró de la muñequita: estatura promedio como 1.70 cm, un cuerpo perfectamente proporcionado, sus ojos penetrantes e inquisidores, su cabello largo, ondulado y brillante, una sonrisa franca. Me levanté rápidamente y, saludándola, la invité a tomar asiento; minutos después, sin preámbulos me miró de frente y quiso saber: —¿Cómo estás, Darío? Toda la semana me he preguntado: ¿por qué un hombre de tu importancia le apetece comer conmigo? Y la verdad, los comentarios que escucho de ti no son muy alentadores; la mayoría comenta que es debido a la rivalidad que existe entre mi prometido y tú. Ya se lo comenté a él en varias ocasiones, por lo tanto, te lo refiero a ti también: no me metan en sus asuntos.

Me puse en guardia asombrándome de su brutal franqueza y, con una fingida sonrisa de calma, le contesté:

—Wow, eso es lo que llamo ir directamente al tema. Te voy a ser sincero, al principio llamaste mi atención por Daubet y pensé que eras muy frágil para estar con cualquiera de los que conociste esa noche, así que me tomé la osadía de

tenerte lástima y arrojarte. En parte por ti y en parte por una deuda que tengo con Patrick; pero por la información que obtenía de tu presencia en el círculo, que en lo personal es lo interesante, y al ver tus avances, decidí que era conveniente para ambos ser amigos.

No le hizo ninguna gracia, tenía una expresión mezcla de duda e irritación. Contestó rápidamente:

—Me imaginé la mayor parte, ustedes son muy extraños; en vez de ser amigos sólo se cuidan las espaldas con referente a los negocios, porque, aunque no lo quieran son aliados, pero de frente se confrontan, a ver quién impone más que el otro.

Me puso nervioso su presencia tan fuerte, así que miré el paisaje, respondiendo:

—Vivian, esa situación no siempre fue de esa manera, hubo tiempos mejores, pero se suscitaron circunstancias que generaron verdaderos problemas que, hoy por hoy, son irreconciliables entre todos nosotros.

Mi voz sonó un poco fuera de control al empezar a describirle mi experiencia.

—Los míos son... tu noviecito, que destroza corazones con una indiferencia inexorable. Te explico, mi hermana tiene una amiga a quien yo le tengo mucha estima; fue amante exclusiva de Patrick durante mucho tiempo. Él tiene una especie de club de amigas que sólo con él tienen relaciones íntimas, bajo un control total mediante estrictos contratos de confidencialidad; a cambio, él las colma de lujos. Ellas se encuentran en los países donde su estadía es más prolongada; no digo que ellas sean ajenas a su situación, pero se enamoran de él y cuando comienzan a causarle problemas, las desecha con rapidez. Esta chica de la que te hablo, en su afán por retenerlo, pensó en embarazarse, lo que ella desconocía es que todos nosotros siempre nos cuidamos, porque lo más valioso que poseemos es el linaje de nuestros ancestros. Como no le resultó, y sin previo aviso, contrajo matrimonio.

Observé que me escuchaba con mucha atención, supongo que no me creía. Mantenía su cara inmóvil, lo que me hizo pensar que sabía el arte de controlar sus emociones, Patrick le enseñó muy bien; seguí:

—Tu prometido se enteró de su enlace y, para vengarse, firmó un contrato con la hermana de ésta, quien todavía era *su exclusiva* antes de ser tu novio. De esa forma enemistó a las hermanas y la mía me pidió lavar la ofensa. Tontamente, me enfrasqué en una absurda lucha que no me atañía, pero por mi hermanita menor accedí. Le quité unos pozos petroleros que poseía; su respuesta fue inmediata, lanzó una estrategia, junto con sus aliados, bloqueando la importación de algunos de los míos, haciéndome perder una suma importante de dinero. Tuve que pedirle una tregua antes que mis socios protestaran. Me la concedió, no sin

antes dejarme en claro que tenía una petición, de carácter obligatorio, que hacerme. Entre nosotros es ley cumplir con los tratos.

Vivian se quedó exhorta en sus pensamientos por largo tiempo y luego preguntó: —¿Cuál fue la petición de Patrick?

Realmente quedé sorprendido por su pregunta, esa era la más importante; cualquier otra mujer me habría cuestionado por las amantes, pero ella no.

—Que yo cuidara lo que él más amara y valorara. Como se conoce bien a sí mismo, lo destructivo que es, pensó en proteger esa parte que aún no sabía que sería, pero no querría dañar en un futuro.

Hice una pausa y rematé:

—Heme aquí, dispuesto a cumplir mi palabra... ¡Tú eres lo más amado para él, Vivian!

Atónita me miró, traspasándome el alma; inclinando su cabeza mientras mordía su labio inferior, me refirió:

—Te lo agradezco, pero sólo quisiera que fueras un amigo, no me interesan sus asuntos.

Le contesté rápidamente:

—No hay nada que puedas hacer al respecto, es un pacto de honor, pero lo que sí puedo lograr es protegerte y ser amigos.

Sus ojos se cristalizaron, suspiró y mirando por la ventana, se perdió en sus pensamientos nuevamente. Después de unos minutos, comenzó a hablar de trivialidades; comimos, preguntó por mi novia y mi familia. Denotaba una tristeza que me partió el corazón, pero su aplomo fue motivo de todo mi respeto. Bien se lo dije a Daubet: su elección era perfecta.

Se despidió dejando en claro que no sería la última vez que me vería y que, en caso de necesitarme, ella se comunicaría conmigo. Y, en tono sincero, me declaró:

—Bueno, por lo visto, no hay salida: te convertirás en mi protector. Ese es tu compromiso con él. Y conmigo tu compromiso es que, desde ahora, te convertirás en mi leal amigo y yo te prometo que tendrás una amiga sincera. Buenas tardes.

Se retiró; observé el porte que tenía, era toda una dama.

Me comuniqué con Patrick para informarle que el pacto entraba en vigor. Comenzó a maldecir, pues sabía que le había explicado todo a ella y que sería muy difícil quitarle la imagen que tendría de él. Para finalizar se concretó a preguntar:

—¿Cómo lo tomó?

—Créeme, en realidad, ella es lo más valioso que posees. Disfrútalo y, por el bien de ella y el tuyo, no lo echas a perder.

PATRIK DAUBET.
Nueva York, E.U.

Estaba realmente angustiado, conocía mejor a Vivian que ella misma y era tan explosiva, de una manera más perturbadora que la de nosotros. Ella te devastaba de forma fulminante o lenta, dándote en donde la herida jamás sanaría y, lo más aterrador, es que era innato; cuando fuera consciente de su habilidad, sería aterrador ser su blanco, y en estos momentos, yo era su único blanco. Pensé cómo explicarle el asunto de los contratos de exclusividad. En ese entonces, yo no tenía compromiso y ese hábito ya no está en el presente; tendría que finiquitarlo antes de que se diera cuenta que aún siguen en vigor, aunque no le he sido infiel.

Tenía una junta, así que entré y está comenzó. A la media hora entró ella con una *tablet* que hizo deslizar de un extremo al otro sobre la mesa de juntas, terminando en mis manos; yo me encontraba de pie, así que sólo la detuve y fijé mi mirada en Vivian quien inició la embestida con una calma que era realmente aterradora.

—Justamente a unos cuantos días para nuestra boda, me entero de que me ocultas cosas muy serias; si no es verdad lo que dicen, desmiéntelo.

Todos los presentes salieron prudentemente del salón, dejándonos a solas. Ella no se inmutó, seguía mirándome con tanta tristeza e irritación. Miré la *tablet* reconociendo las caras de las mujeres que estaban apareciendo en la pantalla. Con voz desolada, me replicó:

—No lo harás porque es la verdad, por lo menos intenta convencerme; necesito, aunque sea una necesidad, creerte.

Entré en pánico y no supe qué contestar. Se acercó y dándome un beso suave, a mi oído murmuró:

—Qué pena, era una historia de ensueño, pero resultó ser real. Aquí nos despedimos.

Le dio un pequeño mordisco a mi arete; mi corazón latía de forma acelerada. No lograba que obedeciera ningún músculo de mi cuerpo; tal como lo temía: fue rápida, concisa y letal.

Después de que la vi retirarse, obligué a mi cuerpo a salir del pánico pues ella se acababa de deshacer de mí. Fui tras sus pasos y tomándola del antebrazo, la giré hacia mí tratando de controlarme, pero no pude, así que gritando admití:

—Sé lo que te han contado. Nunca te mentí; sabías de mis defectos desde un

principio, te advertí que no era bueno para ti.

Mi voz, de repente, sonó melancólica y, bajando de tono, continué:

—Pero ¿que yo te haya sido infiel? Eso... no es cierto.

Tomé su mano y la puse sobre mi pecho, mi corazón seguía latiendo aceleradamente.

Todo el personal del piso desapareció rápidamente por donde pudo, aguardé a que desalojaran y confirmé:

—Seguramente crees que acabaré regresando a mi pasado, pero te aseguro que no derramarás una sola lágrima por mis pecados. Si algún día tuvieras que pagar mis deudas o si yo viera que detengo tu vida, pausaría y me haría a un lado, aunque te perdiera, porque yo te amo y eso sí es intocable.

No lo pensó más y me besó; alcancé a escucharla musitar: ojalá que el tiempo te dé la razón.

TSUKI GESSHOKU.

Tokio, Japón.

Estaba concentrado en el trabajo cuando entró mi asistente a darme el correo importante del día. Lo revisé rápidamente y ahí estaba un sobre que llamó mi atención, no lo tuve que abrir; supe inmediatamente que se trataba de la invitación de bodas de Vivian; Patrick cumplió su amenaza. Me puse de muy mal humor, no entendía muy bien del porque de mi enfado, pensé:

—Lo logró, la engatusó y ella que se lo creyó.

Intenté seguir en mis asuntos, pero todo el día no pude dejar de tenerla revoloteando en mi mente con sus ideas, su alegría natural, su sonrisa, el sabor de su cuello... ese beso, sus piernas, pero, sobre todo, su manera de mirarme que penetró tan hondo y que todavía podía percibir. Cansado de pensar en ella, decidí visitar a mis abuelos. Inmediatamente después de que llegué, me llenaron de besos; no solían ser rígidos como es la tradición. Lo rebelde lo saqué de ellos y de mi madre, así que siempre fueron mis cómplices de todo lo que yo hacía, pero también eran los únicos que podían hacerme entrar en razón. Me conocían tan bien que mi abuelo percató que algo andaba mal. Quiso saber lo que sucedía.

—Ya suéltalo, vas a explotar, —dijo, con su cara llena de sabiduría. Mi abuela se sentó a mi lado y guardó silencio.

Yo lo rompí enfurecido:

—¿Se acuerdan de la chica, que les conté, la novia del *tal Daubet*?

Mi abuelo soltó la frase, interrumpiéndome:

—De la Casa de Castas. Pues no es tan “*tal*”; es nada menos que Patrick, un tipo

duro como su padre.

Me le quedé mirando con enfado.

—Si usted va a hablar, Abuelo, pues dígamelo y me callo.

Mi abuela me palmeó la espalda, alentándome a seguir.

—Bueno, pues hoy llegó la invitación de su boda.

Mi abuelo soltó un silbido y al verme, se arrepintió, lo ignoré.

—Llevo todo el día pensando en esa mujer; es como cuando tienes una melodía y no te la puedes sacar de la cabeza, no puedo dejar de recordar su forma de pensar, su esencia, y ese beso. —Apreté el puente de mi nariz—. ¡No puedo más, estoy harto! De por sí ya pensaba en ella de vez en vez, bueno, para ser sincero, bastante a menudo.

Ahora, la que soltó el silbido fue mi abuela, preguntando:

—¿Estás seguro de que no sabes qué te sucede?

Clavé la mirada en ella y, se me escapó una sonrisa de esas que se mandan solas, por fin entendí la magnitud de mis sentimientos.

—Pues claro que lo sé, me conozco muy bien, ¿cree que soy un tonto, abuelita?

Siempre fui consciente de que, cuando yo amara a una mujer, no sería suficiente únicamente el amor ni otros sentimientos, debían ser el conjunto de todo lo existente en uno solo; inclusive sería mucho más que eso... existiría una complicidad entre nuestras almas. Y mis sentimientos no dependen de mi cuerpo sino del alma e invariablemente siempre me la robaba. Esto es lo que siento cada vez que pienso en ella, y, contra eso, no hay ningún poder en el universo que lo pueda cambiar. Por lo tanto, estaba enamorado y lo sabía perfectamente, pero no lo comenté.

—Bueno, a veces sí lo eres, —interrumpió mi abuelo y lo volví a ignorar.

—Lo que sucede es que Daubet me cae muy mal y no entiendo la suerte de tener una novia como ella y quererla con ese sentimiento de posesión y egoísmo; acéptenlo, es muy mujeriego sin moral.

Mis abuelos cruzaron sus miradas y enfadado, pregunté:

—¿Qué? —Me levanté de un salto.

Mi abuela pidió un té para mí. Mi abuelo con sus manos indicó que me calmara, reflexionando prosiguió:

—Entiende, Tsuki: ella será la señora Daubet. Y, no importa si sabes o no qué te sucede, sácala de tu vida, ¡pero ya!

Mi abuela opinó:

—Y no se te ocurra asistir a la boda, sería una mala idea, sin añadir que Ted estará ahí, porque si no lo sabes, es el abogado de la chica de tus pensamientos.

Me quedé sin respiración, tuve la sensación de recibir un golpe en la boca del estómago; antes de que reaccionara impulsivamente, ya tenía la taza de té en mis

manos, solté una maldición seguida de comentarios mordaces.

—¿Qué le pasa a esa chica? ¿Qué no se da cuenta con qué clase de tipos se rodea? ¡Lo más nefasto!

Mi abuelo, en burla, alistó:

—Al conocerte no le fue muy bien: le tocaste la pierna, te quedaste con su ropa interior, le diste un beso, amenazaste a su novio, te hiciste de palabras con él, le revelaste lo del contrato prenupcial y tú siempre supiste que tenía novio... ¿Todavía crees que ellos son nefastos?

Después de decir la broma, mi abuelo soltó una carcajada moviendo todo su cuerpo. Tomé un sorbo de la taza de té y como me quemó, escupí sobre él quien enfadado me recitó una letanía de que lo había hecho adrede. Mi abuela decidió que era hora de calmarnos, así que me dirigí a mi piano *Steinway serie D* y comencé a tocarlo con gran habilidad, gracias a las horas y horas que había practicado para convertir la música en un segundo lenguaje para mí. A pesar de todo, mis pensamientos estaban con la chica y en otro continente.

TED NERABDER.

Nueva York, E.U.

Vivian me citó para cenar en un restaurante muy pequeño, pero excesivamente exclusivo y con sucursales en todo el mundo. Tenía pocas mesas, las reservaciones eran sumamente saturadas, pero yo siempre tenía la misma mesa a mi disposición. Llamó mi atención que escogiera justamente ese negocio, supuse que ella ignoraba que la dueña era una exnovia novia mía llamada Jaquely. Me puse un poco incómodo, pero acepté. Cuando entré, ella me esperaba en mi mesa reservada con un vestido negro y un collar de perlas que destacaban su porte, su mirada que calaba hasta los huesos, su sonrisa fresca y, seguramente, su franqueza devastadora. ¿No sé por qué me ponía muy intranquilo? Quizá eran sus preguntas perfectamente certeras, las cuales me costaba librar; con ella no podía bajar la guardia, sin embargo, siempre lo hacía tomándome desprevenido. Cuando me acerqué, ella no se levantó, incliné mi cuerpo para darle un beso e indeciso tomé asiento a su lado. Muy tranquila sacó de su bolsa un paquete, sostenía unos chocolates suizos que me extendió y con voz angelical dijo:

—Mira lo que me mandaron mis padres. Supe que adoras los chocolates, y en agradecimiento por todas tus atenciones, te los traigo de regalo.

Los tomé un poco confundido, pocas personas sabían de mi afición por estos, se lo agradecí y comenzó a platicar que su asistente personal era Lucy, una amiga de la infancia que era realmente hábil, ordenada y que tenía la manía de conocer detalles de la mayoría de las personas, y por esta se había enterado de que me gustaban. En tono de broma se refirió a ella como su espía, mientras reía de una

forma cautivadora.

Me di cuenta de que ella era aterradora en todos los sentidos, te podía dar una estocada en forma deliberada causándote rendición, como con su novio y lo de la Unión Libre, o te derretía con detalles cautivadores y sin ninguna malicia, lo cual se convertía en un verdadero problema, ya que esto te vencía inmediatamente. Definitivamente, era difícil llevarle el paso. Su personalidad era volátil, directa o confusa, sonreí pensando que éramos iguales y que no se daba cuenta.

Nos tomaron la orden y mientras platicábamos, vi a lo lejos a Jaquely, noté su intención de acercarse y le comenté a Vivian:

—En unos momentos se acercará la dueña del establecimiento y, como es mi exnovia, no sé cómo se comportará contigo.

Clavó su mirada divertida en mí y quiso averiguar:

—¿Por qué razón tendría yo problemas con ella?

—Solo te prevengo. Se supone que ella es la más apropiada para convertirse en mi esposa, por las alianzas y amistad de nuestras familias, de hecho, somos socios en el rubro de restaurantes, pero yo no tengo intenciones de que eso suceda, pero nuestras familias sí.

Con sinceridad, añadió:

—¡Vaya, todas sus Casas tienen muchas reglas! ¿Qué, la opinión de ustedes no existe?

En forma defensiva contesté:

—Claro que tengo opinión; pero ella es integrante de una de las familias con más alcurnia en Gran Bretaña y es conveniente para mi imagen.

En forma de broma con un ademán, metiéndose un dedo en la boca a modo de provocarse vómito, se puso a reír, mencionando:

—Está bien, no te molestaré. Allá ustedes con sus costumbres y no te preocupes, no tiene que ser desagradable el encuentro, todo mundo sabe que estoy comprometida y lo primordial; no soy tu tipo.

Como lo vaticiné, mi ex llegó a saludarnos y preguntó:

—¿No me presentas a tu acompañante?

Me levanté de la silla y las presenté; con un cordial saludo, Vivian, la invitó a compartir un rato con nosotros, lo que me puso los cabellos de punta, ya que mi ex aceptó encantada; después se enfrascaron en una conversación realmente amigable en la cual por supuesto, no participé por precaución.

Se dio por terminada la intervención de Jaquely cuando los demás comensales requerían de su atención, necesitaban la presencia de la anfitriona; despidiéndose cortésmente, se retiró. Vivian comentó primero:

—Realmente ustedes no saben nada de diplomacia y ella, es muy educada.

Y, con su intuición, siguió bromeando:

—A demás le gustas y mucho, se nota.

No quise añadir nada al respecto, entonces, sacó un sobre muy elegante y lo extendió. Era la invitación para su boda; lo tomé.

—Muy amable de tu parte, pero ya había recibido la invitación por parte de la Casa de Castas, que por cierto están obligados a invitar a todas las Casas más importantes, pero ésta es significativa para mí, ya que eres tú la que me honra al desear que asista a la ceremonia.

Se mordió el labio inferior y por un momento se quedó pensando, pero no comentó nada, era indescifrable saber qué cruzaba por su cabeza, eso me desesperaba y desconcertaba mucho. Concluyó con una broma más:

—Me complacería que pudieras acompañarnos, no sé tú, pero yo te considero un amigo, no un gran amigo, pero al fin y al cabo un amigo, lo que es mejor que ser un conocido o que te inviten por cortesía. —Sonrió sinceramente.

Sus pensamientos volvieron a volar, siendo indescritibles, y curioso le pregunté:

—¿En qué piensas?

Me miró y, cómo si hablara de una persona muy especial, reveló:

—Recordé a alguien que me encantaría que estuviera presente y recibiera la invitación por mí, pero eso es imprudente, mi novio lo detesta con justa razón.

Moría de ganas por preguntar quién sería esa persona, pero me abstuve de hacerlo.

Cuando estábamos terminando el café percibí que, por momentos me ponía muy tenso estar a su lado y en otros, estaba sumamente relajado. Era un remolino de emociones, sus movimientos sofisticados y seductores eran un deleite; sus manos suaves, con uñas largas perfectamente arregladas, lograban estremecer mis sentidos al tocarme con toda naturalidad, y constantemente perdía la noción al mirar sus labios; verdaderamente era una mujer hermosa, y cuando hablaba en forma espontánea yo olvidaba todo, descubrí que para mí era un placer su compañía.

Mientras esperábamos su automóvil, pude percibir el olor de su cabello, era embriagante; estábamos a muy poca distancia, el uno del otro, ya que llovía a cántaros. Volvió ligeramente su cara a mí, la tenía tan cerca que posé la mirada en sus labios. Mi primer impulso fue quererla besar ya que me gustaba todo de ella, pero contuve el deseo imperioso. Eso sería un grave desacierto, y no sólo tendría problemas con Daubet, sino con Vivian quien se molestaría y ofendería seriamente; no era de mi interés romper una amistad con ella y, mucho menos, tener un amorío, ya que la consideraba altamente peligrosa para mis estándares

de mujeres, me gustaban más legibles y moldeables.

De repente, bajó un escalón y levantó la cara bajo la lluvia, dejando correr las gotas por su rostro, sonreía, se notaba que lo disfrutaba. Sin esperar demasiado, llegó su *Mini Cooper roadster, hot chilli, en color azul*, y antes de ascender al auto, como siempre se ponía de puntas, a pesar de sus tacones, para darme un beso; eso era perturbador para mí, pero ella no lo notaba. Desde el primer día que me saludó con tanta confianza, sucedía lo mismo.

Se marchó al momento que llegaba mi *Jaguar f-Type SVR*; he sido un ferviente amante de los automóviles desde la universidad, afición que compartía con Tsuki que en ese tiempo era mi mejor amigo. Manejé rápidamente poniendo música para borrar todo pensamiento de la futura integrante de Casa de Castas.

CAPITULO VI

EL PODER PUEDE MÁS.

VIVIAN LAUTREC.
Nueva York, E.U.

Fue una boda espectacular, llena de lujos e invitados de todas las empresas más importantes, incluyendo políticos y representantes de asociaciones altruistas y, por supuesto, familiares y amigos entrañables; yo estaba realmente extasiada y Patrick irradiaba con esa sonrisa que me derretía. La ceremonia fue muy emotiva, mis padres estaban muy contentos de verme feliz y me llenaban de besos y abrazos cada vez que podían. Abrí el baile con mi padre quien lloraba mientras me confesaba lo mucho que me quería; después, baile con mi suegro y amigos y cerré con mi esposo, quien sinceramente me susurraba:

—Te amo, no lo olvides. En ese vestido te ves como una reina, guapa.

Lo besé con mucho amor. Después, comenzó el brindis donde hubo varios discursos emotivos deseando lo mejor para nosotros; luego, vino la cena con una variedad de platillos gourmet y postres deliciosos. Cuando se dio por terminada la hora de los alimentos, empezó la música en vivo para bailar, con cantantes y músicos famosos; la mayoría de los invitados estaban en la pista muy alegres y nosotros pasábamos de mesa en mesa agradeciendo su presencia y departiendo un rato con ellos, nos integramos con los demás a bailar. Terminaba una de las piezas, teniendo de pareja a Ted, cuando observé que, sobre el escenario, colocaban un piano de color blanco; en un instante estaba Patrick junto a mí, muy tenso y furioso, todos guardaron silencio. Salió Terry, mi amigo pianista, y comenzó a interpretar una sonata hermosa, que yo desconocía por completo. Finalizando ésta, lloré de emoción, ya que la melodía era potencia envuelta en dulzura pura, excesivamente tierna. El concertista se paró frente al público haciendo una reverencia; mientras se escuchaba una gran ovación tomó el micrófono y agradeció, indicando que la composición que había interpretado era autoría inédita y regalo del heredero de la Casa Kizoku quien, por circunstancias personales, le fue imposible asistir y mandaba sus mejores deseos.

Por un lado, escuché de parte de mi acompañante, Ted, comentar:

—¡No lo puedo creer, es un regalo personal de Tsuki!

Y por el otro lado, Patrick, pausadamente, murmuró:

—Será lo más cerca que puede aproximarse a ti.

Impresionada, entendí la dimensión de lo sucedido; tomé la mano de mi esposo

apretándola fuertemente mientras desmontaban el escenario. Al escucharse nuevamente la música, Ted se retiró molesto, yo no tenía ni la menor idea por qué estaba enfadado.

Patrick comentó:

—No echará a perder mi gran noche.

Me abrazó y seguimos disfrutando la ceremonia, sin más incidentes.

Después de la Luna de Miel regresamos a nuestra casa en Nueva York. Comenzamos nuestra vida de casados, combinando trabajo con romance y costumbres que respetábamos, por ejemplo, los eventos sociales, los encuentros con ambas familias, los desayunos con mis amigas y las noches de juerga con sus amigos; así pasaron los meses de total felicidad, pero él no sabía que se enfrentaría a sus socios.

Se me presentó una oportunidad única de integrar varios negocios: adquirir la fundidora más importante de metales, como el hierro, el plomo y cobre, con el objeto de crear diversos productos, desde un simple tornillo o clavo, hasta aquellos necesarios para fábricas especializadas en la industria automovilística y de la construcción; lo que representaba un mercado activo y producía millones de dólares anuales.

Era mi oportunidad de brincar a las alturas de los grandes consorcios, tan importantes como los de mi marido. Necesitaba capital y un socio con experiencia; pensé en Darío que para ese entonces ya era de mis mejores amigos. De hecho, había estado asesorándome durante todo el proceso, así que lo invité a ser mi socio; accedió inmediatamente, sabiendo que era una oportunidad inmejorable para ambos. Por supuesto, el que llevaría todo lo referente a lo legal era Ted.

Mi esposo estaba muy orgulloso de mí, aunque le molestaba mis acompañantes; pero sabía que eran los apropiados, así que no había objeción alguna por su parte. Lo que le empezaba a fastidiar era que ya no me sobraba tiempo para viajar con él, era muy difícil, pues realmente tenía los tiempos saturados.

DESTINO.

Nueva York, E.U.

Patrick estaba en su oficina e inesperadamente, lo convocaron a una junta de consorcios; extrañado se presentó. Todos los asistentes eran asociados de las compañías de su propiedad y de su linaje; también asistió su padre. Sin perder aplomo, escuchó al representante de algunos de los presentes, quienes lo odiaban, exhortándolo a que tuviera herederos de inmediato pues sabían de los

negocios en puerta de Vivian; le argumentaban que eso le quitaría tiempo para sus deberes como dama representante de su linaje y de las empresas. También les preocupaba que, por seguir trabajando, ella descuidara la responsabilidad de dedicarse a la educación de los futuros herederos, quienes manejarían las empresas y si no se preparaban adecuadamente, les afectaría a sus inversiones. Exigían que pasara dos años entre hijo e hijo, que ella delegara sus negocios dejándolos en manos de sus representantes y se retirara, por lo menos, siete años de éstos. Patrick, comentó que sería desastroso detener la carrera de su esposa en este momento y que no se lo pediría, negándose rotundamente.

Ante esa respuesta, los socios pusieron en duda su compromiso con las arraigadas costumbres conservadoras de la compañía y lo amenazaron abiertamente: si las circunstancias no declinaban a favor de los estatus establecidos, comenzarían a disminuirle el poder sobre las empresas destituyéndolo de algunas, incluyendo las que él mismo había creado o iniciado; acordando devolvérselas hasta que naciera su primer primogénito.

No todos estaban de acuerdo; los más jóvenes apoyaban a Patrick y les parecía que esto no tenía nada que ver con la esposa del socio mayoritario. Más bien, era una forma de quitarle autoridad y que no husmeara en las áreas de los socios, dejándoles manos libres, ya que se corría el rumor de que se haría una auditoría interna a alto nivel.

Supuestamente, todo se resumía al criterio retrógrado que manejaban los socios conservadores que temían que la Sra. Vivian Daubet pudiera romper con los estatutos establecidos.

Patrick aclaró que el tiempo establecido para tener un heredero era de tres años; manifestaron estar enterados, pero por los planes de la señora Vivian de expandirse, querían tomar medidas de inmediato, pidiéndole que lo resolviera lo antes posible. Se encontraba “*entre la espada y la pared*”, por un lado, tenía encima al consejo más antiguo con ideas arcaicas y por el otro, quitar la libertad que él mismo impulsó a su esposa. Los socios más antiguos les permitían a las mujeres de su familia tener negocios de perfiles más bajos, pero ellas se centraban en las actividades de sus maridos y en sus hogares como prioridad. La mayoría de los Linajes de Casas tenían estas prácticas.

Terminada la junta, su padre le reiteró todo su apoyo, pero que el perfil de su nuera inquietaba a los demás por su ascendente éxito y proyección, que inclusive, opacaba a los mismísimos miembros del consejo de esa mesa o a sus hijos varones, por ello no les hacía la menor gracia. Patrick recordó el incidente que sucedió tiempo atrás, con el hijo de Thompson y Vivian, donde la empresa de ella se quedó con una de las firmas más importantes que tenían en Corea, y la

forma en como lo había desafiado ante la amenaza que éste le había hecho. Fue el día en que la conoció y captó su atención.

VIVIAN LAUTREC.
Nueva York, E.U.

En la tarde, Patrick llegó a casa nervioso, me acurruqué junto a él y le pregunté por qué estaba en esa condición.

Muy serio me acarició y comenzó:

—Vivian, si tuviéramos un hijo este año, te daría tiempo de cerrar el trato de tu negocio antes de que naciera y, posteriormente, sólo le darías seguimiento; en lo que él bebé estuviera más grandecito, por supuesto, te apoyaría cuando salieras de viaje y contarías con la ayuda de nanas.

Le respondí con toda sinceridad:

—Tú sabes que eso es irrealizable, cuando tenga a mis bebés les daré toda mi atención hasta que entren a la escuela; trabajaré por las mañanas y algunas tardes. Y con este proyecto será inverosímil lograrlo sin tener toda mi concentración en él. No estoy dispuesta a perder esta oportunidad; lo del embarazo, será rozando los tres años y si aún estoy enfrascada con los negocios, tengo la oportunidad de que el contrato se revisará por esas fechas y pediré más tiempo.

Molesto, dijo:

—No hay prórrogas con respecto al embarazo y no veo por qué no puedes combinar la gestación y la delegación de responsabilidades.

Empezamos a discutir y yo no entendía por qué, tan de repente, deseaba ser padre, pero desde ese momento, era el tema de todos los días. Su comportamiento empezó a cambiar, estaba preocupado y triste, se aislaba, siendo con más frecuencia por las noches. En otras ocasiones, era verdaderamente atento y amoroso. La relación se empezó a deteriorar rápidamente, eran pocas las cosas que ya teníamos en común.

Me sentía desesperada y le platicaba a Darío lo que sucedía, ya que se había convertido en mi mejor amigo junto con Jeff, pero este último estaba en Alemania y no quería preocuparlo.

Mis amigas lo sabían, pero sus consejos no me ayudaban de mucho.

Una noche, después de una pelea realmente fuerte y antes de que él volviera a desaparecer por la discusión, lo detuve para notificarle que estaba dispuesta a acceder a sus deseos.

—Nos estamos perdiendo, Patrick, y si para recuperarnos, debo embarazarme de inmediato, por ti, ¡que así sea!

Aliviado me dio las gracias, pero yo estaba sumamente triste. Pensaba que él siempre me había apoyado en mi carrera, así que era mi turno de darle gusto. Yo ignoraba las amenazas, de las que era sujeto mi esposo.

Pasando el tiempo empecé a deprimirme, pero estando a su lado fingía. Era consciente que, por mucho que tratara de balancear trabajo e hijo, me sería sumamente difícil.

Darío estaba enojado con Patrick y me daba su apoyo incondicional, aconsejándome lo mejor para mí, pero no le hacía caso.

Después de algunos meses de arduo trabajo, aún faltaba para finiquitar el negocio y yo no quedaba embarazada, lo cual añadía una preocupación más a mi marido.

PATRICK DAUBET.

Nueva York, E.U.

Estaba desesperado, la presión que ejercían sobre mí me estaba agotando, ya no sabía cómo convencerlos de que los negocios de mi esposa eran una ventaja para nosotros.

En ninguna circunstancia, perdería lo que con tanto trabajo había logrado en mis empresas, no me quitarían ni un gramo de poder. Desde que tomé la compañía, las ganancias y prestigio se habían multiplicado, en poco tiempo, los puse en la cima con vanguardia e ideas innovadoras, para que me salieran con amenazas.

Me molestaba que mi esposa estuviera dispuesta a sacrificarse por mí, pero lo que más me irritaba, era que se deprimirá por sus negocios y que, al pensar en tener un bebé, ella no sintiera una compensación por abandonar su carrera; me hacía sentir injusto. Era egoísmo puro de mi parte y no me engañaba con respecto a eso.

Para rematar, por más que lo intentábamos, Vivian no quedaba embarazada. La amaba y no quería perderla, notaba que ella ya no reía, no bromeaba, poco a poco se iba apagando su alegría, en pocas palabras, ya no era feliz y por si eso no bastara, tenía a Darío recordándome todos los días que yo tendría el poder, el heredero y el control de una mujer desdichada, que tarde o temprano me cansaría cuando ella perdiera su personalidad, de la que me había enamorado.

Pasaron dos meses más. Yo no estaba dispuesto a perder ninguna de mis compañías y ya no podía tolerar verla infeliz.

Yo estaba profundamente enamorado de ella; era la única parte buena de mí. Se

lo había dicho una y otra vez, que, si ella dejaba de ser feliz a mí lado, o yo frenaba su vida, la dejaría por su bien; ahora más que nunca, tendrá que ser así, pero no podría despedirme, la amaba tanto que la retendría hasta el final. Pero tampoco me permitiría perder mis empresas.

Tendría que hacer algo drástico para que ella no tenga dudas de abandonarme y continuar su camino. Preparé un plan que, sin duda alguna, nos lastimaría a los dos y sería irreversible, pero no encontré otra salida.

Decidí llevarlo a cabo esa noche, ¿para qué continuar atrasando lo inevitable?, no sin sentirme profundamente devastado. Volví a casa y la besé con todo mi amor, pensando, que seguramente era de los últimos besos que le daría y no me cansé de decirle que siempre la amaría. Le ofrecí disculpas por ser un total egoísta, prometiéndole no presionarla más, insistí en que olvidara todo lo del embarazo y se concentrara en demostrarse a ella misma y a todos los demás lo que valía; que por ningún motivo dejara los negocios, lo aprendido y mucho menos sus sueños.

Llorando preguntó, sabiendo de ante mano la respuesta:

—Te estás despidiendo, ¿verdad?

Desplomándome, no pude negarlo, le puse las cartas sobre la mesa y le conté todo sobre mis socios, además admití:

—Soy detestable por ser la imagen viva del egoísmo y por el deseo de poseerte; es peor aún, lo más importante es que, para mí, el poder puede más que todo.

Me miró devastada, pero escuchó hasta el final.

—Tú no eres lo que necesita mi entorno; yo no soy ahora bueno para ti.

Me suplicó:

—Haré todo lo que sea necesario para seguir a tu lado.

Seguí fríamente sin poder mirarla.

—Quizá me amas más de lo que yo soy capaz de amarme y eso no lo esperaba de nadie; yo no deseo que me ames de esa forma, yo no pertenezco a la vida que te mereces.

La abracé y le prometí:

—Después de un periodo todo será mejor y se solucionarán las cosas; el tiempo nos dará otro lugar, habrá noches de desvelos e incertidumbre, pero tendrás apoyo para superarlo.

Con desesperación, vi cómo se rompió todo dentro de ella; ya no pude más, tuve que mentirle y negué que lo nuestro estuviera a punto de terminar.

La bese con ternura como la primera vez y no pude retener las lágrimas, rociando con ellas su cálido cuerpo, era tan perfecta y cuando ella despertara yo no merecería una segunda oportunidad.

La decisión está tomada, la dejaba seguir su vida para que también yo continuara la mía.

Más tarde le hable a Darío, recordándole que tenía que cuidar de ella, había dado su palabra.

Le di instrucciones que, en cuanto Vivian fuera a su departamento de soltera, le diera media hora y la recogiera ahí, ya que ella iría al día siguiente a revisar que todo estuviera en orden y le mencioné los detalles de mi plan. Él me gritó desenchajado que no tenía derecho hacerlo de esa manera, que mi esposa no se lo merecía, que le dijera que mis empresas eran mi prioridad y que no actuara como un cobarde, que de frente le pidiera el divorcio; sólo contesté:

—No puedo hacerlo, no la dejaría ir nunca y ella se sacrificaría; no lo voy a permitir, la amo demasiado para eso. Esta es la única manera para que mi esposa me deje definitivamente.

Y, con tristeza antes de colgar, sólo le supliqué para terminar:

—Llévatela lejos. Muy lejos de mí.

DESTINO.

Nueva York, E.U.

Al día siguiente, Darío, a través de una aplicación por su celular, se dio cuenta que Vivian se dirigía al departamento. Desesperado por no encontrarse en la ciudad, decidió comunicarse con Tsuki, con quien había hablado horas antes por asuntos de negocios, y sabía que estaba más próximo al lugar, explicándole la situación, le pidió que fuera por ella; Darío le propuso quedar en deuda con él.

Al terminar de escuchar, enfurecido, declinó la oferta.

—No lo haré por ti y no me debes nada, lo haré únicamente por ella.

Saliendo rápidamente con su guardia personal Rýu y dando instrucciones de que, si perdía el control, lo detuviera a como dé lugar; que la prioridad sería la chica. El guardaespaldas pidió apoyo, emitiendo estrictas disposiciones estratégicas; conocía esa furia descontrolada que tenía su jefe en la mirada y la guardia de Patrick era muy eficaz.

Vivian llegó a su penthouse y desconcertada, se percató de que había luz en el interior, entró dejando la puerta principal abierta y se dirigió a su recámara; encontró a Patrick besando y acariciando a una mujer semidesnuda; identificó que era una de las amantes, él la miró, pero no dejó de tocar a su compañera.

Lanzó un grito de desesperación y sus ojos comenzaron a nublarse por las

lágrimas, sus rodillas empezaron a doblarse y antes de llegar al piso no la dejaron caer; sintió su cara sobre el pecho de un hombre e identificó la voz de Tsuki, dando órdenes y amenazando:

—¡Sáquenla de aquí y llévenla al auto! ¡Patrick, te voy a despedazar!

Vivian se encontraba aturdida y escuchó otra voz que no conocía decir:

—Jefe recuerda que tu prioridad es la señorita.

Acto seguido, Tsuki la sacó en brazos, introduciéndola a un vehículo; ella estaba en shock, no dejaba de llorar repitiendo que eso no era posible, que tenía la culpa; la llevaron al aeropuerto y se subieron al avión particular de Gesshoku, donde le dieron un calmante y se quedó dormida.

CAPITULO VII

EL TÉRMINO DEL EPISODIO.

VIVIAN LAUTREC.

Malibú, E.U.

Al despertar, estaba en una casa en la playa; la cabeza me explotaba, recordé todo como si fuera una pesadilla, pero la imagen de mi esposo golpeo violentamente mis recuerdos viéndolo acariciar a otra mujer sin quitarme la vista, me sentía devastada. Levantándome con pesadez, decidí darme un baño, encontré ropa; ya vestida, salí a la sala. Por el ventanal se observaba el mar reventar sus olas, avancé y encontré a Ted con un semblante de profunda consternación; le pregunté:

—¿Dónde estamos?

Contestó:

—Donde no te pueda hacer más daño.

Mordiéndome los labios le volví a preguntar:

—¿Eso es posible? No hay manera que me haga más daño de lo que ya hizo.

Me abrazó poniendo su barbilla en mi cabeza y pronunció:

—Te trajeron aquí pidiéndome que te cuidara y yo te prometo que la Casa de Castas pagará cada lágrima que derramaste por sus idioteces. Y Patrick, por su ambición, se arrepentirá de por vida al renunciar a ti.

Confundida, pues era de tarde, vi entrar a Jeff y a Coco, los cuestioné:

—¿Cuánto tiempo ha pasado de lo sucedido?

—Dos días, —me respondió Coco muy triste con una leve sonrisa.

Jeff añadió:

—La demanda contra Daubet y sus socios ya está en proceso, Ted se está haciendo cargo junto con sus mejores colaboradores. Está despedazando a la junta de consorcios que provocaron todo esto, pero tu esposo no ha puesto ninguna resistencia ante eso.

Dirigiéndome a Ted, le hice una petición.

—Nada más quiero divorciarme de él, lo antes posible.

—Eso no es posible; él pone una traba: qué permitas quedarte con el porcentaje de dinero que se estableció. Si quieres que esto se resuelva rápidamente, tómalo.

Sumamente derrotada, le referí:

—Haz lo que consideres pertinente y les agradezco a todos lo que hacen por mí,

y en especial por todas tus atenciones Ted; realmente eres un gran amigo.

A través de sus espesas pestañas, sus ojos azul traslúcidos me decían que lo sentía mucho, sin embargo, respondió:

—Después te pongo al tanto de lo que sucedió, me imagino que tienes muchas dudas, pero ya habrá tiempo con más calma para eso. Por lo pronto, quédate en mi casa; nos encontramos en Malibú. Jeff y yo tenemos que volver a Nueva York a dar seguimiento, pero volveré mañana; te quedarás con Coco y tu mamá.

Con un fuerte abrazo se despidió, no sin antes acariciarme el cabello enredándolo entre sus dedos, lo besó y se marcharon; mi amiga señaló:

—No te preocupes por nada, todo lo tienen bajo control; sobre tus negocios, tus padres y Tsuki, tomaron las riendas hasta que vuelvas, Darío se está encargando de la transacción de la fundidora... por cierto, él es quien puso en alerta a Tsuki para que fuera por ti.

Con una palmada en la mano, le comenté a Coco que necesitaba estar a solas y me dirigí a la playa.

Sentada en la arena, las olas rompían mojando mis pies, observé mi anillo de compromiso; había perdido todo, los sentimientos pasaban como el viento dejando en penumbras mis pensamientos.

Al incorporarme para regresar, giré y tropecé con un hombre con un aroma inconfundible; al levantar la mirada me perdí en sus ojos azul turquesa que opacaban al mar, le acaricié la cara porque noté que tenía una ceja con sutura quirúrgica y el labio inferior cortado; tomó mi mano con la suya que estaba vendada, y le pregunté:

—¿Qué le sucedió a tu cara, Tsuki?

Con un suspiro, besó la palma de mi mano, con un dedo toqué sus heridas y, muy serio, explicó:

—No puedo estar contigo, más que en este momento, pero mis pensamientos te siguen; ahora estás con los que te pueden cuidar y resolver las cosas, son los mejores para ti en esta circunstancia. Aunque duela dejarte, sólo vine a decirte que hoy más que nunca tienes que ser fuerte y demostrar que eres mejor que todos nosotros. No te rindas, que tu alegría no se borre; recuerda que eres libre de decidir cuando debes dejar de sufrir, tú lo dijiste y en el momento que sea oportuno, regresaré a tu vida... ahora no tengo otra alternativa, pero ten la seguridad, que todo mi apoyo personal e influencia están a tus pies.

Con toda sinceridad expresé:

—Tu distancia no es mucho más importante que tu cercanía, siempre y cuando estés pensando en mí y yo en ti.

Me dio un beso en el puente de mi nariz y partió por la playa, por un momento

mi corazón se llenó de alegría.

Sabía con quienes contaba sinceramente y estaba realmente agradecida, pero también estaba aprendiendo en carne viva una de las lecciones importantes en ese gremio: que el poder puede más que el amor.

Pasaron unos días de infierno, extrañaba a mi esposo; todos se movían a mí alrededor con cautela, pero me tenían al tanto de lo que sucedía. Trabajaba con mi padre y con Darío por medio de videoconferencia.

Ted se despejaba de mí lo indispensable, al igual que se turnaban mi madre y mis amigas para dejarme el menor tiempo posible a solas así, en pocas semanas, llegó el momento de enfrentar a Patrick para finiquitar la anulación del matrimonio.

Ese día decidí que no flaquearía ante nadie, era hora de dejar de sufrir. Me puse un vestido moderno, tacones, maquillaje para esconder las ojeras que enmarcaban los ojos hinchados. Recibí dos llamadas, la primera era mi incondicional y confidente amigo Darío, quien mandaba los últimos documentos en los que habíamos estado trabajando, dándome datos confidenciales y pruebas vitales, de los socios de Patrick, en eso él era especialista, los utilizaría exclusivamente para ese día.

—Tienes toda la información que pediste, son los secretos sucios de cada uno de los que te atacaron, con esto los dejas desarmados, ¿tú sabes cómo usarlos!

Con agradecimiento, los imprimí y anexé a cada carpeta asignada, despidiéndome le aseveré con voz agria:

—Rodarán muchas cabezas; te quiero.

—Yo también, cuídate mucho.

Y la segunda llamada, de la persona que siempre me alegraba el alma, era de Tsuki quien, con su voz contenida de preocupación, comenzó a platicar:

—Compuse una nueva melodía para piano, la grabé en mis estudios acompañado de la sinfónica, tienes que escucharla, es tan hermosa como tú. Hay sentimientos inefables y palabras, que sólo con mis manos puedo expresar a través de mi música.

Suspirando, prosiguió:

—¿Sabes?, te he sentido mucho más de lo que te he visto, pero con el tiempo reapareceré en tu vida; es mi destino... es tu destino también. Te mando un beso y no olvides, tú eres una guerrera. Felicidades cariño, ahora eres uno de nosotros, confírmase los.

Colgó puesto que su voz comenzaba a tornarse en ira.

Después de terminar la llamada, salí de la habitación, fingía estar segura de mí misma. Todos me miraron con sorpresa; Ted esperaba con un impecable traje

azul marino y, con una sonrisa incrédula, señaló:

—Nos están esperando, llevamos el tiempo justo.

Agradecí todas sus atenciones. Les pedí que volvieran a sus actividades, después de este día regresaría a mi penthouse a retomar mi vida y que no se preocuparan, todo estaría bien. Vi la cara de duda de parte de ellos, pero aceptaron.

Nueva York, E.U.

Nos dirigimos al aeropuerto en silencio y así continuamos el viaje. Ted nunca soltó mi mano; al llegar a las puertas del consorcio de mi próximo exmarido, recordé en voz baja:

—Será aquí, donde todo empezó y termine, ¡qué ironía!

—No te preocupes, siempre hay que enfrentar nuestros miedos, para no ser devorados por ellos.

Se abrieron las puertas del elevador, noté que todo el personal nos observaba. Erguida, con el portafolio en mi mano, nos dirigimos directamente a la sala de juntas. Sin molestarme en anunciarnos, entramos; sentada estaba reunida otra vez la élite de la corporación y los respectivos abogados, pensé: esto será una carnicería.

Nos sentamos, mis abogados me rodearon y junto a mí, Ted; de frente a nosotros estaban dos sillas vacías y en el resto de la mesa, los presentes. Un poco más tarde, Patrick cruzó la puerta, tenía una pierna enyesada y se apoyaba con una muleta; recordé una ceja y labios cortados. Ocupó los lugares reservados junto con su padre.

Se cruzaron nuestras miradas, sus ojos esmeralda destellaban tristeza y un cansancio abrumador; los míos perdían todo el aplomo y seguridad. El corazón se me saldría del pecho, solo un apretón de manos por debajo de la mesa me reconfortó y alertó, era la mano de Ted.

Comenzó a hablar el abogado más experimentado de ellos, leyendo todos los derechos que yo perdía con la anulación del matrimonio, mencionando que debía firmar un acuerdo donde se estipulaba que quedaba conforme con lo acordado sobre el 50 % del capital pasivo de mi cónyuge y que, en un futuro, no podría demandar ni recibir nada de las empresas y bienes personales de Patrick Daubet, de la Casa de Castas, y por supuesto, menos de sus consorcios. Y exigió que se levantara de inmediato la demanda que se había interpuesto contra los accionistas, por coerción y daños contra la salud mental de los cuales fui sujeta, a través de la presión que ejercieron sobre mi actual marido.

Ted iba a refutar, pero lo detuve. Le indiqué a mi asistente que se le entregara a

cada uno de los presentes, incluyendo a mis abogados, las carpetas que llevaba en mi portafolio; esperé pacientemente a que leyeran los documentos de las mismas. Cuando Patrick terminó, entrecerró los ojos y, con una sonrisa que no disimuló, aventó los documentos delante de él y se quedó muy quieto. La audiencia comenzó a manifestar su pánico con gritos y amenazas. Mi abogado sonrió, enfatizando sin ningún temor a que lo escucharan:

—Lo repito, luego dicen que *los peligrosos somos nosotros*.

Con toda calma se levantó y, alisándose la corbata, los retó:

—Bueno, con esta nueva información, las cosas cambian y todo indica que a nuestro favor. Les suplico que guarden silencio y escuchemos los deseos de la Licenciada Lautrec, si no están dispuestos, nos veremos en los tribunales con demandas que van desde fraudes, evasión de impuestos, hasta corrupción a alto nivel. En cuanto esta información se dé a conocer a la opinión pública, sus acciones irán a la baja en la Bolsa de Valores, lo cual sería lo de menos. Ustedes deciden, caballeros.

Por primera vez en mucho tiempo, escuché la voz de Patrick que me envolvió y, dándome remembranzas que me partían en dos, severamente se dirigió a su gente:

—Todos guarden silencio inmediatamente. Por lo visto, la demandante desea que se haga una auditoría interna de inmediato, lo cual me demuestra que estoy rodeado de gente sin lealtad y sin escrúpulos, que nos han puesto en una situación bastante precaria. Estamos listos a escucharte, Vivian.

Recordé a Tsuki, Darío, Ted y al mismísimo Patrick, decirme en diferentes palabras que ya me había convertido *en uno de ellos*. Todo mi cuerpo, mente y voz se transformaron en un témpano de hielo, calculador y aniquilador.

Con una cortesía escalofriante, comencé:

—Buenas tardes señores, ya que todos conocemos el contenido de dichos documentos, y lo que sus estrechas mentes piensan sobre mí, seré lo más breve posible, ya que tengo asuntos más importantes que atender.

Proseguí tranquila:

—Como se puede ver en los documentos que entregué a cada uno de ustedes, no me pueden acusar de retener información a las autoridades ya que sólo se manifiesta que tenemos la sospecha de sus delitos, pero aquí entre nos, todos sabemos que tengo todas las pruebas de cada una de ellas.

Continué con toda calma:

—La primera petición es la carta irrevocable de la renuncia de todos aquellos que me creyeron indigna de pertenecer a sus filas, especialmente la del señor Thompson y familia; por supuesto, esto es una venganza personal. Además, la suma estratosférica referida en los documentos se tomará de los bienes pasivos y

activos de los mencionados, no de los del Licenciado Patrick Daubet, y nuestros abogados testificarán que se depositará a mi cuenta por estar de acuerdo los demandados en haberme causado daños irreparables a mi persona, quedando totalmente legal la transferencia del dinero.

Escuché con paciencia todos los argumentos que lanzaban y proseguí sin cambiar el tono de voz:

—Tienen esta semana para cumplir con la orden, de lo contrario, mis abogados y mi persona nos veremos en la penosa necesidad de convocar una conferencia mediática con la prensa más influyente del país, no antes de que lleguen las pruebas a las instancias gubernamentales apropiadas por cada caso delictivo. Así que, señores, les recuerdo que tienen cuatro días... y a ti, Patrick, te recomiendo que limpies tu Casa; nos vemos el viernes para firmar la anulación.

Cerrando la junta, terminé sin inmutarme:

—*Fue un placer hacer negocios con ustedes, lo demás se lo dejamos a nuestros abogados.*

Mis acompañantes y yo nos paramos. Mientras salíamos de ahí, pude ver a mi esposo sonreírme con tristeza, pero con voz aterradora les ordenaba a sus socios:

—Será mejor que tenga sus cartas de renuncia hoy mismo en mi escritorio, para que entren los nuevos socios que los sustituirán y personal indicado para corregir sus fallas. Ahora entiendo por qué la querían lejos de los negocios. Yo jamás hice nada incorrecto ni ilegal; la Casa de Castas está limpia.

Subiendo al automóvil sentía que desfallecía, Ted suplicó que no fuera a mi domicilio, que estuviera con algunas de mis amigas, a lo cual me negué, pues tenía que enfrentar mis miedos como él me había alentado, por haber perdido al hombre que amaba. Me pidió permiso para acompañarme y no estar sola, lo acepté ya que en realidad estaba destrozada. Al ver a mi esposo, cuestioné tantas cosas y sentí un vacío; por primera vez me di cuenta de que tendría que juntar todo lo que estaba roto para volver a ser una persona, en ese momento no era nada.

Entramos al penthouse, aparentaba estar intacto, pero sabía que en el tercer cuarto estaban todas mis pertenencias de casada, pues se pidió recoger lo que empacaron los empleados de mi ex. Dirigiéndome a Ted, le comenté que fuera a su casa por sus cosas personales para que se sintiera más cómodo, renuente accedió; le di llaves de la misma manera que él me había dado las de su casa de playa y se retiró.

Me dirigí a mi recámara encontrando la novedad de que todo el mobiliario era nuevo, lo habían cambiado para que no recordara a mi esposo, ¡como si eso

fuera posible! Decidí salir a la terraza y noté una sombra recargada en la pared, era Patrick. Sin sorprenderme decidí escucharlo e indeciso comenzó a hablar:

—No cabe duda de que *el alumno supera al maestro*; fue magistral lo de esta tarde. Si yo hubiera tenido la idea de investigarlos y ocupar el talento de Darío, tú y yo estaríamos juntos.

Con gran esfuerzo, contesté:

—No por mucho tiempo. Tenías razón, siempre predijiste que yo me convertiría en tu pasado; los dos perdimos. Nada más que te equivocaste en un punto, no fui yo quien te dejó: fuiste tú.

Escuché su voz quebrándose, pero continuó:

—En mi defensa puedo decir que tú elegiste el rumbo de nuestras vidas. Perdóname, nunca olvides que te amo; ojalá pudiéramos reconsiderar la separación y.

No lo dejé terminar; rápidamente le respondí:

—Tienes razón yo elegí y me equivoqué. Perdóname a mí, Patrick, a final de cuentas tú no estabas convencido de acercarte a mí; yo acepté el reto. Estoy agradecida por lo que fui y por lo que nunca seré a tu lado, por todo lo que me has dado y lo que aprendí de ti...

Hice una pequeña pausa y continué:

—Para ti, representé tu mayor posesión. Llévate tu egoísmo que me arrebató todo, no pienses que mi despedida finge un algún día o un tal vez... es una calle sin retorno, aprendí a no dar segundas oportunidades; ahora es momento de reconstruir mi vida.

Sus lágrimas brotaban por sus hermosos ojos de esmeralda; tomando su muleta, se dirigió a la puerta, lo detuve y en la palma de su mano le puse la argolla de boda y el anillo de compromiso. Con una desolación enloquecedora, terminé:

—Nunca me pertenecieron; son todos tuyos.

Entrecerró los ojos, sacó de su bolsillo las llaves de mi departamento depositándolas en la mesa, besó mi frente y se retiró. De esa forma terminó nuestra efímera unión.

Cuando llegó Ted, alcanzó a percibir sobre el comedor, el llavero con la insignia distintiva de la Casa de Castas. Me abrazó sin hacer ningún comentario y lloré, inconsolable.

Para el viernes, todas mis peticiones estaban cumplidas incluyendo la firma de anulación del matrimonio. Todo estaba concluido.

CAPITULO VIII

NUEVAS SENSACIONES.

VIVIAN LAUTREC.

Condado Kent, Inglaterra.

Pasado el tiempo, se tomó la decisión de que mi nueva residencia fuera en Inglaterra; era un lugar estratégico para los negocios. Llegando a Londres, mí ahora inseparable e inesperado amigo Ted y yo, nos encontramos con la novedad de que mi próximo departamento todavía no estaba listo, así que nos dirigimos a su casa en el Condado de Kent, era un castillo más pequeño que los comunes en Europa, pero que contaba con un lago, jardines perfectamente arreglados, grandes fuentes y una estructura majestuosa.

Comenzaba a atardecer, nos bajamos de su automóvil, yo no estaba muy convencida de entrar, era muy miedosa con las estructuras antiguas. Al preguntarme el motivo, le respondí:

—¿Tú sabes que en los castillos existen fantasmas?

Riendo, me vio con incredulidad.

—No inventes; no crees en eso, ¿o sí?

Me tomó de la mano y se dirigió al ala izquierda del inmueble; me colgué de su brazo. Después de saludar al personal, llegamos a un salón muy moderno, en donde se podía apreciar un jardín lleno de rosas y una gran chimenea; yo seguía aferrada de su brazo y lo escuché decirme desesperado:

—Me vas a arrancar el brazo, ya suéltame.

Con tono de complicidad, le pregunté:

—No serás un vampiro, ¿verdad? Porque eres un real conde y, por tu físico y carácter, bien podrías serlo.

Tratando de zafarse, me respondió:

—¿Estás loca? Ya suéltame; te quiero llevar a la galería de cuadros de todos mis ancestros.

Con terror le dije:

—Estás, pero mal. Si voy, todos los ojos de los cuadros me seguirán conforme camine.

Soltó una carcajada y yo proseguí:

—Por qué no mejor me llevas a un hotel. ¿Cómo para qué nos quedamos aquí?

Arrastrándome, prácticamente, por que seguía aferrada a él, se dirigió a la cocina

mientras me contestaba:

—Nos quedamos aquí porque es mi propiedad y es más cómoda que un impersonal hotel; por favor, Vivian, ya suéltame, ¿qué no te fijas que me estás pisando? Caminas tan pegada que vas a terminar por tirarme.

Por supuesto, no lo solté.

—Seguramente de noche se escuchan ruidos.

Enfadado contestó:

—¡Pues claro, en todos lados se escuchan ruidos!... pero ten por seguro que ni sollozos ni nada por el estilo.

Dando pequeñas patadas al suelo sin soltarme, le supliqué:

—Por favor, por favor llévame a un súper impersonal hotel, me da miedo el castillo, ¿acaso no leíste cuentos de niño? Bueno, si alguna vez sentiste ser niño. Llegamos a la cocina y pidió que nos llevaran a la sala los alimentos, no sin antes decirme mordazmente:

—Pido de comer ya que los sonidos de tu estómago son preocupantes, siempre suenan muy fuertemente.

Regresamos por un pasillo largo y ancho, hermosamente decorado, pero mi temor crecía cada vez más, tropezándome con una mesa casi caemos los dos y, con una mirada aniquiladora, levantó la voz:

—Te propongo darte la mano y no soltártela si dejas de pegarte a mí como una calcomanía.

Asentí con la cabeza y por fin fue libre, sobándose el brazo cumplió su palabra, enojada le réferi:

—Se supone que haces mucho ejercicio y ¿te duele el brazo dizque por mi culpa? Eres como Gruñón del cuento.

Ni se molestó en contestarme, abrió una puerta que nos introducía a la biblioteca. Quedé impresionada, ésta tenía varios pisos con estantes de techo a techo y de pared a pared repletas de libros, con varias escaleras para acceder a ellos. En el fondo, una ventana enorme donde entraba el sol hacia unos muebles que servían para leer cómodamente y un escritorio exquisitamente tallado que, por sí mismo, declaraba su antigüedad. Solté su mano y recorrí embelesada el lugar; no dejaba de mirarme con gran interés y preguntó:

—¿Verdad que es un lugar bellísimo? Aquí es donde espantan más; hay duendes. Molesta le contesté:

—Esta biblioteca me recuerda a la de la película *la Bella y la Bestia*, es igualita. Pero la diferencia entre la narración y la realidad es que el encantamiento está al revés: tú, por dentro, llevas a la bestia y por fuera eres un dizque príncipe.

Me acorraló contra las tablas de uno de los libreros las cuales se enterraron en mi espalda y, pegando todo su cuerpo al mío, comentó:

—Por fin acertaste a uno de tus cuentos; no dudes ni por un momento que soy una bestia disfrazada. —Reflexionando dijo con voz baja, — no bajas la guardia. Me lo quité de encima y le recriminé:

—Ya vas a empezar a hablar entre líneas.

De repente, me di cuenta de que a través de la ventana estaba oscureciendo, aunque la habitación tenía una iluminación perfecta. Disimuladamente, me acerqué nuevamente a él, sonrió y se posó por atrás de mi espalda, cruzó su antebrazo por mi cuello, su cuerpo quedó pegado al mío, pero no me importó, me percaté que él olía mi cabello y con la otra mano enroscaba un mechón entre sus dedos mientras sugería:

—Vamos a la sala a cenar y te invito a ver una película de terror.

Solté una carcajada y dije:

—Muy gracioso.

A propósito, lo pisé ligeramente con el tacón y zafándome de su brazo, quedé de frente a él.

—Ni sueñes que voy a dormir en una recámara de aquí.

Detrás de sus espesas y largas pestañas que le llegaban hasta las cejas, enmarcando sus ojos color azul traslúcido, divertidos, aclaró:

—Si quieres, puedes dormir en el auto; ni loco te voy a llevar a esta hora a la ciudad.

Comenzó a escucharse mi estómago, tenía mucho tiempo con ese problema; el médico indicó que era por el estrés, que no debía tenerlo vacío por tiempo prolongado y que, si no tenía cuidado, se produciría una úlcera.

Al escucharlo él también, me tomó la mano. Al salir de la biblioteca, me percate que las luces se apagaban automáticamente y, en broma, me aseguró:

—Son los duendes que cuidan la energía en pro de la naturaleza. Vamos a cenar que tengo hambre.

Prácticamente estaba cargándome, pues otra vez abrazaba su brazo con mucha fuerza y mi cuerpo no se despegaba ni un centímetro del suyo.

Llegamos al salón y, mientras cenábamos, jaló un muro, por detrás se veía un estante lleno de películas, tomó una y comenzamos a verla. Al leer el título, solté tal carcajada que lo contagié, tumbándose a mi lado comenzó a decir:

—Muy apropiada para la ocasión, ¿verdad?

El filme era cómico y trataba de un vampiro y su familia sobrenatural, le confirmé:

—No es de terror, al contrario, es muy divertida.

Estaba muy concentrada en la película, de repente, por el cuello sentí una cosa peluda y algo húmedo sobre mi cara; fue tanto el susto que caí encima de Ted,

derramando su soda sobre su suéter, lo vi mirar la mancha y luego, observé a un perro muy contento; no hizo nada por levantarme de sus piernas, recargó la cabeza en el respaldo del sillón y levantó los brazos con dirección al techo, pronunciando desesperadamente.

—Es mi perro Jamón. Está bien, tú ganas, ya no te aguanto más; te llevaré a un hotel.

Pero parecía que el castillo tomaba represalias, comenzó a caer una lluvia torrencial con todo y truenos, miró desolado al ventanal, noté que acumuló toda la paciencia que le quedaba antes de pensar en voz alta:

—Ahora es imposible salir, tendré que permanecer con la paranoica toda la noche.

No me importó para nada lo que decía y tampoco me quité de sus piernas; yo también miraba al ventanal y era tal la obscuridad del otro lado, que con voz aterrada, le comenté:

—Imagina que en cualquier momento se aparecerá una cara aterradora del otro lado del vidrio.

Derrotado, me abrazó poniendo su barbilla sobre mi cabeza y enredando nuevamente mi cabello entre sus dedos, con voz tierna, me prometió:

—Nunca dejaré que nada malo te pase aquí. Por el contrario, este castillo será tu refugio, lo amarás como yo; ven conmigo.

Decidió llevarme al jardín junto con su perro Jamón, en automático se prendieron unas luces. Cuando sentí la lluvia, levanté mi cara para mojarla y comencé a bailar alrededor de él, disfruté cada gota. Hacía mucho tiempo que no me sentía contenta, le di un beso en la mejilla y las gracias diciéndole:

—Realmente es hermosa tu propiedad, pero definitivamente no voy a dormir en ninguna habitación de ella.

Me di cuenta de que se había puesto tenso y nervioso, pero sólo contestó:

—Vamos a bañarnos, para no enfermarnos; dormiremos en los sillones del salón con las luces prendidas.

Con cara de preocupación le dije:

—Yo sé que se te hará raro; ¿te puedo hacer una petición?

Él interrumpió:

—Contigo ya nada se me hace raro.

Moví ligeramente mi cabeza y, muy seriamente, le pedí:

—Cuando me esté duchando y vistiendo en el baño, ¿podrías estar pegado a la puerta por fuera y platicar de lo que quieras mientras termino?

Ahora sí tenía una cara de sorpresa total, incrédulo me comenzó a explicar:

—¿Entiendes lo que me estás pidiendo? Eres consciente que estamos solos, que soy un hombre y que tú eres guapísima y pretendes que me quede tranquilo escuchando cómo te bañas mientras imagino tu cuerpo, ¡realmente estás loca!

Me mordí el labio inferior y lo pensé, luego, contesté.

—Pero yo no soy tu tipo de mujer, así que no pasará nada de eso.

Sus ojos me penetraron.

—¿Estás segura de eso? Porque yo sí estoy seguro de lo que puede pasar.

Le sugerí otro plan.

—Bueno, qué tal si no me aseo; sólo me seco y cambio de ropa, ¿te parece?

Con una sonrisa coqueteándome por primera vez, según yo, invirtió el plan: que aceptaba lo que inicialmente le propuse si yo hacía lo mismo. No tuve que estar tras la puerta, lo imaginé desnudo con ese cuerpazo; él leyó mis pensamientos y, con un abrazo por mi cuello de la misma forma en que lo hizo en la biblioteca, riendo, dio otra solución:

—Mejor le pido a la señora Pob, una de las empleadas de toda mi confianza, que tome mi lugar y, al terminar te lleve de vuelta al salón donde te estaré esperando.

Y con tono travieso, reveló sus pensamientos:

—Por cierto, yo tampoco necesité estar tras la puerta.

Nos encontrábamos acostados, cada uno en un sillón; observé que no había fotos personales, curiosa le pregunté:

—¿Tienes álbum familiar, como las personas normales? Nada de óleos de tus ancestros ni tampoco se valen las de tu celular que me mostraste el otro día.

Tenía el brazo cubriendo su cara y con pesadez se dirigió a un mueble de dónde sacó varias carpetas y, sentándose junto a mí, puso un de ellos sobre mis piernas. Lo abrí y comencé a observar sus fotos de niño; siempre fue hermoso, había varias con sus padres y familiares, explicándome cada una de ellas.

Terminamos de ver varios álbumes; pasando por diferentes etapas de su vida, llegamos a su adolescencia y me llamó la atención la primera foto: él estaba sonriendo con una botella de champán en la mano, atrás había una avioneta y equipo de paracaídas, pero lo que verdaderamente me impresionó era que abrazaba, con una sonrisa encantadora, a un muchacho que se notaba que era su gran amigo y realmente estaban felices. Su compañero era ni más ni menos que Tsuki. Acaricé la foto mientras indagué:

—¿Qué sucedió entre ustedes?

Lo contemplé, tenía una expresión de nostalgia y comenzó a narrarme el pasado. No sólo éramos amigos desde muy niños, éramos hermanos entrañables, con las mismas afinidades y carácter, éstas iban desde quedar adoloridos probando los

nuevos videojuegos y consolas hasta practicar deportes de alto impacto. No bastó con que decidiéramos estudiar en la misma universidad y fraternidad, sino que también compartíamos habitación, de hecho, compartíamos todo, pero nos metíamos en muchos problemas. Antes de ser expulsados de la universidad, nuestros padres decidieron separarnos, pero eso no evitó que nos siguiéramos viendo.

Por desgracia, conocí a una chica pelirroja espectacular, quedé prendido de ella desde el momento que se me acercó. Era extremadamente liberal y una bomba sensual, rápidamente me convertí en compañero de su cama, yo enloquecía por ella; poco tiempo después comenzaron a llegarme los rumores de que la chica era infiel por naturaleza; no me importo mucho, era de imaginar.

Una noche en un bar, Tsuki me contó que estaba enamorado, que tenía que conocer a su chica. Le platicué que yo también sostenía una relación informal, pero la adoraba, que era una diosa. Cometimos un grave error: nunca mencionamos el nombre de la susodicha. Después de unos meses, se me ocurrió en una ocasión caerle de sorpresa a mi entrañable amigo, sin previo aviso entré a su cuarto y los encontré besándose, el nombre de la muchacha es Noomi, era mi amante. Fuera de control, me abalancé sobre Tsuki pidiéndole una explicación, ella nos confirmó que salía con los dos; yo la insulté, pero él la defendió, ahora lo entiendo, él es un caballero incorregible, pero en ese momento le conté cómo lo hacíamos y en donde, preguntándole a mi amigo que si con él era igual. Nos abalanzamos a golpes, ambos somos extraordinariamente violentos, y terminamos con serias lesiones antes de que las autoridades del plantel pudieran detenernos.

Después de un tiempo, la comunidad universitaria comenzó a repudiarla. Tsuki decidió seguir con ella, ahora estoy consciente que lo hizo para resguardar el honor de Noomi, quien, por cierto, tiene un don para tocar las fibras sensibles de mi examigo con chantajes. Ella es como su karma; hasta la fecha la sigue protegiendo.

Pero en ese entonces, para mí fue una traición a nuestra amistad. Me propuse hacerle la vida imposible a él, cualquier mujer que se le acercara la conquistaría para vengarme. Cuando él se daba cuenta de mis intenciones con las chicas sólo se alejaba de ellas. Mi orgullo estaba lastimado pues, según yo, él la había preferido a ella, en vez de preferir nuestra amistad que, en realidad, fue lo que más me dolió.

En una ocasión, Tsuki, me detuvo para aclararme que lo hacía por bondad y por honor, me insistía en que él valoraba demasiado nuestra amistad. También afirmaba que ella se comportaba de esa manera porque deseaba disfrutar la vida

mientras pudiera pues padecía de una grave enfermedad, incurable y progresiva... por ese motivo, le dio su palabra de protegerla. Por supuesto, no le creí lo de la enfermedad de Noomi, eso lo molestó muchísimo por dudar de su palabra, y cuando ya estábamos por acabar la carrera, él se vengó de mí. Esperó con paciencia a que yo tuviera una novia formal, una joven de la que ciertamente estuviera enamorado y cuando sucedió, la conquistó sin ningún remordimiento ni reparo. Nuevamente, nos hicimos de golpes, quedando hasta la fecha como enemigos y contrincantes acérrimos en todo, negocios, deportes, subastas, automóviles exclusivos etc. Como *pacto sin pronunciar* nunca más nos acercamos a ninguna mujer del otro. el resultado fue que se rompió nuestra amistad sin remedio.

Terminó la anécdota y su mirada estaba en el pasado, al igual que él me perdí en mis pensamientos mientras seguía observando las fotos donde se notaba que fueron grandes amigos, me detuve en una, Ted estaba con una dama monumentalmente hermosa de cabello pelirrojo, entendí por qué los dos quedaron impresionados con ella.

Cerró de golpe la carpeta y dio por finalizada la sesión de fotos, guardó todo y se acostó; no pronunciamos ninguna palabra.

Repasé el relato, las fotos, los comentarios de su amistad y, por fin recordé dónde había escuchado el nombre de Noomi: fue la noche que conocí a Tsuki por aquella mujer imprudente que lo criticó a mi lado. De esa forma, por fin me quedé dormida.

Cuando despertamos, seguía lloviendo; pensé que tendría que acostumbrarme al clima del país. Mientras desayunábamos, entró una llamada, me indicaban que mi departamento estaría listo por la tarde, lo cual a ambos nos hizo muy felices. En la mañana, le pedí que me diera un recorrido por su casa, le hice prometer que no soltaría mi mano, así conocí la famosa galería de cuadros; fue escalofriante al principio, pero fui valiente y escuché toda la historia de cada uno de los familiares que mostraba. Después de un rato yo ya estaba realmente tranquila e interesada por las anécdotas y la riqueza histórica que Ted me platicaba.

Por la tarde, al fin llegamos al edificio inteligente donde viviría, era muy exclusivo y elegante. Sólo había dos departamentos por piso, separados con una pared de mármol, asiéndolos independientes, y por un pasillo se encontraban las escaleras y elevadores; mi departamento era muy moderno, tenía tres balcones, uno en la recámara principal, otro en la sala, con vistas a la ciudad de Londres y el último, en mi despacho. Contaba con tecnología de punta, el clima automatizado mantenía una temperatura estable en toda la vivienda, la cual era

de dos pisos. En el primero estaba lo usual: la cocina, el antecomedor, el comedor, la sala principal, la sala de té, etc. Los dormitorios y espacios de entretenimiento estaban en el segundo; unas escaleras internas llevaban al *roof garden*. Toda la arquitectura era a prueba de ruido.

Mis pertenencias estaban acomodadas perfectamente; mi nuevo personal era altamente eficiente, lo muy privado seguía empacado. Ted se dedicó a enseñarme el funcionamiento de cada aparato del departamento, así como los movimientos de la ciudad. Cuando finalizó me miraba dudoso, se decidió a justificarse:

—No sé si te moleste, pero el otro departamento de este piso es el mío. Tenemos privacidad total... bueno, excepto por mis guardias de seguridad que son totalmente discretos y el *roof garden* que compartimos.

Con sincera alegría, le manifesté:

—¡Eso es increíble! No me sentiré sola y, de esa manera, me puedes mostrar, si tienes tiempo, la ciudad ya que nada más conozco la zona turística y empresarial; será divertido tenerte como vecino.

Se quedó inmerso en sus pensamientos y para acabar, se despidió:

—Mañana nos vemos temprano para que me dé tiempo de llevarte a tu oficina y yo llegue a la mía, en lo que el chofer se acopla a tus necesidades.

Asentí no sin antes pedirle:

—¿Te puedo pedir un gran favor? ¿Puedes enseñarme a conducir?, ya que aquí se maneja en diferente sentido que en América; mientras, puedo desplazarme en mi moto porque no siempre voy a andar con el chofer, no es lo mío.

Aceptó; me paré de puntas más de lo acostumbrado, ya que yo llevaba tenis y él me quedaba más alto, y le di un beso en la mejilla.

Cuando me quedé sola, comencé a desempacar decidida a no recordar lo sucedido en Nueva York; cada vez era menos doloroso, pero también comprendí que todos teníamos miedos, pérdidas irreparables y seguíamos adelante.

CAPITULO IX

EL CORAZÓN DE TED.

TED NERABDER.
Londres, Inglaterra.

Cuando la dejé me dirigí a mi departamento; desesperado, me repetía en voz alta mirándome al espejo:

—No bajas la guardia, a ella le aterra mi castillo... pero a mí me aterra todo de ella.

Fui a mi estudio y prendí la computadora para planear el día siguiente. Sin darme cuenta, comencé a decirme lo que no debía olvidar de Vivian: volátil, irónica, agresiva, miedosa, devastadora, divertida, espontánea, audaz, hermosa, otra vez me encontré hablando solo:

—Espera, ¿por qué termino pensando en sus cualidades? No es mi tipo de mujer, es una gran amiga.

Como no podía concentrarme, decidí salir a despejarme con mis amigos.

A la mañana siguiente, la llevé a su oficina y mencionó que no pasara por ella, que se iría con el chofer a su departamento, lo que me dejó con tiempo para trabajar como era mi costumbre. Las noches siguientes no pasé a verla, pretextando que estaba muy agotado, así que hablábamos por teléfono contándonos los sucesos del día, pero con más frecuencia me sentía inquieto... y no encontraba la causa.

Una noche, llegué tarde pues tenía mucho trabajo y, al no darme tiempo de hacer mis ejercicios, realizaba una rutina en la parte techada del *roof garden*; éste estaba separado del de Vivian por una barda con enredadera. En el transcurso de una hora, recibí varias llamadas de amigas con quienes acostumbraba a pasar el tiempo, nada formal, pero siempre dispuestos a seducirnos y pasar un buen rato. Con la última, subió de tono la plática; al finalizar, escuché una carcajada del otro lado de la barda. Si sentía el cuerpo caliente por el esfuerzo de la rutina, lo sentí más por la pena. Me di cuenta de tres cosas: una, estaba recargado en la barda de separación de los departamentos; dos, había hablado muy alto por el celular; y tres, que del otro lado se encontraba ella. Por un momento me quedé inmóvil, cerré los ojos avergonzado y molesto; pensé en desviar la conversación. —¿Sabes que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

—¿Sabes que eres un empedernido seductor?

Brincándome el muro, la miré en su pijama, sin maquillaje y descalza, no estaba seguro si fue la plástica que había tenido con mis amigas o ella se veía irresistiblemente seductora. Sin poder evitarlo, contemplé sus labios y me senté junto a ella; ofreciéndome de su taza de café, dejó a un lado un libro, clavó esa mirada que cala hasta los huesos y, sin decir nada, recargó su cabeza en mi hombro. No pude resistirlo y, como siempre, tomé por un rato un mechón de su cabello y lo enredé entre mis dedos, luego la escuché:

—En fin, esa es historia sabida, que le rehúyes al compromiso querido amigo; pero llegará la chica que te ponga un alto y mientras eso sucede, ¿qué tal si entramos, te invito unos chocolates y vemos una película?

Le aclaré, jugando con ella:

—Pero yo escojo la película.

Se incorporó y, sonriendo, dio su nueva idea de convivencia.

—Nada de eso, en una caja meteremos diferentes géneros, por turnos sacaremos un papel y escogeremos el título, respetando las categorías que pueden ser cómicas, románticas, bélicas... y te doy *chance*, hasta de terror, menos sangrientas.

Acepté, pero le pedí que me diera tiempo de ducharme y cambiarme; asintió y, tomando su libro, me observó como saltaba la barda.

Cuando estuve listo, salté de nuevo la barda, la cual con el tiempo se convertiría en mi entrada principal. Llegué a la sala de televisión, la encontré en el suelo muy concentrada escribiendo en unas notas e introduciéndolas a una caja de chocolates. Esa noche, al mirarla, supe la causa del porqué me aterraba e inquietaba tanto y no tenía nada que ver las conversaciones con mis amigas: ella era la más hermosa visión para mí y me estaba robando el corazón.

Tenía tantos meses de vivir casi con ella y para ella, que no me había dado cuenta de que, por primera vez en mi vida, me encontraba en la *Friend Zone* y no había nada que yo pudiera cambiar... ni intentaría detener mis sentimientos.

Juntarnos se convirtió en un ritual que pocas veces se rompía, por lo general, solamente por compromisos de cualquiera de los dos, sin embargo, todas las noches la visitaba, aunque fuera de madrugada; inclusive, en varias ocasiones uno de los dos se quedaba dormido de cansancio por las jornadas del día.

Un jueves, me encontraba trabajando en mi oficina y mi asistente anunció que Vivian me esperaba en la puerta principal del edificio. Sin dar mucha importancia, le hablé por celular y me notificó:

—Te voy a raptar, ¡baja, porque nos vamos!

Di por terminados los asuntos dejando instrucciones. Cuando llegué al vestíbulo,

jaló de mi brazo y sacándome a la calle me ofreció un casco. Subió a su moto y con una palmadita en la parte trasera del asiento, indicó que me sentara; alegre le respondí:

—Con una condición: que después vayamos a mi “Casa Encantada”; ya que nada más vas de día y mañana tenemos amigos que recibir.

Después de perderse en sus pensamientos aceptó. Se puso el casco y arrancó.

Llegamos a una calle donde se encontraban unas canchas de básquetbol callejero, del compartimiento del asiento sacó un maletín y dándomelo, aclaró:

—Cámbiate y no vayas a decir quién eres, di tu nombre nada más, te voy a presentar a mis compañeros sustitutos en tu ausencia.

Sentí un escalofrío, pensé en que debió acompañarnos Kevin, mi guardaespaldas y cómplice de muchos años; con mi celular le envié la ubicación donde nos encontrábamos y le pedí que fuera discreto al llegar.

Pasamos por unas gradas y todos la saludaban con mucho cariño, se encontraba un personal pesado, de ambos sexos; no sabía a quién tenerle más precaución, si a las mujeres que me piropeaban descaradamente entre risas o a los hombres que me observaban con recelo por venir con Vivian.

Como si fuera de lo más normal, me presentó y bajó a la cancha. Comenzó a jugar de forma espectacular, su cuerpo perfectamente torneado era una distracción, ya que trataba de mantenerme alerta de lo que sucedía a mí alrededor.

Escuché a una señorita decir, mientras me ofrecía su mano:

—Soy Selma. Jugamos por equipos, todos los martes por las tardes y los jueves por las noches. Vivi casi nunca falla, pero la acompaña otro amigo llamado Kevin, tú eres mucho más apetecible.

Recordé que mi guardaespaldas me pidió permiso para faltar precisamente esos días, excusando que tenía que entrenar, dejándome un sustituto. ¡Él era hombre muerto!

Después, se acercó un muchacho con pinta de malos amigos, con un saludo de manos que parecía de banda de delincuentes, comenzó a platicarme:

—Hola, me dicen *Hulk*, ¿así que tú eres el famoso *Osito Tedy*?

Antes de contestarle con una carga de amenaza, pensé que, si salíamos vivos de ahí, iba a matar a Vivian y a Kevin.

—Mucho gusto; si vuelves a dirigirte a mí persona con ese sobrenombre, será lo último que pronuncies en tu vida.

Se escuchó de parte de los presentes, una aclamación seguida de parloteos de burlas de si permitiría su amigo dejar la amenaza así, el muchacho que decía llamarse *Hulk* sonrió, ofreciéndome una cerveza.

—Tienes el carácter de Vivi, sólo que ella es muy desinhibida, con un temperamento fuerte pero adorable y tú eres medio estirado. No te preocupes, aquí todos los amigos de ella son nuestros amigos; relájate y prepárate, te toca jugar contra mí, pero si pierdes, eres *Osito Tedy* y si ganas, puedes decirme cualquier apodo.

Mi cuerpo se puso tenso y, fulminándolo con la mirada, noté que se intimidó; respiré para controlarme y acepté el trato, se escucharon silbidos y gritos de sus amigos, apoyándolo:

—¡Con todo, *Hulk!*

Las mujeres coreaban y aplaudían gritando:

—¡Que Ted se quite la playera! ¡Que Ted se quite la playera!

De repente, sentí que por la espalda alguien me rodeaba con sus brazos mientras me daba un beso en la mejilla; era Vivian que, con una sonrisa pícara, susurró en mi oído:

—Vamos, diviértete son muy buenos amigos y, además, no puedes defraudar a tu club de fans, quítate la playera.

Le apreté el brazo y al oído la reté:

—Si me quito la camisa, le gano a tu amigo y me divierto, ¿tú pasarás las vacaciones sólo conmigo, en donde yo decida?

—¡Hecho! Eso lo quiero ver, *Osito Tedy*.

Me levanté y me quité la playera independientemente del alboroto que se generó alrededor por mis nuevas admiradoras. Observé que Vivian se incorporó y tomaba entre sus dedos el dije que colgaba de mi cuello, era la insignia de mi linaje la Casa Magna. Leí sus pensamientos, supe que ella recordó todos los nombres de los demás linajes perdiéndose por unos momentos, levanté su barbilla mirándola, se estremeció y me sonrió con nostalgia.

Bajé a la cancha y gané. Sorprendentemente el resto de la noche nos divertimos y comprobé que todos ellos eran personas muy amigables a pesar de su pinta de maleantes, pero, definitivamente, no era el lugar apropiado para una dama como ella ni un conde como yo.

Por fin terminaron los juegos; todos se despidieron y regresamos a la moto, nos encontramos a mi guardaespaldas; me esperaba con cara de angustia y sin esperar a que le recriminara comenzó a defenderse, mientras la señalaba para justificarse:

—Lo siento, pero ella mintió, me pidió que la acompañara y me amenazó si me atrevía a decirte una sola palabra de esta actividad.

Vivian lo miraba con ternura, yo le pedí que fuera más explícito; con temor contestó:

—Dijo que, si te enterabas por mí, me golpearía sin piedad mientras durmiera o

cada vez que practicara con armas cortas el blanco podría ser yo. Además, le tengo más miedo a ella que a ti; si se lo propone, puede ser realmente adorable o espeluznante, depende de su estado de ánimo y ciclo menstrual.

Sabía perfectamente de qué hablaba mi guardaespaldas. Resignado le indiqué que nos reuniéramos en mi casa, subí a la moto abrazándola de la cintura muy fuertemente; no lo hacía por temor, sino por sentir su calidez.

Cuando llegamos al castillo, ella entró con prisa y, se escabulló, fue directamente al salón; se acostó en el sofá tapándose hasta la cara con un edredón mientras abrazaba al perro, alegando que moría de sueño.

Me abalancé sobre ella tirando del cobertor, su respiración golpeó todos mis sentidos; aturdido sentí su cuerpo vibrar tomándome desprevenido. De un salto me separé de ella tratando de detener todo lo que deseaba en ese momento; estaba acorralado entre sus labios y mi alerta interior, apenas pude fingir y, murmurándole, dije:

—Esto no se termina aquí. Tienes mucho que esclarecer; una dama de sociedad no se arriesga de esa manera y debemos planear las vacaciones que me debes, pero en este momento yo también estoy muy cansado.

Me tiré en el sofá acobardado por todo lo que sin reparos mostraban estos sentimientos que no he podido controlar desde hace mucho tiempo; eran una sombra que no desaparecía.

Quedé analizando la forma en que me deshacía al tocarla y no encontraba la manera de escapar de la realidad de ser simplemente su amigo. Yo no buscaba nada más, ¿que rompió la línea? Pensé que ojalá algún día surgiera ese momento en que le daría el primer beso que contuviera todos mis *te amo*, ¿pero estaba dispuesto, con un beso, a convertirme en su preso? No será fácil hacerla entender que entró a mi vida abruptamente, sin estar planeado, debía existir algún modo. Además, me inquietaba pensar que, sin lugar a duda, volvería a enfrentarme a Tsuki; sabía perfectamente lo que mi examigo sentía por ella desde el día que le dedicó su sonata. No dejé de pensar en él, en ella y en mí, una y otra vez, hasta el amanecer.

La tarde siguiente fue bastante entretenida, llegaron amigos nuestros; la reunión era porque, por primera vez, los diseños de Coco saldrían a la venta en pasarela de París, era un evento muy importante para ella, así que decidimos brindar por su éxito.

Por la tarde, Jeff se acercó a mí y, sin preámbulos, me abordó:

—Ted, deja las cosas como están, no cometas una tontería, te conozco lo suficiente para saber qué te pasa. ¿Tú crees que eres el único que juega el papel de ser sólo su amigo? Yo lo he jugado durante años y mira en lo que me

convertí: soy como un hermano para ella y así siempre será.

Sujeté mi cadena del cuello y comencé a enredarla entre mis dedos y, sonriendo desanimado, contesté:

—Yo no estoy jugando y definitivamente, no me voy a detener; no te ofendas, pero tu caso y el mío, nada que ver.

Jeff se inclinó para que nadie lo escuchara y me aclaró:

—Es verdad, conmigo ella sería feliz, soy su hombre ideal y no le causaría ningún problema, pero desafortunadamente, soy su entrañable e incondicional amigo y, a estas alturas ya lo acepté.

Se veía muy tranquilo; pero sabía a qué se refería con *problemas*. Yo, de por sí, era un gran problema, pero estaba el *real problema*. Dije:

—Sé a quién te refieres, pero esto no es lo mismo; las cosas entre él y yo se dieron en circunstancias totalmente diferentes, ni siquiera era mi intención que sucedieran.

Mordazmente añadió:

—¿Y en el pasado, fue intencional por parte de cualquiera de ustedes? El resultado es el mismo, Vivian es ajena a lo que sienten por ella y si se inclina por cualquiera de los dos o por ninguno, deben respetarla y no causarle conflictos, cosa que dudo mucho; ya tuve una difícil conversación con él.

Quedé estupefacto y pregunté:

—¿Qué te dijo?

Jeff había grabado parte de la conversación que sostuvo con Tsuki y pude escuchar, literalmente, lo que éste comentó:

—Ya veremos, ella es mi destino, tarde o temprano estará conmigo, pero mientras se sienta segura y quiera la compañía del perdedor, yo estaré a distancia, pero nunca desapareceré; ella vendrá a mí, pero a su tiempo, en el momento que esté lista.

Jeff detuvo la grabación y, preocupado, añadió:

—Definitivamente, esas son palabras de Tsuki. Yo asumo toda la responsabilidad y pronto le haré saber a Vivian mis sentimientos, ¿a ver qué siente por mí?

Jeff, seriamente consternado, me dio una palmada en el hombro y, antes de incorporarse con el resto de los invitados, señaló:

—Darío y yo estaremos observando de cerca y si tenemos que interferir, no dudes que lo haremos sin reservas; no es amenaza ni advertencia, es una realidad.

Sonreí, sabía que así sería y que tendría muchos observadores en esta relación y no cualquiera: serían las cinco Casas más importantes.

Llego el día del evento de Coco y Vivian partía a Paris. Disculpándome por no acompañarlas, le dije que tenía un compromiso ineludible con mi familia y con

la alta sociedad de Londres; lo comprendió, pero no le hizo mucha gracia. Tampoco me dio tiempo de llevarla al aeropuerto; me despedí de ella pidiéndole que mandara mis mejores deseos a su amiga.

VIVIAN LAUTREC.
Paris, Francia.

Estaba entusiasmada porque volvería a ver a mis amigas.

En el aeropuerto, me esperaba un chofer. Al bajar del avión, subí al automóvil que me llevó directamente a un departamento que yo había adquirido para mis largas estancias en Francia, pues muchos negocios eran claves en esa ciudad y, además, me encantaba ese país.

Descansé y le hablé a Coco, quien me indicó el restaurante donde me esperaba. Cuando llegué, nos abrazamos y nos concentramos en platicar; yo le pregunté sobre su línea de ropa, su novio, su pasarela en París, etc., además, le comenté que estaba muy contenta de estar más cerca de ella. Me expuso su preocupación por andar “pegada” a Ted; bromeando, con su habitual carcajada y comentarios lascivos, me dijo que si no podía aspirar un poco más abajo con mi colección de hombres. Pasamos un atardecer entre risas y burlas, por fin salimos, comentó que ya se le había hecho tarde para ir con su prometido. De repente mi amiga, al ver a un muchacho al otro lado de la calle, expresándose en italiano, le gritó prácticamente en mi oído:

—Quiero todo contigo guapo, con ese cuerpazo escultural.

Coco solía piropear en otros idiomas, según ella para que no le entendieran; todas nosotras éramos políglotas, o sea hablábamos varios lenguajes.

Divertida, volví la mirada para ver al chico y reconocí unos ojos azul turquesa y una sonrisa encantadora. Quería morirme, no podía ser mi mala suerte con él; del otro lado contestó también en un perfecto italiano:

—Linda, lo que quieras; si es con las dos, mejor.

A ella se le pusieron los ojos como plato y, tapándose la boca, comenzó a reír; yo la arrastré y, jalándola, le grité:

—¡Coco, por favor, contrólate!

Al oír el nombre, se escuchó una exclamación a lo lejos:

—¡Ah, tú eres Coco! ¡Gracias por la tanga de Vivian!

La obligué a verme mientras la empujaba para seguir adelante, al mismo tiempo que, nerviosa, le revelaba:

—Es Tsuki, ¿te acuerdas de él? Es el joven del restaurante con Patrick, el de la tanga; concéntrate tonta. Por Dios, ¡la maldita tanga!

Luego avergonzada, recordé que nunca me la devolvió, pero estaba muy contenta de volver a verlo.

Se dirigió a la esquina mientras nosotras nos despedíamos. Atravesó la calle y yo fui a su encuentro. Coco, a lo lejos se despidió de nosotros agitando su mano. Con una sonrisa fascinante, él mandó un beso a mi amiga y ella fingió atraparlo llevandoselo a la boca. Ya cerca de mí, Tsuki inclinó su cabeza y me miró de una forma atrevidamente sensual, lo saludé.

Sosteniendo mi mano con su mano helada, me invitó a una pastelería que se encontraba a un costado del restaurante; no tuve tiempo ni de pensar, en minutos estábamos adentro de un lugar muy íntimo y, con un saludo cálido nos recibieron los dueños, que eran muy amigos de él. Cuando nos sentamos en un sillón de la cafetería, me preguntó:

—¿Cómo has estado? Te ves hermosa.

Se me volvió a olvidar el asunto de la prenda íntima y sólo platicué con él.

—Te desapareciste. También te ves muy bien, por cierto, ahora vivo en Londres y, ¿qué es de tu vida?

Con una mueca me respondió:

—Ya me enteré: eres muy amiga de Ted. Supongo que ya sabes que no somos muy amigos que digamos.

Recordando a la pelirroja, me limité a decirle:

—Algo supe, pero quiero que, por favor, no me involucren en asuntos; en donde nada tengo que ver.

Me clavó su mirada intensamente poniéndome nerviosa y recordé que por esos ojos, aprendí que los mares, se miran despacio para discernir, si nace el mismísimo océano dentro de ellos, y por eso lo hace palidecer. Él prosiguió:

—¡No! Ahora sí tienes todo que ver.

Continuó, sin esperar a que yo hablara:

—Pero, en fin... Por cierto, sí tuve que desaparecer de tu vista, y una de las razones fue porque tenía un compromiso bastante problemático y no podía prestarte toda la atención que mereces. Sé que es un riesgo dejarte tanto tiempo con el perdedor de Ted, pero estoy finiquitando un asunto y no me queda de otra que atenderlo.

Un poco confundida, ya que no entendía muy bien por dónde iba la plática, lo cuestioné:

—No seas así; los quiero a los dos y no me gusta que se refieran uno del otro de esa manera. Ojalá pudieran ser amigos nuevamente; y si no, allá ustedes, para mí no cambia en nada el cariño que siento por ambos. Y, si no es indiscreción, ¿de qué compromiso hablas?

Moviendo lentamente su cabeza en forma de negación y con su típica sonrisa

encantadora, me explicó:

—Vivian, verdaderamente, vives en otro mundo. No hay forma de que terminen nuestras diferencias, nunca se olvidarán por mucho que pase el tiempo, y menos con las circunstancias actuales; prefiero no hablar de él. En cuanto a la pregunta, es que... ¿cómo te explico? Mi situación actual es...

Hizo una pequeña pausa y continuó:

—Digamos que estoy enfrascado en algo así, como una relación compleja y delicada, si se le puede llamar relación.

Y muy seriamente me afirmó:

—Pero en cuanto pueda, iré por ti, sí todavía es tiempo; si no, no importa... estamos destinados: yo pienso en ti como nuestro destino.

En ese momento, se acercó la dueña llevándonos una charola con café y muchos pastelitos de sabores diferentes; le dio un beso en la mejilla y se alejó, él contento tomó uno y me contó:

—Son una especialidad que inventamos hace muchos años; estos pasteles los llamamos *Sorpresa*, el aspecto de la cubierta no siempre coincide con el sabor del interior. Por ejemplo, puedes creer que este es de chocolate, lo divertido es que tienes que escoger uno y morderlo, sin cortarlo antes.

Lo abrió por la mitad, era realmente de zanahoria, y sonriendo, tome uno refiriéndome:

—Suena divertido, pero ¿por qué salió la idea?

—Bueno, un día no estábamos muy optimistas por aquí, así que para animarnos comenzamos a hornear y decidimos que sería como algunas situaciones de la vida. Lo que planeas o ves no siempre es lo que parece y debes de tomarlo por el lado bueno o te puedes atragantar, pero de que te lo tienes que terminar, lo tienes que terminar; no se puede seguir con otro plan porque te estancarías y no tendrías la oportunidad de escoger algo mejor.

Mordí un pastelito con pinta de ser de fresa y resultó ser de menta muy concentrada, solté una carcajada y, mientras lo escupía, comenté:

—¡Madres, esto sabe a mierda!

Sus ojos brillaban divertidos, pero comencé a comérmelo mientras tomaba grandes sorbos de agua para resistir; por fin terminé y riendo, le afirmé:

—Mis oídos y nariz se destaparon por el resto de mi vida; por hoy no podré comer otro, te toca.

Tomó uno con apariencia de café; sorpresa: era realmente de café. Me quejé:

—No es justo, ya los conoces.

Se defendió:

—Nada de eso, siempre los cambian, ¿acaso me acusas de hacer trampa?

Envolvió su rebanada y me la obsequió para que me la comiera más tarde.

Salimos despidiéndonos de sus amigos; fui invitada a regresar cuando quisiera, les agradecí, prometiendo volver.

Tsuki y yo nos dirigimos caminando hacia mi departamento, lo invité al desfile de modas, pero comentó que partía esa misma noche, que era una lástima. Nos encontrábamos en la puerta del edificio y, observándome, acarició mi nariz dándome un largo beso en la mejilla. Sonriendo, confesó:

—Hay besos que tienen la profundidad suficiente para cristalizarse en la eternidad; para nosotros son los que te doy siempre. Algo más: me fascinas, es una forma de expresar sutilmente lo que siento por ti. Quiero que lo sepas ya que sales con Ted; creo que es justo que te des por enterada, aunque yo no pueda pretenderte como es debido... ¡por ahora!

Se quedó inmóvil esperando mi reacción, recordé el primer beso que me dio y, nerviosa, respondí bromeando:

—Me doy por enterada, pero ¿no pretenderás que te espere por tu relación compleja?

Se alejó caminando de espaldas añadiendo, con una promesa:

—No, por supuesto. Seré yo quien te busque; si por alguna razón te encuentro en circunstancias no aptas, no me acercaré, te estaré esperando, entonces tú iras por mí, pero a tu tiempo y cuando estés lista. Ya te lo mencioné: es el destino, somos el uno para el otro.

Lo vi partir y pensé que era muy extraño lo que él decía.

Mis días en París fueron muy divertidos, asistí al desfile que fue un éxito total y, con el pretexto de festejar, nos reuníamos todas las noches Coco, Amanda, Lucy y yo. De esa manera, les conté todo y pasando de un bar a otro, conocimos la vida nocturna; por las mañanas aprovechaba para trabajar en la empresa.

Regresé a Londres y Ted no estaba en el país. Decidí ir a ver a su perro Jamón y a indagar, de una vez por todas, si en el lugar no espantaban. Me encontré que, en esa ocasión, Kevin no había acompañado a su jefe, así que era mi compañero de husmear por la casa.

TED NERABDER.

Condado de Kent, Inglaterra.

Llegó el tiempo destinado para vacacionar según lo planeado desde el día del básquetbol, a donde por cierto siguieron asistiendo; yo me abstuve de volver, mi guardaespaldas se convirtió en incondicional de ella.

Ya en mi casa, Vivian, la recorría acompañada de Kevin y de mi perro, el cual se resistía sin éxito, lo amarraba con una correa, arrastrándolo por todos lados.

Ella empezó a encariñarse con ciertos espacios y otros, definitivamente los evitaba sin disimulo. Tuve que dejarle mi recamara que estaba a un costado del salón donde acostumbrábamos a estar siempre y mudarme a otra habitación, en mi propia propiedad, pero lo prefería a sus alegatos sobrenaturales.

Una tarde, la miraba reír por una lectura en la que estaba inmersa, tuve ganas de decirle, “*verte es la más hermosa realidad para mí*”, pero callé. De repente me clavó esa mirada que calaba el alma y sin más preguntó:

—¿A ti te gustaría tener hijos? No por obligación.

Se lo debía, tenía que contarle la verdad.

—Por supuesto eso sería hermoso; me encantan los niños, sus risas, travesuras, sus sueños, todo en ellos me enamora... pero en mi caso será un poco difícil.

Se quedó pensativa; supe sin duda alguna que comenzarían las preguntas, las cuales me ponían en aprietos.

—¿Te ponen en problemas porque tienen que ser hijos de alcurnia?

—En parte.

Dejó el libro y puso toda la atención, ¡me iba acorralar!

—Mencióname la parte importante.

Empecé a narrar mi situación:

—Bueno, resulta que tengo un problema reproductivo.

Se quedó esperando a que continuara, así que resignado proseguí:

—Lo que sucede es que padezco de *Asteno spermia*, significa que la mayoría, o quizá todos mis espermatozoides, no se mueven o no son capaces de moverse; me llevará tiempo ser padre o quizá nunca lo logre. Pero no pierdo la esperanza.

Se volteó para mirar atreves de la ventana, pensativa por un rato, mordiéndose el labio inferior., volvió a preguntar:

—¿Pero habrá un tratamiento de fertilidad?

—Sí, pero la probabilidad de éxito es de un 10% o menos, es algo que por ahora he descartado; no quiero hacerme ilusiones.

Comenzaron a humedecerse sus ojos y salió de la biblioteca sin más.

No me moví. Sabía que sería aún más difícil que ella me aceptara; sí ya era complicado, con este tema tenía menos posibilidades, quedé desalentado.

Cuando regresé al salón con su libro, me estaba esperando con las llaves de su automóvil, sólo amenazó sonriendo:

—Es hora de las clases de manejo.

Sabía que era para animarme, pero me negué rotundamente, alegando que ahí estaba el cobarde de mi guardaespaldas para enseñarle; de repente, con un abrazo por la cintura, terminó por convencerme.

—A Kevin no le gusta el peligro como a ti; toma las clases como un deporte extremo.

Me arrepentí, los deportes extremos se quedaban cortos comparados con su forma de conducir. Era osada y aceleraba como loca, por supuesto, nos detuvo una patrulla. A ella le levantaron una multa y a mí, me advirtieron que la próxima vez la multa sería para mí pues yo era el irresponsable por dejarla conducir de esa manera. Enfadado, maneje a casa; ella puso algo de música. Molesto, comencé a regañarla.

—¡De verdad que eres irresponsable! No tengo idea de cómo te metes a lugares en donde no perteneces y por qué manejas sin precaución. Te advertí que bajaras la velocidad, pero claro, ¿cómo me ibas a escuchar?

No me respondió, sólo dijo, a modo de disculpa:

—No te enojas, ¿te invito a tomar un café?

Acumulando la poca paciencia que me quedaba, la llevé a una cafetería. Se puso a platicar de su adolescencia y de las travesuras que hacía con sus amigas, que volvía locos a sus padres ya que era muy inquieta, pero la adoraban y la perdonaban rápidamente; yo también la adoraba y le perdonaba todo.

Regresamos a mi departamento y en la terraza, ella miraba el cielo; no podía descifrarla, le abracé el cuello y pegué mi cuerpo al suyo. Me inquietó el olor de su cabello y sus manos tocando mi brazo. Si no le revelaba mis sentimientos en ese instante, ella volvería a ver a Tsuki; supe de su encuentro en París, por supuesto no por Vivian, sino por él, quien, con lujo de detalles y advertencias, me informó que quería hacerme saber que él iba realmente en serio con ella. Por eso, quizá no tendría yo el valor ni la oportunidad en otro momento, sabía que Vivian, sin saberlo, tenía un vínculo muy especial con Tsuki. Tenía muchas razones para arriesgarme, además ya no tenía opción.

Temía por primera vez que los nervios me delataran, así que comencé a decirle en voz muy baja:

—Dicen que nosotros somos los peligrosos.

Ella contestó:

—¡Son peligrosos!

Recargué mi cabeza contra la suya, notó mi indecisión y trató de quedar frente a mí. La retuve; si la miraba a los ojos no tendría el valor, me asfixiaba, era algo que no había sentido en mucho tiempo y continúe:

—Este sentimiento que despertó por ti cuando menos lo esperaba, me anima a declararme. Sé que no soy a quien esperas, que soy tu amigo, pero en mí comenzó un duelo a muerte entre quedar como tu amigo por completo o intentar que me ames como tu pareja; te propongo que aprendas amarme.

Por fin, lo había dicho y sólo tenía que esperar. La solté y, poco a poco, giró; su mirada era firme:

—No sé de quién hablas, pero sí puedo atreverme a decir que no tengo que

aprender nada porque te adoro. Con el tiempo, dejé de verte como un amigo y tampoco me lo esperaba. Te propongo que si tenemos una relación no haya mentiras, condiciones ni promesas.

Jalé ligeramente su cabello hacia tras para que levantara más la cara y cubriendo su cintura con un abrazo, la acerqué a mi cuerpo sin dejar de mirar sus labios. La besé lentamente, disfrutando su sabor. La acaricié con cuidado, tratando de memorizar cada parte de ella; sentía su temblor y su corazón a mil por hora, sus manos apretaban fuertemente por detrás de mi nuca. Nuestros deseos se exteriorizaron y, en los sillones bajo el cielo, me convertí en su preso, rescribiendo mi futuro.

A la mañana siguiente, me sentía muy contento y confiado. Esperé a que despertara y la volví a besar, estaba loco por ella; sabía que los problemas existían, pero no quise recordarlos... no por ahora.

DESTINO.

Londres, Inglaterra.

Los negocios de Vivian iban en ascenso de forma rápida con las inversiones y extensión de éstos. En la Bolsa de Valores, sus acciones se mantenían siempre al alta; se convirtió en una empresaria de altísimo nivel. En poco tiempo comenzaron a referirse a ella y a su familia como la Casa Novus, dándole una distinción que asombraba a propios y a extraños por carecer de linaje. Con la aceptación de las Casas más importantes, nadie tuvo objeción, se convirtió en uno de ellos, por supuesto con su sello personal.

De esa forma nació su propia dinastía, sin imaginar que por los lazos que formaría y las circunstancias, su descendencia se convertiría en la más fuerte, prominente y poderosa.

CAPITULO X

PROPUESTAS Y CONTRAPROPUESTAS.

VIVAN LAUTREC.

Londres, Inglaterra.

Era feliz; Ted se había convertido en una parte indispensable en mi vida. Yo tenía muchas dudas, sabía que enfrentaríamos obstáculos muy serios, como su familia, su título noble, mis amigos, la religión de él, los supuestos compromisos

y eventos públicos y privados que tendría que cubrir por ser su pareja, por los cuales no estaba dispuesta a cambiar toda mi agenda.

Todas las razones eran válidas y no sabía cómo las afrontaríamos. Solo sabía que al tiempo había que darle tiempo y no podía hacer nada por el momento.

Pasamos meses inolvidables, pero la presión de su condición social me estaba acorralando, aunque él siempre me daba salidas.

Ted me llevó a casa de sus padres varias veces. Su madre era insufrible, pero esa tarde fue el caos, estaban familiares y amigos, en un momento donde Ted estaba ocupado la Condesa Nerabder me atacó directamente:

—Señora Vivian, qué bueno que anuló su primer matrimonio; mi hijo no puede casarse con una divorciada. Además, le recomiendo que empiece a vestir con el protocolo de etiqueta real; se deben seguir, ciertas normas para conservar un estilo digno de nuestra alcurnia, es lo adecuado.

Contesté lo más cortésmente que pude:

—Señora, no me voy a vestir como usted quiere, ni anulé mi matrimonio por darle gusto a nadie, con respecto al matrimonio, ni siquiera lo hemos pensado.

Indignada, me respondió:

—Pues la ha presentado como su novia oficial durante largo tiempo y, además, se nota que lo tiene en sus manos. Debe usted entender que él es un conde de la alta nobleza del Reino Unido y representante de la Casa Magna; no es cualquiera.

Contesté:

—Mire, señora, con todo respeto, yo soy del Continente Americano y ahí no hay monarquías ni nada por el estilo. Me educaron para decidir libremente cómo pensar y actuar; yo respeto todas las ideologías y costumbres, pero pido que el respeto sea recíproco.

Respiré y me propuse contar hasta diez, pero no pude, la madre siguió hablando.

—Mi secretario le mandará el itinerario de los eventos oficiales a los que tendrá que asistir conmigo y con los de mi hijo, pídaselos a su asistente de ceremonias. En cuanto a religión, empiece a abrazar la nuestra, es uno de los requisitos indispensables, querida.

Sorprendida y molesta le expuse:

—No se preocupe, mi asistente le enviará mi itinerario y si puede usted, ajuste su agenda a la mía. Tenga por seguro que no tendré ningún inconveniente en llevarla a mis eventos, porque yo no puedo modificarlos tan fácilmente; tengo mucho trabajo y asociaciones propias a las que no puedo dejar de asistir. Y en cuanto a los de Ted, nos coordinaremos de mutuo acuerdo.

Furiosa, pero sin perder el estilo, recriminó:

—Mi hijo es un insensato rebelde, ya es hora de que tome su lugar; está en edad

de representarnos como es debido. Para serle sincera, la candidata ideal para ser su pareja es la Condesa Jaquely; pero apareció usted y volvió su rebeldía.

Me mordí el labio inferior y cuando iba a contestar, entró Ted; la señora se incorporó y le dijo con tal hipocresía:

—Tu novia es un encanto. Nos llevaremos muy bien, si sigue las etiquetas rigurosas que ambos tienen como obligación.

Al terminar su comentario, se retiró.

Enfadada, le conté lo sucedido y se notó su preocupación.

—Será difícil lidiar con mi madre y con el estricto código de etiquetas, sólo tenemos que ponernos de acuerdo. Y con respecto a que vistas como ella sugiere, no es una buena opción: me gusta tu estilo.

Toda la tarde fui objeto de indirectas por parte de la mayoría de los invitados. Cansada, le pedí a Ted que nos retiráramos y, contundentemente, respondió que no podía. Decidí irme sola, pero me alcanzó, alegando:

—No me puedes hacer esto, este día es importante para la imagen de mi familia; además tu presencia es fundamental por ser mi pareja.

—Furiosa, le eché en cara:

—¿Tú recuerdas por qué se terminó lo mío con Patrick?

Molesto, me reviró:

—No es lo mismo. Yo no te pido que dejes tu carrera y mucho menos te pongo límite de tiempo para nada, pero te dije que todas las Casas se rigen por reglas similares. Lo único que pido es que vayas a eventos oficiales.

—No soy ni tu prometida ni tu esposa, así que, ¡nos vemos!

Salí de ahí, dejándolo en su reunión. Ya en el coche; Kevin me miraba por el espejo retrovisor y comenzó a hablar:

—Señorita Vivian, tengo mucho tiempo aquí y, ciertamente, no es un lugar para usted con su independencia. Debo mencionar que sí hay cadenas y fantasmas en el castillo... pero de otro tipo. Aunque Ted se ha zafado de muchas de ellas, no podrá quitarse todas; y de usted, ciertamente, está enamorado.

No le contesté, me sumergí en mis pensamientos. Lo que temía estaba sucediendo otra vez: las reglas de las Casas comenzaban a acorralarme.

Esa noche, encerrada en mi departamento, no quise saber nada del exterior. Ted, de madrugada, se saltó la barda y entró a mi departamento; yo escuchaba música.

Tomó mis manos y comentó:

—Lo siento, sé que todo esto es agobiante. Mi madre es muy rígida con las costumbres... bueno, toda mi familia; sólo hay que esquivarlos. Llevamos mucho tiempo de novios y estoy realmente enamorado de ti... te propongo que

nos casemos.

Me sorprendió su proposición y continuó:

—Firmemos el contrato prenupcial que redacté para tu relación anterior, con las mismas bases o similares. Y, además, te recomiendo, que tengas un nuevo abogado; sugiero que sea un bufete contrincante del mío. De esa forma, estarás totalmente protegida. No anunciaremos el compromiso hasta que tú lo decidas; a cambio, pídemelo lo que quieras.

—¿Es una propuesta de matrimonio?

Contestó rápidamente:

—¡Por supuesto! Sólo te pido que adelantemos los trámites para que no haya intromisiones de nadie, esto es entre tú y yo.

Lo pensé y decidí que no perdía nada por firmar el contrato prenupcial por adelantado, así que acepté... pero le pedí lo que más deseaba de él.

—Lo que quiero de ti es que te pongas en tratamiento con Jeff, quien es el mejor especialista en fertilidad, con la esperanza de que tú puedas tener hijos, ya que es tu ilusión... aunque no sean míos. Yo te amo a ti y si tú estás a mi lado, lo demás no me interesa, no me importaría tener o no hijos.

Renuente, manifestó:

—No puedo, me llenaría de esperanzas... y una negativa rotunda me despedazaría.

Se quedó pensativo y sugirió:

—Mejor te propongo ponerme en tratamiento donándote mis espermatozoides; no tendré injerencia sobre ellos. Tú, en cambio, no me dirás nada de los resultados. Si estando casados, llegan de forma natural, será una bendición; pero si, desafortunadamente, no se realiza de esa manera y Jeff logra con éxito la fertilización con el método *ICSI (Inyección Intracitoplasmática de Espermatozoides)* sería... un maravilloso milagro. Pero considerando que no fuese posible ninguno de los casos, yo siempre tendré la esperanza de que algún día quedes embarazada. Así te demuestro cuánto te amo y tú a mí.

Acepté, no muy convencida:

Lo abracé con amor; sabía que era el regalo más hermoso que me daba.

Berlín, Alemania.

Cambiamos el plan de las vacaciones: nos fuimos a Alemania a los laboratorios de Jeff. Ted comenzó el tratamiento y con éxito congelaron sus espermatozoides óptimos. Firmó el consentimiento de donador, autorizándome para hacer lo que me pareciera pertinente, sin consultarlo o darse por enterado. A cambio, yo firmé un acuerdo en el que estipulaba que en ninguna circunstancia se emplearían para

fertilizar otro óvulo que no fueran míos, comprometiéndome a ser utilizados exclusivamente por mí persona.

Para olvidar un poco el asunto, nos fuimos a esquiar. Fue todo un show, me caí mil veces; Ted, no paraba de burlarse de mí, terminamos en una pista de patinaje sobre hielo.

En definitiva, éramos una pareja envidiable... menos cuando estábamos bajo el ojo de su dinastía.

Poco nos duró la tranquilidad; un día fue por mí a la oficina y me pidió que fuéramos a cenar con sus padres.

Muy contento, comentó:

—Te tengo buenas noticias, hoy te están esperando mis padres en su casa como mi futura esposa. Les conté que pensábamos casarnos, pero que todavía no teníamos la fecha.

Un poco confundida, solté la pregunta:

—¿Les contaste de nuestros planes?

Levantó las manos con impaciencia y se defendió:

—Así es, y solo van a cenar con nosotros, para festejar.

No comenté nada.

Llegamos y en la sala se encontraba su padre; Ted, tenía todo el parecido a él, era un hombre muy atractivo y la madre tenía una belleza típica británica. Saludaron a su hijo con un abrazo y a mí, me dieron la bienvenida con modales impecables.

En el transcurso de la cena, después de pláticas banales, comenzaron las verdaderas intenciones, cuando su madre anunció:

—Vivian, como sabrá, hay pasos muy importantes que se deben seguir al pie de la letra en linajes como el nuestro. Es primordial cambiar su contrato prenupcial. Mi familia debe quedar protegida y sus términos no nos convienen; no sé si está enterada de que la Casa Magna tiene su propio contrato prenupcial. Además, sugiero que se decida ya la fecha de la boda. La ceremonia debe ser de abolengo ya que mi único hijo contraerá matrimonio y es bien sabido que vendrán personajes importantísimos a la ceremonia. Los gastos y organización de la misma correrán por cuenta nuestra. Usted sólo tendrá que preocuparse por hacerlo feliz; por supuesto, sin olvidar sus nuevas responsabilidades que adquiere con su nuevo título. Bueno, todo eso se estipula en el contrato prenupcial. Por cierto, sus padres no lo tomaron tan bien, expresaron que respetarían sus decisiones, pero les hubiera gustado darse por enterados por medio de usted.

Ya no pude más y alterada, pero sin levantar la voz, contesté:

—¡Les hablaron a mis padres sin mi autorización! Indudablemente que no lo tomaron muy bien. ¿Cuáles decisiones?, si por lo que veo, ya están tomadas todas ellas. Además: por lo menos tenía el derecho de ser yo, la que les contara de mis planes. ¡No que ustedes les expusieran los suyos! Ahora, si me permiten, tengo que hacer una llamada importante.

Mi futuro suegro le dijo a su hijo:

—Será difícil que se acostumbre a las reglas y, sobre todo, a tu madre. De todas formas, me parece muy buena elección; tiene todo para pertenecer a nuestro linaje.

Y a su esposa, la miró con desacuerdo y le recriminó:

—Ya mujer, déjala en paz; la vas a asustar y nuestro hijo quedará soltero por quién sabe cuánto tiempo más. Eres imprudente, debiste dejar que él se lo comunicara.

La mujer, en su defensa, le contestó indignada:

—Supuse que debía saberlo o por lo menos, que se lo intuía.

Cuando me levanté de la silla, ambos caballeros se pararon también. Salí a calmar mis ganas de golpearla.

Ted me alcanzó; cuando estuvimos a solas arremetí contra él:

—Todo lo decide tu título nobiliario y el *qué dirán*. No quiero mencionar a tu madre, sólo te exijo que se quede al margen de mi vida. Respecto al contrato prenupcial afortunadamente ya está firmado y no pienso modificarlo. Te recuerdo que me conociste estando consciente de mi estilo de vida y no te importó. Si no estás dispuesto a aceptarme de esa forma, no sé qué vamos a hacer referente a nuestra relación. Por otro lado, ¿en qué pensaban cuando se atrevieron a hablar con mis padres y no decirme nada? Y ya ni te digo lo que pienso de lo demás. ¡Todo esto es una locura!

Me observó, sin pronunciar ninguna palabra, así que proseguí:

—No te quedes callado, ¿no se supone que los abogados saben defenderse?

Rechinó los dientes y se calmó, efectivamente, comenzó a defenderse argumentando:

—Con respecto a mi madre te doy la razón; tomó atribuciones que no le correspondían. Pero tienes que entenderla, en parte tiene algo de verdad, nos guste o no, tengo responsabilidades ineludibles.

—Por supuesto que no me gusta; sé que hay formalidades que debemos cumplir, pero lo que desean es convertirme en la dama atrás del caballero y lo veo difícil.

Noté que levantó las cejas en señal de que se sorprendía y prosiguió:

—Yo ignoraba, al igual que tú, que mi madre fuera a hablar con tus padres, eso ya lo resolví hace unos momentos; les ofrecí disculpas y les conté todo lo que

ocurrió. Te prometo intentar que mi familia, desde hoy, no vuelva a molestarte. Si siento que ésta te incomoda, tendremos menos contacto con ellos.

Intrigada le dije:

—Dime, ¿por qué razón les comentaste lo de nuestro compromiso? ¿No que era entre tú y yo? Quedamos que lo avisaríamos de común acuerdo.

Ted añadió:

—Me estaban presionando con que debía ya tener una relación de verdad formal, así que se los comuniqué. Pero nuestro acuerdo sigue vigente, informaremos el compromiso cuando estemos de acuerdo los dos. Por favor, dime que estamos bien.

Como noté su preocupación, abatida, interrogué:

—¿Algún día estarán listos todos ustedes para nuestra unión?

—Por supuesto, pero, trata de ajustarte un poco a mis necesidades, te lo ruego, no quiero tener problemas contigo.

—Ted, prometo que pondré todo de mi parte, pero tú también tendrás que entender que no siempre podré cumplir con tus compromisos.

Me besó y me propuso irnos sin avisarles a sus padres; me negué, sería una descortesía. Nos despedimos y nos retiramos.

Y así, libramos una batalla... por el momento.

Regresando a nuestros departamentos, cada uno de nosotros recibió la invitación de bodas de Coco. Por supuesto, yo era una de las madrinas. Me tenía vuelta loca con sus exigencias y nervios, pero así nos pasaba a todas sus madrinas, incluyendo a los varones del grupo; entre todos cubríamos la psiquis de nuestra amiga, del pobre novio y, por supuesto, la propia.

El día de la boda yo estaba muy nerviosa; si algo salía mal, Coco nos haría la vida imposible, no nos la acabaríamos por el resto de nuestras vidas. Pero cuando Ted, subía por las escaleras, acomodándose el puño de su camisa, impecablemente vestido, con un traje hecho a la medida, con uno de sus relojes exclusivos, sus largas pestañas enmarcando la belleza de sus ojos azul translúcidos, los cuales me transportaban al cielo, y sus facciones perfectas, realmente sentí envidia por no ser tan atractiva como él. Yo me considero una mujer de belleza estándar, nada excepcional; si llegáramos a tener hijas igualitas a su padre, serían muy acosadas y si fueran varones, estarían bajo la misma situación.

Se lo comenté en el automóvil y, sonriendo, me coqueteó:

—No es vanidad, pero tienes razón, si añadimos la inteligencia, belleza y sensualidad de la madre, tendremos canas muy jóvenes. Por cierto, después de la boda, ¿podríamos tener una noche inolvidable?

Tocándole el brazo, le aseguré:

—Es una promesa:

Cuando llegamos, notamos que el lugar era espectacular y extravagante, digno para la boda de mi amiga. Había una multitud de invitados, pero todo estaba perfectamente sincronizado; mi madre y Amanda eran profesionales en organizar eventos.

La ceremonia y los protocolos de etiqueta fueron muy bellos. Sentados en las mesas de honor, comenzamos a platicar, a bailar y a divertirnos. Para sorpresa de nosotros, Patrick se acercó a mi novio a pedirle que le permitiera una pieza de baile conmigo. Ted movió su silla hacia atrás y, con toda calma, se levantó mientras se desabotonaba el saco; yo sabía que, tras su calma, se desataba una tempestad. Sólo le advertí:

—No te voy a lastimar mucho... por consideración a los novios.

Acto seguido, con el puño, le golpeó el estómago y lo tomó por el hombro para no dejarlo caer. En segundos, los guardaespaldas de cada uno de ellos estaban a la espera; cuando Patrick por fin pudo respirar, se zafó y furioso le sugirió:

—Si no quieres hacer un escándalo, podemos dejarlo para otro día; tenlo por seguro que saldremos en iguales circunstancias.

Para molestarlo aún más, le enfatizó:

—Aunque, la última vez que lograron hacerme daño, no me fue muy bien; contigo no creo que me suceda lo mismo. Por cierto, de quien hablo es de tu examigo de juerga: Tsuki Gesshoku. Él es mucho *más pieza* que tú, sino lo crees, pregúntale a Vivian.

Vi los ojos de Ted y supe que nada lo detendría si yo no intervenía en ese momento. Parándome en medio de ambos, besé a mi novio y le pedí que no perdiera el control; su cara era tal, que supe que sería difícil reconciliarme con él, solo pensé, “*adiós a mi noche*”.

Apartándolo, un poco de Ted, le pregunté a Patrick:

—¿Qué diablos te sucede? Realmente no tienes ni idea que puede hacerte muchísimo daño.

Mirándome, como en los viejos tiempos, respondió:

—Sólo quiero decirte que todo lo sucedido en el pasado... lo hice por ti, nunca olvides que te amé; no fue la forma adecuada, pero la única solución para que me dejaras, fue herirte profundamente. Si no hubiera actuado tan implacablemente, y pudiera corregir mis errores, yo podría encontrar la forma de disculparme.

Con mis pensamientos en los recuerdos, le contesté:

—No existe él hubiera, no dudo que me amaras, pero no era necesario que me

lastimaras con la brutalidad como lo hiciste. Yo te habría dado el divorcio, solamente tenías que pedirlo y decir que no me amabas lo suficiente.

Me interrumpió, suplicando:

—Ya no digas nada, por favor, sé que estoy pagando mis errores. Difícilmente habrá otra oportunidad de tener este tipo de conversación entre nosotros, concédeme unos cuantos minutos, para obtener tu perdón, aunque no lo creas actué amándote.

Con calma, le respondí:

—Hay amores letales... como el tuyo.

—Sé que no te recuperaré, esa... era la idea, procedí con tanta crueldad para cambiar la historia de los dos y que no te quedaras a mi lado. Mi conducta fue atroz e imperdonable, me equivoqué, perdí la razón.

Sólo añadí:

—Gracias por la disculpa.

Tratando de prevenirme, prosiguió preocupado.

—No pensé que te metieras con las personas de quienes, por tu bien, te mantenía alejada. Si conmigo te fue mal, con ellos te sorprenderás; son los más letales de todos. Desvincúlate de ellos.

Retomé la conversación.

—Ahórrate los consejos y mantente al margen por favor; o tendré que ser yo quien te ponga a distancia y no te lo recomiendo.

Sin sorprenderse, a modo de despedida, añadió:

—Por fin te conoces, eres realmente peligrosa; ahora son ellos los que deben cuidarse.

Ted acercándose con impaciencia, para finalizar la conversación, lo amenazó:

Lo que pienses, es tu problema, así que no me pongas a prueba y mantente alejado.

Cuando mi expareja se fue, Ted se despidió con cortesía de los demás y salió de la fiesta; yo tardé un poco más por despedirme de los novios. Salí a buscarlo y lo encontré en su automóvil, me ayudo a subir y arrancó sin decir palabras. Nos dirigimos a su palacio, seguidos de cerca de nuestros guardias personales. Cuando llegamos, me abrió la puerta del automóvil y, con la voz entrecortada por el esfuerzo de controlar su furia, se dirigió a mí sin mirarme:

—Por favor, dame unos minutos, ahorita te alcanzo.

Volvió al auto y arrancó. Sabía que Patrick no saldría bien librado; así que, decidida, le marqué a Ted a su celular y le advertí:

—Si no vuelves ahora, no tendrás noches inolvidables en mucho tiempo.

Riendo, me aconsejó:

—Yo que tú no entraba, te aconsejo esperarme en el jardín. No es por asustarte... pero hoy es el aniversario del castillo y salen a festejar todos los espíritus de mis ancestros. Si te das cuenta, casi no hay personal ya que están de vacaciones, amor.

Y colgó sin despedirse; noté que lo que decía era cierto, por eso él estaba quedándose en su departamento. De todas formas, entré y, para colmo, no encontré a su perro Jamón. Fui directamente al salón; era tal mi nerviosismo por mi novio que por primera vez sentí, que la casa me envolvía en una tranquilidad y paz. Por fin, esa noche amé el castillo.

Me recosté en un sofá quedándome dormida. En la madrugada al despertarme, noté que no estaba en la sala, me encontraba en la recámara. Salí corriendo de la habitación y tropecé con Kevin, preguntándole qué había sucedido. Y, con toda naturalidad, comentó:

—Mejor no pregunte señorita, no querrá saberlo.

En el jardín, estaba Ted caminando muy calmado con ambas manos en los bolsillos, por un segundo me detuve y lo contemplé de lejos, estaba guapísimo ensimismado en sus pensamientos. A su lado, iba Jamón y un cachorro que no conocía. Corrí hacia él y con una sonrisa angelical, me dio un beso, luego señaló al nuevo integrante canino, diciéndome:

—Es tuya, es mi regalo, se llama Peperonni.

Me puse de rodillas y abracé a mi nueva compañera peluda. En el collar de la perrita, encontré enredado una pulsera con un dije, como el que siempre lleva Ted al cuello, pero enlazado con mi insignia, la que distingue a mi empresa. Me lo coloqué y, al oído, me susurró:

—Con el contrato prenupcial que ya firmamos y antes de que suceda otra cosa, es oficial para nosotros... eres mi prometida. Y como te comenté, se hará público cuando lo decidamos.

Y mencionando mis palabras en el automóvil, cuando nos dirigíamos a la boda, recordó en broma:

—Hoy es una noche ciertamente inolvidable.

Él también se encontraba de rodillas a mis espaldas jugando con mi cabello.

Sinceramente le confesé:

—No creo que puedas vislumbrar lo importante que eres en mi vida.

El tiempo pasó y generamos lindas rutinas, creamos muchos momentos íntimos, compartiendo momentos juntos muy cálidos. Por las tardes, paseábamos a nuestros perros, convivíamos con los amigos, nos dedicábamos al jardín cuidando los rosales, hacíamos ejercicio juntos. Me enseñó el deporte del paracaidismo, que era una de las actividades que más disfrutaba y emocionaba, y

me adiestraba a disparar armas cortas.

Sin embargo, la carga de trabajo era intensa, iba en aumento para ambos. Por supuesto, los dichosos eventos de su Familia y los propios eran todo un agobio; ya no podía asistir a todos. Además del arduo trabajo para dejar caminando la compañía en este país, se anexaba que yo viajaba con mucha frecuencia.

Dubái, Emiratos Unidos.

Después de salir del trabajo, me dirigí al restaurante del hotel en donde me hospedaba, y propiedad de Darío, con quien tenía una cita para cenar; él al verme me saludo y, con reservas, me pidió alejarme de las noticias sociales de Inglaterra. Tomé mi celular y busqué precisamente esa sección; en la primera plana de las noticias locales, del *The Times of London*, se anunciaba que el Conde Ted Nerabder y su prometida la Condesa Jaquely Bernet, asistían y promocionaban eventos para recaudar fondos para instituciones de beneficencia. Era una pareja que la sociedad y las empresas internas del país veían con agrado. No comenté nada; mi cerebro procesaba la información.

Darío notó que estaba preocupada y enfadada; para reconfortarme, pronunció: —La Condesa Nerabder es muy celosa de su hijo y sus tradiciones; puede ser muy molesta cuando se lo propone. Seguramente, ella infiltró esa información, no lo tomes en serio.

Perpleja, le comenté a Darío:

—Ted, deberá aclarar ese malentendido.

Mi amigo tomo mi mano y en la otra me puso una copa de vino que, sin reparo, bebí de golpe. Como de costumbre, estábamos aislados de los demás comensales, levanté nuevamente mi celular y le marqué a Ted; no contestó.

Muerta de celos y muy enojada, sin darme cuenta, comencé a beber más de lo acostumbrado. Darío no acertaba cómo proceder; por más que suplicaba que me calmara, no le hice caso. Empecé a sentirme enferma y decidió llevarme a mi habitación del hotel, dejándome con una dama de compañía y mi guardaespaldas personal Marc.

Volví a intentar comunicarme con Ted al celular y no entró la llamada, entonces marqué a su departamento. Contestó la mismísima Jaquely, le exigí que me lo comunicara; con toda calma indicó que era imposible, que tenían invitados y no sería prudente para ninguno de nosotros dos. Mordí mis labios casi hasta sangrar y mordazmente le pregunté:

—¿Cuáles son tus reales intenciones? Ya me enteré de la falsa noticia que circula en la prensa.

Con voz de reto atacó:

—Para empezar, se escucha que no estás en estado de entender nada y yo no tengo la culpa de tus ausencias. Por coincidencia, son los mismos eventos que tenemos que cubrir ambos y si no te encuentras, pues sólo se me ocurrió que, por una buena imagen, deberíamos ir juntos. Lo demás son especulaciones que generó los periodistas.

Fuera de mí, la atajé:

—Mira mujercita, pásamelo o te pesará.

Pidió que esperara y escuché la voz de Ted:

—¿Qué sucede?

Furiosa le grité:

—Supongo que ya leíste tu romance con tu exnovia, ¿qué tienes que decir al respecto?

Con un tono molesto, me aclaró:

—No tienes por qué reclamar, amor, no es capricho. Te dije que procuraras acompañarme, y sabes bien que debo cumplir una serie de compromisos; si mi verdadera pareja no puede entonces, tengo que cubrirlos con personas aptas para los eventos oficiales. No es culpa mía que los medios lo tomaron por otro lado; ahora tendremos que esperar para desmentir la información, ya que en este momento sería desastroso para mi imagen corregirlos y no tengo intenciones de hacerlo, lo siento.

Al escucharlo, pensé rápidamente y, perpleja, le pedí más explicaciones:

—A ver si entendí. Voy a regresar a Gran Bretaña y fingir que no soy tu prometida o novia, ¿La Condesita será tu prometida ante la sociedad y yo seré tu amiguita? De verdad que sí tengo qué reclamarte.

Enfadado y contrariado pronunció:

—Cuando vuelvas, lo platicamos; por el momento no puedo, me están esperando en la recepción.

Mi cerebro se desconectó, pero rápidamente me repuse y, muy calmada, le informé:

—Antes de que cuelgues, permíteme dejarte en libertad; te quito la penosa necesidad de convertir tu falso mundo en un desastre. Nuestro compromiso y relación démoslos por terminados.

Su tono de voz temblaba:

—Vivian, no entiendes que, con Jaquely, es sólo compromiso por imagen, a ti te amo, seamos cuerdos por un momento.

Le afirmé:

—Yo te amo, pero no amaré tu infierno y no me arrastrarás a él. —Finalizando la llamada.

Seguí un tiempo con Darío pues otra vez sentía ese vacío en todo mi ser; y él me generaba paz solo con su presencia; nos quedamos a terminar las negociaciones. Para ese entonces, Ted habló pidiendo:

—Dame tiempo para aclarar el malentendido; por el momento no puedo hacer nuestro compromiso público. Y no quiero pensar que todo lo nuestro no valió de nada.

Le exigí:

—Ten la seguridad que para tu sociedad no lo valió. Si no es en el transcurso de estas semanas, da por terminado lo nuestro.

Y, contrariado, comentó:

—Es poco plazo; tenía en mente que esperaras unos meses.

Sentí como se fraccionaba todo lo que éramos y amábamos. Por supuesto, no lo acepté.

—El amor no se rige por tiempo, ni protocolos ni eventos, como lo haces tú; terminemos nuestro noviazgo, parece que es lo que quieres.

El veredicto fue romper con nuestra relación y al finalizar comentó enojado:

—Piénsalo muy bien, Vivian, es algo muy serio, no lo tomes tan visceralmente.

Le colgué furiosa.

Jeff Egbert.

Berlín, Alemania.

Después de salir de Dubái, Vivian, fue a pasar una temporada conmigo; la recibí muy contento en mi casa. Para animarla, comenté que como de costumbre, iríamos al concierto de Terry en Viena.

Una tarde, caminando por la ciudad, decidí hablarle con toda franqueza.

—Vivi, sincera y honestamente, debo decirte que te quiero y que has sido mi niña preferida... siempre lo fuiste y siempre lo serás. No hay nada que yo no haría por ti.

Con una profunda sinceridad, continué:

—Es necesario asegurarte que en mí puedes encontrar tranquilidad y, ¿por qué no?, felicidad. Mi hogar está invariablemente abierto todas las veces que te sean necesarias. Y pensar en que vivas conmigo, por temporadas cortas o largas es lo menos importante, no suena tan descabellado siendo tan amigos como somos tú y yo. Así que, eres bienvenida a Berlín, a mi hogar y a mi vida.

Con agradecimiento, manifestó que, de igual manera su hogar, donde quiera que éste fuera, sería también mi hogar.

Sabía perfectamente que sentía que su vida estaba hecha un desastre. Lo que la

llenaba de dudas respecto a Ted, era no saber bien quién tenía la razón o si los dos estaban en lo correcto y se encontraban acorralados; era difícil para ambos acoplarse a las circunstancias. Aunque todavía tenía esperanzas de reconciliarse con él.

VIVIAN LAUTREC.
Londres, Inglaterra.

Antes de ir a Viena, regresé a Londres y decidí pasar unos días con Lucy. Todo nuestro círculo pensó que nuestro noviazgo había terminado desde que comenzó a salir con Jaquely; por tanto, los comentarios se referían a la nueva pareja de Ted, en el círculo social de ella, así como a la familia de él. Las contrapartes no entendían cómo ni cuándo nosotros habíamos terminado, pero por prudencia, no hablaban del asunto.

Una noche fui a cenar con Amanda y Lucy. Cuando entramos al restaurante, vimos a Ted con sus amigos y Jaquely. Decidí retirarme rápidamente del lugar; trató de alcanzarme, pero no lo consiguió por mi premura; mis amigas también me perdieron de vista, a ellas les hablé por celular, diciendo que las alcanzaría en la casa, y que dejaran de preocuparse por mí.

Desesperada para que no me encontrara Ted, por si lo intentaba, entré a un Pub; inesperadamente, Tsuki estaba departiendo con sus amigos en el bar, así que a prisa me retiré pues no quería que me viera tan consternada. Caminé unas cuantas calles del lugar y llegué a una fuente, a su alrededor había varios locales, se escuchaba música y gente platicando o bailando alegremente. Me senté en el borde para tratar de comprender lo sucedido mientras le daba vueltas a la situación del por qué Ted salía con Jaquely, si decía amarme y por qué trató de seguirme. No pude contener las lágrimas, sin remedio se deslizaron por mi rostro cayendo algunas al suelo. Estaba tan inmersa en mis pensamientos que no me percaté de que estaba acompañada, hasta que sentí una mano helada por mi mejilla secando las lágrimas. Levanté la cara y Tsuki estaba en cuclillas frente a mí; sus ojos turquesa me observaban con sentimientos mezclados, entre tristeza y rabia. Me puse de pie y él también se incorporó; traté de controlarme mientras me secaba los ojos húmedos con mis dedos, procuré sonreír y saludarle como si no pasara nada.

—Hola Tsuki, nos volvemos a encontrar.

Me contempló y sin ningún preámbulo preguntó:

—¿Quién te ha hecho sentir de esta manera?

—Olvídalo, no creo que haya nada que ignores, está en boca de toda Inglaterra.

Su voz se tornó ronca.

—Ted, Ted, Ted... se lo aclaré; le dije que dejara sus estúpidas etiquetas, que si te lastimaba...

De súbito guardó silencio y, acariciándome delicadamente el brazo, cambió de actitud.

—Te vi entrar al bar. ¡Caminas rápidamente! —Sonriendo, continuó —: tuve que correr por varias calles para encontrarte.

—Supongo que eché a perder tu diversión con tus amigos. Lo siento mucho. Se llevó una mano a la frente.

—¡Mis amigos! Pobres, no entendieron por qué salí tan apresurado, creo que tiré la silla y derramé mi agua, sobre alguno de ellos, por obstaculizarme el camino. No te preocupes, nunca saben qué va a pasar cuando están conmigo.

Al imaginarme la escena, no pude evitar una carcajada.

—Vivian, hay que resolver cómo regresar tu alegría, por lo menos esta noche.

—No podrá ser hoy, mis amigas están preocupadas; debo volver a casa.

Acarició mi barbilla y contestó:

—Por lo menos, permíteme una pieza de baile.

Incrédula, le pregunté:

—¿Dónde?

—Aquí. ¿No escuchas la música?

Tocaban una canción moderna, sin más, sujetó mis manos y comenzamos a bailar en plena calle. Al terminar, la siguiente pasó a un ritmo muy romántico; me tomó entre sus brazos y estrechándome contra su pecho, me dijo:

—De esta forma sentimos tranquilidad.

Al concluir la melodía, contemplé, por largo tiempo, sus hermosos ojos que diluían mi tristeza, perdida en su cálida mirada turquesa que me dejó muda.

—Te llevo a casa de tus amigas y luego tendré algunas cosas que aclarar, por supuesto... con mis amigos.

Cuando Amanda abrió la puerta de la casa, me abrazó preocupada, pero al ver a mi acompañante suspiró y, tartamudeando, lo invitó a pasar. Él, cortésmente, se presentó y se disculpó con ella, alegando que lo esperaban en el bar. Con un simple apretón de manos se despidió de mi amiga; ella, prudentemente, entró dejándonos solos.

Se volvió hacia mí y, muy seriamente, me afirmó:

—Te estaré esperando, cuando estés lista.

Y con su dedo rozó mis labios antes de partir.

En ese momento, determiné irme definitivamente a vivir a Francia.

Paris, Francia.

Una vez establecida en París, empecé a supervisar los negocios desde ahí. Sentía desolación y pensé que la próxima vez ni a novio llegaría, tendría puros amigos con derechos, sin compromisos; estaba cansada de sentirme tan miserable.

Mis amigas, al explicarles mi nuevo plan romántico, concluyeron que había enloquecido y, burlándose de mí, comenzaron ocurrentemente a decir que conocían a varios caballeros que, encantados por mi nueva regla, estarían dispuestos hasta a inscribirse en una lista de espera con tal de estar conmigo. Coco, jugando y para molestar, sacó una libreta escribiendo nombres de galanes que entre las tres recomendaban y no eran precisamente nada recomendables, soltaban carcajadas cada vez que proponían alguno de los hombres más nefastos y patanes que conocíamos. Y para hacerme enfadar más, alegaron que subirían mi nuevo proyecto a mis redes sociales en forma privada; sólo para los integrantes que habían elegido cuidadosamente para mí. Riendo, les arrebaté la libreta; rompí la hoja al arrancarla y les dije:

—Lo que les comenté lo estoy considerando seriamente.

Ellas se pusieron muy formales y Amanda, con sensatez, alegó:

—En realidad, no encontrarás de esa forma a nadie que te respete y, verdaderamente, valga la pena.

Lucy, con prudencia, argumentó:

—Te relacionarías con gente como la del repertorio de la lista.

Les contesté a las tres:

—Por supuesto que no sucederá así; elegiría muy bien a la persona a quien se lo propusiera, y les aseguro, que él, valdrá la pena.

Coco terminó con la conversación, diciendo:

—Si encuentras a un *caballero* que realmente valga la pena y acepte tu propuesta, me pasas su número para también hacerlo mi gran amigo. Pues sería único.

Seguimos con otras pláticas, dejando a un lado el asunto.

Viena, Austria.

En Viena, después del concierto y la cena que acostumbrábamos entre amigos, me sentí mareada a pesar de tomar un par de copas y todo por mi estado de ánimo, pues verdaderamente estaba deprimida. Todos votaron por Jeff para que se hiciera responsable de mí, y él se encargó de acompañarme a mi habitación; me iba abrazando y a lo lejos noté, recargado en el barandal con las manos en los bolsillos, a Ted, quien se puso pálido cuando nos vio y sin más, se incorporó acercándose molesto. Empujando ligeramente a mi amigo, me reclamó:

—Eres rápida; encuentras sustitutos muy adecuados para consolarte... y yo que de idiota vine a tratar de llegar a una media por que te amo.

Sorprendida, le aclaré:

—¿De qué demonios hablas? Ya sé lo que te imaginas, pero te equivocas, Jeff está acompañándome porque estoy mareada, así que no te atrevas a insultarnos... además, ya sabes que somos como hermanos.

Fulminándome, respondió:

—¿Realmente eres tan ingenua? ¿Qué no sabes que de por vida lo encasillaste como amigo y que él está enamorado de ti? ¿O que estuvo enamorado por mucho tiempo? y él alega que se considera el único hombre capaz de hacerte feliz y no causarte problemas.

Jeff, muy tranquilo, confirmó que no mentía y que reconsiderara lo que Ted decía: que realmente lograría ser feliz si me quedaba con él en Alemania, como ya me lo había comentado. Aunque ya no estaba enamorado de mí, albergaba sentimientos puros. Y preguntó si deseaba que nos dejara a solas, le manifesté que era lo pertinente bajo las circunstancias, y se retiró.

Ted tomando mi brazo y, en forma de amenaza, me confrontó:

—Así son las cosas, te adoro, pero ya comienzo a considerar: que quizás estas esperando a otra persona, y que no eres la mujer indicada para convertirse en condesa. Juro que lo intenté, pero ya no puedo seguir compitiendo. Además, no toda la culpa es mía, también fallaste; y recuerda que quien terminó nuestra relación fuiste tú.

Llorando, le dije:

—Ted, no puedes negar que te amo, así como tampoco qué prefieres no sólo el título, sino tu orgullo y que eres tan cobarde que no quieres exponerte por mí, por quien tendrías que romper algunas reglas. Bien podrías ir a todos esos eventos solo, pero el *qué dirán* te aterra, tu posición te importa más que cualquier cosa.

Con total convicción rematé:

—¿Y sabes? Yo sería una gran condesa, esposa, madre y empresaria dedicada, pero todo a su tiempo, si tú me hubieras apoyado. Y si hubieras aclarado las cosas en Londres con lo de Jaquely, sé que no tendríamos nada que reprocharnos.

Fuera de sí, me alegó:

—Dime la verdad, ¿no consideraste vengarte de mí con Jeff en tu cama? O pensaste en otro, ¿Quizá Darío?... Por no tener cerca a la persona verdaderamente deseada. ¡Y todo porque me viste con Jaquely! Escúchame, como consecuencia de esto, una parte de nosotros, la estas convirtiendo en una mitad de nada, y la faltante, no soy yo.

No podía creer que atacara por lo bajo, él utilizaba todo como pretexto. Sabía que no volveríamos a sonreír juntos. Sólo terminé:
—Ojalá no te arrepientas, porque yo no doy segundas oportunidades.
Se cristalizaron sus ojos, pero su orgullo pudo más y se alejó.
Nuevamente, vivía una pesadilla y tenía que entender que lo nuestro se había terminado.

TED NERABDER.
Viena, Austria.

De camino hacia el aeropuerto, pensando en lo sucedido con Vivian, temblaba por la desesperación y le ordené a Kevin:

—Quédate con ella, protégela por mí, tú la cuidarás muy bien.

Kevin, muy desilusionado, contestó que, por supuesto no iba a renunciar, y poniéndome al tanto de lo que se aproximaba, dijo:

—No puedo hacerlo, aunque quisiera, me enteré de que la empresa de la señorita acaba de recibir una propuesta de negocios imposible de rechazar. Es en Asia, así es que ella y sus colaboradores irán a Japón.

Ardiendo de rabia, comenté:

—Es una trampa, ¡va directamente a Tsuki!

Después de una pausa, mi escolta continuó:

—El señor Gesshoku cumplió lo que prometió cuando habló con usted en Londres. Aquella noche que la señorita Vivian lo encontró acompañado de su ex, la condesa. Su promesa es...

Lo interrumpí y, en voz alta, cité la promesa:

—... Que haría que Vivian fuera por él cuando llegara el momento.

Kevin, de forma implacable, prosiguió:

—Él resolvió lo de la señorita Noomi y usted, ante todos, está comprometido con otra mujer.

Consternado, me insistió:

—No la deje ir, ustedes se aman y sólo hay una persona en el mundo con quien sí puede olvidarlo a usted... ¡y va directamente a él!

Abatido, le conté lo sucedido en Inglaterra:

—Esa noche en Londres, después de que ella salió del restaurante, desesperado la comencé a buscar. Por fin la encontré cerca de una fuente, pero estaba acompañada por él; de lejos los contemplé y lo que estaba presenciando, me dejó sin aliento.

Cerré los ojos porque la imagen del recuerdo dolía demasiado, y con voz entrecortada por la tristeza aplastante, proseguí:

—Cuando ella lo miró... de esa forma... tuve la certeza que si le pedía ir con él, ella no dudaría en entregarle la vida. Lo impresionante es que Vivian, no se ha dado cuenta de lo que siente por Tsuki.

Aclarando mi voz, continué:

—En todo este tiempo que llevamos juntos, jamás me ha visto de esa manera. Inclusive, si se quedara conmigo de por vida, no lograría que ella posara esa misma mirada en mi ser; es más, nadie podría lograrlo. Él la hace suya tan sólo con mirarla. No puedo luchar ante eso. Sin embargo, sé que me ama, no con esa intensidad, ¡pero ella me ama!

Hice una pausa y reanudé con la conversación:

—Hay otros inconvenientes, realmente no es únicamente por los eventos sociales, que son inevitables por mi posición social, eso ahora podría arreglarlo. No tienes ni idea, cómo pesa que todos estuvieran esperando a que cometiera un error para utilizarlo en mi contra y alejarme de ella.

Me invadieron los celos y, molestó, proseguí:

—Y, por otro lado, invariablemente, ella está rodeada precisamente por esos hombres que anhelan su amor. Es muy desgastante.

Ya desesperado, le confesé a Kevin mi mayor temor:

—Sobre todo... *él*... con esa paciencia y seguridad de que, pase lo que pase, la tendrá.

Después de verlos por primera vez juntos, ahora yo también lo sé con certeza.

Cegado por el orgullo, los celos y mi inseguridad, terminé con una solución sin sentido:

—Además, dio por terminado nuestro compromiso; sé que los dos nos vamos a arrepentir... sobre todo yo. ¡Vámonos!

CAPITULO XI

PASANDO LA PAGUINA.

DESTINO.

Paris, Francia.

Ted, en un arrebato por sentirla perdida, sigue cometiendo error tras error. Contrajo matrimonio con la Condesa Jaquely a unos cuantos meses de terminar con Vivian; con su boda dejaba sin ningún obstáculo a Tsuki y ella irremediablemente iría a su lado. Era cuestión de tiempo y los dos caballeros lo sabían perfectamente.

Vivian estaba aprendiendo la segunda lección: que los títulos nobles, los celos y el orgullo pesaban más que el amor. Al enterarse de la boda, se sintió como desterrada del mundo de los sentimientos tocando fondo, tendría que disimular al resto del mundo que no le importaba más.

Se alejó de toda posibilidad de acercamiento con ningún miembro del género masculino, sólo con sus colaboradores más cercanos y amigos tenía contacto. Se convirtió en una mujer con poco acceso, era difícil que permitiera a alguien acercarse a su persona, tenía una guardia muy eficaz; inclusive Lucy, su asistente personal y amiga, era la encargada del filtro de personas, documentos y llamadas, era literalmente imposible tener ningún tipo de contacto con ella sin su autorización.

Ella cerraba negociaciones después de que su personal hacía la avanzada; en casos muy específicos tomaba el asunto personalmente. Se convirtió, ante la mirada exterior, en una mujer muy famosa en el mundo empresarial, como calculadora, asertiva y sin sentimientos.

Se negó rotundamente a ir a Japón, no estaba lista para ver a Tsuki, pero estaba consciente de que llegaría el momento que tendría que cerrar negociaciones con él, ya que era un contrato fundamental para su compañía, y así pasaron algunos meses.

Londres, Inglaterra.

Vivian viajó a Londres por un evento al que no podía rehusarse, además ya era hora de reaparecer, pero antes, fue a las canchas de básquetbol. Sus amigos la

saludaron; *Hulk*, con enojo, le comentó que vieron en las noticias el enlace de Ted y que él y otro chico de la banda, lo aniquilarían si lo volvían a ver. Ella, con una palmada, le contestó:

—No es necesario *darle en su madre*, su propia madre lo hizo.

Sentada, tomaba agua mientras descansaba. Observó hacia fuera; tras las rejas su escolta detenía a una persona, se dio cuenta que se trataba de Kevin, el guardaespaldas de su exnovio. Sin muchas ganas, dio órdenes de dejarlo pasar; cuando se acercó, con voz imperativa, sólo le advirtió:

—Te voy a dejar hablar, pero si lo que viniste a comentar me irrita, te callarás de inmediato y te retirarás.

Kevin aceptó y comenzó:

—No puede imaginar lo arrepentido y desolado que está mi jefe, ya sé que no le importa, pero quería que supiera que, el castillo está prohibido para cualquier persona que no sea usted o él. Yo quería pedirle que de vez en cuando, visite el lugar; le aseguro que mi jefe no estará, pero no pierde la esperanza de que algún día usted regrese. Todos la extrañamos.

Sentía un gran vacío, sabía que siempre estaría esa sensación en ella; ese lugar de su ser siempre le pertenecería a Ted.

—Te equivocas, por supuesto tengo sentimientos muy profundos por tu jefe. Y para mí, el castillo es un lugar lleno de recuerdos imborrables.

A partir de ese día, en algunas ocasiones, por nostalgia fue al castillo, sin darse cuenta de que a veces él también se encontraba en el palacio; evitando que ella se diera cuenta de su presencia.

No le comentó a Kevin, nada más al respecto, y lo animó a jugar un rato con todos.

A lo lejos, sentados en las gradas más retiradas, dos personas la observaban en anonimato; ya tenían tiempo de convivir con los amigos de ella. Eran Rýu y Tsuki, quien asistía algunas veces al lugar para sentirla... aunque fuese un poco.

VIVIAN LAUTREC.

Londres, Inglaterra.

Para la media tarde, yo estaba lista para el evento; no había duda de que Coco dominaba a la perfección su oficio. Estaba espectacular, tenía el control total sobre mis emociones, mucho más madura y segura de mí misma. Sabía que enfrentaría otra vez, después de tanto tiempo, a todos aquellos que, en mis días mozos conocí; ahora ellos eran los que se pasmarían con mi presencia, cada uno por diferentes motivos y ninguno esperaba que fuera esa noche.

Entré al salón con un exclusivo vestido negro, el peinado ligeramente recogido dejando caer caireles por mi espalda, ninguna joya llamativa, pero con una pequeña cadena alrededor de mi cuello, mi celular oculto y mi guardia de seguridad a una distancia prudente. Con mucho porte crucé el salón; sorprendidos los asistentes clavaron las miradas sobre mí, inclusive se generó un repentino silencio. Me incorporé cortésmente por grupos con mi sonrisa perfectamente estudiada, sosteniendo pequeñas charlas hasta que llegué al lado de Jeff. Le di un beso y, por la espalda, tenía la sensación de la mirada penetrante de Ted; volteé y, a modo de saludo, levanté mi copa de champán para posteriormente ignorarlo. Al rato se acercó mi exmarido, Patrick y, refiriéndose a mi aspecto, inició una conversación después de saludarme:

—Te sienta muy bien la madurez, estás realmente extraordinaria, guapa.

—Gracias, Daubet, ¿cómo se encuentra? Qué gusto el saludarlo; disculpe, no se ofenda, pero, les hablo en forma informal nada más a mis íntimos.

Entrecerró sus ojos esmeralda y recordé muy bien sus gestos. Ya no dolían, pero la cicatriz seguiría ahí. Con reflexión y tristeza comentó:

—¿Qué te hicimos? ¿En quién te hemos convertido?

Con frialdad señalándolo, respondí:

—En uno de ustedes. Ahora, si me disculpa, tengo que saludar a mi amigo Darío.

Me detuvo con delicadeza y terminó con la frase:

—Déjame decirte algo más, dejé la mayoría de mis negocios en manos de otras personas, mi aprendiz me enseñó la lección: el poder no es más importante que mi propia vida. No hay manera de que el tiempo se eche para atrás... pero gracias por la lección y... nunca olvides tu esencia.

Alejándome de ahí noté que Ted estaba a punto de cerrarme el camino, pero antes de que sucediera, por detrás me abrazaron por la cintura y al oído me habló en voz muy baja:

—Hay que resolver como regresará tu alegría, vamos a bailar.

No necesité voltear, su voz era totalmente envolvente para mí, por supuesto, era Tsuki. Ya en la pista al comenzar, le dije al oído rosando su arete.

—Será el único momento en que esté a tu lado; siempre pasan accidentes o situaciones raras cuando estoy contigo y hoy, no es un buen día para uno de ellos.

Clavó sus ojos penetrantes y aseveró:

—Yo sé que pronto estarás sin dudas, es cuestión de tiempo. Es que no pude resistir, después de no verte de frente por tanto tiempo, el no sentirte un poco cerca de mí.

No era necesario decir más, nos quedamos callados.

Terminó la pieza y, conduciéndome al lado de Darío, se despidió cortésmente y se retiró.

Mi amigo, atónito, soltó la frase:

—¿Qué fue eso? Ustedes no sólo flotaban, parecía que bailaban al compás del mar, con una sincronía inusitada, sus cuerpos estaban perfectamente coordinados como imanes y, además, daba la sensación de que el movimiento de uno es perfectamente adecuado al del otro, nunca había visto algo parecido.

Lo miré con interrogación total, pero antes de hablar, percibí que Ted disimulaba sus celos. Mis amigos se nos unieron con los mismos comentarios o parecidos; ciertamente no sabía que había sucedido. A mí, Tsuki siempre me hacía sentir igual, nada inusual para nosotros, pero recordé que muy pocas personas nos habían visto juntos.

Consulté el reloj de Amanda, ya era hora de retirarme; había establecido que siempre saldría de esas reuniones a más tardar a la una de la mañana y pasaban de las dos, así que me despedí, retirándome a mi nuevo departamento de Londres.

París, Francia.

Días después, partí a París, donde seguí trabajando con las mismas directrices ya establecidas. A partir de esa noche comenzaron a surgir comentarios, la mayoría era ventajosa para mi nueva imagen. Muchos de ellos provocaron en la Condesa Daubet madre un ataque de cólera, ya que su propio gremio le insinuó que su linaje había perdido una verdadera joya. Eso no causó en mí ni felicidad ni desdicha; era prueba superada.

Pero casi nadie quedó fuera de hacer interpretaciones, inclusive en los medios se especuló y generó mucho ruido por el único baile que realicé esa noche con mi fugaz amigo Tsuki.

Siete meses después, a mi oficina llegaron los encargados de los asuntos de Asia a informarme que las negociaciones con el grupo de las empresas de la Casa Kizoku estaban por finalizar. Se necesitaba mi presencia y mi personal de confianza en Japón para afinar los detalles y cerrar uno de los tratos más jugosos de mi empresa.

Esta vez se reunirían los altos funcionarios y asociados de la firma japonesa porque ese contrato era muy importante para ellos también; la propuesta de mi empresa era muy ventajosa para ambas partes.

DESTINO.

Tokio, Japón.

Una vez preparados todos los asuntos, Vivian estaba lista. Arribó a Japón con todo y su inseparable perrita Peperonni, su automóvil *Bugatti* y su moto *Honda*; se instaló en los alrededores de Tokio, no lejos de la ciudad. Rentó autos adecuados para el trabajo.

El día de la junta, Vivian llegó puntualmente con su séquito de trabajadores. Estaba nerviosa por varias razones: era el momento de convencerlos de firmar, trataría con personas del medio, legendarias por sus trayectorias y éxitos en los negocios, conocería a la potentada y distinguida familia Gesshoku, de la Casa Kizoku y, lo más importante, volvería a ver a su heredero y CEO de las empresas.

Comenzó exponiendo todos los puntos importantes de manera impecable. Tsuki la saludó como si no la conociera, pero en el transcurso de la junta, él clavó sus ojos azul turquesa sin despegarlos ni un minuto de ella, poniéndola altamente nerviosa, pero en apariencia a ella no se le notaba ni un ápice de ansiedad. Prosiguió como si fuera una simple conferencia y al término, se expusieron dudas y aportaciones para discutirse en los días venideros. Así culminó el primer día de negociaciones finales.

Al cabo de unas semanas de trabajo, todas las partes llegaron a estar de acuerdo; comenzaron los trámites de contratos y establecieron la fecha de conclusión de los mismos. Eso le daba un margen de tiempo para conocer la ciudad y sus alrededores.

Para relajarse, paseaba en su moto y viajaba por la ciudad en su automóvil, sin embargo, estaba confundida y molesta por la actitud de su amigo Tsuki. Definitivamente estaba sentida por la indiferencia que le manifestaba y, para colmo, el modo en cómo la veía, poniendo a prueba toda su concentración; mentalmente, era muy extenuante.

La mañana de las firmas, se encontraba ansiosa. Sabía que concretaba el asunto, pero tenía que quedarse más tiempo en el país para supervisar las maniobras y logística que se utilizarían, además de constatar que todo fuera como lo planeado.

Cuando Vivian llegó a la compañía de Tsuki, le pidió a su guardaespaldas, Marc, que se retirara, volvería a su casa sola ya que pensaba quedarse un rato en la ciudad y no deseaba tener escolta. La reunión de negocios terminaba sin ningún contratiempo. Su asistente Lucy le mencionó, de forma muy discreta, que fuera del edificio la esperaba el Licenciado Ted Nerabder, lo que la dejó fría. Pidiendo disculpas salió al encuentro, no sin antes decirle a su personal que no la esperaran, que se retiraran en cuanto se finalizaran los asuntos. Al salir enfrente de la acera, lo vio parado muy serio, se le acercó, y caminaron una distancia razonable del edificio de la familia Gesshoku, él comenzó a hablar.

—Vivian, regresa conmigo a Londres, ¿no te das cuenta de que Tsuki te atrajo a él?

Sin darle mucha oportunidad, ella le manifestó:

—Mira, Ted, ¡ni siquiera sé qué haces aquí! Y con respecto a lo que afirmas, lo pasaré por alto, negocios son negocios. Y, además, ¡a ti qué! ¿Te importa lo que yo tenga que ver con Tsuki? Él es un hombre que, ciertamente, me atrae y eso no te concierne.

La miró con intensidad y le afirmó rotundamente:

—Ciertamente, no es un hombre que te convenga. Y estoy aquí para pedirte que vuelvas conmigo; te prometo que todo lo arreglaremos juntos.

Ella se mordió el labio inferior, no podía creer su descaro de ofrecer una solución, estando casado y después de tanto tiempo. Le dijo:

—Te lo advertí, no doy segundas oportunidades, esta vez seré la primera en retirarme y, por supuesto, mándale mis saludos a tu cariñosa esposa.

Su cara manifestaba pesar y le comentó:

—No me atrevo a expresarte todos mis sentimientos ahora y no creo que exista en mí el valor para decírtelos; se perderían en tus labios, como yo. Pero tengo que contarte algunas cosas sobre mi matrimonio; no es precisamente un verdadero matrimonio. Fue un arreglo por las circunstancias, las cuales lamento profundamente; actué sin pensarlo... y estoy muy arrepentido.

Empezaron a escucharse truenos amenazando con lluvia, pero no se movieron, ella sólo le respondió:

—Ya no se puede hacer nada. Tú eres una parte esencial en mi vida y, definitivamente, te sigo amando; pero no de forma igual. ¿Sabes? El amor nunca se desvanece, sólo se silencia en algún lugar de la memoria. Regresa a tu vida que yo restablecí la mía.

Irritado, terminó diciendo mordazmente:

—A los dos nos faltó corazón para defender lo que prometimos. Espero que obtengas lo que te mereces al enamorarte insensatamente de Tsuki.

Ted, subió al auto que lo esperaba y ella lo vio alejarse.

Vivian se dirigió hacia la compañía y comenzó a llover. Se resguardó en una esquina y vio que Tsuki salía de la empresa manejando su automóvil y, sin darse cuenta, éste pasó sobre agua estancada empapándola de pies a cabeza. Molesta, trató de usar su celular y se acordó que no lo llevaba.

Al llegar al edificio, le informaron que la oficina principal estaba cerrada; se dio cuenta que todas sus pertenencias se encontraban adentro. Alguien, del personal de la empresa, se le acercó y se ofreció a llevarla. Cortésmente, se presentó como Rýu, el guardaespaldas personal del joven Gesshoku. Pensó que era muy oportuno que fuera, precisamente, el empleado más cercano de la persona que en ese momento ella *quería matar*.

Vivian, fuera de control, decidió ir a reclamarle en persona a Tsuki y le pidió a Rýu que la llevara a la residencia de su jefe. Al llegar a ésta, entró sin pedir permiso y todavía mojada. Lo encontró sonriendo, con un suéter negro, pantalones de mezclilla y tenis oscuros, tomaba agua muy calmado, pero al verla se sorprendió. Sin darle tiempo de reaccionar, ella, gritándole, comenzó a describirle todo lo que le había sucedido por culpa de él.

—Eres una persona horrible. Todo este tiempo estuviste ignorándome, como si nunca nos hubiéramos conocido, aparte de eso, anexa el que por tú culpa, se quedó mi celular, abrigo y bolsa con todo mi dinero, tarjetas de crédito y llaves en la oficina, porque al señor se le ocurrió dar órdenes de salir más temprano por terminar con éxito las negociaciones; y después, pasaste con tu estúpido automóvil rojo sobre un charco empapándome, sin detenerte ni siquiera por decencia.

Ya desesperada, escurriendo agua por su cabello y ropa, le gritó fuera de sí.

—Además, te exijo que me devuelvas mi tanga.

Él soltó una carcajada y Vivian escuchó por detrás de ella moverse a alguien; se giró y vio al abuelo de él quien dejó su vaso en un mueble y, sonriendo, comentó:

—Bueno chicos, creo que tienen mucho de qué hablar; los dejo con sus accidentes y el tema de la ropa interior.

Directamente, a su nieto le refirió:

—Te quedaste corto, es todo lo que nos platicaste y más. Lindos caracteres, son tal para cual... yo también la amaré.

Cortésmente se despidió, no sin antes invitarla:

—Buenas noches, niña llena de accidentes. Sería un placer que mañana nos acompañara a comer; mi esposa y mi nuera muere de ganas de verla, a mi hijo ya lo conoce, estarán encantados de convivir con usted.

Sólo balbuceó, ardiéndole el rostro de pena:

—Por supuesto, ahí estaré, muchas gracias, señor Gesshoku.

El abuelo se retiró y ella se sentó con las manos en la cara, amenazando a Tsuki.

—Todo este día ha sido errático. Me quiero morir, pero te irás conmigo al infierno.

Él, por molestarla, le dijo:

—Estás empapando mi alfombra blanca y la tanga es mía por derecho de antigüedad.

Vivian, cansada, se quitó los zapatos para lanzárselos y, sin importarle el comentario, se recargó en el sofá. Él, con una sonrisa, desapareció de la habitación; pocos minutos después, regresó con una taza de té y una toalla ofreciéndoselos.

Ella se levantó, fulminándolo con la mirada, se puso sus zapatos y sin decir ni una palabra, se dirigió a la puerta donde se topó con Rýu, a quien le dijo:

—Regla de Oro: si vas por la dama, la regresas a su casa, así que le corresponde cumplirla.

Este le menciona que, por el momento, sólo estaban los autos clásicos y éstos se encontraban guardados. El vehículo en que él la llevó a la residencia ya había sido devuelto a las oficinas, por que supuso que su jefe se ofrecería a llevarla a ella a su casa. Y el único disponible era el *Maserati*, uno de los autos consentidos del dueño.

Vivian, sin hacer mucho caso a las explicaciones, le sugiere:

—No quiero ningún favor de Tsuki, así que, lléveme en el *Maserati*.

El guardaespaldas, se negó alegando:

—Esté es uno de los varios automóviles, que exclusivamente, lo maneja el joven. Sólo en pocas ocasiones lo he conducido con órdenes específicas.

Ignorándolo, se pone en camino hacia el auto. Al subirse, intuyó que la llave-mando de control remoto, estaría puesta dentro del automóvil, acertó, así que simplemente, lo arrancó. Al cabo de un rato, observo por el espejo retrovisor una moto siguiéndola, supo que era Tsuki.

Llegaron al domicilio y ambos se bajaron de sus respectivos vehículos; él la observó, intrigado le preguntó:

—¿Cómo se supone que vas a entrar sin llaves?

—No me subestimes; toma tu auto y márchate.

Sonriendo, le recuerda la frase de ella:

—La *Regla de Oro*: si vas por la dama la regresas a su casa. Y te aclaro que no es sólo un automóvil, es la *dama Rubí*.

—Sólo un niño le pone nombre a su automóvil.

Vivian comenzó a rodear su casa, seguida de él. Después de un rato de buscar

una forma de entrar, encontró en el segundo piso una ventana por la que se podía deslizar. Amarrándose el vestido entre las piernas y quitándose los zapatos, escaló el muro y entró. Tsuki no la perdía de vista, con las manos en la frente para verla sin que la lluvia cayera en sus ojos, estaba pendiente por si acaso se lastimara para poder ayudarla. Al verla entrar, se quedó tranquilo en el jardín.

Ella se metió a bañar y oyó un auto y una moto alejarse. Se vistió y bajó a tomarse un café, de repente, escuchó ruidos en el cuarto de entretenimiento; se asomó y lo encontró mirando tranquilamente las noticias con su mascota Peperonni, sin moverse.

Tsuki con calma le explicó:

—Cuando te encontrabas en mi casa, había pedido que nos llevaran tus pertenencias, pero decidiste robarte a mi auto Rubí y no pude decir nada. Luego, comentaste que no te subestimara, lo cual generó mi curiosidad y por nada del mundo me perdería el espectáculo de tu entrada.

Con una sonrisa encantadora, concluyó, levantándose:

—Por cierto, ahí están tus pertenencias y la llave de tu casa, esta noche, yo te cocinaré la cena.

A esas alturas, ya ni se molestaba en cuestionar las acciones de él, lo siguió a la cocina y, subiéndose a un mueble que daba al jardín, lo observó cocinar; cenaron y antes de irse acostar le dio la llave del auto, él le volvió a recordar la Regla de Oro. Ella no se inmutó, se fue a encerrar a su recamara y se quedó en un profundo sueño. Por la mañana, lo encontró dormido frente al televisor, con un control de videojuegos entre sus manos, le dejó una nota y se fue en el auto de él.

Cuando Tsuki despertó, leyó la nota:

“La *Dama Rubí* y yo decidimos irnos a desayunar; luego, pasaremos a casa de tus abuelitos. Finalmente, la entregaré sana y salva en tu domicilio.

P.D. Dale de comer a mi perrita.

Atte. Vivian.”

Sonriendo, dobló el papel y lo guardó mientras llamaba a Rýu para que pasara por él.

Al llegar, le preguntó a su jefe:

—¿Dónde está la señorita y el automóvil?

Sólo contestó:

—Se están conociendo.

CAPITULO XII

RECLAMA EL PASADO.

VIVIAN LAUTREC.

Tokio, Japón.

Llegué a casa de los abuelitos de mi amigo, por llamarlo de alguna manera. Fui conducida a un salón donde encontré a la abuelita; ella me saludó y comenzó con algo parecido a un regaño:

—Por fin llegó niña, la esperaba desde hace mucho, mucho tiempo. Tardó más de lo que debía, pero ya está donde pertenece.

Pensé que todos ellos hablaban de temas que yo no entendía muy bien. Después entró el abuelito quien me recibió cortésmente. Me dirigió hacia el jardín que estaba lleno de personas y comentó:

—Todos son familia y amigos entrañables. Los irás conociendo poco a poco, mientras, la presentaré.

Con un silbido durísimo, logró la atención de los presentes y les dijo, casi gritando:

—Ella es Vivian, la novia de Tsuki.

Desencajada, le murmuré al abuelito:

—Se equivoca señor, no somos novios.

Me preguntó, también con un murmullo, sonriendo:

—¿Todavía no? ¿Estás segura? Bueno, llámame abuelo, como todos lo hacen, ya eres parte de la familia.

Todos aplaudieron. El padre de Tsuki me condujo a cada grupo para presentarme; eran primos, tíos y amigos. Estaba nerviosísima y, de repente, vi a Tsuki; sobre sus hombros llevaba una pequeña nena y, a su alrededor, un montón de niños jugando.

Se le acercó su abuelo y noté que ambos se reían. Él clavó sus ojos sobre mí con una sonrisa hermosa, y siguió jugando con los chiquitos. Pasé una tarde formidable; su abuelita me llevó a otro salón, me regaló un USB, aconsejándome que lo escuchara; que la creación de las melodías y sonatas, habían sido inspiradas en mi persona. Sorprendida lo tomé, agradeciéndole el presente.

En el fondo de la habitación, había un hermoso piano de cola, color negro y, detrás de éste, una pared cubierta con retratos de Tsuki e inverosímilmente de Ted. Ella notó mi asombro y añadió:

—Los dos, para nosotros, son nuestros queridos nietos. A ese niño, señalando a Ted, lo criamos como si fuera de nuestra sangre. A la fecha, todavía lo frecuentamos y lo amamos. Lamento mucho lo que sucedió entre ustedes, pero él fue parte de su destino, pero este destino suyo... continuará con mi nieto Tsuki. “*El Hilo Rojo*” nunca se equivoca.

No pronuncié ni una palabra, me quedé un largo rato sumergida en mis pensamientos, contemplando las fotos. Después, me di cuenta de que Tsuki estaba recargado en el piano, con los brazos cruzados, esperándome con paciencia a que regresara de mi mundo interno, lo contemplé y le aclaré:

—Hubo un malentendido: tus abuelos y padres creen que somos novios.

Pronunció con dulzura:

—Algo supe, no te preocupes, pronto se resolverá eso. Ahora, ¿podrías llevarnos a mi automóvil y a mí a casa?

Moviendo la cabeza ligeramente en forma de rechazo, me negué:

—Es noche de chicas; tus primas y yo nos iremos a divertir y no se permiten hombres. Lo siento; llegaré tarde tu auto Rubí.

Se incorporó y, volviéndome a mirar fijamente por unos minutos, decidió darme un beso en la frente y marcharse. Sus padres a lo lejos nos observaban, sonriendo.

El fin de semana posterior, dormía plácidamente y a las cinco de la madrugada, sentí a Peperonni saltar de la cama; después, con un jalón me quitaron las sábanas y alcancé a distinguir a Tsuki, parado junto a mí, diciéndome:

—Levántate, es hora de ir en excursión al *Parque Nacional de Oze*. Tomaremos la ruta que va desde el comienzo del sendero en *Hatomachitoge*; más allá de la zona de los estanques, hasta el comienzo de *Oshimizu*. Haremos entre seis y ocho horas, dependiendo de tu capacidad para caminar. Rodearemos el estanque de *Ozenuma* sobre las plataformas de madera, es una vista hermosa. Para evitar el madrugón, pasaremos la noche en un Hotel. Te doy diez minutos para que estés lista; nos vamos afuera en mi moto.

Adormilada y sin captar parte de lo que decía, me moví por instinto, seguí sus órdenes, con prisa empaqué una pequeña mochila y salimos hacia el parque nacional.

Una hora después aparcamos en el lugar y comenzamos a caminar. El paisaje era fenomenal, tomábamos fotos, reíamos de bobadas, comentábamos sobre el paseo y la mayoría del tiempo platicábamos sobre nuestras vidas.

De noche, llegamos al Hotel reservado, fue el momento de pedirle algunas explicaciones, así que comencé:

—Pega tu cama del lado opuesto de la pared de la mía.

—Si pides espacio, yo te regalo el infinito.

Terminando la frase, se sentó sobre la cama, abrazando sus piernas dobladas hacia su pecho, y esperó la avalancha de preguntas y recriminaciones de mi parte:

—No te pediré explicaciones sobre cómo entraste a mi casa esta mañana, ni porqué estoy en una excursión sin previo aviso. Por el contrario, agradezco que tomaras el tiempo para mostrarme este lugar tan hermoso, pero la verdad, hay cosas que no entiendo.

Él comenzó a excusarse:

—Disculpa por ignorarte en la empresa, pero era necesario para que no se pensara que había favoritismo. Y si mi mirada te puso nerviosa, no era la intención, era porque no podía quitarte la vista... tú interrumpes invariablemente mi ser y el ritmo de mi corazón. Sobre lo demás, todo fue accidental.

Guardó silencio, por un pequeño momento, y continuó:

—No quiero presionarte y mucho menos, que tomes a la ligera lo que voy a decir, pero creo que sabes lo que siento por ti desde hace ya bastante tiempo. Todas las formas de pensar y sentir me conducen incondicionalmente a ti, por si no te has percatado, mi mundo gira entorno al tuyo desde hace mucho tiempo y sé, que tú tienes sentimientos reales hacia mí. Me gustaría mucho que consideraras, ¡que ya debemos ser novios! Y, la verdad, no quiero perder más tiempo sin estar a tu lado.

Definitivamente, tenía sentimientos únicos y muy especiales por él, pero no era mi intención zambullirme en una relación seria. Después de las pasadas experiencias, tenía mucho miedo de volver a perder, sobre todo tratándose de él. Así que, sinceramente, le contesté:

—Sé que, para mí, tú eres alguien que siempre me ha envuelto en algo que no sé bien cómo explicar. Ciertamente, hay un vínculo fuerte entre los dos, porque sólo contigo existen esas sensaciones que salen del alma cuando me acuerdo de ti. Pero no deseo iniciar una relación pues, por experiencia, terminan desastrosamente.

Me rebatió:

—No compares. Tus anteriores novios, o cómo quieras llamarlos, temen a perder sus posesiones o raíces. Yo sólo quiero vivir con lo mejor que ofrece el destino y entre eso, indudablemente estás tú. Sé que somos una pareja fuera de serie y nos depara una vida llena de hermosos eventos que atesoraremos juntos.

Terminó con su voz profunda y persuasiva:

—Me enamoré de la manera de seguir tus pasos cada vez que me alejaba de ti o tú de mí, de tu belleza que, predomina en la extraña forma de ausentarte en tus

pensamientos y, sobre todo, de la forma tan peculiar y única con la que miras mis ojos, así es como me dices todo. Tengo extraordinarios sueños para los dos. Reconsidéralo y piénsalo, pero no tardes mucho por favor.

Le ofrecí una contrapropuesta:

—Escúchame, ¿cómo decir lo que siento por ti? Tú me amaste cuando yo estaba pasando por malos momentos, y me esperaste hasta que yo me recupere; y la verdad no quiero arriesgar que se nos quiebren estos sentimientos. Llegando a ese punto, mejor piénsalo tú. Tengo una buena idea, lo que yo te ofrezco es que seamos amigos con derechos; algo así como novios con compromiso sin compromisos externos. ¿Entiendes?

Soltó una carcajada y, posteriormente, se abalanzó sobre mí:

—No voy a discutir algo tan incoherente cariño. Para ser más específico, tú eres la dama que amo y yo un caballero, debó confirmarte que no aparento ser un caballero. ¡Soy un caballero! En toda la extensión de la palabra. Y de una vez te informo que además no tendremos relaciones íntimas sino hasta que nos casemos. Nos sentenciaste cuando se te ocurrió esa absurda idea.

Levanté las cejas, sonriendo le contesté:

—Ni que estuvieras tan bien, para que yo sienta que me sentencié por mi propuesta; así que ni me amenaces. Por otro lado, ni siquiera quiero ser tu novia mucho menos tu esposa.

Sonriendo, se dirigió a su cama y remató:

—El destino, cariño: Nací para ti y tú para mí. Al tiempo... tiempo.

Posteriormente, se acostó y se durmió como si nada; yo hice lo mismo, estaba muy cansada.

Las semanas que le siguieron, no se volvió hablar del tema. Prosiguió entrando y saliendo de mi casa con una desfachatez y familiaridad que ya ni me inmutaba. Era mi compañero incondicional y, además, yo pasaba tiempo con sus abuelos y padres con mucha frecuencia, ya que se convirtieron como en mi familia.

Una noche en que debíamos viajar para un evento importante, quedé de recoger a sus abuelitos, pero cuando Rýu me dejó pasar, noté que ellos no estaban en casa y supe que no viajarían con nosotros; desde que se les metió la idea de hacerle de *Cupido*, no había manera de detenerlos.

Escuché que alguien tocaba el piano de una manera realmente sublime; mucho mejor inclusive que mi amigo concertista Terry. Me dirigí al salón conocido como *La Habitación de la Autenticidad*, y me di cuenta de que era Tsuki, impecablemente vestido de gala, con sus facciones perfectas; todo en él era perfecto. Concentrado en el piano y con la música que hipnotizaba, pensé que, con su sensibilidad y su porte, ciertamente sería difícil tenerlo como novio y no

tener contacto físico con él.

Resignada, me dediqué a disfrutar del concierto privado. Al terminar, se levantó y sin decir mucho, me miró como si yo fuera lo más hermoso de su mundo; lo que me hizo tener una sensación extraña pues yo no me consideraba realmente bella. Expresó con candidez:

—Cuando no sé cómo expresar algo con palabras, porque no existen en ningún idioma, lo digo todo al compás del silencio acompañado con el piano.

Tomándome por la cintura, me dirigió, hacia el automóvil que nos esperaba, y partimos al aeropuerto hacia Corea del Sur.

Seúl, Corea del Sur.

Al llegar al evento, entramos como pareja; las personas nos identificaban de esa forma y ambos lo sabíamos, pero ninguno de los dos corregíamos el malentendido.

Ya por finalizar la noche, me pidió que lo acompañara a un espacio donde hubiera menos ruido, así que nos retiramos un poco del lugar concurrido. Sin más, sacó de su bolsillo una caja pequeña en forma de lobo y pidiendo que la abriera, me la entregó.

Adentro encontré un bellissimo dije, en forma de rebanada de pastel de fresa, con rubíes, aludiendo al pastel *Sorpresa* que comí por primera vez en París con él. Éste se podía abrir y el interior contenía una esmeralda representando el relleno de menta que me tocó ese día. Dándole las gracias, le pedí que me ayudara a ponérmelo. Deslizó la cadena y me hizo brincar; no sabía qué estaba más frío: el collar o sus manos. Al terminar, con un beso en mi cuello, me invitó a bailar, indicándome:

—La melodía que escucharemos es la que te compuse, y es *tan hermosa como tú*, de hecho, así la llamé. Recuerdas que en Malibú te lo comenté, cuando estabas pasando un mal momento por culpa de Patrick.

—Por supuesto que lo recuerdo, tu presencia es un tesoro para mí.

Nos deslizábamos por la pista cómo si sólo existiéramos nosotros. Y volvió a suceder: los invitados comentaron que éramos perfectos juntos. Era tal la sincronización de ambos en todo momento, que daba la sensación de que una especie de energía fluía a nuestro alrededor; la gravedad entre nuestros cuerpos era tan intensa que, aunque estuviéramos separados, nuestros instintos nos unían, sin percatarnos de lo natural que era para nosotros.

Quedaba poco tiempo para que regresara a mi departamento en París y eso me ponía muy nerviosa ya que lo dejaría de ver con tanta frecuencia. No sabía qué pasaría con nosotros, supongo que leyó mis pensamientos porque, de forma

inesperada, propuso:

—Me imagino que ya no tienes dudas sobre lo que sentimos y todo este tiempo ya cubrí lo de ser tu amigo... ahora te toca ser mi novia. El amor no es algo que se razone: es una esencia que percibe el alma. Y nosotros lo sentimos.

Me besó con gran ternura y, al finalizar la música, las miradas se centraron sobre nosotros; apenas quise alejarme un poco de ellas y le dije, jugando:

—*Vamos a lo obscuro*... ya que no pasará nada que se censure porque, según tú, seremos puros y castos hasta que nos casemos.

Esbozando una sonrisa, como si lo hubiera retado, sostuvo sus palabras:

—Por supuesto que no será por falta de ganas, simplemente tú te lo buscaste y yo tendré que poner a prueba todo mi autocontrol; será realmente difícil para ambos.

Comencé una charla en tono de burla:

— ¡Por favor!, las tenías con tus amigas.

—Tú, no eres mi amiga.

—Bueno, con tus exnovias.

—Tú no eres mi exnovia.

—Bueno, ¿y si fuera tu prometida?

—Serías mi única prometida en la vida... así que tampoco.

—Según tú, hasta que nos casemos.

—Vas entendiendo.

—Ya veremos; es absurdo a nuestra edad y con lo que hemos vivido.

—Eso no lo hemos vivido juntos.

—Lo tomaré como un desafío, Tsuki.

Con su tono de broma, remató la plática:

—Ok, como quieras, soy un chico con convicciones y moral anticuada.

Terminando el evento nos despedimos. Para protegerme del frío me cedió su abrigo y guantes ya que nevaba, me tomó por la mano, y en la limusina nos dirigimos a su avión particular para volver a Japón. Cuando estábamos a una altura considerable, me asomé por la ventanilla, para ver como la nieve cubría a la ciudad convirtiéndola en color blanca, era un paisaje bellissimo. Él dormía pues estaba muy cansado, embelesada no dejé de contemplarlo en todo el trayecto de regreso.

Tokio, Japón.

Llegando del aeropuerto, fuimos a recoger mi automóvil *Bugatti* a casa de sus abuelos. Ellos nos esperaban. Les dimos, muy alegres, la noticia de nuestro noviazgo.

Su abuelito, con premura, nos aconsejó:

—Nos complacería que avanzaran más deprisa, les sugiero ya anunciar su compromiso de boda en vez de un noviazgo que, lo acepten o no, ya existía. Además, me encantaría tener otro bisnieto.

Reí y, al oído muy bajito, le confesé a Tsuki, con rotunda ironía:

—Veo imposible que tengamos un bebé, ya que su nieto es todo un caballero.

Me fulminó con la mirada, pero guardó silencio.

Su abuelita dio una noticia que me hizo muy feliz, se trataba de la asignación de su nieto a las oficinas de Francia; por lo visto, manejaban convenientemente los hilos de sus empresas a nuestro beneficio.

Propusieron hacer un brindis por las nuevas noticias, deseando que todas se cumplieran con éxito.

Posteriormente, me llevó a mi casa en uno de sus automóviles, seguidos por Rýu en el mío. Acompañándome hasta la puerta pidió mis llaves y la abrió, de repente, por un momento sostuvo el dije que me regaló entre sus dedos y, enfáticamente, me confesó:

—Te amo demasiado y tú eres la sorpresa que me deparaba la vida. Nunca dudé de nosotros, te amo incondicionalmente. —Se despidió con un abrazo y un beso apasionado. Al soltarme, noté que sus pupilas estaban dilatadas, en cuestión de segundos estaba dentro de su automóvil alejándose.

DESTINO.

Paris, Francia.

Ya instalados en la Ciudad de las Luces, París, continuaron su vida amorosa y divertida.

Ellos estaban listos para la tradicional fiesta de la música llamada *Nuit Blanche*. En esta festividad se organizan conciertos gratuitos de todos los géneros musicales, en plazas, al aire libre y salas de conciertos, etc.; se pueden escuchar diferentes estilos desde Clásica a Rock durante toda la noche. Con el itinerario listo, la pareja se desplazó entre la gente para disfrutar del evento.

Después de algunas horas, se retiraron un poco de la música de un grupo de Jazz y descansaron en una de las bancas de la Gran Plaza. Tsuki vio un muchacho pianista tocando en una esquina y se acercó a disfrutar la melodía; al finalizar, lo felicitó. El intérprete lo reconoció y lo saludó recordando haberlo escuchado años atrás cuando Tsuki participó en el mismo festival y decidió invitarlo a tocar una pieza. Él aceptó y ejecutó magistralmente una melodía; al terminar, obtuvo una gran ovación a la cual agradeció con reverencias y se retiró hacia donde estaba Vivian.

Al ser la época alta de turistas, en el lugar se encontraban muchas personas de diversos países; unas extranjeras, sin reparo, lo tomaron desprevenido, creyendo que era un músico famoso por su forma de interpretar. Con *selfies*, abrazos y besos fueron a dar al suelo; otro grupo de chicas lo ayudaron a incorporarse, pero no dejó de ser el objetivo de jóvenes con hormonas disparadas, motivadas por el espectáculo de iluminación en todos los monumentos y calles. Un poco desorientado, les dijo:

—Señoritas, están confundidas, no soy artista ni nada parecido, soy una persona común y corriente.

Incrédulas y sin pena, una de las chicas le alegó:

—*Nah*, común y corriente mi novio; tú eres un adonis. Muchachos como tú deberían servir a la comunidad de damas para el deleite de todas nosotras.

Otra, entusiasmada, siguió la corriente a su compañera:

—¿Tienes hermanos, primos o cualquier hombre que se te parezca? A la mejor hacemos una boda grupal.

No se dejaron de escuchar carcajadas por el auditorio, sonrió nervioso y se acomodó el cabello; por sus movimientos sensualmente naturales, se hizo adorar y generó que más chicas enloquecieran, tomándole fotos y coreando con gritos juegos de palabras no muy inocentes en otros idiomas. Quitándose las de encima, les contestó en el mismo lenguaje utilizado por ellas:

—Está bien, ya que están muy entusiasmadas debo informarles que soy muy tímido, de aquellos que les gusta pasar inadvertidos, y soy anti-relaciones; si me disculpan, tengo que retirarme.

La respuesta no se hizo esperar:

—No, ¡imposible! Eres guapo a rabiar y tienes un cuerpo de escándalo, igualmente te vimos con tu novia en el concierto de Rock.

Sin muchas salidas, empieza a flirtear con ellas.

—Bueno, entonces, ¿qué tal si me dan su número de celular y yo las llamo? ¿Estamos de acuerdo?

En broma, le comenzaron a dar sus números y nombres, algunas con un descaro total, los escribieron en sus propios brazos o piernas. Al terminar la diversión, se despidió, tomó la mano de su novia y se refugiaron en una cafetería. Vivian no dejaba de reír y le comentó:

—Lo grabé todo y lo subiré a *You Tube* para que veas que eres todo un seductor, menos para mí.

A él no le hizo ninguna gracia; trató de quitarle el celular, pero se dio cuenta que ella ya lo había subido a su *nube* y que no podía borrar el contenido.

Cansados, llegaron al departamento de Vivian quien lo observó servirse agua con

un estilo desaliñado pero distinguido. Su franca sonrisa la sedujo y comenzó a besarlo, lo acarició de forma sutil por arriba de la camisa, la tensión sexual se elevó y lo incitó con la frase:

—Te pegaría contra la pared para hacerte pasar el mejor momento de tu vida.

Él aludió brevemente:

—Eso terminará en la cama; o bien, uno de los dos acorralaría al otro para comerle los besos y arrancarle la ropa... pero hoy no será, cariño.

Terminando la frase y visiblemente turbado, la toma por las muñecas y, echándose rápidamente hacia atrás, le sigue recriminando en broma:

—Detente por favor, esto es un infierno, así que no me la pongas tan difícil.

Y, con una pícaro sonrisa sensual, se marchó.

De esta forma, detuvo el pulso psicológico entre ella y él. Donde el ganador será quien seduzca al otro, uno pasivo y el contrincante activo.

Vivian, furiosa, tomó una figura ornamental y la arrojó a la puerta; del otro lado de ésta, se escuchó una carcajada llena de alegría y, después, un automóvil alejarse. Ella levantó los pedazos y a la mañana siguiente, los mandó a la oficina de él.

Un día después, le llegó el jarrón, junto con una carta que narraba que, en Japón, existe el arte llamado: (*Kintsukuroi*; *Es una técnica que consiste en reparar una figura de cerámica rota, enalteciendo la zona dañada, rellenando las grietas con oro, Ellos creen que cuando algo ha sufrido un daño y tiene una historia, se vuelve más hermosa la pieza. Al aplicarla a personas en forma metafórica, la filosofía que plantean, es que al quebrarse alguien valioso, no se debe ocultar su fragilidad ni su daño, y repararlo con algo que emulen al oro: determinación, fortaleza, virtud, etc.*); ella preguntó para constatar lo dicho y decidió ignorar el hecho. No tenía intenciones de darle la razón en nada, pero sabía que, él la comparaba con el arte en lo escrito.

Regresando de cenar del restaurant *Panoramique Mont Blanc*, en la montaña de *Brévent*, el punto más alto de Europa, y disfrutar de la vista panorámica espectacular. El juego continuó y volvió a ocurrir, pero en casa de él: se besaron apasionadamente y ambos terminaron acariciándose en la alfombra.

De repente, Tsuki en la desesperación por contenerse y mantenerse fiel a su palabra, la cargó y, una vez en el jardín, la aventó a la alberca fría para luego zambullirse él también. La sensación del agua apagó temporalmente sus deseos, pero estos tomaban más vigor al verla con la ropa pegada y sus piernas al descubierto. En ese momento se auto reclamó:

—Esto está peor, mala idea.

Furiosa y muerta de frío, se salió, expresándole:

—¡Es oficial, esta noche no quiero nada contigo!

Lo escuchó gritarle:

—Cariño eres malvada, me tientes a engañarte conmigo mismo.

Ella salió tomando sus pertenencias y se dirigió a buscar su vehículo.

Tsuki se quedó dando vueltas de un lado a otro en la alberca pensando que pronto, no tendría ya fuerza para contenerse. Ya no deseaba ningún pretexto para detenerse.

Una vez en su automóvil, Vivian prendió el calefactor, y furiosa meditó que pronto se le acabaría la paciencia.

Esa noche ninguno de los dos pudo dormir, lamentandó haber perdidó la oportunidad de sentir el contacto que ambos tanto anhelaban.

Por supuesto, al otro día ella amaneció enferma y le prohibió verla por una semana; a cambio, éste no dejó de enviarle, pañuelos desechables, flores y pasteles *Sorpresa* todos los días.

Él, trató de evitar citas en donde permanecieran a solas, para no caer en la tentación; pues sentía que en cualquier momento flaquearía, y no quería faltar a su palabra, pues estaba convencido que para ambos era más seguro no llegar más lejos, sobre todo por ella, para protegerla y demostrarle que la respetaba.

En una de tantas mañanas, finalizando un juego de golf, de camino al estacionamiento, él le comentó.

—No portas tu insignia. ¿Por qué no te haces un tatuaje con el Isotipo de la compañía de tus padres: los dos círculos color plata y dorado sobre puestos?

Ella se niega.

—¡No, qué dolor!

Con intenciones de convencerla, la incitó:

—¿Le temes al dolor físico? No duele tanto, no seas cobarde.

—¿Por qué no te lo haces tú?

—¡Va!, si yo no me quejo ni una sola vez, tú te lo haces.

Sonriendo, Vivian le especificó:

—Sí aceptará, no quiero ninguna imagen superficial, quiero algo muy significativo que nos una como pareja: es una fórmula que me maravilla de la física.

En el parabrisas del auto de él, ella traza una ecuación, “ $(\partial + m) \psi = 0$ ”, y al mostrarlo, busca la información en su celular, ambos la leen y ella le explicó:

—La llaman: (“La *Ecuación de Dirac*”: expone el fenómeno de la Conexión

Cuántica que afirma como: *“Si dos sistemas interaccionan fuertemente entre ellos durante cierto periodo de tiempo y luego se separan, estas se entrelazan y podemos describirlos como dos sistemas distintos, pero de una forma sutil se vuelven un sistema único. Lo que le ocurre a uno sigue afectando al otro. Incluso a distancia de miles de kilómetros años luz”*).

Tsuki trata de decir algo, pero la emoción no lo deja hablar, sin darse cuenta de las sensaciones de él, Vivian continúa:

—También se le conoce como, (*“Entrelazamiento Cuántico”*): *“Que es, cuando dos partículas que en algún momento estuvieron unidas, siguen estando de algún modo relacionadas. No importa la distancia entre ambas, aunque se hallen en extremos opuestos del universo. La conexión entre ellas es instantánea y el cambio de estado de una de ellas, afecta a la otra de forma inmediata, más rápido que la luz. Están ligadas irremediabilmente entre sí”*).

Muy contenta le dijo:

—Yo estoy segura de que es lo mismo que nos ocurre a nosotros. En algún momento sin darnos cuenta, creamos un vínculo; éste pasa entre dos personas y solamente con esa persona puedes experimentarlo, como es nuestro caso.

Ella, prosiguió:

—¿Te parece? A mí me fascina, además es pequeño para tu piel que es hermosa y no necesitas ningún adorno.

Conmovido por las palabras sólo atinó a comentar:

—Nada que ver, hermosa tú, pero tienes razón no se trata de tatuarnos adornos, se trata de perdurar una emoción y esa ecuación me parece perfecta, ¿o quieres que nos tatuemos por pura inmadurez?

Con frescura, aceptó:

—Bueno, el tatuarnos ya es inmadurez pura, pero la elección de $(\partial + m) \psi = 0$ que nos define a la perfección nos justifica. ¡Trato hecho!

Él decidió llevarla a un salón especializado en tatuajes de unos amigos suyos. Maneja su automóvil directamente hacia el estudio de ellos, mientras suavemente le toma la mano expresándole la complicidad que los une.

Después de saludar a sus amigos, les indica lo que desean tatuarse, Tsuki recibe el proceso de plasmar, la pequeña ecuación en su hombro, sin hacer ningún gesto de dolor y mucho menos ninguna queja. Cuando estaba terminado, se lo muestra a Vivian.

Ella, no muy convencida, se acostó y también se hizo el mismo diseño, pero su conducta fue desastrosa, toda una diversión para todos los presentes. Contrario a su novio, ella gritó, pataleó y mordió la manga de su suéter, siendo necesario

sujetarla, para que no se moviera, hasta que finalizó la sesión.

El tatuador se quejó:

—Tsuki, el lienzo es muy exagerado, pero se la perdono ya que es tu chica.

De ahí, se fueron a tomar un helado y, adoloridos, contemplaron el pequeño diseño en sus cuerpos que significaba una promesa que ambos se hacían.

Él no se cansaba de burlarse del comportamiento infantil que presenció; Vivian con la pomada hidratante sobre el brazo lo ignoró.

Y así pasó un largo tiempo en su relación, siempre con risas y revanchas, estaban muy enamorados. Pero una noche que se encontraban abrazados y escuchando música clásica Tsuki, reflexivo y cauteloso, le preguntó:

—¿Recuerdas la ecuación que nos tatuamos? Bueno, se parece a algo que siempre pensé que nos sucede a nosotros, ¿Has escuchado la leyenda de Japón llamada “*El Hilo Rojo del Destino*”?

Ella niega con la cabeza, y él le relata parte de la leyenda:

—Principalmente se basa en: (“*Que dos personas están predestinadas a conocerse y a estar juntas. Se encuentran unidas por un Hilo Rojo, imperceptible a la vista, atado al dedo meñique de cada una y éste nunca, pero nunca podrá romperse, pase lo que pase, porque está predeterminado y son elegidos por el sagrado destino. No importa lo que tardes en conocer a esa persona, no importa el tiempo que pases sin verla, ni siquiera importa si ella vive al otro lado del mundo, el hilo se estira hasta el infinito, pero nunca se romperá y encontrarán el momento de estar juntos*”). Siempre te lo dije: tú y yo estamos destinados y es por el *Hilo Rojo*.

Y besándole la mano, prosiguió:

—¿Qué esperamos para casarnos? Prometo que será como tú quieras, mi familia sólo pone tres condiciones: que el compromiso se realice en Japón, que no toques los negocios familiares, ellos mantendrán un porcentaje de estos para ti, y podrás tomar decisiones en caso de tener descendencia; y que nuestros hijos tengan dentro de su educación a todas las tradiciones de mi país, independientemente de donde vivan.

Todo lo demás, será bajo el contrato prenupcial que ya tienes con tus abogados.

No era una propuesta que ella no esperara, pues compartía los sentimientos y la sensación de él y que el tiempo era relativo; no había más pretextos para dudar acerca de su unión.

Abrazándolo y llenándolo de besos, le confirmó:

—Tú y yo, somos una conexión de un todo del universo; tú sabes que te amo y

no sé si es por *El Hilo Rojo*, *La Ecuación* o simplemente *El Destino*, pero de lo que sí estoy segura, es que me hechizaste desde el momento que tu mirada se posó sobre la mía, siempre he sentido que el océano nace dentro de tus ojos y por eso lo haces palidecer.

Él sacó un anillo de oro de diseño único: era una argolla grabada, muy sutilmente, con la *ecuación* que los definía en la parte interna y en la externa una línea tenue y delgada, hermosamente definida con una valiosa gema de *Rubí*, saturada en color rojo puro con un toque azul, a la preciosa tonalidad tan exclusiva se le llama *Sangre de Paloma*, ésta línea representaba la leyenda del *Hilo Rojo*. Le extrañó que Tsuki no le entregara el de la Casa Kizoku ni alguno perteneciente a sus antepasados de familia.

Él lo notó y le aclaró:

—Tienes tu propia Casa y no le perteneces a ninguna otra. Eres única.

Con sonrisa traviesa, Vivian se descubrió un poco la cadera para mostrarle algo a lo que él le dio un beso: era un pequeño tatuaje de un lobo, la insignia de la familia Gesshoku. Ella le confirmó, alegremente:

—Te equivocas; te pertenezco por completo. Este tatuaje, realmente, dolió mucho, era para que lo vieras en una ocasión importante... y hoy es esa ocasión. Eres lo que más amo y deseo de esta vida.

Decidieron casarse en París por recomendación de los abogados porque las leyes francesas la protegen; Tsuki no tuvo objeción.

Por más que trataron de tener una fiesta íntima, fue imposible. Los preparativos eran manejados por ambas familias que, en todo momento, pedían cooperación por parte de la pareja la cual les daban la vuelta sin ofrecer mucha ayuda, pues pensaban que era mero trámite social.

La celebración duró dos días. Después, viajaron a pasar parte de su Luna de Miel al Parque Nacional Oze en Japón; donde hicieron su primera excursión juntos. Esa noche y las demás confirmaron que entre los dos existía tal conexión que sus almas se fusionaban en cada latido, respiración y caricia que se profesaban.

En la alcoba, él con sus labios la rozó con tanta calidez, subiendo por el cuello hasta llegar a los de ella. Sus dedos recorrían cada centímetro absorbiendo sus emociones más íntimas con una delicadeza tan sutil que, por momentos, ellos guardaban silencio y en otras ocasiones sus susurros se convertían en nuevas emociones. La acarició con la suavidad que él llevaba dentro, y las manos de ella, eran dueñas de todo su ser. Casi flotando, casi soñando, se entregaban sin condición; en su entorno las luciérnagas los acompañaban danzando e

iluminando la noche sólo para ellos dos.

Los meses se convirtieron en sueños hechos realidad, provocándose sonrisas, noches eternas bailando, arrullos envueltos en las teclas del piano, velas casi consumidas apagando la obscuridad, no había secretos, pero no fue suficiente. Todo fue en vano; la palabra dada por él en el pasado tocó a la puerta sin piedad, reclamando cumplimiento.

Una tarde gris, Vivian regresó a casa y lo encontró en las escaleras de la entrada, su tristeza pesaba tanto que le costaba hablar, pero sin mucho preámbulo, comenzó:

—Imagina que no me conociste y que a quien tienes enfrente, nunca en tu vida amaste. Empieza otro amor porque yo debo marcharme.

Vivian sintió un zumbido en los oídos; no podía entender el porqué de sus palabras, pero era consciente lo que implicaban: era un adiós de Tsuki. Con agonía, le respondió:

—¿Entiendes que me estás destrozando? ¿No puedes hacernos esto? desafiaste al mundo entero. Te vas diciéndome que encuentre una salida en otros brazos...eso es imposible, no puedo cambiar lo que siento. En ti deposité toda mi alma.

No la dejó terminar. La abrazó y, lentamente, fue soltándola para mirarla fijamente mientras se despedía.

—La vida nos unió y sé que estoy cometiendo una injusticia... Pero no puedo dejarla, parto con Noomi. Y te pido que me olvides. Yo no puedo pedir más de ti... déjame ir.

Respirando como si el aire fuera insuficiente, la aconsejó, más bien, le suplicó:

—Nunca me recuerdes, nunca me esperes, nunca llores por mí... nunca existí en tu vida. Yo no te merezco.

Cada palabra que salía de su boca golpeaba su alma, sin darle tregua para poder asimilar, que él no regresaría, que ese era el final.

Con voz poco audible, ella, le imploró:

—Entre nuestras promesas no estaba el adiós, las despedidas fragmentan la esperanza, pero la tuya... quiebra el alma, cómo duele que tú lo digas. Sin importar adonde vaya, el mundo caerá bajo mis pies. Logré reponerme de todos los adioses que me devastaron, pero tu despedida está embistiendo con todo aquello, en lo que yo más creí; únicamente se quedará el amor que me enseñaste a sentir por ti, y eso cariño... no es justo. Si vas a partir no pidas que te olvide, ha eso no tienes derecho, ¡tú no! Sólo quédate.

Dando unos pasos atrás y apretando los puños, Tsuki pronuncia sus últimas

palabras:

—Te deseo mucha suerte y que pronto regresé todo aquello que te arrebaté.

Recorrió el rostro de ella con una acaricia y pensó: *“prometo conservar tu alma ahí, donde yo vaya, incluso, después de decirme en silencio que te amo hasta perder la cordura, incluso... después de mi muerte.”*

Y se marcha.

Vivian no emite ningún sonido. Marc, su escolta, la lleva al interior. Ella en un silencio absoluto se rompe por dentro, esta vez, en mil pedazos, pues le robaron su vida; sin ninguna lágrima ni queja, destrozada, se acuesta en la alfombra hasta que amanece.

En el lapso de algunos días, recibe una llamada de sus abogados especificándole la fecha para firmar el divorcio que su marido antepuso. Sin muchas ganas, confirma la cita, preparándose para escapar una vez más y poner distancia... como si eso amortiguara el dolor que sentía.

Cuando entró al edificio para firmar, lo observó y le preguntó:

—¿Estás seguro de que quieres esto?

Con indiferencia, le contestó evitando verla porque dolía demasiado:

—Si no estuviera seguro, no estaríamos aquí; sólo firma.

Por la arrogancia que mostró, Vivian perdió el control; tomó los papeles con impotencia y los aventó a la cara de Tsuki, saliendo del lugar sin querer mirar atrás.

Semanas después, ella ya se había despedido de sus suegros y los abuelos, quienes sinceramente la adoraban, y empacando lo esencial, se dispuso a viajar. Antes de ir a Alemania, con Jeff, tenía que cerrar una negociación en Ucrania. Era casi la hora de marcharse cuando recibió una llamada; por un momento pensó en no responder, sin embargo, contestó el celular.

CAPITULO XIII

MILAGROS.

TED NERABDER.

Kiev, Ucrania.

Marqué al celular a Vivian, sabía que estaba en viaje de negocios en *Kiev*, el mismo país donde yo me encontraba por un caso legal, toda una coincidencia. Escuchar su voz me recordó que la seguía amando y que realmente estaba muy

dolido con ella por su enlace con Tsuki. Le indiqué que fuera a firmar los papeles del contrato por mis servicios que no se finiquitaron en el tiempo en que aún éramos novios... sabía que era una excusa para verla. Preguntó en dónde nos veríamos pues ella salía hacia Alemania ese mismo día; le contesté que con mi cliente Trevel. No le hizo gracia pues siempre le desagradó el tipo, pero confirmó que nos veríamos en sus oficinas. Al llegar, ella vestía unos pantalones negros, un suéter verde y se notaba por debajo de éste una blusa negra; solo pensé que realmente me auto flagelaba, ¿para qué verla?

Entró y el Sr. Trevel la invitó a sentarse. La saludé con un movimiento de cabeza y cuando yo sacaba los papeles, escuché una explosión y todo comenzó a ser confuso. Gritos, humo... inmediatamente, Kevin estaba a mi lado. Salté la mesa para estar junto a Vivian y protegerla. Cuatro tipos fuertemente armados entraron al despacho y, amenazando a mi cliente, nos encañonaron en la cabeza a nosotros también. Ella comenzó a temblar, con aplomo le susurré.

—¡Tranquila, no pierdas el control!

Sentí un golpe seguido de un pequeño hilo de sangre en mi oreja derecha. El Sr. Trevel gritó que lo dejaran, que nosotros éramos mejor carnada y tomando mi portafolio, los tipos leyeron mi nombre y en seguida escuché:

—¡Bingo, éste otro vale mucho más que este imbécil!

Otra voz ordenó:

—No podemos llevarnos a todos; mata a la mujer y al otro grandulón.

Debía pensar con extrema rapidez para salvar a Vivian y a Kevin.

En respuesta, sin ver a los atacantes, con voz firme añadí:

—La chica no les interesa, es amante de un mafioso, pero si la dañan podrían tener serios problemas. Esperaba que este argumento fuera suficiente para evitar que la asesinaran.

—Mi amigo es accionista de mi empresa; llévennos a él y a mí, a la dama déjenla.

Se escuchó otra vez la voz:

—Nos quedan segundos para salir; mata a Trevel, de todas formas, él ya no nos sirve.

Se escuchó un disparo y Vivian gritó. Con un movimiento rápido nos levantaron a los tres y a alguien más que no sabía quién era; a empujones nos llevaron al elevador por el cual bajamos al sótano, donde nos subieron a una camioneta. Nos pusieron boca abajo y nos amarraron fuertemente; alcancé a ver cómo inyectaban a Vivian y prosiguieron conmigo. Antes de perder el conocimiento, escuché:

—Será todo un botín, este tipo nos hará millonarios.

Cuando desperté, nos encontrábamos en un lugar húmedo y semi oscuro; cada uno de nosotros ocupaba una silla con barrotos en el respaldo, con las piernas atadas por los tobillos a las patas delanteras de la misma y con las muñecas atrás del respaldo, amarradas con cinta adhesiva.

Por la infraestructura del lugar, deduje que estábamos en alguna fábrica, Kevin había despertado y comenzamos a hablar bajito.

—jefe, son ocho los que entraron, mataron a tres de seguridad de la oficina, al cliente e hirieron a tres nuestros, incluyendo a Marc el guardaespaldas de la señorita.

Mi mente funcionaba a mil por hora.

—Piensa en dónde podemos estar y cuántos son afuera. Definitivamente son profesionales; ¿ya viste el brazo de Vivian?, le sacaron el dispositivo de seguridad. A esta hora ya se debe saber que fuimos secuestrados; los dispositivos lanzan una señal de alerta satelital, inmediatamente después de ser extraídos y, por la sensación de mi brazo, también quitaron el mío.

Kevin continuó la reflexión:

—Todas las Casas deben estar en movimiento buscándolos a ustedes; no tienen idea en qué se metieron estos infelices.

Le indiqué:

—No los subestimes, se nota que están altamente calificados, todos tienen diferentes acentos, tienen sangre fría para asesinar y están organizados, sin contar que están muy bien armados. Estoy seguro de que Tsuki, con el entrenamiento que hicimos en la milicia de Asia, será quien haga las negociaciones, y comandará a la brigada, vendrá personalmente al rescate, coordinando a los demás, Darío los dirigirá hacia nosotros con su habilidad para entrar a redes y dispositivos de telecomunicación, Jeff y Patrick se encargarán de las transacciones bancarias que soliciten. Todos ellos, incluyendo por supuesto a mi familia, que son las Casas con mayor supremacía, pedirán absoluta discreción y ninguna interferencia en las negociaciones, por parte de ningún gobierno, estos deberán fingir no estar enterados de la situación, dejándoles manos libres en el rescate. Se unirán los expertos de las demás Casas restantes y detendrán a los medios de comunicación, para que no se dé a conocer la noticia sobre el secuestro. Las diez Casas utilizarán absolutamente todos sus recursos, influencia y poderío para lograr con éxito nuestra liberación.

—Ojalá no se den cuenta los secuestradores con quienes se están enfrentando, sería un gran riesgo.

Noté cómo Vivian despertaba y, al recordar todo, nos miró aterrada; sólo le susurré con voz enérgica:

—Cálmate y contrólate, tenemos que ser muy fríos si queremos mantenernos con vida mientras vienen por nosotros.

Asintió; iba a decir algo, pero entraron cuatro de ellos. El primero se notaba que era el líder y, dirigiéndose a mí, comenzó a hablar:

—Despertaron, ya era hora. Son muy eficientes sus contactos, las negociaciones empezaron hace dos horas. El tipo con quien estamos hablando sabe muy bien lo que hace, por ejemplo, nosotros, para ganar tiempo mientras buscan intérpretes, nos intercambiamos para hablar en diferentes idiomas y ponerlos más nerviosos, pero el negociador ha contestado a todos a la perfección. Obviamente, pide pruebas de que estén bien y con vida, así que les mandaremos un lindo video desde un celular desechable... ¡que comience la función!

Primero, filmaron a Kevin; le dieron fuertes golpes en la cara que, inmediatamente, se le comenzó a hinchar. Luego a sangre fría, le dispararon en la cabeza al cuarto secuestrado. Después se fueron sobre Vivian arrancándole los botones de su blusa de manga corta mientras la manoseaba uno de ellos, el otro pasaba una navaja afilada por sus costillas haciéndole pequeños hilos de sangre. Ella había entrado en shock desde el momento que le cayeron a las piernas parte de los sesos del asesinado; no se movía. Me contuve, pero pensé: “*Los voy a matar sin piedad*” y, por último, pusieron un periódico con la fecha del día junto a mí, pidiéndome que leyera unas palabras escritas por ellos que incluían: el monto del rescate, las cuentas para depositar el dinero, el medio de entrega de cada uno de nosotros e información de quienes se adjudicaban el secuestro, se autodenominaban sicarios profesionales de la mafia. Empecé a leer en código, con una entonación, y pausas que, de jóvenes, Tsuki y yo usábamos para hablar entre líneas, algo parecido a la *Clave Morse*, de esa forma nadie más nos entendía. Así pude transmitirle la información que tenía hasta el momento; después, con un tubo golpearon uno de mis costados, sólo escuché crujir mis costillas.

Al finalizar se retiraron, con esfuerzo respiré y controlé el umbral de dolor. Le pregunté a Kevin cómo se encontraba y bromeó:

—Son dulces comparados a los que les daré.

De repente, la escuché preguntarme:

—¿Cómo están tus costillas?

Tenía que darle instrucciones antes que se pusiera histérica.

—Vivian, escúchame con mucha atención. Volverán, pase lo que pase, no grites, no imploras y menos los retes; eso les excita mucho. Si te vuelven a tocar o nos pasa algo a nosotros, recuerda lo que te enseñó Darío: cómo controlar el don de tus ausencias dentro de tus pensamientos. Transpórtate al momento más hermoso de tu vida, desprende tu mente de tu cuerpo y no regreses hasta que yo te lo

indique... ¡concéntrate!

Se volvieron a escuchar pasos de los secuestradores, traían una laptop encendida y, muy molestos, nos indicaron:

—Al mediador no le agradó nada que los lastimáramos, pidió buena voluntad, por parte de nosotros y garantías para regresarlos con vida, a cambio de su gran cooperación.

Soltó una carcajada nerviosa y, en voz alta, les informó a sus acompañantes:

—Tenemos que ser rápidos; después de que yo mandara el video, en cuestión de segundos, sonó mi celular particular hackeado, era el mediador, fue una advertencia por parte de él. —Y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Realmente, ¿quiénes son ustedes? Nunca había enfrentado una situación parecida, están tan cerca de nosotros y con una disponibilidad de recursos fuera de serie. Además, ya depositaron una cantidad a una de las cuentas bancarias y la suma de dinero solicitado era estratosférica, así que, por precaución, les vamos a mandar un mensaje para que se queden quietos.

Para ese momento, había logrado aflojar un poco las cintas amarradas a mis muñecas con ayuda de mi reloj, sentía como goteaba la sangre. Mientras grababan otra vez a Vivian, le quitaron las cintas y la dejaron libre. Uno de ellos volvió a tocarla, luego, otro hombre le pasó la lengua por la cara, y de un modo grotesco, restregó sus partes bajas, cubiertas por sus pantalones sobre el cuerpo y, con el cañón del arma, le acariciaba el cabello. Ella no se movió, sus pensamientos estaban en otro lado. Al terminar con ella, se fueron contra mí, clavándome una daga en la parte externa del muslo, el dolor subió intensamente, pero pronto se me adormeció la pierna y el dolor se redujo. Luego, escuché que también mi guardaespaldas recibía un ataque similar. Todo se estaba grabando y terminó con un comentario lleno de rabia:

— ¡Idiota mediador, a ver qué haces con esto!

Después de oprimir el botón de envío, el líder destruyó la computadora. Pero justo en ese momento, sonó el celular de otro de ellos quien lo puso en alta voz pues el líder tenía las manos aún ocupadas. Escuché la voz de Tsuki, su tono controlado no me engañó, estaba furioso como yo; comencé a toser y él se percató que yo lo podía escuchar también. Presté atención pues el dialogo entre nosotros comenzaba.

—*Observé el video en tiempo real*, así que calma a tu gente, si no, todos saldremos perdiendo. Ya están los *vehículos* donde los pediste, parte del dinero está depositado, la *suma faltante* ya está casi recolectada para entrar a las demás cuentas. En cuanto a los *rehenes*, si no se pueden mover, se *acortará el tiempo* acordado; mientras más *los daños*, menos recibirás. Sólo espero que las

negociaciones sean óptimas para *las familias* de los secuestrados, *mi gente está casi lista. Resguarda* a tus rehenes. Y solamente lo voy a decir por única vez, ¡no la vuelvan asustar ni tocar, y mucho menos a lastimar! ¿Entendiste?

En seguida, hubo una intromisión en tiempo real a todas sus redes, comenzaron a sonar, al mismo tiempo, todos los celulares de los maleantes, mostrando fotos de los familiares de cada uno de los secuestradores. Era una amenaza de coacción psicológica utilizada por Tsuki, como estrategia para comprobarles que él, poseía el control sobre ellos, la información y además los tenía en la mira como un francotirador.

El secuestrador rompió el celular y sacaron del cuarto arrastrando a Kevin. El líder salió y gritando dio órdenes de que todos, destruyeran sus celulares. Claramente noté que él comenzaba a tener miedo y dudas; sentí temor de que nos matara para poder huir si se sentía acorralado.

Pensé en el mensaje de Tsuki: Al hablar acerca de: “*Observé el video en tiempo real*”, eso era cierto, habían hackeado todos los dispositivos y además significaba que tenían intervenidos, en su totalidad, las redes de comunicación de ellos, “*los vehículos*”, se refería a que ya tenía nuestra ubicación y que él y su equipo estaban en posición; la “*suma faltante*” explicaba que la mayoría de las Casas estaban listas, pero faltaban detalles. En cuanto a “*los rehenes*” afirmaba que estaba consciente que estábamos heridos y tendríamos atención médica inmediata. Respecto “*a acortar el tiempo*”, entraría lo más rápidamente posible si lo consideraba necesario, aunque los demás no estuvieran preparados aún. Con lo “*de los daños*” fue rotundo: no pensaba dejar a ninguno vivo. Y respecto a “*las familias*” era obvio que todas las Casas se estaban moviendo. La palabra “*resguardar*” indicaba que me confiaba el cuidado de Vivian y que todo estaba preparado para rescatarnos. Y referente a “*mi gente está casi lista*”, hablaba de sus equipos de combate ya ubicados en posiciones estratégicas. Con todo esto, asumí que el grupo que nos tenía en su poder era un ejército de la mafia internacional, en riñas por obtener las zonas rivales, mi excliente, Trevel, era verdaderamente un traficante de armas muy peligroso.

Mientras repasaba el contenido del mensaje, en el exterior se escucharon tiroteos y gritos, lo que hizo que el cuidador en turno nos diera la espalda, sin recordar que habían soltado a Vivian para agredirla. Ella no había hecho ningún movimiento hasta ese entonces, pero en un instante, la vi tomar el arma con la que la amenazaron; los idiotas se habían descuidado y se la dejaron muy a la mano. Empuñó el revólver y, sin más, le disparó; el delincuente cayó muerto y lo desarmó. Los sucesos que se desarrollaban afuera nos dieron tiempo valioso.

Con agilidad, me desató y, por fin, pude quitarme la daga de la pierna justo antes de que entrara otro cómplice al que se la clavé en la garganta. Atrancando la puerta con unas sillas, nos fuimos a la parte trasera de la habitación donde había un ducto de aire con su rejilla oxidada; nos deslizamos hacia el interior, el dolor intenso que sentía, por causa de las lesiones, dificultaba que lo recorriera con agilidad, y avanzando varios metros salimos del edificio. Encontramos un garaje con muchas camionetas y nos refugiamos ahí, escondidos entre unas pilas de leños que estaban atrás de un automóvil desarmado. Se escucharon gritos, órdenes en diferentes idiomas y descargas de armas de alto poder, convirtiendo el lugar en un campo de batalla. Estaba oscuro y húmedo. Vivian comenzó a temblar, tenía todo el cuerpo cubierto de sangre, no estaba seguro si de ella, mía o de ambos; estaba a punto de volver a entrar en shock; no podía permitirlo pues yo también me sentía desfallecer. Recostándome junto a ella, le ordené que recordara:

—Escucha mi voz, Tsuki y las demás brigadas ya vinieron por nosotros, nos rescatarán. ¿Te acuerdas cuando te regalé a Peperonni? ¿Qué te repetía una y otra vez esa noche? ¡Contéstame!

—Que nunca dejarías que nada malo me pasara.

—Exacto, ¿qué más sucedió? Descríbemelo.

—No puedo concentrarme, se escuchan disparos.

En voz muy baja le susurré al oído:

—Bueno, olvida que te molestaron, olvida donde nos encontramos, realmente estamos en el castillo esa noche recuerda y siénteme.

Con el golpe de adrenalina olvidé un poco el dolor y, por un momento, acaricié su cabello. Debió pasar algo de tiempo porque por ratos yo perdía la conciencia; ella ardía en fiebre porque se le infectaban con rapidez las heridas que le habían hecho. No supe cuánto tiempo pasó, al asomarme bajo el tiroteo, identifiqué a Tsuki a lo lejos, de lado izquierdo, al mando de su equipo profesional de élite y sus francotiradores, todos ellos altamente capacitados y disciplinados en combate, del lado contrario a la gente de Darío, árabes especializados en rescates y en muchas cosas más; hicieron señales de que irían por nosotros. En ese momento, mi hombro comenzó a sangrar y caí, Vivian lo miró; se dio cuenta de que impactó una bala y lo había traspasado, empecé a perder el conocimiento. Ahora era ella la que ordenaba quedarme alerta, forzándome a hablar para mantenerme despierto. Al percatarse de que estábamos más cerca de la gente de Jeff, que la de los demás, buscó la manera de moverme. Cerca de un auto, vio una camilla de madera para mecánicos y la escuché decir:

—Quédate conmigo y aguanta el dolor; no vayas a gritar.

Decidió subirme al carrito con ruedas, el dolor fue excesivamente penetrante; me

arrastró hasta colocarme en la tabla, luego, jalando y empujando se fue acercando al grupo que nos esperaba. Mientras ellos cuidaban nuestra retaguardia, observé su cuerpo, por el esfuerzo que realizaba le sangraban aún más las heridas en las costillas, además, tenía las manos y las rodillas muy lastimadas. Cuando llegamos al grupo, se transmitió un mensaje por radio:

—Posición completa. Los rehenes están a salvo; cambio y fuera.

Del otro lado, Tsuki respondió:

—Enterado.

Se escuchó al líder de los mafiosos suplicar por su vida y, de nuevo, la voz de Tsuki.

—Soy el mediador y las negociaciones terminaron cerdo.

Sonó un disparo. Tsuki lo había aniquilado.

Prosiguió la transmisión:

—Retirada; aquí no ha pasado nada caballeros; recuerden que no se puede violar ningún acuerdo de armisticio internacional. Cambio y fuera.

Otra voz respondió:

—Misión cumplida. Nosotros nos ocuparemos de la señora Vivian, del Conde Ted, su escolta y los heridos. Cambio y fuera.

Reconocí que los paramédicos y rescatistas eran de la Casa Eisenbergiron y la Casa de Castas.

Vivian palideció al verme y al escuchar como Tsuki finalizó el secuestro. Sin darse cuenta de lo que le sucedía, se pasmó por la fiebre y los sucesos.

En el helicóptero, mientras me atendían, perdí la conciencia.

DESTINO.

Berlín, Alemania.

Tsuki llegó al hospital de Jeff en Alemania, donde ya habían comenzado a diagnosticar a Vivian, Ted y Kevin. Los médicos le informaron la condición de cada uno de los heridos. A comparación de la salud de los demás, la de ella era la más estable siendo de menor gravedad. Sus heridas se habían abierto severamente por el esfuerzo físico que había realizado; requerían varios puntos. Lo que preocupaba a los médicos era detener la grave infección que se propagaba rápidamente, sin embargo, eran optimistas en que cedería con el tratamiento.

Siguieron con el informe sobre Kevin, que sería operado para restaurarle el daño en su cara y pierna. Y el paciente con la situación más crítica y delicada era Ted, quien, para ese momento, ingresaba a cirugía de emergencia pues sus múltiples

heridas, las costillas rotas, el muslo desgarrado e infectado y el hombro perforado por donde atravesó la bala, estaban en muy mal estado. Lo que ponía su vida en mayor peligro era la cantidad significativa de sangre perdida y temían que su corazón entrara en paro cardíaco. Tsuki, notoriamente preocupado, les pidió a Jeff y al equipo de cirujanos que la primera transfusión que se utilizará para Ted fuera la de él, ya que pertenecían al mismo grupo sanguíneo. Y notificó que sería quien tomaría todas las decisiones en nombre de la familia Nerabder, la cual estaba totalmente de acuerdo, por no poder estar presente. Tsuki reaccionaba de esa manera porque Ted y él eran hermanos entrañables, no importando las riñas del pasado.

Estando de acuerdo y preparados, los especialistas procedieron a la intervención quirúrgica; Tsuki esperó con una angustia que lo consumía, miraba su reloj, sintiendo que apenas las manecillas avanzaban produciéndole una incertidumbre agobiante. Después de horas, observa por el pasillo aproximarse al jefe de cirugía, quien le informa que la intervención había sido un éxito y que Ted estaba fuera de peligro. En cuanto saliera de la sala de recuperación, lo subirían a cuarto, que esperara ahí si lo deseaba. En cuanto a Vivian y Kevin, el pronóstico era alentador: que no se preocupara, estaban monitoreándolos y muy bien controlados.

Tsuki, ya al lado de Ted, y mientras esperaba a que éste recobrarla la consciencia, comienza a sentir los estragos del esfuerzo mental y físico al que había estado sometido a causa del rescate y la donación de sangre. Agotado, se quedó dormido. Cuando despertó, se percató de que Ted lo observaba; quitándose la mascarilla de oxígeno y con voz apenas audible, le confesó:

—Nunca dudé de que lo lograrías... en esos momentos, lo que me angustiaba era el estado en que nos encontrarías al extraernos de ese maldito lugar... mi mayor preocupación y deseo era que Vivian saliera con consecuencias menores... y que, si yo moría, no habría tenido la oportunidad de agradecerte.

En tono de broma, prosiguió:

—Pero Jeff me informó que ahora, por mis venas, también corre tu sangre... y me enfada deberte tanto.

Tsuki sonríe aliviado de verlo fuera de peligro y de buen humor. Le sigue la corriente.

—Piénsalo bien, ahora eres como mi hermano. Mientras que tu sistema filtra la mía, regresando tu sangre de Príncipe Azul o Conde, me da igual tu título, a su normalidad, créeme que tu cuerpo protestará por la falta de mis plaquetas, menos aburridas que las tuyas.

Ted, con nostalgia, decide hablar nuevamente con sinceridad.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos? Fue en esa fiesta donde éramos tan pequeños y por el aburrimiento... decidimos escapar hacia el jardín, encontrándonos con ese enorme árbol...

—Tsuki continúa con el recuerdo.

— ... Que se erguía delante de nosotros desafiándonos a trepar por él, estábamos conscientes de que sería toda una hazaña si lo lográbamos. Y por orgullo, decidimos subir llegando tan alto que, para la edad que contábamos en ese tiempo, fue muy peligroso para nosotros.

Ted sonrió y prosiguió:

—Ambos nos apoyamos tan bien que lo logramos... aún recuerdo los regaños cuando pudieron bajarnos, nos preguntaron de quién había sido la idea de realizar semejante locura, ambos callamos asumiendo el mismo castigo. Ahí descubrimos que éramos iguales... comenzando nuestra entrañable amistad.

Ted, por los medicamentos, se quedó dormido. Tsuki permaneció, en el hospital, al tanto de la evolución de los estados de salud de ellos; decidió que cuando estuvieran estables, él desaparecería pues no quería lastimar con su presencia a Vivian.

Ya más recuperada de sus heridas, Vivian salió de su habitación topándose con Tsuki. Sintió cómo las heridas sangraban, pero éstas no eran físicas. Le dio las gracias; él con voz cortante fingió indiferencia, partiéndosele el corazón escondió sus sentimientos reales y respondió:

—Ted, ya está fuera de peligro y tú también, pero no me agradezcas nada. Hubo un tiempo en que él fue mi hermano y sé que, si hubiera sido al revés, sin dudarlo, habría hecho lo mismo por mí. En cuanto a ti, jamás te dejaría con esos cerdos; siempre te defenderé a hasta la muerte. Pero no te lo tomes tan personal, ¿ok?

Ella solo atinó a contestarle antes de que él se fuera:

—Parece que a nosotros tres, el destino nos hace colisionar invariablemente.

Vivian, miró hacia otro lado, porque eso dolía demasiado, mientras él se alejaba con sus nudillos cerrados; ella se desploma cayendo de rodillas al suelo, pensando, que el mundo la aplastaba y no tenía ni siquiera idea del porqué.

Estaba segura de que Tsuki ya no sentía nada por ella. Sufrió una punzada en el alma, efectivamente, estaba como nunca en su vida; esta vez la despojaron de todo, su mente se preguntaba: ¿por qué la abandonó por Noomi? Y no encontraba ninguna explicación.

Decidió hacer guardia en la habitación de Ted, extrañada que no estuviera su familia ni su esposa Jaquely, decidió llamarle. Ella se disculpó diciéndole que ya

habían ido a verlo sus padres, pero que tenían que cubrir la desaparición de Ted a como diera lugar; ella estaba representando a ambas familias en todos los eventos a los que debían asistir, los demás integrantes familiares y colaboradores se encargaban de los otros asuntos, y no podían ir al hospital. Vivian, sorprendida, le comentó que era más importante la salud de Ted, la esposa respondió que con terapia y tiempo se recuperaría, regresando pronto, y que tenían que guardar las apariencias si no, se generaría un caos social y financiero. Vivian reflexionó que para esas personas la imagen y los negocios eran lo más importante y sintió pena por ellos.

Cuando Ted despertó, la miró con alivio y le dijo abatido:

—Qué lástima que nuestro amor no se llevara bien con los del mundo exterior, y hoy no nos queda más que tratar de no sentir nada.

Ella le expresó, devastada:

—Sin pensarlo ni darme cuenta, el tiempo me robó todo. Hoy no hay nada que decir, ni fingir sentimientos que no pudieron rebasar las exigencias del mundo lleno de reglas absurdas.

Con suma franqueza, él confirma:

—Yo no tengo que fingir, estoy enamorado de ti. Eres todo lo que yo nunca soñé encontrar... y lo perdí. Lo más triste es que te enamoraste de mi acérrimo enemigo... mi entrañable hermano de vida; es demasiado tarde para todos.

Vivian le confesó con una sinceridad aplastante:

—Lo importante para mí es que los dos estén vivos. ¿Te acuerdas cuando los secuestradores empezaron a hacernos daño físico? Me pediste que utilizara el don de mis ausencias, dentro de mis pensamientos, y me transportara a los momentos más felices.

Y, sentándose al borde de la cama de Ted, prosiguió:

—Lo hice al inverso: recordé a Patrick en mi recámara besando a esa mujer, a ti en primera plana casándote con tu sociedad y a Tsuki diciéndome que olvidara que algún día lo amé. Como no había nada más que me pudiera lastimar, que esa realidad, pues fue precisamente ésta, la que me mantuvo alerta todo ese tiempo. Y comprendí que aún hay algo más doloroso que sí puede matarme, y eso es... el que ustedes dejaran de existir.

Ted cierra los ojos, pues sabe que las palabras de Vivian están llenas de verdad, e intenta hablar:

—Discúlpame, déjame decirte.

Lo interrumpe con delicadeza, acercando su rostro al de él, lo mira con tal

intensidad, calándole el alma, mientras hablaba:

—Todas las palabras que podamos decirnos están desgastadas, ya sé que es tarde y no hay vuelta atrás. Yo perdí una y otra vez por caprichos del destino. Me retiro de sus vidas, pero al final, de una u otra manera, los amó demasiado, por lo tanto, tengo que encontrar una razón para seguir sin ustedes y guardar lo mucho que les di y lo que me dieron.

Besándolo saborea, en la comisura de sus labios, las lágrimas de ambos que se confunden unas con otras y, ella sin darse cuenta de cómo le dolía a él, se retira en silencio.

CAPITULO XIV

LOS SENTIMIENTOS OCULTOS.

DESTINO.

Dubái, Emiratos Árabes Unidos.

Vivian se refugió por un tiempo con Darío, que era la persona con quien sentía una inexplicable paz y seguridad, sometiéndose a terapia para aliviar su alma y su cuerpo. Él la contempla con gran amor, pero entendía que, por sus costumbres y religión, era imposible que le declarara sus sentimientos, ella sabía que existían, pero no eran recíprocos; lo quería como a un amigo entrañable.

En una ocasión, él se atrevió a confesarle que la amaba, consciente de que era imposible por una infinidad de circunstancias y con resignación le confiesa:

—La ilusión que me envuelve cada vez que estas junto a mí, grita hasta ensordecer, que es absurdo tratar de detener mi amor. Estar enamorado de la forma en que te amo es complicado, imaginarte cómo te pienso es agonizante, mirarte cómo te miro es sumamente peligroso y tocarte con el anhelo que yo deseo, sería mi muerte, Tsuki me mataría sin compasión.

Guardó su agonía para poder describir sus pensamientos.

—En mi cultura, se ama a la esposa que te eligen, pero fallé, yo solo amo a una mujer y en ningún tiempo será mi esposa. Yo te amo con tanta intensidad que, si no quieres que te amé con todos mis sentidos, me exterminas... a eso se le llama amar sin límites.

Después de un suspiro, tuvo el valor de terminar:

—Muñequita, tengo que decirte de frente que dueles y que acepto el hecho de que no sientes lo mismo por mí, que tu ser le pertenece a otro mundo... a otra persona. Pero tengo que ser franco, nunca podré decir una vez más que me enamoré de ti, si lo llegara a pronunciar una vez más no me detendría nada, así que todas las veces que te diga *cuídate* te estoy diciendo que *te amo*, recuérdalo, no lo olvides, como no te olvido. Yo sé que no puedes dar nada, que todo ya se lo entregaste a él... dejémoslo así.

Ella contestó con suma tristeza:

—Yo también te amo y lo sabes bien... pero de forma distinta. No es menos importante este sentimiento comparándolo con los demás, es tan primordial para mí tenerte a mi lado que no podría dar ni un paso sin ti. Hemos estado juntos en esta travesía durante años, compartiendo alegrías y fracasos, que no concibo una

vida sin que estemos juntos; perdona por tanto egoísmo.

—A ti te suplico que, entre nosotros, no se pronuncie la palabra amor. Nunca lograré dejarte ir.

Abrazándola, Darío repitió:

—Cuídate, cuídate por siempre muñequita. Siempre te protegeré a cualquier costo, de quién sea o de lo que sea.

Vivian llorando le contestó:

—También cuídate mucho, abrázame y no me sueltes.

No se volvió a tocar el tema. Todo estaba dicho entre ellos, pero Darío se cortó las alas, callando amarró su corazón y no se atrevió nunca más a pronunciar cuánto la quería... así le entregó parte de su vida.

DESTINO.

Berlín, Alemania.

Vivian, instalada con Jeff en Berlín, seguía experimentando tal adversidad que no encontraba un incentivo para luchar por más que lo intentaba, poco la ayudaban los cuidados por parte de la gente que la amaba; nada de eso le era suficiente. Pero pensó que no todo lo que vivió con sus *ex* era malo. Patrick le enseñó a defenderse con entereza y determinación, Ted afrontar sus miedos y que todos tenían pérdidas dolorosas y seguían adelante; Tsuki a conocer el verdadero amor, a no perder la alegría y a tener derecho de decidir, con honestidad, lo mejor para ella. Así llegó a una determinación drástica para cambiar su vida.

Al exponérsela a sus amigos Jeff y Darío, incrédulos por su fragilidad emocional, se negaron rotundamente; resuelta les refirió que con su ayuda o sin ella, lo haría de todas formas. Renuentes, decidieron apoyarla en lo que les parecía una verdadera locura; Vivian, les manifestó:

—¡Si ellos me destrozaron, por ellos encontraré la forma de sanar!... ¡y no lo sabrán jamás!

Como *destino* tenía varias objeciones sobre eso, el *jamás*, no existía para Vivian, Tsuki o Ted; ellos tres estaban predestinados a estar unidos de formas inverosímiles.

CAPITULO XV

CONOCIENDO AMORES.

DESTINO.

Paris, Francia.

Después de algunos años de vivir en Alemania con Jeff, Vivian no tuvo más opciones que salir al mundo y enfrentar a sus exparejas. Después de estar aislada por mucho tiempo, entendía que no podría ocultarse más, así que decidió vivir en Los Ángeles, Estados Unidos.

En el transcurso de ese tiempo, solamente en esa ocasión por descuido, mientras Vivian visitaba a Coco en Francia, Ted la encontró sentada en un escritorio y la saludó, pero ella no se levantó, a distancia, lo cortó cortésmente. Pero él regresó al olvidar algo y al verla parada junto al ventanal, casi se desmorona. Con esfuerzo atinó a decirle:

—Te ves radiante, Vivian. Felicidades a ti y a Jeff, supongo que él es padre.

¿Cuántos meses tienes de embarazo?

Con sumo nerviosismo, Vivian, le contestó:

—Muchas gracias, ya casi ocho meses... ahora, si me disculpas tengo que retirarme.

Sin poderlo evitar, Ted acaricia suavemente el vientre de ella y, con una tristeza enloquecedora, terminó expresándose:

—Es un milagro que yo jamás tendré.

A ella se le llenaron de lágrimas los ojos, confirmándole:

—Eso nunca se sabe, los milagros pasan.

Con nostalgia, Ted le afirmó:

—Te aseguro, si no fue contigo, con ninguna. Y no tiene nada que ver con mi divorcio.

Alejándose rápidamente de ella, se marchó.

De esa manera, quedó el incidente de ese día.

Los Ángeles, E.U.

Ya instalada en Los Ángeles, California, Vivian retomó sus actividades empresariales y su vida cotidiana. Así pasó una temporada, hasta que un día por la playa. Tsuki paseaba mientras hacía tiempo para una junta. No muy lejos de

donde se encontraba, la vio rodeada de dos niños y dos niñas que, felizmente, le gritaban mamá.

Curioso, no pudo evitar acercarse, los ojos de la niña mayor se clavaron en los suyos; la mirada de la nena azul turquesa lo hechizó y su corazón se detuvo.

Fue demasiado tarde para que Vivian reaccionara, todo se salió de control; la niña llamó a su hermano menor refiriéndose a él como *Cloud*, y Tsuki se vio como reflejado en un espejo. El hermano mayor gritando de felicidad le dio un abrazo, mientras a su hermanita le decía:

—¡Es Papá Tsuki, por fin te conocemos! Mami nos habla mucho de ustedes, nuestros padres.

Se encontró rodeado por los bracitos del niño mayor, desconcertado, descubrió en la carita de éste a su examigo Ted. Sin más, tomo en brazos a la linda nena menor y observó, con asombro, las pestañas enmarcando unos bellos ojos azul, translúcidos como el cielo; no tenía ninguna duda: los niños eran hijos de él y de Ted. Su mente preguntaba: ¿Cómo era posible? Abatido por la impresión, cayó de rodillas, les preguntó sus nombres y obtuvo con vocecitas infantiles la respuesta:

—Yo me llamo *Adrien*— dijo el mayor de los dos niños.

—Mi nombre es *Mitsuki*— respondió la mayor de las niñas.

Los más pequeños se refirieron a ellos mismos con los nombres.

—Yo soy *Cloud* y mi hermanita... dile cómo te llamas.

—Me llamo *Kayla* y estos son mis perros Peperonni y Salami, algún día fueron de ustedes, ¿verdad?

Tsuki comenzó a llorar desencadenando todas sus emociones, sin poder detenerse, besándolos y acariciándolos con ternura desbordada.

Vivian reaccionó separándolos y pidiendo a sus guardaespaldas y niñeras que se los llevaran a la casa. Renuente, Tsuki se despidió de ellos, no sin antes decirles que los volvería a ver. Cuando se retiraron, la enfrentó con tal desconcierto que se sentía desfallecer.

—¿Qué has hecho, Vivian? ¿Te das cuenta de que esos niños son mis hijos?

Vivian corrigió:

—Son nuestros hijos, lo sé y rotundamente no hay nada de lo que tenga que arrepentirme.

Desesperado, le tomó la muñeca y pidió una explicación.

—¿Cómo los tuviste sin decir nada? Si es tu forma de vengarte, acertaste; me quitaste la oportunidad de verlos nacer.

Furiosa, se liberó de la mano de él, y contestó:

—Yo no te quité nada y, por supuesto, no tiene nada que ver con venganzas. Tú

me destrozaste, dejándome como una persona invisible y la única respuesta que encontré para aliviar mi vida era tener una familia; y como yo ya no podré amar a ningún otro hombre como te amé a ti, decidí hacerme Inseminación Artificial con nuestros hijos e Inyección Intracitoplasmática, con los de Ted, por ser casos particulares se utilizaron métodos diferentes; ayudada por Jeff como el mejor especialista. Por ser ustedes las dos personas que más amé en el mundo, los elegí.

Ella nota la cara de desesperación de él.

—Fue un azar saber qué bebé nacería de mi vientre y cuál de una sustituta. Los primeros en nacer fueron Adrien, descendiente de Ted, y mi hija Mitsuki, tu descendiente. Como no quería que fueran hijos únicos por parte de ustedes, inmediatamente, tomé la decisión de tener dos más, uno de cada uno; de esta forma, se repitió los procedimientos anteriores. Al cabo de los nueve meses, tuve a mi bebé Cloud, obviamente tuyo, y mi hija menor Kayla, que es nena de Nerabder.

Él estaba impactado, tratando de dominar su angustia, ante la explicación que escuchaba por parte de ella.

—Y te aclaro que, por el contrato prenupcial o por donación, tenía derecho a sus genes y nosotros estamos divorciados, por lo tanto, no tengo temor a haber roto ninguna cláusula de los contratos.

Como él no hacía ningún movimiento, suspirando, terminó diciéndole:

Así nacieron mis hijos... y al no contar con que serían igualitos a ustedes, como clones, tuve que retenerlos por un tiempo para evitar problemas con sus Casas. Pero ya era hora de que los padres de los niños se enteraran; mi intención era que los conocieran, sólo esperaba un poco de tiempo.

Con el ceño fruncido y sin pensar mucho la cuestionó:

—¿Cuánto tiempo Vivian?, ¿Cómo tomaste una decisión de esa magnitud sin decirme? Además, te debo informar que el día de la firma de nuestro divorcio, tú fuiste quien no firmó y aventó los papeles, ¿lo recuerdas? Nunca se consumó. Estamos casados, así que los cuatro son mis hijos legalmente y no es justo tampoco para Ted; tiene que enterarse de lo que está sucediendo aquí.

Tsuki haciendo frente a la situación, trata de explicarle:

—Y tú debes conocer la razón por la que te abandoné; es imperativo aclarar este enredo. Justificado o no, créeme, no tuve ninguna otra opción... perdóname.

Visiblemente confundida, pero decidida le manifiesta:

—No se trata de generar una guerra, ellos son un milagro de la vida y por supuesto que se los haría saber a ustedes, pero no intentes quitármelos porque no te lo permitiré. Sobre mi cadáver, Tsuki; ellos son, lo que más amo y los defenderé a costa de lo que sea.

Con dulzura, contestó:

—Te entiendo, pero tú tampoco quieras quitármelos. Llegaremos a un trato razonable, por lo pronto, iré a tu casa con ustedes; ya que estamos casados, no perderé un segundo más fuera de sus vidas.

Ella sólo tomó su celular y habló con sus abogados para confirmar los datos que Tsuki le daba sobre su situación civil. Finalmente, le extendió la dirección de su residencia y subió al auto que la esperaba para irse con sus pequeños.

Él, temblando de emoción, les habló a sus abuelos y padres que no pararon de manifestar su alegría al conocer la existencia de los niños.

Los Ángeles, E.U.

Ted se encontraba en su oficina de *Beverly Hills*, cuando vio cómo Tsuki entraba con esa fuerte presencia, muy característica de él, que abrumaba a todo el personal. Éste, sin pedir permiso, dio órdenes de que desalojaran el lugar y los dejaran en privado.

Cuando por fin quedo despejado el piso, terminaron sólo ellos y sus respectivos guardaespaldas. Tsuki comenzó a plantearle lo sucedido a Ted, pero con suma atención se concentró en cada movimiento de su examigo:

—Ted, encontré a Vivian.

—Bien por ti, ¿Qué quieres que te diga?

—Con sus hijos.

—Sólo sabía que tenía un hijo. La vi en París embarazada, hace mucho tiempo; el padre es Jeff.

—No son de Jeff. Tiene cuatro hijos, dos niñas y dos niños.

Ted lo interrumpió para burlarse de él:

—¿Cuatro? ¡Wow! No me dirás que son tuyos, ¿verdad Tsuki? Eso es imposible.

—No es imposible, pero los cuatro no son míos; sólo dos: una niña llamada Mitsuki y un niño llamado Cloud. La otra pareja... es tuya.

Tsuki hizo una pequeña pausa, para dejarlo asimilar la información y, con mucho tacto, continuó:

—Tiene dos hijos contigo; se llaman Adrien y Kayla.

Enojado y sorprendido, aventó su pluma al escritorio y, fuera de control, tomó por el cuello a Tsuki, golpeándolo contra la pared, mientras le preguntaba amenazante:

—Es una broma de mal gusto, ¿verdad? Que yo sepa, no tengo hijos... ¡no hay forma! ¡No me vengas con tonterías!

Con un movimiento rápido, Tsuki se zafó de Ted y lo confrontó:

—¡Ese es el punto idiota! Utilizó nuestras donaciones para quedar embarazada. De todos los desgraciados que conoce, eligió a los más canallas para ser madre, nos eligió a nosotros como los padres de sus hijos.

Cuando finalizó, notó cómo la cara de Ted se transformaba en duda e ilusión; los guardaespaldas se pusieron muy contentos. Tsuki los ignoró, fijando toda su atención en Ted, sabía que reaccionaría con enfado en cualquier instante.

—Ted, tienes dos hijos con Vivian. Legalmente son de ella y míos, pero por supuesto, haremos que lleven tus apellidos; es cuestión de que las familias se pongan de acuerdo. Aquí están los papeles de mi matrimonio en regla y, por lo que hablé con Darío y Jeff, ésta es la información correcta de los niños, todo es oficial. Lo que ignoraban ellos era la vigencia del matrimonio.

Arrebatándole los papeles, los lee con cuidado y su reacción fue de inmediato:

—La pretendes reconquistar, ¿verdad? Debes saber que mis sentimientos por ella no han cambiado.

Tsuki, para calmarse, con los dedos se aprieta el puente de la nariz y, cerrando los ojos, le advierte:

—Me importa muy poco tus sentimientos por ella. Sólo tendrás tregua conmigo en lo que respecta a los niños; lo que yo pretenda con mi esposa, es asunto mío.

Ted, con una expresión muy seria, le pregunta:

—¿La amas?

Tsuki, sin pensarlo ni por un segundo, responde:

—*Amarla...* ni siquiera está cerca de ser suficiente.

Para su sorpresa, Ted lo abrazó, diciéndole:

—Vivian es lo más maravilloso que se ha cruzado en nuestras vidas... ahora somos padres de cuatro retoños. Por supuesto que no apruebo la forma ni el silencio de cómo llevó esto, pero no importa, el saber que soy padre, que pronto los conoceré y que conviviré con ellos, es para mí suficiente.

Después, da unos pasos hacia tras y reflexionando, le refirió a Tsuki:

—Ella no te perdonará, la lastimaste con todo aquello que los demás le hicimos. Eres el conjunto de todos los aciertos y todos los errores en una sola persona.

Ahora era Ted quien vigilaba los movimientos de él.

—Cuando te pida tu opinión, me la das, mientras no sea así, mantén la boca cerrada si no quieres que yo te la cierre.

Ted con una sonrisa de burla, le dijo:

—No dirás que no te lo advertí; tómallo como un consejo de su exnovio, ex prometido o ex amor, o tal vez quitemos los *ex*, ¡cómo quieras verlo! Pero yo también lo intentaré.

—Tú siempre serás su *ex*, así que si lo intentas, invariablemente, chocaras una y otra vez contra la pared.

Acto seguido, Tsuki le extiende la mano proponiéndole:

—Una tregua por ella y los niños; si no, se va a alegar que somos mala influencia para ellos.

Ted estrecha la mano de su contrincante y termina diciendo:

—Hecho, luego dicen que nosotros somos los peligrosos. Me pondré a trabajar para ver cómo arreglar el desbarajuste que hizo Vivían.

CAPITULO XVI

EL CORAZÓN DE TSUKI.

TSUKI GESSHOKU.
Los Ángeles, E.U.

Cuando entré a la casa, escuché risas en la cocina y me dirigí hacia allá; ahí, encontré el cuadro con el que siempre había soñado. Miré a mis hijos decorando panqués; al verme, corrieron hacia mí, invitándome a cenar. Adrien, me dijo:

—No son como los pastelitos *Sorpresa* que inventaste con los chefs, porque estamos aún muy chiquitos para hornear, pero la pasta es igualita.

Mitsuki me ofreció una rebanada.

Kayla se sentó en mis piernas y, acaramelada, plantó un beso en mi mejilla, mientras hacía una petición:

—Papá Tsuki, queremos que nos toques la melodía *Es tan hermosa como tú*, que le compusiste a mami; nosotros ya la sabemos tocar en el piano.

Sin poderlo evitar, me escurrieron las lágrimas. Adrien las limpió y me llevó a una sala con las paredes, como la *Habitación de la Autenticidad* de la casa de mis abuelos, llenas de fotos de las familias Lautrec, Gesshoku y Nerabder, pero sobre todo de Ted y mías en diversas épocas, inclusive actual. Nuestras imágenes estaban intercaladas con cuadros de los niños y de Vivian. Las nenas se dirigieron al piano y, con sus deditos, comienzan a acariciar las teclas, permitiéndome escuchar la interpretación de la composición que, con tanto amor, escribí años atrás y plasmé una parte de mis sensaciones por ella.

Fijando la mirada en Vivian, le confesé:

—Me rindo... nunca te he dejado de amar, pero esto supera todos los sentimientos que se pueden sentir. Yo no te olvidé; sé que te dañé y quizá no merezca tu perdón, pero permíteme intentarlo.

Ella no contestó, me pidió que acostara a los niños. Les dio un beso en el arco de cada naricita y se retiró.

Cuando se durmieron, después de contemplarlos por largo tiempo y temiendo que se desvanecieran en un sueño, decidí separarme del cuarto de dormir de los niños. Tenía que enfrentar a la mujer que, hasta ese momento, se contenía para embestirme; la conocía perfectamente y sabía que no me la dejaría nada fácil. Recorrí la casa hasta encontrarla en el estacionamiento, de frente al automóvil

Porsche clásico que yo llevaba; sostenía un bate en las manos. Rýu burlándose comentó:

—Debimos haber traído a Rubí. Ahí te dejo, jefe; si necesitas que te lleve al hospital, mándame un *WhatsApp*, buenas noches.

Con un ademán, traté de decirle que se calmara, pero me tomó por sorpresa; ella golpeó el cofre de mi automóvil abollándolo, apreté el arco de mi nariz y la escuché:

—No te acerques, te lo advierto, sé por qué me dejaste; Noomi me llamó cuando estaba embarazada de Cloud.

Con un movimiento más violento, golpeó otra ventana estrellándose el cristal y continuó:

—Me pidió que te perdonara, que estabas con ella por una promesa que le hiciste desde la universidad y que le quedaba poco tiempo de vida... que egoístamente, quería que su último aliento fuera junto a la persona más valiosa de su existencia. Y esa persona eras tú.

Subiéndose a la carrocería, asestó otro golpe en el parabrisas. Descargando todas sus frustraciones, entre frase y frase, continuó haciendo añicos el vehículo.

—¡Si me hubieras dicho la verdad... si no hubieras mentido... si no hubieras sido infiel... si no te hubiera importado más el honor que lo nuestro... si no me hubieras tratado como una basura... si no me hubieras abandonado y manipulado... ¡Igual no te perdono, pedazo de escoria!

Terminó con el cabello todo enredado, se acercó y dándome el *arma* con la que acababa de destruir un automóvil clásico de colección, se metió a la casa, invitándome un café.

Sabía que tenía que manejarla con mucha cautela, era casi una homicida en potencia desde que la conocí, además de ser ella mi única debilidad y yo, el causante de su euforia esa noche. Escondí el bate antes de entrar detrás de ella.

Muy sigilosamente, tomé asiento a varios metros de distancia de Vivian. ¿Cobardía? No, ¡instinto de supervivencia! Ella sonrió y como si nada hubiera pasado en el estacionamiento, se dirigió a mí:

—A ver, Tsuki, sé que no puedo hacer nada por mi estupidez de no firmar los papeles de divorcio y la incompetencia del bufete de abogados, así que tendremos que vivir juntos, pero ni se te ocurra que somos una pareja en vías de reconciliación. Tus cosas ya se acomodaron en la habitación contigua de la mía y en mi alcoba, creo que hay pertenencias tuyas, puedes recogerlas después, mientras veremos que sucede, ¿ok?

Ni loco iba a refutar lo que me planteaba; tomé un sorbo del café y, aunque me quemó, no hice ningún comentario, sólo escuché:

—¿No está muy caliente el café?

Y, posteriormente, se puso a leer su libro; contemplé a mi esposa, sin hacer ningún movimiento. Estaba contento por el progreso que habíamos tenido esa noche. Sabía que, definitivamente, estábamos en vías de la reconciliación.

DESTINO.

Paris, Francia.

Nuevamente instalados en París, pero ahora con la familia completa, Vivian le lleva a los niños por primera vez a Ted. Visiblemente emocionado, espera en el portal de su casa, junto con Kevin, el arribo. Ve a lo lejos la camioneta de ella acercarse; su perro Jamón corre al encuentro cuando ve saltar del automóvil a su compañera Peperonni y a Salami, el perro de Tsuki, jugando junto al vehículo. Ella desciende uno a uno a los infantes, con amplias sonrisas, los cuatro corren a los brazos de él. Impresionado por el parecido que tienen los niños con ellos, en cuclillas, observa sus caritas de cerca. De un impacto, entiende el amor y esfuerzo que tuvo que hacer Tsuki para poner una pausa a sus reciprocas rivalidades. Sin encontrar palabras para expresar todos los sentimientos que, de golpe, vibraron dentro de su ser, los mira como si ellos, sintetizaran la belleza del universo.

Vivian le deja instrucciones; después de saludar calurosamente a Kevin, le entrega las maletas con las pertenencias de los niños. Ella dándoles un beso en el arco de las naricitas de sus hijos, se retira al trabajo.

Ted saca de su bolsillo cuatro pulseras de oro con los nombres de cada uno de los niños y, poniéndoselas en las muñecas, acaricia el cabello de los varones y juega con el de las nenas, enredándolo entre sus dedos.

Decide comenzar a recuperar el tiempo perdido.

Después de jugar en el jardín y bañarlos entre él y Kevin, los niños por fin llegan a la cena, a salvo y completos pues a la hora del baño, Adrien tragó agua y tosió sacándola hasta por la nariz, Cloud se hizo un moretón en la frente, al caer por la escalera al correr detrás del perro, Kayla obtuvo un chichón en la cabeza, por jalar el mantel para alcanzar una caja musical y Mitsuki se raspó las rodillas por agarrar el balón de básquetbol.

Ya en la cocina, sin ningún motivo aparente, comenzó una guerra de migas de pan, por todo el lugar se oían rechinar las sillas usadas como escudos; los licuados de leche funcionaban como armas estratégicas; los platos de plástico volaban como naves espaciales detenidos por los ventanales de la casa. De

repente, se escucha un quejido de Kevin:

—Me entró un pedazo de pan con baba al ojo, ¡qué asco!

Sintió cómo le escurría leche con chocolate por el cabello; enojado los recrimina, aclarando:

—Así yo no juego, niños.

Adrien pregunta a Ted:

—¿Siempre es igual de llorón?

—Sí, Adrien; es un grandulón debilucho.

Kevin salió quejándose. La Señora Morris, encargada de la alimentación personal de Ted, los corrió enérgicamente del recinto sagrado de su profesión.

La guerra en la cocina terminó con risas y la necesidad de volver a bañar a los niños. Ya limpios, Ted les pone sus pijamas y todos se tiran en los sillones del cuarto de entretenimiento; Adrien pidió una película de terror, pero Kayla, dijo:

—No, Papá Ted; *Scar* y *Úrsula* me dan miedo.

Ted sólo comentó:

— ¡Ay, tu madre y sus cuentos infantiles!

Cloud se entusiasma y le describe sus pensamientos:

—Necesitamos ir pronto a nuestro castillo en Inglaterra, hay que contar cuentos a nuestros duendes de la biblioteca para que nos dejen soñar con la magia de sus libros, también sabemos que cuidan la naturaleza con tanto cariño.

Mitsuki comenzó a bailar dando vueltas, su camión lucía bombacho por el movimiento y sus piecitos descalzos danzaban con un compás perfecto, mientras sugería:

—Además, debemos ir y bailar con nuestros fantasmas el día del cumpleaños del castillo y bailar y bailar con ellos hasta que salga el sol. Kayla, remató con:

—No podemos olvidar cuidar el jardín de rosas porque, cuando sales de noche, las luces prenden mágicamente para que te caiga el agua de la lluvia en la cara y por eso, las flores son más hermosas y embellecen el palacio. Mami nos ha contado de la magia de nuestro hogar en Inglaterra.

La melancolía de aquellos recuerdos le cayó a Ted con tal fuerza que lo turbó, arrepintiéndose de no haber defendido ese pasado, dijo:

—Les prometo, hijos, que iremos pronto y que no cometeré ningún error del pasado con ustedes.

Pensó que Vivian no había dejado ningún eslabón sin entrelazar; Kevin volvió a salir de la habitación alegando que le había caído una basura en los ojos.

Ted recostó a los niños para dormirlos; y posteriormente se sentó en un sillón, a través de la ventana miraba el cielo cuando sintió, por la espalda, un bracito que le rodeaba el cuello de la misma forma que él abrazaba a su Vivian. Una carita con ojos azul turquesa lo interrogó: —¿Qué miras, Papá?

Sólo se concentró en narrarle a Mitsuki:

—El sol son ustedes y el cielo soy yo.

Con voz dulce, la niña preguntó:

—¿Y mi mami es la luna?

—No, mi amor, ella es la estrella fugaz; aquella a la que le pides un deseo cuando la ves pasar, dejándola seguir su camino por el cielo, pero tu mami me concedió cuatro deseos que son ustedes.

Se quedó dormida en los brazos de él, chupándose el dedo pulgar, mientras él entrelazaba sus dedos con los caireles de su hija mayor, sintiendo que los cuatro eran sus hijos.

VIVIAN LAUTREC.

Paris, Francia.

Dejé a mis hijos con Ted. Estaba en mi oficina cuando recibí una llamada de Tsuki, pidiéndome un favor: que fuera a su caja de seguridad privada del Banco a recoger unos documentos indispensables para una negociación que estaba realizando y se los llevara personalmente, pues no le tenía confianza a ninguna otra persona más que a mí. No sin antes pedir que llevara la llave que me había dado cuando firmamos al casarnos.

Al llegar a la Institución, fui notificada de que él había hecho varias modificaciones, años atrás, como nombrar a ambos en la Titularidad Conjunta y Sociedad de las acciones de sus empresas: Había creado cuentas mancomunadas de todas las ganancias, por sus transacciones financieras en la Bolsa de Valores, cuentas corrientes de la banca internacional y acceso a las cajas de seguridad. Me otorgó el título de Copropietaria de todos sus bienes y propiedades sin que yo tuviera ninguna restricción a su fortuna personal, lo cual me sorprendió muchísimo pues nunca lo mencionó y estábamos hablando de todo su imperio, patrimonio multimillonario.

Rompiendo mis pensamientos atónitos, el director del banco me indicó que lo siguiera hasta donde se encontraba mi caja personal; una vez que la abrimos, se retiró a una distancia prudente. En el interior encontré un juego de llaves grabadas con diferentes dígitos y notas indicando a qué Banco pertenecía cada una, las tomé. Le pedí que abriéramos la caja que había indicado Tsuki, en donde estarían los contratos que necesitaba. Tomé el cofre y fui a la sala privada; adentro de éste había varios sobres cerrados, membretados con nombres de diferentes contratos y proyectos importantísimos.

Entre ellos encontré enmicados, en un folder transparente, varios de los recados que yo le había escrito en el pasado, pero hubo un paquete que llamó mi atención y que llevaba mi nombre. Curiosa decidí abrirlo, aunque me sentía culpable por invadir su privacidad, sin embargo, no pude contenerme. Sacando el contenido del bellissimo paquete, con asombro encontré mi ropa interior, la tanga, cuidadosamente envuelta en una pequeña bolsa de tela junto con los adornos que recogió del suelo aquella accidentada noche. También estaba una libreta con varias anotaciones, de su puño y letra. En ella describía, con fecha y ubicación, sus pensamientos. Con una breve leída, conocí mucho de su sentir en varios momentos de su vida: narraba la impotencia que sintió cuando Patrick era mi pareja y cómo, poco a poco, se dio cuenta que se había enamorado de mí sin remedio; los celos que lo perturbaban y desgarraban cuando fui novia de Ted; la desconfianza que le generaba la amistad de Darío; la desesperación de romper conmigo costándole la vida; la angustia enloquecedora que sintió al enterarse y durante el secuestro; la incertidumbre y agonía de saberme aislada y viviendo con Jeff en Alemania, sin poderse acercar a mí por sentir que no tenía derecho ni siquiera de verme.

Noté varios párrafos subrayados, pero los que leí decían así:

“...recuerdo todos los accidentes que nos unían, creados por una alegría natural,”

“Sé que nunca habrá nadie que te amé sin límites como lo hago yo, ni me amen como lo haces tú.”

“...esos bailes... que me estremecen, haciéndome sentir que nos fusionaban al universo.”

“Te añoro y hoy, con el dolor que siento por haberme despedido, quisiera que mi voz llegara a ti abrazándote mientras te suplica: ¡ya no estés triste, amor!”

“...por favor, sólo olvídame porque duele recordar”.

“También sé que alguien te encontrará, adorándote con fervor y espero que te haga sentir segura, porque tú eres

hermosa; en mi caso no existe la persona que llene tu vacío.”

“Estoy consciente de que hay tanto que no hice bien entre nosotros, ahora entiendo cuánto.”

“Los tatuajes que se impregnaron no sólo a flor de piel, sino en lo más interno de nuestras almas.”

“Fui todo contigo... ahora entiendo claramente que ya no tengo absolutamente nada, soy un desastre natural.”

Al terminar, me brotaban lágrimas, haciendo borrosa la escritura y mojando algunas líneas del manuscrito que sostenía entre mis manos. Decidí que era necesario escribir mis vivencias y anexarlas a su libreta, para que él, de una manera fortuita, se topara con ellas; para que también leyera mis experiencias y entendiera la profundidad de mis más secretos sentimientos. Y de la misma forma se enterará que él siempre estuvo presente en mi ser y que es perfecto para mí, pero que los demás caballeros también eran importantes en mi vida y no deseaba borrarlos del corazón.

Con cautela acomodé todo en su lugar, tomé los documentos por los que había ido, cerré las cajas y firmé mi salida.

Le entregué los sobres en propia mano y no comenté nada, él se quedó mirándome como si pudiera leer a través de mi alma, penetrando en mis pensamientos, pero se abstuvo de preguntar, se limitó a darme las gracias y mencionó que recogería al día siguiente a los niños a casa de Ted.

Meses después volví al Banco y deposité mi historia junto con la suya.

TSUKI GESSHOKU.
Paris, Francia.

Recogí por la mañana a mis hijos, y viendo las heridas les comenté:

—No le digan nada a Mami; las heridas de guerra se guardan en el equipo.

Cloud preguntó:

—¿Mentimos sobre nuestras cortadas?

Ted, negando con la cabeza, y apoyándome dijo:

—Nada de eso; se llama *omitir parte de la verdad*. Diremos que fueron daños de

juego y no se le permite saber a mamá qué pasó, ¿de acuerdo, niños?

Sus cabezas subían y bajaban asintiendo. Ese día comenzó la complicidad de todos los presentes, incluyendo a los guardaespaldas.

Posteriormente les compré helados, limpié como pude el desastre que se ocasionó por la falta de costumbre de manejar con menores y de comer alimentos en un coche en movimiento. Los niños llegaron corriendo a saludar a su madre y, al contarle parte de lo sucedido mientras intentaba asearlos, notó las heridas, pero ellos le platicaron que hay cosas que las mamás no deben saber por ser *aventuras en equipo*. Conforme iba trascurriendo el día, se enteró de los sucesos, sabía que se habían divertido de lo lindo y para ella, eso era lo importante.

Esa misma tarde, Vivian entró a mi estudio, clavándome su mirada, aquella que te cala hasta los huesos; inmediatamente puse toda mi atención en ella y, muy tenso, esperé a que hablara. Con mucha calma se sentó en la silla frente a mi escritorio y, sobre algunos papeles, colocó sus codos quedando los antebrazos hacia arriba, recargó su cara entre sus manos; guardó un largo silencio sin quitarme la vista. Yo tenía la esperanza que no estuviera confundida por la información que seguramente le habían notificado en el Banco. Nervioso, comencé a golpear la pluma contra el cristal del escritorio y estirando su mano, detuvo la mía acariciándola; inició la plática:

—Me imagino que ya sabes que la noticia de la existencia de los niños corrió como pólvora por todos los continentes.

Mi cuerpo se relajó e intuí que no tocaría el tema y mucho menos sabría si ella había encontrado mis recuerdos en la caja de seguridad; esa incertidumbre me estaba volviendo loco. Reposé mi espalda en la silla y la miré intensamente, noté que ahora era ella la que se ponía nerviosa; retiró su mano de la mía y encendió un cigarrillo. Sonreí, diciéndole:

—Sí, me enteré, llegaron las felicitaciones por parte de las ocho restantes Casas de Linaje más importantes, notificando su respaldo incondicional. Esto es un acontecimiento inédito en nuestra Elite, ya que antes las alianzas eran las que ponían fin a las guerras y pugnas. Y en nuestro caso, dos grandes linajes, se fusionan de forma totalmente legal, teniendo herederos con una Casa reciente y poderosa.

Vivian, bromeando, me recordó:

—Te dije que algún día se acabarían sus rencillas.

—¿De quiénes hablas? Yo sólo estoy en pausa con algunos de los integrantes, que no mencionaré por cuidar tu susceptibilidad.

Nuevamente la contemplé y guardé silencio, por unos momentos se perdió en sus pensamientos, decidí interrumpirlos por esta vez.

—¿No hay otra cuestión que desees saber?

En los labios de Vivian, se dibujó una hermosa sonrisa y acertó nuevamente con su pregunta:

—¿Hay algo que tú... desees decirme?

No tuve las agallas de preguntarle si había descubierto mis recuerdos y escritos. Así que me salí por la vía fácil.

—Cuando tú quieras saber algo y me lo preguntes directamente, yo te responderé todo lo que quieras.

Y con una voz maliciosa, respondió:

—Pero no será hoy, cariño.

Apagó su cigarrillo y se fue a jugar con los niños, yo proseguí con mi trabajo, pero por su pregunta, sabía que ella los había encontrado y enterado de todo.

Al término de un día sumamente difícil en la oficina, llegué cansadísimo a la casa. A los niños los encontré dormidos; desanimado por no llegar a tiempo para contarles los cuentos nocturnos, que era ya una costumbre entre nosotros, tomé la decisión de darme un baño y cenar más tarde.

Pedí que me sirvieran la cena en el jardín, pues la noche estaba digna de disfrutarse, y además no tenía ni la menor idea si Vivian ya había merendado con nuestros hijos y estaba descansando, así que no la quise molestar.

Mientras esperaba a que sirvieran los alimentos, decidí caminar por el jardín, sorprendido escuché una de mis composiciones musical que salía del salón de baile, la habitación se encontraba retirada de la casa. Al asomarme a ver qué sucedía, encontré a Vivian deslizándose al compás de la melodía. Sin pensarlo, avancé hacia ella, la tomé por la cintura y, acercándola a mi cuerpo, empezamos a bailar; sentí su respiración muy cerca de mis labios, su cálida aroma y su suave piel. Triste, recordé el tiempo valioso que perdí lejos de ella; la abracé fuertemente, queriendo que el tiempo se hiciera eterno. Olvidándonos de todo, disfrutamos el contacto y la cercanía del momento. Al finalizar la melodía, ella recargó su frente en mi cuello y comentó:

—Te extrañé tanto... hasta tus manos frías. Siempre te añoré.

Con toda la sinceridad de mí ser, le contesté:

—Yo morí en vida cada noche, cada segundo y, cuando quise regresar, pensé que estabas segura al lado de Jeff y que no era justo que me perdonaras... así que continúe respirando sólo por los recuerdos de nosotros.

No muy convencida me soltó y, despidiéndose, se retiró del salón.

Cerré la puerta y con pasos acelerados, la alcancé, le tomé la mano, ella no la retiró, y caminamos hacia la casa, mientras le preguntaba:

—¿Me acompañarías esta noche a cenar bajo las estrellas en nuestro jardín? Te

invito a compartir mi mesa y a tomar un café mientras platicamos de lo que quieras, y me encantaría interpretarte una melodía en el piano para relajarnos.

Preguntó, juguetonamente:

—¿Es una cita o sólo paseabas por aquí y se te ocurrió una invitación casual?

Sonreí, después puse una cara muy seria y, siguiéndole el juego, contesté:

—De ninguna manera sería una invitación casual, bella dama. La aplicación de mi celular me indicó que eras mi pareja perfecta.

Con voz dulce me contestó:

—Gracias, pero tiene rato que compartí una divertida cena con un grupo de niños adorables. Pero te acepto el café, la plática y el placer de volver a escucharte tocar el piano.

Pasamos una velada encantadora, platicamos de mil temas y, al terminar, se despidió con un tierno beso en mi frente, no sin antes aclarar que la relajó el concierto privado y que había disfrutado mucho el baile conmigo.

A partir de ese momento, cada noche se convirtió en una cita no pronunciada; nos reuníamos para bailar, para caminar por el jardín o para escucharme tocar el piano, sabiendo que así le decía lo mucho que la amaba.

Pasaron las semanas y todos nos acomodamos a nuestras rutinas diarias de convivencia. Vivian ya ni preguntaba quiénes estaban en la casa; algunos días era Ted y Kevin jugando con los niños o era yo entrenando artes marciales con ellos y Rýu, o todos nosotros juntos. El caso era que la casa no estaba vacía porque las familias también llegaban por sorpresa, conviviendo alegremente.

En una ocasión por la tarde tuve la suerte de estar en el salón contiguo, me encontraba leyendo documentos empresariales. Sin que ellos se dieran cuenta que los escuchaba, observé a Vivian en un sillón con las piernas en el respaldo y con la cabeza en el descansabrazo, platicaba con Jeff y Terry; los convencía de que manifestaran su amor haciéndolo público.

—No es justo, Jeff, ya deja de usarme como tu tapadera, desde joven he tenido que pasar como si yo te hubiera puesto en la *Friends Zone*, ante todos soy la villana, hermano mío.

—En realidad, sí me pusiste por un tiempo en la *Friends Zone*; recuerda que hubo una época en la que me enamoré de ti, ya que sabes, perfectamente, que soy Bisexual.

—Recuerda que tú nunca te me declaraste. Ya anuncien su compromiso; son una pareja envidiable, pueden casarse aquí en Francia donde es válido el matrimonio entre hombres y, por supuesto, seré su dama de honor.

Renuente, Terry, trata de imaginar el *¿qué dirán?* Y Vivian, enojada, le recrimina:

—No han aprendido nada, eso qué diablos les importa. Ustedes van a ser muy felices y, por cierto, quería pedirles que sean los tutores de mis hijos junto con Darío. Así que, manos a la obra, vamos a planear la unión civil de ustedes.

Con su celular, mi esposa le marcó a Darío, para contarle la idea, aparentemente éste apoyó la moción; ella se despidió de él como siempre, con un *cuídate mucho, no lo olvides*. Por fin, Jeff admitió que tenían ganas de hacerlo, pero no estaba seguro, además, la situación era cómoda, cuando ella vivía con ellos en Alemania, aparentando ser pareja.

Pero emocionados, deciden llevar a cabo los planes; pasando por mil pláticas, llegamos al tema de mi vida personal.

—¿Cómo va el romance con tu marido?

Vivian, desesperada les cuenta.

—Mira Terry, la verdad es difícil tenerlo tan cerca y no poder ni besarlo... uf, no te lo imaginas lo peor es que sigo amándolo con locura, sin añadir que cada vez tiene más detalles que me enamoran y sigue guapísimo.

Soltando una carcajada, Jeff le preguntó:

—Y, ¿qué haces para contenerte? Acorrálalo para que se den las cosas, si no, tontamente, te estás castigando tú.

—Lo voy a llevar hasta el límite, tengo que disfrutar la venganza de cuando éramos novios y no permitía que nada pasara; es su turno de sufrir, además, estoy muy molesta con él. —dijo ella.

Entre bromas y planes pasaron una tarde sin igual, se retiraron ya avanzada la noche.

Cansado y divertido, fui a besar a mis hijos dormidos e inocentemente me dispuse a trabajar un poco más en mi despacho; perdí la concentración al advertir la presencia de Vivian. Levanté la cara, vestía con un camisón de seda largo, y altamente sugestivo, que acentuaba su cuerpo por la estática que ejercían sus pies descalzos sobre la alfombra; negando con la cabeza y mordiendo un extremo de mi pluma personalizada *Montblanc*, le recriminé:

—¿En serio, cariño? no es justo...tengo que entregar esta propuesta para mañana.

Ella se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, levantó los hombros y replicó con un simple:

— Y, ¿qué te detiene?

Sonreí desarmado; dándole vueltas al arete de mi oreja, le clavé la mirada mientras pensaba en voz alta: Esas piernas, ¿Cómo olvidarlas?

Como ofendida, preguntó:

—¿Perdón?, no te escuché.

Vencido, me incorporé, fui hacia ella y me dejé caer a su lado, tomé un cojín

poniéndolo sobre mi estómago, crucé una pierna y deslicé mi cuerpo en el confort del sofá.

Me disponía a quitar el celular de mi esposa que estaba en medio de nosotros, cuando le entró un mensaje; sin malicia, se lo leí en voz alta: “Ya hablaron, enloquecidas, tus amigas sobre el matrimonio de Jeff y Terry. Te mando un anexo de la inversión de este año y ya sabes... *cuídate, cuídate mucho, no lo olvides muñequita. Darío*”.

Vivian me arrebató su celular, sentí una oleada de celos, levantando una ceja y de forma mordaz, quise indagar:

—¿Desde cuándo se comunican entre líneas tú y Darío?

Enojada, se defendió:

—No es de tu incumbencia o ¿acaso te pone nervioso mi amigo?

—Dímelo tú, ¿acaso no debo ponerme nervioso?

Sonriendo, ella apaga la lámpara de la mesa lateral y, se inclina sobre mi abdomen para alcanzarla, su cuello rozaba mi nariz envolviéndome en su aroma. Cerré los ojos para disfrutar el contacto con todos mis sentidos y murmuré:

—Ok, ya entendí, nada que ver tu amigo; la que me pone nervioso eres tú cariño. Desde tu sonrisa ya me tenías derretido.

Volvió a sentarse a mi lado, pero más cerca de mi cuerpo, observé su hombro y no pude evitar acariciar delicadamente su tatuaje. Ella colocó su mano sobre la mía, giré mi muñeca y entrelacé sus dedos con los míos dirigiéndolos a mis labios; besé su mano con ternura. Acto seguido, ella levantó la manga corta de mi camiseta e inclinándose besó, con amor, el tatuaje de mi hombro.

Nos miramos por poco tiempo y rompió el silencio al decir:

—Nunca te pongas nervioso por ninguno de mis amigos, en todo caso, por quien deberías estar nervioso, es por ti mismo.

Le pasé mi brazo por el cuello y la acerqué a mi pecho, diciéndole en voz muy baja:

—Tú sabes qué para ellos, precisamente, no eres sólo una amiga; pero si tú pides que no me ponga nervioso, yo puedo fingir no estar nervioso, si es eso lo que tú quieres.

Para molestarme, confesó:

—Con algunos de ellos tienes razón, pero no mencionaré nombres porque si los caballeros no tienen memoria, de igual manera, las damas tampoco tenemos memoria.

Para terminar, sólo comentó:

—Te dejo concentrarte en la propuesta en la que trabajabas. En otro orden de ideas, hay situaciones que se deben modificar, mientras no sucedan, es oficial, contigo no pasará nada, como cuando éramos novios, a menos que pongas todo

de tu parte para convencerme. Buenas noches.

Finalizando su comentario, se levantó; se alejó con su sensualidad natural.

Me quedé quieto mientras pensaba: “*ahora concentrarme será imposible*”.

En su afán por vengar su orgullo ofendido y acorralarme sin piedad, Vivian, estaba obstinada en seducirme sin permitirme llegar a más; yo tuve que refugiarme en las artes marciales para reprimir mis instintos. Estaba consciente que era una solución temporal, pronto perdería el control; era una lucha perdida y aunque no fuera así, la dejaría ganar. Pero para dar un poco de batalla, generé un plan; utilicé a mis hijos para llevarlo a cabo. En el pasillo de la puerta de la alcoba de Vivian, puse casaca de campaña y, adentro, dormí a los niños con todo y perros y guardaespaldas. Ya, adentro de su habitación, me metí al jacuzzi que se encontraba en la terraza. Al rato, escuché que ella entraba y cerraba muy despacito la puerta; se dirigía a cambiarse cuando me vio. Tomó una toalla y me la aventó al rostro ordenándome salir del cuarto; empapado, dirigí mis pasos a la puerta. Del otro lado, los perros ladraron y, tomándome del brazo, me indicó silencio. Todo quedó sin ruido, mirándome con suspicacia, analizó la situación:

—Supongo que esto es a propósito; no lo voy a permitir. Salta por el balcón y desaparecete de mí recámara.

Zafando mi brazo, le alegué:

—De ninguna manera voy a saltar por esa barda... ¿y si me lastimo? Tienes dos opciones: que despierte a los inocentes y sus mentes queden expuestas a asuntos de adultos o que duerma en tu cama sin acercarme a ti. Y que confíes en mi palabra.

Molesta, me respondió:

—Por supuesto que no confío en tu palabra... y, ¿desde cuándo le tienes miedo a las alturas? ¡No me vengas con eso!

Divertido, le pregunté:

—Bueno, ¿cuál de las opciones eliges?

—Quédate... ¡y desaparecete de mí vista!

Feliz, me quité el traje de baño y me acosté en la cama; ella, boquiabierta se tapó la cara y, visiblemente inquieta, lanzó la sábana sobre mí. Se recostó a un lado poniendo una muralla de almohadas y cojines entre nosotros; dormí plácidamente. Al amanecer, me coloqué el traje de baño y brinqué por el balcón; a mis espaldas escuché una sarta de amenazas, sin importar a quien pudieran ella despertar. Sonriendo, le aventé besos y mientras me alejaba, tarareaba una canción.

A mediodía, le mandé a su oficina, un ramo de flores y la última saga literaria para que ella los leyera, con una tarjeta declarándole la guerra. Grave, grave

error, no se lo deseo ni a mi peor enemigo. El texto se leía así:

“ Yo también sé jugar ese juego, Vivian, por cierto, te amo mucho... ¿o debo decir?: cuídate, cuídate mucho, no lo olvides muñequita. Tu esposo, Tsuki.”

Lo último, lo puse por estar celoso, lo reconozco .

Por la noche, fui a mi habitación y no encontré ni una de mis pertenencias; intuí que la batalla se estaba desarrollando. Traté de imaginar en dónde buscar; primero, pensé en las casas de los perros, pero no encontré nada ahí. Luego, dentro de los automóviles y tampoco las hallé, así que busqué y busqué. Cansado y de mal humor fui a enfrentarla a la alcoba principal. La encontré con ropa sugestiva para dormir. Luego, poco a poco se acercó a mí; comencé a sentir su respiración en mi cuello y, por todos lados de mi cuerpo, corrió una sensación de deseo. Me empezó a desvestir con caricias suaves; sus uñas estremecían mi piel. Yo solamente me dejé llevar, disfrutando el momento. Pero de repente, dio por finalizada la sesión de seducción. Se acostó y con unas palmaditas sobre el edredón, me indicó que era hora de dormir. Lo que alcancé a percibir de sus labios crueles fue:

—Ya no está vetada la recámara para ti; de hoy en adelante, es nuestra habitación cariño. Se convirtió en un verdadero infierno y desafío para mi autocontrol. Pero sin duda era divertido para ambos.

Los espectáculos nocturnos no cesaron, se desarrollaban con despliegue de imaginación y variaciones que torturaban mis sentidos y no fallaban, fuera la hora que fuera.

En varias ocasiones flaqueé, suplicando perdón; por supuesto fueron ignoradas las peticiones. Me hice el propósito de no volverle a rogar, cosa que era muy difícil, pero lo intentaba. Me quedó como única oportunidad para abrazarla, los momentos en que bailábamos y no los desperdicié ni una noche. Pero cada día bajaba más la guardia y podía acercarme más a ella.

Lago de Como, Italia.

Un viernes me dirigía a la oficina. Comenzaba a revisar unos documentos que no percibí hacia donde conducía Rýu; salí de mi concentración al escucharlo decir:

—Ya llegamos, están listos para despegar.

Confundido, me di cuenta de que estábamos en el hangar de mi propiedad; examiné mi agenda y noté no tener ningún viaje programado.

—Fueron órdenes de su esposa y todas sus citas de hoy fueron reprogramadas, —me dijo Rýu.

Bajé del automóvil y subí al avión anfibia acompañado de él. Le pregunté al capitán, cuál sería el destino y me anunció que nos dirigiáramos a *Bellagio*, uno de los rincones con más glamur de Italia, que es la localidad más famosa y adentrada del *Lago de Como*.

Al cabo de unas horas amarizamos en una villa de ensueño; la casa era espectacular, con jardines poblados de laureles y olivos que embellecían toda la propiedad. La vista del lago la podía catalogar como una de las más hermosas del mundo. Al entrar, curioso, pregunté por mi esposa y sugirieron que me cambiara de ropa para estar más cómodo y después con gusto me indicarían donde encontrarla, decidí que sería lo mejor, pues no tenía ni la mínima idea del motivo de este viaje. Cuando estuve listo, me llevaron a su encuentro; Vivian ya me esperaba en el jardín. Al verla radiante en su vestido primaveral de tirantes y tenis, pensé que una vez más me equivocaba, tenía frente a mí lo más hermoso, no del mundo sino de mi vida. Sonriendo, me abrazó y dijo.

—Tengo algo muy importante que decirte y pensé que debíamos estar solos; por cierto, esta villa me pareció un lugar apropiado para que tomes la decisión por la cual te hice venir, pero será más tarde cuando lo platicaremos.

El atardecer caía, siendo espectacular. Yo me ponía más nervioso con el paso del tiempo, aunque ella se veía sumamente contenta, también en ocasiones parecía reflexiva, lo que me preocupó, ya que conocía muy bien su impredecible personalidad.

Llevé una conversación de bajo perfil para tratar de ordenar mis ideas y calmarme un poco. Más tarde, entramos a una habitación, en medio de una sala había una pequeña mesa con agua fresca, quesos, pan y pastas. Me recargué en la puerta de cristal; contemplé a Vivian, intrigado, y comenzó hablar:

—¿Tú sinceramente crees que llevamos un matrimonio real?

Su pregunta me estremeció.

—Yo sé que sinceramente eres la mujer que amo, lo demás está de más.

Llevaba entre sus manos un objeto que apretaba con fuerza y nerviosismo y contestó:

—No puedo desarmar tu argumento y es la respuesta que esperaba.

Inquietó, le comenté:

—Antes de que prosigas, quiero que sepas que intento volver a revivir todo lo que imprudentemente pausé. Siempre fuiste la primera, más bien, la única mujer a la que he amado y estoy seguro de que no tienes duda sobre eso. Recuerdo el día que, por primera vez, me miré reflejado en tus ojos y quise verme a través de ellos por toda la vida, con esa forma tan peculiar y única de verme.

Ella, por un breve momento, se quedó pensando y, con una linda sonrisa, me dijo:

—Yo también recuerdo cuando tus profundos ojos, con el inimitable color turquesa, se detuvieron en mi mirada penetrando mi alma tan profundamente. Ese día seguramente morí por un instante, porque percibí que se paralizó mi corazón y después sobreviví por quedar hechizada.

Vivian, con pasos indecisos se fue acercando a mí, sin esperármelo me preguntó: —Tsuki, ¿quieres casarte conmigo, únicamente por las leyes del universo, que es lo que mueve y rige nuestro amor?

Enmudecí por la impresión y, al reponerme, le propuse:

—Al revés, te ruego que aceptes una vez más a un hombre como yo.

Vivian se acercó y extendió su mano en donde llevaba el objeto que guardaba: un hilo rojo que ató a mi dedo meñique. Después, me mostró su mano y me di cuenta de que tenía el lado extremo del hilo con un nudo en su dedo.

Con serenidad, y total convicción, pronunció:

—Yo Vivian, por las leyes que rigen nuestro amor, te acepto a ti, Tsuki, como el único hombre al que amaré con mi alma.

Su determinación me sorprendió. Pero siempre estuve seguro de lo que yo sentía y del alma, contesté:

—Yo Tsuki, por las leyes que rigen nuestro amor, te acepto a ti, Vivian, como la única mujer a la que amaré con mi alma.

No pude resistir más, besé la miel de sus labios con tanta suavidad; la miré cautivado a los ojos y le susurré, con toda mi honestidad, cuánto la amaba.

Esa noche, de forma inusual, con vestimentas informales, una cena simple, con una verdad indudable y como únicos testigos ella y yo, nos casamos nuevamente. Por fin logramos que nuestro matrimonio e intimidad se consolidaran como nunca.

Estábamos unidos incuestionablemente, sin dejarnos ninguna duda de que nos amábamos profundamente.

Así pasó el tiempo. Una tarde nublada me encontraba trabajando en el jardín. Ted había pasado por nuestros hijos para cuidarlos porque Vivian y yo iríamos a un evento y él decidió que era más importante quedarse con los niños que cualquier compromiso social al que él tuviera que acudir. Sin pensarlo, comencé a escribir en un papel mis sentimientos:

“Vivian:

Soy un desastre natural, pero tú, amor mío, eres mi rompecabezas y nuestras piezas embonan para crear una

obra maestra de vida. Todos mis problemas y soluciones están dirigidos a tu ser, a encajar en ti y para ti. Mis pasos, mis pensamientos y todo lo que me rodea los motivas con una simple sonrisa, con tus movimientos sensuales disparas todas las sensaciones del cosmos, y con un beso aplastas mis ganas de huir del peligro. Un peligro con inocencia palpable, con ojos que me transportan a dimensiones insospechadas. Y tu espíritu indomable, guerrero, cabalga con mi espíritu a todo galope. Lo que mi razón dicta, tú pasión lo deshace perdiendo mi cordura; por abrazarte mi vida vale la pena. Mi corazón y todo mi ser, me dirige y lleva hacia ti, la mujer más especial de mi vida, la única, la irrepetible. He cruzado mil veces los mares y continentes para darme cuenta de que eres todo para mí y, aunque a veces te mantuve alejada, sentía estirones del hilo rojo que me obligaban a ir a buscarte. Y al no poder, sangraba, dolía, torturaba sin piedad a mi alma perdida. Pensaba que no podía hacerte eso: lastimarte una vez más. Tal vez algún día no estés a mi lado, pero no importará, porque hoy, junto a mí, te encuentras... y eso es algo que nada ni nadie podrá quitarme.

Mi alma esta entrelazada con tu alma; siempre te sentiré dentro de mí. Mi forma de amarte me mueve a buscarte por todos los medios y si fuese necesario recorrer el universo entero, ¡juro que lo haría! Te amo, no como un simple sentimiento: te amo como lo vital para poder

existir. Y al morir, no se romperá el hilo del destino. Yo te elijo para darte la vida entera”.

“Eternamente tuyo Tsuki Gesshoku.”

Una vez que terminé, guardé el papel y distraídamente lo dejé sobre la mesa junto a la computadora. Olvidándome del asunto, fui a prepararme para el evento; todavía no estaba listo, cuando entró ella para anunciarme que iríamos por separado porque primero iría a ver a los niños a casa de Ted y no podía esperarme.

Al verla, recordé una de las tantas razones por la cual me tenía locamente enamorado. Estaba deslumbrante, sublimemente hermosa en su *vestido largo color dorado*. Por el hombro, se asomaba su tatuaje y, en su mano izquierda, llevaba su argolla de bodas y compromiso. No encontré palabras para expresarle que la amaría por la eternidad. La besé con todo mí ser.

DESTINO.

Paris, Francia.

Vivian después de un gran esfuerzo para desprenderse de Tsuki, llega a tiempo a casa de Ted para acostar a sus hijos.

Al despedirse, él la toma por la espalda y le rodea el cuello con su brazo; desesperado y lleno de frustración, le suplicó:

—Vivian, elígeme a mí... te compensaré con creces por toda la vida. Disculpa, es que no entiendo por qué a él, *le perdonas todos los errores que los demás cometimos. ¡Él sumó todos ellos!... y aún así siempre será él.*

Con voz pausada, acariciándole ella el antebrazo, comenzó a escucharla:

—También... él suma todas las virtudes que ustedes poseen y los rebasó. Pero por los errores que cometió, de los que hablas, esos fueron motivados por intenciones diferentes a las de ustedes; Tsuki, actuó por amor a una persona, que en un tiempo fue valiosa para él, y su decisión lo mató en vida. Yo en su lugar, habría hecho lo mismo si hubieras sido tú... en su caso fue Noomi.

Giró y quedando frente a Ted, continuó:

—Cuando nos secuestraron, yo sabía que él podría perder su vida por mí... y la habría dado sin dudar si hubiera sido necesario; pero yo estaba dispuesta a correr el riesgo de que la sacrificara y yo morir por salvarte a ti. Repitiendo casi el mismo esquema que Tsuki me había aplicado... y en ese momento te elegí a ti Ted. Pero ahora no pidas que te dé mi vida, porque en ella y para siempre no hay elección: *siempre será él.*

Puso su frente sobre la de ella y siguió escuchándola.

—Perdóname a mí. Desde el momento que lo conocí, debí quedarme con él y no confundir mi destino. Fui hechizada desde el primer día que miré sus ojos y te herí profundamente, pero también de la misma forma te amé profundamente, aunque debo aclarar sin afán de lastimarte, que ni por un instante como a Tsuki. Estoy consciente que por más vueltas que le diera a mi destino, el resultado sería el mismo: siempre he irremediamente volvería a él.

Comprendió al verla que el amor que ella le tenía a su eterno mejor amigo y, como siempre, a su hermano de corazón, era intocable. Le dio el último beso que como hombre le profesaría. En soledad, desconsolado lloró como un niño.

Ella ya no quiso ir a la fiesta y le habló llorando a Tsuki, quien mortificado salió del evento a toda velocidad a su hogar.

La encontró sentada en los escalones exteriores, con su *vestido dorado y sus zapatos a un lado*. Empapado, se detuvo para mirarla, quedándose inmóvil. La lluvia era tan espesa que apenas podía verla. Vivian se le abalanzó con la carta que él había escrito para ella esa tarde; abrazados con un beso lleno de promesas bajo el cielo y con un juramento, sellaron estar juntos por siempre.

DESTINO.

Nueva York, E.U.

Con sus hijos mayores de 19 años y los menores de 18, en su avioneta, listos para aventarse por paracaídas, Tsuki y Ted les aleccionaban que no le contaran nada a sus tíos Jeff y Darío, porque eran realmente aprensivos y siempre terminaban regañándolos a ellos.

Kayla les preguntó, juguetonamente:

—¿Acaso están pidiendo que digamos una mentira?

Y Cloud le contestó burlonamente, imitando la voz de su padre Ted.

—No es mentir, es sólo omitir la verdad, acuérdate.

Entre risas animaron a lanzarse a sus padres quienes se quejaban de estar ya oxidados para eso, Mitsuki los presionó recordándoles:

—Vamos, es por una causa válida: festejamos la entrada de nuestra hermanita a la academia Juilliard School of Music, en Nueva York. Y no es cualquier cosa, nada más aceptan al 7 % de los aspirantes. Dejó atrás a universidades de gran prestigio como las nuestras, Yale y Harvard. Kayla cursará para convertirse en una gran concertista de piano.

—Adrien, les comentó:

—No sean aguafiestas, los demás también partiremos, pues Cloud también comienza este año la licenciatura y se acabaron las vacaciones para todos.

Y sin ningún motivo aparente, lo que sucedía frecuentemente, los herederos entraron en una discusión acalorada, defendiendo cada uno a sus respectivas universidades mientras los padres trataban de poner orden, pero fueron ignorados en su totalidad. Con carcajadas y empujones, ya listos, se lanzaron los cuatro hijos hacia el cielo.

Ted, lo reconsidera y Tsuki, al ver a todos juntos, irremediablemente la recuerda como siempre y piensa: “*Vivian, espérame, que yo te buscaré en mil vidas si es necesario, pediré más siglos de ti... cruzaré mil destinos para encontrarte... y no soltaré jamás tu alma*”.

Con lágrimas en sus ya eternos ojos tristes, le comentó a Ted:

—Ya pasó tiempo del irremediable accidente de mi único amor, en el cual partió. Las heridas nunca cierran... ella es el latido de mi corazón. Mi vida se fue con su alma y el tiempo no olvida, hiere... no tiene piedad, hace estragos.

Guardó silencio por un momento y la voz se le comenzó a desgarrar, pero prosiguió:

—No he perdido la esperanza... pues estamos unidos por, —le mostró su tatuaje $(\partial + m) \psi = 0$ — la *Ecuación de Dirac* y por el *Hilo Rojo*, que entrelaza nuestras almas por los cosmos. En esta vida, por supuesto, fui yo quien la buscó y la esperé; entonces, ella fue por mí cuando estuvo lista para estar juntos... ahora, será ella quien me espere, ¡Yo la buscaré! ¡La encontraré! y permaneceremos juntos. Si en este mundo crucé mil veces los mares por ella, en el otro mundo cruzaré mil destinos para continuar los sueños y planes que ayer construimos.

Ted permaneció en silencio y melancólico; Tsuki prosiguió:

—Uno de los muchos regalos que me dejó es que, al mirar al cielo por cada estrella que aparece, estoy escuchando su dulce voz... y sus palabras son contagiosas, peligrosamente cariñosas y en complicidad con el viento en un susurro, me recuerda sus sentimientos: “*Tsuki, soy muy feliz a tu lado, recuerda: siempre me han hechizado tus ojos azul turquesa, que hacen palidecer cualquier océano*”... Eso es lo que hace que mi mundo siga girando; y mis hijos son quienes no permiten que me borre el tiempo: para mí, ella pesa tanto en mi alma, que invariablemente, nuestra pasada historia siempre se convertirá en mi futuro.

Ted, sumamente triste, pero más resignado lo alienta:

—Estamos aquí con, y por ella, no lo olvides. De sus sueños, de sus labios, de su tibio cuerpo, de sus pensamientos, de su amor, tú eras y serás su único dueño. Yo nunca pude ni rozar ese lugar, siempre fuiste tú, sumando todo lo que más amaba.

Lo empujó por la puerta de la avioneta y se aventó detrás de Ted.

Flotando en el aire, los seis unen sus manos y levantándolas, pronuncian su frase

preferida: — ¡Por siempre hermanos!

Esto sucedió años después del accidente de Vivian. Para no enloquecer en un dolor que parecía no acabar y poder sobrellevar la pérdida, Tsuki y Ted, deciden apoyarse mutuamente con respecto a sus hijos y seguir las enseñanzas que ella les regaló.

Vivian, había dejado un sello personal en todas las personas que tocó con su presencia; pero más en aquellas que amó.

Donde lo más importante, no eran ni linajes, ni Casas, ni títulos, ni reglas, ni rivalidades, sólo había amor; dejó una gran familia que era el mayor poder que les heredaba.

Sus hijos, líderes innatos, se transformarían en guías, marcando un mundo innovador; jóvenes que transformarían sus propuestas sociales en una realidad. Y convirtiendo su dinastía en la más fuerte, prominente y poderosa, pero esa, es otra historia.

STEPHEN.
Oxford, Inglaterra.

En los pasillos de la Universidad de Oxford, corría sin precaución. Por las prisas, tropecé con una chica tirando nuestras pertenencias al suelo. Por impulso, nos

agachamos ambos a levantarlas. De repente, ella se quedó observándome cómo hechizada, y dijo:

—*El color azul turquesa de tus ojos...hacen palidecer cualquier océano.*

Cuando escuché sus palabras sentí un cálido estremecimiento.

Yo la miré e inmediatamente reconocí su alma...

¡Por fin... la encontré!

¡No soltaríamos nuestras almas por la eternidad!

DESTINO.

Infinito.

De esa manera, les regalé... *la eternidad.*

AGRADECIMIENTOS

Dedicado a mis grandes amores: $(\partial + m) \psi = 0$

RAÚL ALARCÓN ARCHUNDIA.

MÓNICA YLIANA ALARCÓN LEZAMA.

MONTSERRAT ALARCÓN LEZAMA.

BERTHA ZELAYARÁN RAMIREZ.

HUGO LEZAMA HERNANDEZ.

FRANCISCO LOYDA GOMEZ.

Quiero dar las gracias a Raúl, Mónica Yliana y Montserrat, por el apoyo y sugerencias, para motivarme a escribir una novela, que fue un viaje en la imaginación, comenzando a modo de ejercicio mental.

Agradezco a mi marido Raúl, por ser mi cómplice, mi fortaleza y por el impulso que siempre me ha dado, en cualquier proyecto de vida, por muy serio o alocado que pueda pasar por mi mente. Y sobre todo por el amor con que siempre ha estado a mi lado.

Por supuesto a mi hija Mony, por que invariablemente me estimulaba a que escribiera una novela, diciendo: “*Me encantaría leer una novela, que tú escribieras*”. Por su respaldo incondicional en la publicación y aconsejándome valiosas ideas que le dieron, al final de la misma, un gran giro a la historia.

A mi pequeña hija Motte, que se convirtió en mi colaboradora, ayudando a cristalizar muchas escenas con su imaginación fresca y juvenil, plasmando una valiosa aportación invaluable de esta experiencia enriquecedora para mí. Y por la creación y diseño de la portada del libro.

No hay palabras suficientes para agradecerle a mi Mami Bertha, por ser mi compañera eterna de vida; “*Su muñequita linda*”; heredándome su fuerza de superación, la cultura de leer y narración que ella posó. Por confiar en mí sin lugar a duda. Por su cariño tierno y cálido, por sus consejos sabios y su amor incondicional.

A mi Papi Hugo, que me dio todo su amor y las herramientas para adquirir mi superación personal; otorgándome la distinción de llamarme: “*Su alma gemela*” siendo un verdadero orgullo y honor. Siempre presente en mi corazón.

Y a mí eterno amigo J. Francisco Loyda, que me apoyó con sincero cariño, quien me regaló: sus valiosos conocimientos y tiempo, un aprendizaje enriquecedor y gran paciencia. Por motivarme en todo momento, por su invaluable ayuda en la corrección de estilo y sobre todo a cristalizar este proyecto, que se convirtió de un sueño a una realidad.

No puedo dejar de mencionar a Jessica Valdez y Roberto Bastida, que tuvieron la amabilidad de leer este libro, antes de ser publicado, aconsejando y aportando algunos puntos débiles que había que mejorar.